



UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

Escuela de Antropología

**MUJERES EN SALUD Y EDUCACIÓN: CAMBIOS EN LA IDENTIDAD DE
GÉNERO A PARTIR DE LA RECONSTRUCCIÓN DE SUS TRAYECTORIAS
LABORALES**

Alumna: Carolina Acevedo Chacón

Profesor guía: Carmen Gloria Godoy

Tesis para optar al grado de Licenciada en Antropología

Tesis para optar al título de Antropóloga

Santiago, 2016

AGRADECIMIENTOS

Al terminar esta investigación, miro en retrospectiva y es increíble haber llegado hasta acá. No fue un proceso fácil y por lo mismo quisiera agradecer a:

Mi mamá, por su comprensión, amor, compañía y constantes palabras de ánimo. A mi hermano Felipe y hermana Daniela.

A mi tía Ester, por sus risas.

A Liz, por escuchar, apoyar y haberme regalado doce años de amistad.

A Juan Pablo, por su cariño.

A mi profesora guía por su apoyo, correcciones y compromiso con mi trabajo.

A las matronas y enfermeras del Hospital San Juan de Dios de San Fernando y profesoras del San Fernando College e Inmaculada Concepción, que me regalaron parte de su tiempo para llevar a cabo esta investigación.

Y a todos quienes, de una u otra forma, me animaron cuando creí no poder seguir.

Muchas gracias.

RESUMEN

La presente investigación se ha centrado en conocer la influencia que ha tenido el trabajo en la identidad de género de mujeres profesionales de las carreras de Pedagogía, Enfermería y Obstetricia de la ciudad de San Fernando. Para ello se realizaron un total de 13 entrevistas, enfocadas en sus trayectorias laborales, las cuales, luego de su reconstrucción, fueron analizadas a partir de la línea teórica de la Antropología de Género, a fin de comprender no sólo el lugar que estas mujeres le otorgan al trabajo dentro de sus vidas, sino además, los cambios que se han generado en la relación con el género masculino. Si bien la maternidad sigue ocupando un lugar importante dentro de la identidad de las mujeres, hoy en día el trabajo, en algunos casos, ha influido en la forma en que *tradicionalmente* han sido definidas las mujeres. A través del trabajo las mujeres se han dado cuenta de las diversas capacidades que poseen y de que pueden ejercer otros roles más allá del de madre, demostrando que, si bien aún la maternidad sigue presente en la forma en que muchas mujeres se identifican, hay otras en las cuales el trabajo ocupa un lugar importante en sus identidades, pues es lo que les permite sentirse valoradas, realizadas y empoderadas.

Palabras clave: Mujeres – Identidad – Género – Mercado laboral.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
1. PROBLEMÁTICA.....	3
1.1 Objetivo general.....	17
1.2 Objetivos específicos.....	17
1.3 Hipótesis de investigación.....	17
2. MARCO TEÓRICO.....	19
2.1 Identidad femenina y Género: ¿Qué es ser mujer?.....	19
2.2 Identidad femenina en Chile.....	23
2.3 ¿Por qué la mujer ocupa un lugar inferior?.....	28
2.4 Feminismo en Chile.....	38
2.5 Mujeres: del espacio privado al espacio público.....	41
2.6 Mujeres en el espacio público.....	45
2.7 Empoderamiento y autonomía femenina.....	48
2.8 Pedagogía, Enfermería y Obstetricia: Carrera para mujeres.....	52
2.8.1 Pedagogía en Chile.....	53
2.8.2 Enfermería en Chile.....	55
2.8.3 Matronería en Chile.....	58
3. MARCO METODOLÓGICO.....	61
3.1 Universo de estudio.....	66
4. ANÁLISIS.....	74
4.1 Mujeres chilenas durante 1960 y 1970.....	74
4.2 Mujeres chilenas en la década de 1980.....	76
4.3 Mujeres chilenas en la década 1990 al 2000.....	79
4.4 TRABAJO, VIDA PRIVADA E IDENTIDAD FEMENINA.....	84
4.4.1 Ingreso y realización de estudios universitarios.....	85
4.4.2 Pedagogía, matronería y enfermería.....	91
4.4.3 Relaciones laborales.....	97
4.4.4 Trabajo y familia.....	107
4.4.5 Transformaciones en la identidad femenina.....	124

4.4.6 Participación laboral femenina.....	132
4.4.7 Mujeres de San Fernando.....	137
5. CONCLUSIONES.....	140
6. BIBLIOGRAFÍA.....	143
7. ANEXOS.....	153

INTRODUCCIÓN¹

La presente tesis se refiere a los cambios que ha generado el trabajo remunerado en la identidad de género de mujeres profesionales, que se desempeñan en los ámbitos de salud y educación pública de la ciudad de San Fernando. Para ello, se realizaron un total de 13 entrevistas, a mujeres cuyas edades fluctúan entre los 35 y 72 años de edad.

A partir de construcciones culturales patriarcales de la diferencia sexual, en especial de la capacidad generadora de las mujeres, éstas han sido relegadas a lo doméstico y a la crianza, siendo identificadas a partir de dicho rol: como mujeres/madres, mientras que en el caso de los varones, hombres/proveedores del sustento económico.

Por esas mismas asociaciones, durante mucho tiempo se consideraba que el lugar y trabajo de las mujeres, era dedicarse por completo al cuidado de la casa y educación de los hijos. Una pertenencia casi en exclusiva al ámbito privado de la casa. Pero hoy, dicha situación ya no es así. Con el desarrollo de los diversos procesos modernizadores, se generaron cambios en la vida de las mujeres. Cuando las mujeres comenzaron a asistir a los colegios, ingresar a las universidades y al mundo público y laboral, se generaron cambios en la forma que éstas se relacionaban con el mundo público y el género masculino.

El trabajo les mostró un nuevo mundo de posibilidades. Un mundo en el cual podían ejercer otros roles más allá del de madre. Así, al ir incorporándose a este nuevo mundo, junto al empoderamiento que fueron haciendo de sus capacidades y aptitudes, comenzaron a demostrarle al entorno, como a sí mismas, los diversos roles que podían ejercer.

A través del relato de las entrevistadas, fue posible conocer los diversos significados dados al trabajo de acuerdo a la etapa particular por las cuales cada una de ellas ha pasado y conocer cómo, pese a todos los cambios generados a nivel social, aún la maternidad sigue teniendo un lugar central en la identidad femenina.

¹ Es importante establecer que la utilización de palabras en cursiva y negrita a lo largo del texto, fue de acuerdo al criterio de la autora, a fin de resaltar ciertos temas considerados importantes.

A partir de la realización del presente trabajo, ha sido posible conocer la importancia que ha ido tomando el trabajo en la vida de las mujeres y en la forma en que ellas se identifican, además de las repercusiones que ha tenido en su dinámica familiar.

Junto a la realización de entrevistas, se efectuó una recopilación histórica de la incorporación y participación de las mujeres a las carreras de Pedagogía, Enfermería y Obstetricia, además de la recopilación de datos estadísticos, los cuales, en conjunto a la reconstrucción de sus trayectorias laborales, han permitido conocer el valor e importancia que ha tenido el trabajo en la vida de mujeres profesionales de distintas edades.

Respecto a la recopilación histórica, es importante establecer que, a partir de su realización, fue posible conocer y contextualizar la forma en que las mujeres se incorporaron al mundo universitario y profesional.

Respecto a su presentación, el presente trabajo ha sido organizado en 5 capítulos. El primero de ellos, refiere a los antecedentes, objetivos e hipótesis que respaldan la problemática. El segundo corresponde a los autores y conceptos utilizados para la realización del análisis, mientras que en el tercero, se expusieron los fundamentos de la selección del universo de estudio y de los temas según los cuales fue organizado el análisis. En el cuarto se desarrolló el análisis de los hallazgos encontrados, para finalizar con las conclusiones.

1. PROBLEMÁTICA

En nuestro país hace bastante tiempo que las mujeres se incorporaron al mercado laboral: mujeres trabajadoras, independientes económicamente y que aspiran y ejercen cargos de alta jerarquía y complejidad que culturalmente han estado reservados para los hombres (V. Guzmán, A. Mauro & K Araujo, 1999). Todo ello ha sido resultado de procesos ocurridos a nivel cultural, social, simbólico y económico, los cuales les han permitido acceder y participar de mejor forma del mundo laboral (Op. cit., 1999).

Pese a ello, conquistar esos espacios no ha sido tarea fácil, puesto que, si bien la participación laboral femenina ha aumentado, sigue siendo baja en consideración a la participación laboral masculina. Así lo demuestra el siguiente cuadro:

Cuadro N° 1: Tasa de participación laboral según sexo, años 2012, 2013 y 2014.

	Hombres	Mujeres
Año 2012	71,9 %	47,6 %
Año 2013	71,8 %	47,7 %
Año 2014	71,6 %	48,4 %

Fuente: Cuadro de elaboración propia en base a datos del Instituto Nacional de Estadística (INE).

Como indica el cuadro anterior, la participación laboral femenina, desde el año 2012 hasta el año 2014, no ha variado grandemente. Las mujeres aún mantienen una baja participación, no alcanzando el 50% dentro del mercado laboral. Una situación bastante diferente a la de los hombres, los cuales tienen una presencia en el mercado laboral cercana al 72%. Esta diferencia en la participación de las mujeres en el mundo laboral, es un ejemplo de las variadas dificultades que han debido enfrentar, al decidir ejercer un trabajo remunerado fuera de su casa, siendo quizás, representativo de ello, la forma patriarcal en la que se ha organizado la sociedad. Como aún no se consigue una distribución equitativa en las tareas domésticas entre hombres y mujeres, pues se sigue considerando que son ellas las principales encargadas del cuidado de los hijos, dicha situación traspasa el mundo del trabajo, complicando el

desenvolvimiento de las mujeres trabajadoras. El dato estadístico no deja de llamar la atención, pues varios han sido los cambios ocurridos en la sociedad que han impulsado la participación femenina, sin olvidar también, aquellas limitaciones que siguen existiendo y que impiden que ellas puedan desenvolverse en igualdad de condiciones a los hombres.

Hoy en día el trabajo ya no es considerado únicamente como el medio para conseguir los recursos necesarios para subsistir, sino además, como un espacio en el cual las mujeres pueden desarrollarse profesional y personalmente (X. Díaz, L. Godoy & A. Stecher, 2005), demostrando que su identidad no se limita ni acaba en el rol de madre y dueña de casa (G. Castellanos, 1995).

Si bien a través del trabajo las mujeres han conseguido mayor independencia, autonomía y realización personal, ampliando sus repertorios identitarios más allá del tradicionalmente asignado (X. Díaz et al, 2005), en el caso de la sociedad chilena, se sigue manteniendo una concepción tradicional respecto a los roles de mujeres y hombres (A. Stuvan, 2013).

De acuerdo a lo anterior, surgen preguntas como, ¿de qué forma convive el nuevo significado dado al trabajo como referente identitario, con las concepciones tradicionales respecto a la identidad femenina? ¿todas las mujeres le han otorgado al trabajo un lugar central en sus vidas?

Llegar a la universidad y convertirse en profesionales, no fue una tarea fácil. Si bien a comienzos del siglo XX, la educación femenina había tenido avances importantes, la separación producida entre espacio privado y espacio público, entendido el espacio privado como el lugar “donde los particulares se relacionaban entre sí y con el Estado y el segundo, de la sociedad política o propiamente del Estado” (A. Stuvan, 2013), aún dejaba a las mujeres relegadas al espacio doméstico, en un estado de dependencia de la sociedad civil, sin derechos (Pateman 1989 en Op. cit., 2013). Pero pese a ello, las mujeres ingresaron a la universidad y aunque se concentraron en las carreras de las áreas de salud y educación, fue un paso importante en el camino de la profesionalización y participación laboral (L. Godoy, X. Díaz & A. Mauro, 2009).

Al respecto es válido preguntarse, ¿por qué esa alta concentración de matrícula femenina en esas carreras? ¿por qué, si ya a comienzos del siglo XX habían mujeres médicos, se seguían concentrando en Pedagogía, Enfermería y Obstetricia? ¿por qué aún hoy, cuando las mujeres marcan presencia en las diversas áreas laborales, estas tres carreras siguen teniendo una alta matrícula femenina?

El acceso a la educación femenina se remonta a los primeros años del siglo XIX (A. Stuvan, 2013). Con la promulgación del decreto del 21 de Agosto de 1812, el Estado comenzó a hacerse cargo de la educación femenina, dejando a cargo de dicha tarea a los cabildos y conventos de la época (Campos 1960 en F. Klimpel, 1962), centrándose su educación en la mantención de sus roles de madres y dueñas de casa, rol que la sociedad de la época esperaba de ellas (A. Stuvan, 2013).

En 1854, a partir de una iniciativa del presidente Manuel Montt, se creó la primera Escuela Normal de Preceptoras, a cargo de la congregación religiosa de los Sagrados Corazones, la cual, junto a particulares y “Asociaciones de Padres de Familia para la Instrucción de la Mujer” (F. Klimpel, 1962: 221), crearon escuelas primarias y secundarias en diversas localidades del país y que, junto a la promulgación de la Ley Orgánica de Educación Primaria Obligatoria de 1860, referida a la gratuidad de la educación femenina y masculina, generó un aumento progresivo en la educación femenina nacional (Op. cit., 1962).

Si bien al comenzar el siglo XX, existían liceos fiscales, particulares, religiosos y laicos para niñas, importante fueron las diferencias entre los programas de estudio aplicados en colegios para niñas y niños, donde la educación de las primeras se caracterizaba por la enseñanza de ramos considerados propios de su sexo -como lavandería, cerámica, modas, entre otras- siendo considerada sin “rumbos y verdaderas objetivos” (Ídem: 222). Esto llevó a que, en 1910, doña Elvira Castellanos planteara la necesidad de implementar un modelo educacional que “desarrolla[ra] el espíritu inventivo y creador de las estudiantes” (Ídem: 227), incorporándose nuevas materias como Pedagogía, Geografía e Historia, Centros de Ciencia, Agricultura, entre

otros, logrando, en 1919, que todos los liceos del país, tanto femeninos como masculinos, siguieran los mismos programas de estudio (Ídem).

Respecto a la educación universitaria, importante fue la promulgación del “Decreto Amunátegui”² en 1877 (Ídem).

Dicho decreto planteaba la promoción de la educación profesional de las mujeres por medio de la rendición de pruebas que les permitirían obtener títulos profesionales, tal como los hombres, y a partir de ello conseguir independencia y autonomía económica a través de sus propios medios (Ídem).

Lograr su promulgación no fue algo fácil, pues considerando el contexto histórico de ese entonces, no era aceptado que las mujeres estudiaran (C. Andrade, 2014). Destacada fue la labor realizada por Antonia Tarragó, educadora y directora del colegio Santa Teresita, quien, preocupada por el bajo nivel de conocimientos de las mujeres de la época, solicitó al Consejo Universitario en 1872, que los exámenes rendidos por las alumnas fueran válidos para conseguir títulos universitarios, finalizando dicho proceso con la promulgación del Decreto Amunátegui (Op. cit., 2014).

Esto les permitió a las mujeres ingresar a la Universidad de Chile en 1877 y a la Universidad Católica en 1932 (F. Klimpel, 1962), otorgándoles oportunidades de perfeccionamiento y profesionalización, cambiando la idea de que “la universidad no [era] para mujeres” (P. Meller, G. Valdés & B. Lara, 2010: 1). Al respecto podemos mencionar a doña Eloísa Díaz, quien fue la primera mujer chilena en ingresar a estudiar Medicina en la Universidad de Chile y a Amanda Labarca, quien, en 1922, fue la primera mujer académica de la misma casa de estudios (C. Andrade, 2014).

² El decreto establecía: “Considerando: 1º, que conviene estimular a las mujeres a que hagan sus estudios serios y sólidos; 2º, que ellas puedan ejercer con ventaja algunas de las profesiones denominadas científicas; y 3º, que importa facilitar los medios de que puedan ganar la subsistencia por sí mismas, decreto: Se declara que las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales, con tal que se sometan para ello a las mismas pruebas a que están sujetos los hombres” (F. Klimpel, 1962: 232).

Si bien con la promulgación del decreto pudieron acceder a estudiar carreras universitarias (F. Klimpel, 1962), en un comienzo fue un acceso reducido y segregado casi exclusivamente a las carreras de Enfermería y Pedagogía (P. Meller et al., 2010). Pese a que a medida que el siglo avanzó, se generó un aumento y mayor participación en otras carreras como Derecho y Medicina, se mantuvo la feminización de las mismas, debido a que la oferta educativa se centraba en la “formación en áreas tradicionalmente desempeñadas por ellas” (A. Mauro, L. Godoy & X. Díaz, 2009: 338), como en el caso de Obstetricia, Enfermería y Pedagogía (Meller et al., 2010).

Aunque en el siglo XX las mujeres ya asistían con cierta regularidad a la universidad, para la sociedad aún era mal visto que éstas trabajaran fuera del hogar, pues lo consideraban incompatible con el modelo de sociedad tradicional implantado. Se creía que el trabajo femenino “era una actividad que estimulaba la independencia de las mujeres (...) [además que implicaba el abandono] de las labores propias de su sexo: madre, esposa y dueña de casa” (L. Godoy et al., 2009: 82).

Pese a ello, habían ciertos sectores que si fomentaban la educación universitaria y profesionalización femenina, ejemplificado en la “Revista Eva”³ y su sección “Nuevas profesiones para la mujer”, donde se les proponía carreras universitarias a seguir (Revista Eva, 1949). Así lo demuestra la siguiente imagen tomada de la revista:

³ Revista dirigida por Carmen Machado y publicada entre los años 1942 y 1974. Su subtítulo era “la revista moderna de la mujer” y en su sección “Nuevas profesiones para la mujer”, realizaba reportajes sobre la educación superior femenina y trabajos para las mujeres (Memoria Chilena, s.f.).

Nuevas profesiones para la mujer

LA ENFERMERA

Continuamos con nuestros artículos dedicados exclusivamente a las mujeres, en los cuales sugerimos, cada semana, una profesión distinta, con el fin de que puedan encontrar aquella que más les conviene para su carácter, vocación o gusto. Esperamos que esta acción sea del agrado de ustedes y nos gustaría saber la opinión que les merece, para lo cual pueden escribirnos a nuestra revista.

Transcripción texto:

“Continuamos con nuestros artículos dedicados exclusivamente a las mujeres en los cuales sugerimos, cada semana, una profesión distinta, con el fin de que puedan encontrar aquella que más les conviene para su carácter, vocación o gusto. Esperamos que esta acción sea del agrado de ustedes y nos gustaría saber la opinión que les merece, para lo cual pueden escribirnos a nuestra revista”.

Fuente: Revista Eva, Santiago de Chile, 30 de Abril de 1948.

Pero si bien esta publicación fomentaba, de cierta manera, la decisión de las mujeres de estudiar una carrera profesional y ser una mujer independiente, es importante establecer que en dichas sugerencias se recalca el seguir una carrera que fuera conveniente con su carácter, pero, ¿a qué carácter se refería la publicación? ¿acaso a algo considerado casi como una esencia femenina?

Varios han sido los contextos sociopolíticos que han acompañado a las mujeres en su inserción y participación pública y laboral: gobiernos de izquierda⁴ o de derecha, una dictadura militar⁵,

⁴ Durante los gobiernos del Frente Popular (1936-1941), la política impulsada respecto a los roles de género se centró en, hacer de los hombres responsables proveedores económicos de su familia y de las mujeres, eficientes madres, esposas y dueñas de casa (K. Roseblatt, s.f.). Una reforma de la familia centrada en el matrimonio civil, donde el Estado, a través de diversas campañas, impuso normas de comportamientos para “esposos y

un periodo de transición, para finalizar, actualmente, en un gobierno democrático presidido por una presidenta mujer. Cada gobierno promovió una política particular, respecto al rol que les correspondía a las mujeres dentro del ordenamiento social, donde, si bien el ideal de una mujer asociado principalmente a lo doméstico estuvo presente en todos ellos -con diferentes matices-, dicho ideal se relacionaba con aquel que aceptaba y fomentaba una emancipación femenina.

Como plantea el estudio de Armand y Michele Mattelart (1968), durante la década de 1960 y 1970, las mujeres vivían en constante contradicción; seguir reproduciendo su papel tradicional, frente a la posibilidad de estudiar, salir de sus casas y ejercer un trabajo profesional remunerado. Una contradicción enmarcada dentro de un tradicionalismo moderno (A. Mattelart & M. Mattelart, 1968) que, mientras, por un lado, aceptaba la llegada de la modernización, por otro, temía a las consecuencias de ésta, surgiendo -y aceptando- distintas imágenes sobre las mujeres, de acuerdo a los contextos sociales y económicos a los que mujeres y hombres pertenecían (Op. cit., 1968).

Si bien durante esta época, la mayoría de los hombres y mujeres consideraban que el matrimonio era el “estado natural de la mujer adulta” (Ídem: 96), habían otras que creían que la mujer podía vivir sola y ser más libre (Ídem). Pero pese a esa nueva posibilidad de vida para las mujeres, seguía habiendo algunos y algunas que consideraban a la mujer soltera frustrada y no realizada (Ídem). Pese a que los hombres de clases superiores urbanas tenían una opinión más positiva de la soltería femenina, los hombres de clases medias urbanas y pescadores, opinaban que “las solteras [como] no da[ban] producto a la patria, [había] que colgarlas” (Ídem: 101).

Pero independientemente de esta opinión negativa de la soltería y mientras muchas mujeres de la época optaban o se veían obligadas a quedarse relegadas al espacio doméstico, había otras

esposas, padres y madres, hombres y mujeres” (Op. cit., s.f.: 183). Si bien se promulgaron leyes que buscaron *proteger* a las madres trabajadoras, el Estado desaprobaba el trabajo femenino, ya que consideraba que aquellas mujeres que trabajaban fuera de su hogar *abandonaban* a sus hijos y por tanto *amenazaban* la estabilidad de la familia (K. Roseblatt, s.f).

⁵ A lo largo de la investigación, tanto dictadura militar como régimen militar, han sido utilizados como sinónimos.

que, de cierta forma, transgrediendo la norma social, ingresaron a la universidad y se convirtieron en profesionales, mostrando cómo comenzaban a romper con las estructuras tradicionales respecto a su rol e identidad (Ídem). Mujeres profesionales que, estaban comenzando a otorgarle otro significado al trabajo, al considerarlo un lugar de realización personal, además de influir en el “reconocimiento de [su] capacidad intelectual” (Ídem: 65), generándose en ellas, la conciencia de la necesidad de emancipación (Ídem).

Pero ese avance en la educación femenina, ese empoderamiento que estaban vivenciando las mujeres, se vio, de cierta forma, frenado con la irrupción de la dictadura de Augusto Pinochet en 1973 (T. Valdés, 1987). La implementación de este régimen autoritario, tuvo un efecto importante y trascendental en la vida de las mujeres (Op. cit., 1987). La política dictatorial impulsada por Pinochet, buscaba seguir manteniendo a las mujeres en una posición de subordinación y en su rol de madres (Ídem). Hacerlas participar de la sociedad, pero a partir de una ideología que las consideraba “guardianas del orden y forjadoras de la patria” (Ídem: 8). Así lo manifiesta un discurso realizado por la Junta de Gobierno:

“(…) No podría este Gobierno intentar la ambiciosa empresa de crear un nuevo Estado, sin la participación activa y enérgica de la mujer. La formación de nuevas generaciones, que lo integrarán mañana, está en las manos de las madres de hoy.

Educadora y formadora de conciencias, la mujer es la gran forjadora del porvenir y la gran depositaria de las tradiciones nacionales” (República de Chile, 1974 en ídem).

Pese a que el régimen militar intentó educar a las mujeres, para mantenerlas en una posición de subordinación y dominación, dicha forma de concebirlas fue utilizada como una herramienta de manipulación, a partir de la idea que la madre debería y haría todo lo posible para cuidar a su familia (Ídem). A partir de la violencia y represión policial y militar ejercida por la dictadura, el discurso ideológico propulsado por ellos se dirigió especialmente a las mujeres, pues la consideraban un “potencial freno a la protesta, a la movilización, a la rebeldía tanto suya como de quienes la rodean, ante el temor de perder o ver sufrir a los suyos” (Ídem: 11).

Fue, de cierta forma, ese doble discurso, junto a los altos niveles de cesantía y bajas remuneraciones, lo que llevó a que, durante el periodo dictatorial, muchas mujeres, de diferentes orígenes sociales, económicos y culturales, se reunieran para enfrentar la opresión de la que eran víctimas (Ídem). Una lucha que si bien comenzó como forma de enfrentarse a esta violencia, llegó a constituirse en un movimiento que buscaba “no sólo una negación de la dictadura, sino [en uno] que se proyect[ara] hacia una lucha de profundización democrática que transform[ara] las pautas de dominación en toda la sociedad y, específicamente la subordinación de género, hacia una plena igualdad” (Ídem: 19).

Si bien hoy en día las mujeres han ido tomando cada vez mayor conciencia de sus aptitudes, habilidades y capacidades y pese a que en el mundo público y laboral marcan una presencia importante, siguen estando en una posición de subordinación respecto a los hombres. Aún hoy las concepciones tradicionales respecto a su identidad, asociada ésta al cuidado de los hijos y del hogar, hacen que su participación siga dependiendo de su situación familiar particular (PNUD, 2010); Así “las trayectorias de inserción laboral de las mujeres dependen fuertemente de la forma de las relaciones y negociaciones de género que se establecen en el hogar y en el propio lugar de trabajo” (Op. cit., 2010: 19).

De este modo, en el país siguen vigentes estereotipos tradicionales respecto a los roles de hombres y mujeres: hombres proveedores y mujeres dueñas de casa. Si bien actualmente han surgido nuevas formas de relaciones entre los géneros, el que dichos estereotipos aún sigan vigentes, es consecuencia de los “roles aprendidos y practicados en el hogar de origen” (Ídem: 76).

Pese a que hay un mayor reconocimiento social a la participación laboral femenina, dichos estereotipos siguen marcando una presencia importante en la vida de las mujeres, puesto que, si bien en el ámbito laboral se espera de ellas cumplir con la “imagen de un buen trabajador” (V. Guzmán et al., 1999: 172), se les exige también cumplir a cabalidad con su rol de madre, esposa y dueña de casa (Op. cit., 1999). Ello demuestra que, pese a los diversos cambios ocurridos a nivel cultural, como la mayor aceptación social al trabajo femenino, “la

representación tradicional que define al hombre como proveedor y a la mujer como dueña de casa, sigue teniendo un peso importante en la realidad diaria” (PNUD, 2010: 72).

Como se ha planteado anteriormente, importante ha sido el término género para definir lo masculino y lo femenino. Este concepto es lo que ha permitido “diferenciar los datos de la biología y los culturales a la hora de definir lo que se entiende (...) como hombre y mujer” (S. Montecino, 2004: 21). De allí que ahora, para referirse a las relaciones entre mujeres y hombre, ya no se hable de relaciones entre sexos, sino de relaciones de género, ya que eso permite comprender las variadas formas en que hombres y mujeres se relacionan en las distintas sociedades (Op. cit., 2004). Como plantea Sonia Montecino (2004), el

“(...) concepto de género nos [ha planteado] una nueva forma de concebir a los sujetos (...) [como] “sujeto múltiple” [donde] cada uno(a) de nosotros (as) experimentará su género de acuerdo a la clase social, a la generación y a su pertenencia étnica (...) [evitando con esto] reducir a las personas (...) y más bien [entenderlas] como un complejo y entreverado cruce de rasgos y pertenencias” (Ídem: 22).

En el ámbito económico también se generaron cambios, con la implementación del sistema económico Capitalista Neoliberal⁶, el cual generó transformaciones en “las tradiciones culturales y sociales, pues significó la construcción de un proyecto de sociedad diferente al que existía con anterioridad” (Frías 1990 en E. Díaz, 1999: 33). La implementación de las “políticas neoliberales provocaron la crisis de la familia, del matrimonio y de las relaciones de pareja, del amor” (J. Gómez, s.f.). El modelo neoliberal terminó con los lugares únicos y exclusivos a los que habían sido relegados hombres y mujeres (Op. cit., s.f.). Se generó un proceso de individuación y una fragilidad de la familia tradicional, expresado “en la caída del matrimonio, el aumento de las separaciones (...) aumento de la convivencia, de la crisis de la paternidad, del aumento de las jefas de hogar, de la caída de la fecundidad” (Ídem: 62).

⁶ Sistema económico orientado al libre juego de la oferta y la demanda, donde el Mercado era controlado, total o parcialmente, por los grupos económicos, los cuales decidían “las necesidades a satisfacer, la utilización de los recursos productivos y los ingresos” (E. Díaz, 1999: 32).

En el caso del ámbito político e institucional, importante fue la presencia de los movimientos feministas en el país, cuya bandera de lucha era terminar con las discriminaciones hacia las mujeres, a fin de conformar una sociedad igualitaria (T. Valdés, s.f.). Terminada la dictadura militar, se generó un periodo oportuno para las mujeres, al instalar la Agenda de Equidad de Género a nivel político y social (Op. cit., s.f.). Así fue como durante el gobierno de Aylwin, se creó el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer (PRODEMU) (Ídem). A medida que avanzó la década, Chile participó de diversas instancias a nivel internacional, tales como, la “VI Conferencia Regional de América Latina y el Caribe para la Mujer”, la “Convención Latinoamericana Para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia Contra La Mujer (OEA)” y la “Convención de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW)”, las cuales influyeron en el cumplimiento de la agenda de género (Ídem). Estas políticas han modificado “el orden normativo institucional, [incidiendo] en la legitimidad simbólica de la igualdad y [mejorando] el equilibrio de género en la distribución de los recursos” (PNUD, 2010: 293).

Si bien lo anterior demuestra que hay una mayor presencia de las mujeres en el ámbito público, con las diferentes limitaciones para conseguir una completa igualdad con los hombres, la representación tradicional de ellas como encargadas de la maternidad, sigue estando latente (Op. cit., 2010). Al respecto es importante establecer que dicha igualdad no refiere a que las mujeres asuman la identidad de los hombres y de esa forma sean iguales a ellos, sino por el contrario, una igualdad que reconozca las diferencias entre ambos (C. Pateman, 1995). Como plantea y critica Carole Pateman en su libro *El contrato sexual* (1995), mujeres y hombres fueron incorporados de distinta manera al ámbito público: las mujeres a partir de su capacidad generadora y reproductora de la vida y los hombres a partir de su capacidad de mantenedores del orden social (Op. cit, 1995). Si bien es cierto que las mujeres poseen una capacidad única -respecto a los hombres-, que es crear vida naturalmente, ello no debe traducirse en una desigualdad al momento de participar del mundo público.

En el ámbito privado la división sexual sigue presente, pues las tareas domésticas siguen recayendo, mayoritariamente, en las mujeres, demostrando que esta práctica sigue estando

“profundamente asentada en la vida cotidiana” (PNUD, 2010: 128). Para las mujeres ello les significa asumir una doble jornada de trabajo, generándose una tensión entre su rol como trabajadora y el rol de madre al que tradicionalmente han sido asociadas (ídem), por tanto ¿de qué forma las mujeres equilibran hoy en día esta doble jornada de trabajo que socialmente les ha sido asignada: el trabajo y la maternidad?

De la participación laboral femenina, las áreas en las que más se concentran, son salud y educación, tal como demuestra el siguiente cuadro:

Cuadro N° 2: Porcentaje de ocupación femenina según rama de actividad económica, años 2012, 2013 y 2014, a nivel nacional.

Rama de actividad económica	2012	2013	2014
Agricultura, ganadería caza y silvicultura	20,7 %	21,0 %	20,6 %
Pesca	9,3 %	7,1 %	7,6 %
Explotación de minas y canteras	7,4 %	6,6 %	7,2 %
Industrias manufactureras	30,1 %	29,9 %	31,0 %
Suministro de electricidad, gas y agua	18,0 %	19,2 %	20,4 %
Construcción	5,6 %	6,4 %	6,0 %
Comercio al por mayor y al por menor	48,4 %	48,1 %	48,6 %
Hoteles y restaurantes	58,9 %	59,8 %	59,9 %
Transporte, almacenamientos y comunicaciones	15,1 %	17,6 %	17,9 %
Intermediación financiera	52,1 %	52,4 %	52,4 %
Actividades inmobiliarias, empresariales y de alquiler	38,3 %	40,9 %	40,5 %
Administración pública y defensa	40,1 %	38,9 %	38,1 %
ENSEÑANZA	67,7 %	69,0 %	71,1 %
SERVICIOS SOCIALES Y DE SALUD	70,4 %	70,3 %	69,9%
Otras actividades de servicios comunitarios, sociales y personales	49,2 %	48,4 %	47,7 %
Hogares privados con servicio doméstico	83,9 %	83,6 %	83,2 %
Organizaciones y órganos extraterritoriales	52,0 %	24,8 %	29,4 %

Fuente: Cuadro de elaboración propia en base a datos del Instituto Nacional de Estadística (INE).

Como señala el cuadro anterior, desde el año 2012 al 2014, las áreas de Salud, Servicios Sociales y Enseñanza, con excepción de la rama de Servicio Doméstico, son las tres que han concentrado mayor presencia femenina, con un porcentaje cercano al 70%, durante los tres años ya mencionados. El que, pese a la presencia que marcan en las otras diversas áreas, las mujeres sigan concentrándose en estas tres, demuestra cómo la asociación de las mujeres con la maternidad y por consiguiente, con todas aquellas actividades relacionadas con el cuidado del otro, está muy presente en el imaginario y en la identidad de muchas de ellas, la cual puede haber influido en la decisión respecto a qué carrera elegir, demostrando que aún se sigue considerando que hay carreras “típicamente femeninas” (E. Díaz, 1999: 39) y por tanto, un mercado laboral con una connotación sexual. Así lo revela también el siguiente cuadro, referido a la cantidad de mujeres tituladas por área de conocimiento:

Cuadro N° 3: Titulación femenina de pregrado por área del conocimiento años 2012, 2013 y 2014, a nivel nacional.

Área de conocimiento	2012	2013	2014
Administración y comercio	14.488	17.533	19.250
Agropecuaria	1.557	1.774	2.003
Arte y Arquitectura	3.271	4.114	4.134
Ciencias Básicas	704	619	735
Ciencias Sociales	9.791	11.515	12.128
Derecho	2.476	2.390	2.379
EDUCACIÓN	14.580	17.303	17.881
Humanidades	715	749	713
SALUD	19.297	23.485	29.945
Tecnología	6.313	8.198	9.585

Fuente: Cuadro de elaboración propia en base a datos del Ministerio de Educación.

¿Por qué si los contextos históricos, sociales, políticos y económicos han cambiado, las mujeres siguen concentrándose en aquellas carreras denominadas femeninas? ¿es por un tema

de decisión o por imposición social? ¿acaso son carreras que les permiten compatibilizar de mejor forma sus roles de profesionales y madres?

Pese a todos los cambios a nivel social, político, económico y cultural, aún es posible percibir cierta molestia en la sociedad respecto a la idea de mujeres trabajadoras/madres/independientes. Varias pueden ser las razones para explicar la predominancia de las mujeres en estas tres áreas profesionales. Pero si consideramos aquellos postulados que establecen que las mujeres poseerían algo cercano a una esencia femenina, entonces ¿no habría sido acaso aceptada su participación en el mundo laboral y profesional, a partir de la incorporación en áreas en las que siguieran reproduciendo sus aptitudes femeninas de cuidados, enseñanza y preocupación por los otros?

Es debido a la masiva y amplia presencia en las diversas áreas del mercado laboral que las mujeres están teniendo hoy en día, que es necesario conocer la forma en que dicha participación, con las diversas oportunidades y limitaciones que el trabajo otorga, se relaciona con la maternidad, considerada ésta como un ámbito al que tradicionalmente han sido relacionadas (PNUD, 2010). Si bien el que las mujeres ejerzan un trabajo remunerado

“(…) impacta positivamente sobre un conjunto de otras capacidades, desde aquellas objetivas como la formación de capital humano, o el aumento de su capital social, hasta las capacidades subjetivas como el sentimiento de empoderamiento y la capacidad para formular proyectos de vida propios” (Op. cit., 2010: 288),

la familia y la maternidad siguen estando presente en la definición de sus identidades: ¿qué impacto ha generado el trabajo en la vida de estas mujeres profesionales?

A partir de lo anterior, surge la pregunta guía de esta tesis:

¿Qué influencia ha generado el trabajo en la identidad de género de mujeres de entre 35 y 60 años de edad, que se desempeñan en las áreas de salud y educación en la ciudad de San Fernando?

1.1 El objetivo general apunta a:

Conocer la influencia que ha generado el trabajo en la identidad de género de mujeres de entre 35 y 60 años de edad, que se desempeñan en las áreas de salud y educación en la ciudad de San Fernando.

1.2 Los objetivos específicos consisten en:

- Caracterizar el contexto sociocultural en el cual estas mujeres se incorporaron al mercado laboral.
- Identificar dificultades y oportunidades surgidas en las respectivas áreas laborales en que se han desempeñado.
- Conocer las consecuencias generadas en su vida familiar y personal a partir de la incorporación y participación en el mundo del trabajo.
- Determinar cambios en las concepciones culturales respecto al rol de la mujer en la sociedad, diferenciados según su rango etario.
- Conocer el significado que estas mujeres le otorgan al aumento de la participación femenina en el mundo del trabajo.

1.3 Hipótesis de investigación

Tradicionalmente, las mujeres han sido definidas a partir de sus roles reproductivos, de madre y encargada del cuidado de la familia (G. Castellanos, 1995), pero al participar de la esfera pública y del mercado laboral, esto ha ido cambiando.

El trabajo remunerado les ha entregado mayor autonomía e independencia frente a la sociedad. A través de éste, les ha sido posible demostrar que -al igual que los hombres- son individuos capaces de ejercer distintos roles dentro de su comunidad, ampliando los repertorios identitarios tradicionales femeninos que les han sido asignados (X. Díaz et al. 2005).

El trabajo les ha permitido conquistar espacios que tradicional y socialmente han sido considerados como propios del género masculino, constituyéndose además en una herramienta de auto-realización y mejoramiento de su calidad de vida. Pero, ¿ha sido así en las distintas épocas?, ¿qué significado se otorgaba al trabajo femenino durante la década de 1980?, ¿de qué forma cambió dicha percepción en aquellas mujeres que comenzaron a trabajar a fines de la de 1990 y comienzos de la de 2000?

Poco a poco el trabajo ha pasado a ocupar un lugar central en la vida de las mujeres; se ha constituido en un “soporte identitario que permite la realización de proyectos personales, posibilita la construcción de una imagen positiva frente a sí mismo y a los demás, [y ofrecer] la oportunidad de crecer y aprender” (Op. cit., 2005: 38), demostrando la capacidad que éste tiene de reconfigurar la identidad personal y de género que tradicionalmente las ha definido.

2. MARCO TEÓRICO

2.1 Identidad femenina y Género: ¿Qué es ser mujer?

No existe y no es posible hablar de *la mujer* (G. Castellanos, 1995). La mujer es una categoría social y cultural que responde siempre a un sistema cultural y período “histórico particular, demostrando la no homogeneidad de las mujeres” (Moore, 1999).

Siguiendo los planteamientos de Simone de Beauvoir (2011) uno no nace siendo mujer, sino se construye como tal. En palabras de la autora,

“(…) ningún destino biológico, psíquico o económico, define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino” (Op. cit., 2011: 207).

Como plantea Margaret Mead (1973), las diversas conductas asociadas a lo femenino y a lo masculino en las distintas sociedades, responde a “condicionantes sociales (...) y a la forma como estos condicionamientos son determinados culturalmente” (M. Mead, 1973: 308). Pero si bien se han intentado instaurar rasgos propios para hombres y mujeres (Op. cit., 1973), hoy en día no es posible hablar de una femineidad común para todas las mujeres, pues han comenzado a “afirmar concretamente su independencia (...) [además de esforzarse] por forjar un nuevo porvenir” (S. de Beauvoir, 2011: 205).

Como una forma de enfrentar aquellas posturas que hablaban de una esencia femenina a partir de la diferencia sexual, en la década del 70', el feminismo anglosajón comenzó a utilizar el término género, como forma de diferenciar lo biológico de lo cultural y social (Lamas 1986 en M. Lamas, s.f.). El objetivo perseguido por estas académicas, era demostrar que “las características humanas consideradas “femeninas” eran adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse “naturalmente” de su sexo” (Op. cit., s.f. s.p).

Como plantea Sonia Montecino, el término género es lo que permite distinguir lo biológico de lo cultural, “a la hora de definir lo que se entiende como masculino y femenino, o como hombre y mujer” (2004: 21). El género refiere a la construcción social y cultural de las diferencias sexuales (S. Montecino, 2007), demostrando que los atributos dados a mujeres y hombres varían social e históricamente y por tanto las identidades no son estáticas, sino por el contrario, dinámicas (S. Montecino, 2004).

La asociación de las mujeres con el concepto de madre y encargadas del cuidado de sus familias y de la casa, responde al contexto social, cultural e histórico particular dentro del cual se encuentren insertas (H. Moore, 1999). Al ser las encargadas de gestar y llevar en su vientre a sus futuros hijos, se plantea una relación natural y universal entre madre e hijo, lo que las convertiría en las únicas encargadas del cuidado y mantención de su familia y por ende relegadas al espacio doméstico (Op. cit., 1999).

Considerando lo anterior, es válido preguntarse si la mujer puede ser definida sólo a partir de la función biológica de la reproducción. De acuerdo a Linda Alcoff (2002) y siguiendo la línea teórica del Feminismo Cultural, se plantea que la liberación femenina sólo se conseguirá cuando haya una reivindicación de lo que estas mujeres consideran valores feministas: una revalorización de “los atributos femeninos despreciados” (L. Alcoff, 2002: 4) por los hombres. Esta postura habla sobre una esencia natural femenina compartida por todas las mujeres, la cual estaría basada en “nuestro sexo, de donde emanan todas nuestras realidades (...) cual es nuestra verdadera naturaleza” (Daily en Op. cit., 2002: 3).

Para las defensoras de esta postura, ha sido el pensamiento patriarcal el que ha encasillado y limitado a “la biología femenina a sus propias y estrechas especificaciones” (Ídem: 3), a partir de la envidia y temor sentido por los hombres por la capacidad de crear vida de las mujeres (Ídem). Para ellas, “el mundo de las mujeres está colmado de valores y virtudes superiores” (Ídem: 6) a los de los hombres, lo que, según ellas, llevaría a una revalorización de la feminidad de las mujeres (Ídem).

Pero al plantear la idea de una esencia femenina universal, surgen expectativas erróneas sobre lo que debiera ser el comportamiento femenino normal de una mujer (Ídem) y que todas aquellas mujeres que no se sientan identificadas o reflejadas con dichos atributos, no sean consideradas como verdaderas mujeres (G. Castellanos, 1995).

Pero como planteo al comienzo de este capítulo, no es posible hablar de la *mujer*, pues todas aquellas conductas, características e imágenes relacionadas con ella, “tienen siempre una especificidad cultural e histórica” (H. Moore, 1999: 19).

Distinto es lo que plantea la línea teórica del Feminismo Postestructuralista, la que establece la imposibilidad de hablar de una esencia de mujer y de dar una definición única y universal de la mujer (G. Castellanos, 1995). El definir a la *mujer* es estereotiparla, encasillarla, cuando “lo que debemos hacer es admitir la pluralidad, la diversidad, la diferencia entre distintas personas” (Op. cit., 1995: s.p.). Según esta corriente hay que deconstruir las concepciones mentales de mujeres y hombres, ya que son dichas estructuras las que llevan a considerar al hombre como superior a la mujer y todas las discriminaciones que ello conlleva (Ídem).

El problema de esta postura es que al deconstruir permanentemente cada concepción mental sobre mujeres y hombres, es imposible reunir las a todas para una lucha política “si insistimos en que cada mujer puede ser producto de distintas determinaciones, y en que por tanto la categoría “mujer” es una ficción” (Ídem: s.p.). Genevieve Fraisse, en su artículo “El concepto filosófico de género” (2001), habla del origen del término Género y de cómo ha sido utilizado para referirse a los Derechos de las Mujeres, demostrando que a través de él está siendo visualizada la mujer en la sociedad (G. Fraisse, 2001). Si bien utilizar el término género para referirse exclusivamente a las mujeres o a las problemáticas femeninas, por un lado puede generar exclusión y confusión al olvidar la relación constante con el sexo masculino, “desde un punto de vista político es útil, pues conduce al rechazo de términos como el neutro “derechohabiente” o “paciente”, o del masculino neutro englobador “ciudadano”” (M. Lamas, s.f. s.n.), ayudando en el objetivo de conseguir igualdad en la diferencia (Op. cit., s.f.).

No es posible establecer una definición única de mujer, pues “participa de diversos contextos sociales, culturales, políticos y económicos; por lo que su definición y consciencia de mujer dependerá de las distintas actitudes que adopte frente a los contextos que le toque vivir” (G. Castellanos, 1995: s.p.).

Si bien las mujeres trabajan fuera de su hogar y participan del espacio público, aún “se asiste a la reproducción constante de la dupla femenino-doméstico/masculino-público” (S. Montecino, 2007: 160), demostrando que “la identificación de la mujer como la madre, sigue funcionando y gravitando en sus identidades” (Op. cit., 2007: 160).

Pero como establecí al comienzo de este capítulo, ya no se habla de *la mujer* universal y particular, sino del género, pues al ser el género una construcción social, es posible apreciar la diversidad de elementos que configuran las identidades femeninas y masculinas (Ídem). Ello demuestra que “el ser femenino o masculino estará atravesado por otras categorías sociales que especificarán sus vivencias de género (...) [y que] supondrán un determinado posicionamiento, ya sea en la familia, en el trabajo, o en los vínculos interpersonales” (Ídem: 168).

Lo anterior demuestra que la identidad de las personas se construye a través de un proceso de identificación y diferenciación, donde las identidades de género “remitirán siempre a un doble movimiento (...) el de la diferencia y el de la igualdad” (Ídem: 169). Todo esto remite a la idea de sujetos múltiples (Ídem), demostrando que, pese a que los individuos se construyen a sí mismos continuamente, “la diferencia sexual como estructurante psíquico” (M. Lamas, s.f.: s.p.) ocupa un lugar central en su proceso de identificación (Op. cit., s.f.).

Marta Lamas, en su artículo “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género” (s.f.), ha planteado que “la cultura marca a los seres humanos con el género y el género marca la percepción de todo lo demás: lo político, lo religioso, lo cotidiano” (Ídem: s.p.). Establece que la identidad genérica es una construcción cultural e histórica, a partir de lo que cada cultura considera como femenino y masculino y que dicha identidad se diferencia de, valga la redundancia, la identidad sexual, en que ésta “no cambia (...) [y] es resultado del

posicionamiento imaginario ante la castración simbólica y de la resolución personal del drama edípico” (Ver Brennan 1992 en Ídem: s.p.).

Como plantea Sonia Montecino (2004), el término género refiere al “permanente vínculo (...) entre los términos femenino y masculino (...) [donde] las relaciones entre hombres y mujeres son sociales” (S. Montecino, 2004).

Al ser el género un elemento constitutivo de las relaciones sociales, ha permitido comprender de mejor manera las distintas formas en que hombres y mujeres se relacionan “según sociedades y épocas históricas” (M. Barrig, 2004: 6). Como la segunda mitad del siglo XX ha estado marcada por la inserción de la mujer en la vida pública a partir de “los reconocimientos hacia su lugar de poder en la sociedad y también debido a la identificación del trabajo y la sexualidad como esferas integrantes de poder” (A. Stiven, 2013: 7), la inclusión del término género, ha llevado a la generación de relaciones más igualitarias entre mujeres y hombres, transformándose en un

“(...) desafío cultural que no solamente asumieron las propias mujeres sino también el mundo masculino, influidos ambos por la comprensión creciente del concepto de democracia hacia igualdades y libertades políticas, pero también sociales, para sectores tradicionalmente excluidos del debate, entre ellos, la mujer (...)” (Op. cit., 2013: 7).

2.2 Identidad femenina en Chile

Para estudiar la identidad femenina en la sociedad chilena, consideré el estudio de la Huacha realizado por la antropóloga Sonia Montecino (2007). Esta autora establece que a partir del proceso de mestizaje entre los españoles e indígenas ocurrido en el país, se configuró una nueva relación familiar. Dicha relación habría estado marcada por la imagen de una madre presente, padre ausente e hijos “ilegítimos” o “huachos”, donde lo femenino habría sido valorado en oposición a lo masculino. La madre, lo materno, fue el símbolo del orden familiar, mientras que lo masculino símbolo del orden social. Al considerar lo femenino como “fundante del orden primario” (S. Montecino, 2007: 184), se generó un “dominio de lo

femenino (...) donde la mujer-madre es depositaria y dueña del origen y de la reproducción” (Op. cit., 2007: 184), lo que produjo en las “hijas-huachas” “una identidad de género no problemática y un sitio de dominio, aunque no necesariamente de prestigio” (Ídem: 184).

El proceso de mestizaje dio origen a relaciones de género muy particulares (mujeres como las fundadoras del espacio doméstico y los hombres del espacio social), las que si bien se han transformado en las distintas épocas históricas, generando, por ejemplo, cambios en las identidades de las mujeres, aún se mantienen ciertos elementos, destacando el “símbolo Madre”, demostrando que la maternidad aún sigue vigente en la construcción identitaria femenina (ídem). Se produce una exaltación de lo materno, lo que ha generado que lo femenino siga siendo entendido a partir de la capacidad de las mujeres de engendrar vida, “dibujando permanentemente la figura de la madre presente y el padre ausente como correlatos de lo femenino y lo masculino” (Ídem: 212).

Pese a que las mujeres hace bastante tiempo han dejado el espacio de la casa, de lo doméstico, para ocupar y participar del ámbito público, la asociación con la maternidad no les ha hecho fácil ésta incorporación (Ídem, 2007). Se incorporaron a un mundo público que valoraba a la madre y a su poder dentro de la casa y no en la calle, a un espacio desigual y un “sistema de valores donde lo doméstico es devaluado (...) y en un esquema de pensamiento que segrega a lo femenino a haceres que son prolongaciones de su “esencia”” (Ídem: 212). Ello ha significado una desvalorización de los trabajos realizados por las mujeres, además de recibir salarios menores a los de los hombres (Ídem).

Pese a esto, han aumentado su participación en el mercado laboral, asumiendo otras identidades (más allá de su identidad de madre), como trabajadoras, profesionales y sujetos de poder político, lo que ha generado cambios en las relaciones de género. Como plantea Sonia Montecino (2007) se “ha producido una interpelación a las relaciones conyugales y a las identidades masculinas concebidas como “jefe de hogar” o como “proveedor”” (Op. cit., 2007: 205), originándose una “re-significación de las viejas prácticas del dominio masculino” (Ídem: 219), lo que no es más que la respuesta de los hombres ante la pérdida de su autoridad y poder, denominando la autora a dicho proceso, Neomachismo (Ídem).

La participación de las mujeres en el espacio público ha generado cambios y tensionado su identidad tradicional (Ídem). Por un lado se las valora como dadoras de vida y encargadas de lo doméstico, pero por otro, ellas desean realizarse en otros ámbitos y demostrarse a sí mismas, como a su entorno, que pueden ejercer distintos roles más allá del de madre (Ídem). Una identidad relacional y una identidad posicional (Ídem). Una identidad relacional, en la cual las mujeres siempre han sido definidas en tanto “hija de”, “madre de”, “esposa de” y una identidad posicional según la cual desean tener una identidad definida por el estatus en cuanto “trabajadora”, “profesional”, “política”, entre otras (ídem).

Para graficar esa tensión es que la antropóloga Sonia Montecino ha propuesto la imagen de la huacha

“(…) ya no en el sentido de una ilegítima al interior de las estructuras del parentesco (…) sino de una sujeto que comienza a interrogarse por la igualdad, abarrancada en un sistema social fracturado, donde las diferencias entrañan iniquidades, desventajas y discriminaciones” (Ídem: 213).

Una mujer que participa del mundo público, pero que lo hace asediada por la sensación de estar en un espacio ajeno al de ella, debido a que aún hoy se las sigue valorando desde la maternidad, “legitimando la identidad desde lo generatriz” (Ídem: 212).

Teresa Valdés -citando a Anthony Giddens- establece que, si bien puede haber elementos identitarios comunes a mujeres y hombres chilenos, una especie de mandatos sobre la forma de ser mujeres y hombres, “estas expectativas se dan de modos diferentes (…) para habitantes de sectores rurales y urbanos, para diversas etnias y para las distintas generaciones” (T. Valdés, s.f: 1).

Esta autora reconoce los cambios que se han producido en las mujeres a lo largo del tiempo: su reconocimiento como ciudadanas, su participación en el mercado laboral y en la vida política del país, una disminución en la tasa de fertilidad, entre otros. En conclusión, una

“(…) búsqueda de mayor autonomía (…) [que a partir de] la nueva posición de la mujer en la sociedad, han impulsado la flexibilización de los roles al interior de la pareja (…) [llevando] a la redefinición de la identidad femenina y masculina en la sociedad” (Op. cit., s.f.: 2).

Teresa Valdés (s.f.) establece que la implantación de la modernidad en la sociedad chilena, les ha otorgado mayores opciones de construcción identitaria a los sujetos; mientras

“(…) en el modelo tradicional hombres y mujeres disponen de patrones claros de identificación, sus propias identidades están dadas, no existiendo dudas respecto a quiénes son y a donde van. La individualización y subjetivación implicada en la modernidad, exige a los individuos construir su propia identidad en un mundo complejo que les ofrece múltiples opciones, lo que genera mayor libertad y por lo tanto diversidad de cursos de acción, pero también produce incertidumbre” (Giddens 1991 en Ídem: 3).

Actualmente el modelo tradicional, según el cual la identidad femenina se centraba en la maternidad y el matrimonio, ha sido desplazado por uno en el cual la identidad “se caracteriza por la búsqueda de la realización personal, donde el trabajo adquiere un lugar fundamental” (Ídem: 8). Si bien la maternidad sigue presente en la vida de las mujeres, ha sido redefinida, al ya no ser concebida como una obligación, sino como un “dominio placentero de realización” (Ídem: 8), una opción libre de cada mujer (Ídem).

Si bien es innegable que las mujeres han logrado conquistar nuevos espacios, dicha ocupación no ha significado una igualdad con los hombres. Las mujeres aún siguen siendo consideradas como las únicas encargadas de la casa, de la familia y de la reproducción (S. Montecino, 2007): “En la medida que no deconstruyamos las bases en que se asientan las dominaciones de unos sobre otros será imposible alcanzar la igualdad entre los géneros” (Op. cit.: 222), ya que “las diferencias sexuales, simbolizadas y socializadas a través de los sistemas de género construyen, en la base de todas las culturas, las relaciones de poder (de igualdad, complementación o desigualdad) (idem: 245).

Pero los cambios ocurridos en la identidad de las mujeres, han generado un “reacomodo de los hombres en el espacio privado” (X. Valdés & C. Godoy, 2008: 79), expresado en las distintas formas en que hoy en día se está entendiendo la paternidad (Op. cit., 2008).

Con el impulso de los movimientos emancipatorios de las mujeres iniciados en los años 60', se generó una ruptura gradual del desequilibrio de poder entre los hombres y mujeres, originándose un nuevo modelo de familia democrática, al limitarse la autoridad unilateral del padre (Ídem). Si bien en el caso chileno la implementación de las diversas leyes y normas que han buscado limitar esta autoridad paterna, ha sido lenta, la dominación masculina y el poder ilimitado de los hombres, han sido y siguen siendo, objeto de sanción penal y regulación pública (Ídem).

Hoy en día, como resultado de diversos cambios culturales, han surgido nuevas imágenes del padre y diversas formas de ejercer la paternidad, caracterizados por ser padres jóvenes, cercanos a sus hijos, participando del parto, colegio y actividades recreativas, diferenciándose de la imagen autoritaria, alejada, del padre de la sociedad salarial (Ídem). Lamentablemente, dichas imágenes aún no abarcan la totalidad de todo lo que significa la crianza y cuidado de los hijos (Ídem). Aunque los hombres se han involucrado más en el cuidado de los hijos, generando relaciones más cercanas con ellos, esto no ha significado una “democratización [total] de la vida privada” (84), pues las mayores responsabilidades de las labores del ámbito doméstico y de crianza, siguen recayendo en las mujeres (Ídem).

Un factor que ha influido en la falta de democratización de la vida privada, han sido las resistencias que las mismas mujeres les han puesto a los hombres en la participación de las tareas domésticas. A las mujeres aún hoy les cuesta delegar el control de la casa a los hombres, lo que “contribuye al mantenimiento de la esfera doméstica y de cuidado y crianza en la órbita femenina e interfiere en la construcción del lugar para el nuevo padre” (Ídem: 86), demostrando como aún se siguen reproduciendo comportamientos tradicionales (Ídem).

Independiente de la falta de democratización de la vida privada, es innegable que hoy en día se ha producido una redefinición del lugar del padre dentro de la familia y de la paternidad

(Ídem). Los padres de hoy se distinguen de sus progenitores en el sentido de que ya no son únicamente el “Señor gana pan” que caracterizó al padre de la sociedad industrial” (Ídem: 92), pues ahora, además de aportar en el sustento económico, desean tener relaciones más cercanas, afectivas con sus hijos (ídem). Este nuevo modelo de paternidad, es un “modelo tradicional reinventado” (105), donde se sigue manteniendo una concepción de la familia con roles diferenciados,

“(…) con un proyecto de vida orientado por el fortalecimiento de la familia-institución dentro de lo cual la adscripción religiosa es lo que sostiene a este padre tradicional, pero muy presente en el gobierno y fortalecimiento de la familia, lo que implica una madre en la casa” (Ídem: 106).

Es decir, un padre que mantenga los valores familiares y que tenga una relación más afectiva con sus hijos pero que, a nivel de distribución de tareas hogareñas, son las mujeres las que siguen haciéndose cargo mayormente de ellas (Ídem).

Lo anterior demuestra cómo los cambios generados en las mujeres, junto a la nueva forma de concebir la infancia, a los hijos, es decir, ya no como sujetos pasivos, sino como sujetos con voz, generaron cambios en la forma de concebir la paternidad, demostrando que, si bien los padres se han involucrado más en la vida de los hijos, a nivel de tareas domésticas, éstas siguen recayendo principalmente en las mujeres (Ídem).

2.3 ¿Por qué la mujer ocupa un lugar inferior?

La mujer universalmente ha sido considerada como un ser inferior (S. Ortner, 1979). A partir de la diferencia sexual entre hombres y mujeres se han generado distintos sistemas de representación, donde a la mujer se la ha otorgado un lugar inferior en la sociedad, siendo “un hecho de observación general la dominación social del principio masculino” (F. Héritier, 1996: 24).

Cada sociedad posee un sistema cultural particular dentro del cual se ha generado una desvalorización cultural de las mujeres (S. Ortner, 1979). La autora Sherry Ortner (1979) ha intentado explicar el por qué de ello.

A partir de la utilización de la Naturaleza y Cultura como categorías conceptuales, Ortner (1979) establece que la inferioridad otorgada a las mujeres se relacionaría con la asociación “mujer=naturaleza” y “hombre=cultura”, donde la cultura estaría asociada con “la noción de consciencia humana o con los productos de la consciencia humana (...) mediante los cuales la humanidad intenta asegurarse su control sobre la naturaleza” (Op. cit., 1979: 6).

La cultura desea trascender la humanidad, crear, controlar, por tanto si seguimos dicho argumento junto con el de la asociación de las mujeres a la naturaleza, puede ser considerado como natural el deseo de subordinarlas (Ídem, 1979). Pese a reconocer que las mujeres también participan de la cultura, su aporte sigue siendo desvalorizado y vistas como “más enraizadas en la naturaleza” (Ídem: 8).

Por su función reproductora como encargada de la gestación y cuidado de sus hijos y por un lazo socialmente asignado y aceptado entre madre e hijo, ha sido considerada como más próxima a la naturaleza que a la cultura, siéndole asignado un lugar intermedio entre ambos (Ídem). Un lugar intermedio porque, al igual que los hombres, es un ser pensante que “genera, comunica y manipula símbolos, categorías y valores” (Ídem: 11), por tanto participante de la cultura (Ídem).

Pero la capacidad biológica de la mujer de engendrar vida, la condenó al ámbito de la reproducción -al crear de forma natural- mientras que el hombre, al no poder producir vida de esa manera, debió buscar formas de generar y producir artificialmente mediante el uso de la tecnología, creando “objetos relativamente duraderos, eternos y trascendentes, mientras que la mujer sólo crea algo perecedero, seres humanos” (Ídem: 10).

Como mencioné anteriormente, la mujer se encuentra en un espacio intermedio entre la naturaleza y la cultura, ya que si bien es cierto que ella posee la capacidad de crear

naturalmente, realiza un aporte muy importante a la cultura, al ser la encargada de la primera socialización de los niños (Ídem). Ella es quien les enseña los hábitos y las normas de conducta que les permiten incorporarse de la mejor forma a la sociedad (Ídem).

Lamentablemente, su aporte sigue siendo desvalorizado y considerado inferior al realizado por los hombres, pues, si bien las mujeres “llevan a cabo conversiones de la naturaleza a la cultura (...) cuando la cultura se diferencia a un nivel superior de las mismas funciones, este nivel superior se restringe a los hombres” (Ídem: 16), por tanto las mujeres siguen estando en un lugar inferior (Ídem).

Otra forma de entender el lugar inferior al que históricamente han sido relegadas las mujeres, es a través de lo que Hernando (2005) ha denominado como las Actividades de Mantenimiento, refiriéndose a los vínculos sociales que permiten “construir las redes de supervivencia física y psíquica que sostienen al grupo” (A. Hernando, 2005: 117).

Para esta autora, hay un fenómeno presente en toda estructura cultural, que sería la capacidad del ser humano de comprender (aunque negar) “su elemental insuficiencia frente al universo en el que vive” (Op. cit., 2005: 116). Esto lo llenaría de angustia, lo que lo habría llevado a desarrollar dos mecanismos para neutralizar esa sensación (Ídem). Estos serían la vinculación al grupo de pertenencia, a fin de reforzar su identidad y la elaboración de discursos de legitimación que crearían la idea que una sociedad es mejor que otra, pues “todos los grupos humanos piensan que ellos son los únicos que van a sobrevivir, porque les protege de algo que ellos conocen y los demás no” (Ídem: 117).

En las sociedades actuales, con toda la complejidad social y tecnológica, prima una identificación individual de los sujetos, a partir de la capacidad que algunos hombres esgrimieron de “encontrar seguridad en su propia capacidad de entender y controlar el mundo” (Ídem: 124), dejando de lado el lazo social con el grupo de pertenencia (Ídem). El problema de esto, es que el individuo no puede controlar el mundo separado del grupo, pues él mismo es consciente de que es un fenómeno más dentro de toda la realidad universal y por tanto necesita de los lazos con el grupo social (Ídem). Pero reconocer esto, “pondría en evidencia que el tipo

de individualidad que han construido los hombres no es independiente, ni por tanto, operativo sin ayuda” (Ídem: 128), deslegitimando todo el proceso de individualización (Ídem). Para lograr mantener la idea de independencia, autosuficiencia e individualidad masculina, es que surgieron las actividades de mantenimiento, las que refieren a los mecanismos que

“(…) han sostenido los vínculos del grupo, posibilitando que, a pesar de la individualidad que los hombres iban construyendo, éstos no perdieran la sensación de pertenecer a una unidad más fuerte y más grande que ellos mismos, evitando así la angustia que la conciencia de su pequeñez les habría generado” (Ídem: 127).

Como el discurso legitimador radicaba en resaltar la individualidad de los sujetos, todos aquellos mecanismos que demostraran que el individuo necesitaba del grupo social, debían ser ocultos (Ídem). Al ser las mujeres las encargadas de mantener dichos mecanismos, fueron igualmente ocultas, invisibilizadas, demostrando que, si bien eran relegadas a ocupar un lugar inferior dentro de la sociedad, ejercían un rol fundamental en la mantención y preservación del grupo social (Ídem)

Otro argumento utilizado para explicar la inferioridad de la mujer, es aquel que establece la existencia de una psique femenina, defendido por Chodorow (S. Ortner, 1979). Según este argumento habría una personalidad femenina universal, la que se caracterizaría por tender hacia “los pensamientos, cosas y (...) hacia el personalismo y particularismo” (Op. cit., 1979: 17). Una personalidad diferente a la masculina y que sería consecuencia de la estructura familiar que ha hecho de las mujeres las únicas encargadas del cuidado y primera socialización de los hijos (Chodorow s.f., en Ídem). Esa primera socialización se caracterizaría porque tanto las niñas como los niños se identificarían difusamente con la “personalidad general, (...) rasgos de comportamientos, (...) valores y actitudes” (Chodorow s.f.: 51 en Ídem: 17) de la madre, para luego terminar de identificarse con la madre y el padre según corresponda (Ídem).

Mientras el niño se identifica con el padre, la identificación de la niña con la madre -que se inició durante la infancia- se mantiene en el tiempo, mientras aprende el “rol femenino” (Chodorow s.f., en Ídem: 18). Identificarse y aprender el rol de la madre,

“(…) prepara a la chica para su posición social (…) [y para] instalarse en el mundo de las mujeres, que se caracteriza por la poca diferenciación del rol formal (Rosaldo, p. 29) y que vuelve a presuponer, durante la maternidad, la “identificación personal” con sus hijos” (Ídem: 18).

La personalidad femenina caracterizada por generar relaciones más cercanas y directas entre los individuos “aunque desde un punto de vista puede parecer infracultural, está al mismo tiempo asociado con el nivel más alto del proceso cultural” (Ídem: 19). Ello porque produce unión, comunión entre los miembros del grupo social, generando un “sentimiento de unidad moral última para todos sus miembros” (Ídem: 19).

Esa desvalorización casi universal de las mujeres, es resultado de una construcción social y cultural, a partir de las características físicas, biológicas y psicológicas de ella. Todo ello la ha llevado a ocupar un lugar inferior en la sociedad y esa aproximación a la naturaleza, ha sido “incorporada en formas institucionales que [siguen reproduciendo] su situación” (Ídem: 23) de desigualdad.

La autora Francoise Héritier denomina a esa desigualdad e inferioridad de las mujeres, Valencia Diferencial de los Sexos (1996). Esta autora establece que la diferencia biológica, sexual entre mujeres y hombres, se ha utilizado para generar distintos sistemas de representación y pensamiento social, donde la valencia diferencial las habría relegado a un lugar inferior. Héritier (1996) define la valencia diferencial de los sexos como una “relación conceptual orientada, si no siempre jerárquica, entre lo masculino y lo femenino, traducible en términos de peso, temporalidad (anterior/posterior) y valor” (F. Héritier, 1996: 23), y que explicaría la prevalencia de lo masculino por sobre lo femenino. (Op. cit., 1996).

Héritier establece que ésta valencia diferencial dependería del cuerpo de la mujer, pues como ella misma plantea “la matriz de la valencia diferencial de los sexos (…) estaría, por tanto, inscrita en el cuerpo, en el funcionamiento fisiológico” (Ídem: 25). Los hombres desearían controlar aquello que no pueden realizar de forma natural, es decir, la reproducción biológica (Ídem). Como plantea Katerina Tomasevski (s.f) “el papel reproductivo de la mujer (…) las hace vulnerables a una serie de prácticas discriminatorias que se originan en la percepción de

las mujeres como instrumentos para la reproducción y el cuidado de los hijos” (K. Tomasevski, s.f.: s.p.).

Según los planteamientos de Hérítier (1996), la valencia diferencial de los sexos formaría parte de la estructura social. Según Levi-Strauss, la sociedad estaría organizada a partir de: la prohibición del incesto, la diferenciación sexual de las tareas y el reconocimiento de una forma particular de unión sexual. A este argumento, la autora agrega la valencia diferencial de los sexos.

Estos cuatro pilares complicarían alcanzar una completa igualdad entre mujeres y hombres, puesto que, si bien las mujeres pueden participar de ámbitos más allá del que tradicionalmente se les ha asignado (espacio doméstico), seguiría habiendo un “ámbito masculino reservado” (Op. cit, 1996: 27).

La autora establece que si bien cada sociedad posee rasgos culturales y sistemas de parentesco particulares, en ninguno de esos diversos sistemas las mujeres se encuentran en una posición de dominación (Ídem). Los sistemas de parentesco realizan “una manipulación simbólica de la realidad” (Ídem: 64), donde, a partir de la existencia de un lenguaje dualista, se establece la existencia de un sexo mayor y un sexo menor (Ídem). Un lenguaje de la ideología que explicaría la relación entre los sexos y funcionamiento de las instituciones sociales (Ídem).

Esta autora establece que cada sociedad “se forma una idea especial de lo que corresponde a lo humano y a lo que no, y construye un orden de cosas en cuyos límites se desarrolla la vida social” (Ídem: 119). Un orden necesario a fin de asegurar la reproducción social, a través de una relación de cooperación y distribución de las tareas; “distribución de las tareas en razón del sexo es, así, el punto que hace de la unión de hombre y mujer algo indispensable para el bienestar de los dos y para la supervivencia de la sociedad” (Ídem: 245).

Como la reproducción social es vital para la subsistencia en el tiempo, se hace necesario reglamentar, a través de “reglas de filiación (...) los derechos y deberes del individuo” (Ídem: 251).

En todas las sociedades, “la diferencia entre los sexos se traduce ideológicamente a un lenguaje binario y jerarquizado [donde] solo se valora a uno de los dos polos” (Ídem: 206). En la sociedad occidental, se ha generado un discurso ideológico que ha justificado la supremacía masculina por sobre lo femenino, el cual ha sido inculcado desde la infancia y construido sobre categorías binarias (Ídem). Un “discurso simbólico [que] legitima siempre (...) el poder masculino, aunque sea en razón de las iniciales violencias míticas que las mujeres habrían hecho sufrir a los hombres (...) o en razón de la imposibilidad “natural”, biológica, que ellos tienen de acceder al rango superior, el del hombre” (Ídem: 222).

Francoise Héritier, en su libro *Masculino/femenino. Disolver la jerarquía* (2007), estableció que, la jerarquía que ha llevado a los hombres a ocupar un lugar superior en la relación con las mujeres, es consecuencia de su capacidad fecundadora (F. Héritier, 2007). Como las mujeres son las únicas que poseen la capacidad de tener hijos, e hijos de distinto sexo, es decir, reproducir lo diferente -los hombres-, esa situación fue considerada por el sexo masculino como un privilegio, donde, al tener que necesitar de las mujeres para poder reproducir a sus idénticos, la única forma que ellos encontraron de asegurarse de tener a esos otros idénticos, fue a través del control del medio a través del cual nacen estos sujetos, vale decir, las mujeres (Op. cit., 2007): “necesidad de los hombres de mantener en relación de dependencia a la materia o el vehículo necesario para reproducir al idéntico [un] desposeimiento [que] se muestra como una apropiación conceptual, simbólica y social a la vez” (Ídem: 120).

Si las mujeres han sido sometidas a la autoridad de los hombres, ello no ha sido consecuencia de la diferencia sexual, de la posesión de su sexo femenino, sino por el “privilegio de la fecundidad y de la reproducción de varones” (Ídem: 128).

La autora Carole Pateman (1995), a partir de la teoría del contrato, ha intentado explicar el por qué del lugar inferior al que han sido relegadas las mujeres en la sociedad. El contrato siempre ha generado relaciones de dominación y subordinación “al descansar sobre una concepción del individuo como propietario de su propia persona, o individuo pasivo” (Op. cit., 1995: X).

El contrato original supone libertad y dominación; la libertad de los hombres y dominación de las mujeres, creada “a través del contrato original [donde] el carácter de la libertad civil no se puede entender sin la mitad despreciada de la historia, la cual revela como el derecho patriarcal de los hombres sobre las mujeres se establece a partir del contrato” (Ídem: 11).

El contrato es lo que establece las relaciones sociales, desde un punto de vista masculino, donde “las mujeres son el objeto del contrato [y donde] el contrato (sexual) es el vehículo mediante el cual los hombres transforman su derecho natural sobre la mujer en la seguridad del derecho civil patriarcal” (Ídem: 15), explicado todo a partir de la diferencia sexual entre hombres y mujeres (Ídem).

La historia del contrato es la historia del origen de la sociedad civil, pero una sociedad construida en términos de la masculinidad ya que, al no poder crear los hombres vida de forma natural (como si lo hacen las mujeres), crean artificialmente, de forma racional, vida política (Ídem).

Una forma de entender por qué las mujeres son quienes se encuentran en un lugar inferior y no los hombres, es a partir de los postulados de Rousseau (Ídem). Según este autor, la vida social se originó con la familia patriarcal, donde, a partir de la diferencia sexual, la mujer ha quedado en una situación de subordinación respecto a los hombres (Ídem). Rousseau plantea que el desarrollo de las diferencias sexuales ha sido simultáneo al desarrollo de la “razón, el lenguaje y las relaciones sociales” (Ídem: 137) y lo que ha generado, valga la redundancia, diferencias en el modo de vida de mujeres y hombres: una moralidad diferente para cada sexo (Ídem). La moralidad de las mujeres estaría caracterizada por la presencia de deseos ilimitados incontrolables por ellas mismas y que por tanto no les permitiría desarrollar la moralidad para participar de la sociedad civil y que si poseerían los hombres (Ídem). Si bien los hombres “tienen pasiones también, (...) pueden usar su razón para dominar su sexualidad y así sobrellevar la creación y sostenimiento de la sociedad política” (Ídem: 137).

Al carecer las mujeres de la capacidad necesaria para controlar sus pasiones, su deseo sexual, “son la fuente perpetua del desorden” (Ídem: 138), por lo que deben ser sometidas a la

voluntad de los hombres y donde esa propensión al desorden, es lo que les impediría participar de la vida política (Ídem). Similar es lo que planteó Heritiér (2007), respecto a las pulsiones sexuales de hombres y mujeres, donde, a fin de tener una sociedad viable, es necesario controlar algunas de ellas. Si bien ambas pulsiones han sido reconocidas y legitimadas, han sido únicamente las pulsiones masculinas las que han sido consideradas para la organización social; en palabras de la autora, “la disposición del mundo (...) todo está en función de la realización, sin grandes obstáculos, de las pulsiones masculinas adultas” (Op. cit., 2007: 257). Las mujeres han sido consideradas peligrosas para la mantención del orden social, además de dispuestas para el placer de los otros, donde la necesidad del respeto como parte de la identidad de las personas, ha sido negada cuando se considera a las mujeres como meros cuerpos para la satisfacción de los hombres (Ídem).

Rousseau utiliza la historia del “Emilio” para explicar las diferencias entre mujeres y hombres y el rol que le corresponde a cada uno (C. Pateman, 1995). Emilio es educado para aprender a controlar sus pasiones y convertirse en “amo de sí mismo (...) [a fin de] contribuir a la creación del orden civil” (Op. cit., 1995: 138). Emilio desea casarse con Sofía, pero para ello debe aprender “todo lo relativo a la ciudadanía antes de que se le permita conocer las delicias de ser esposo” (Ídem: 138). Debe aprender todo lo necesario para “ganar la batalla de los sexos y convertirse en el amo de Sofía” (Ídem: 138), pues ha sido la naturaleza la que le ha otorgado supremacía sobre las mujeres (Ídem).

Por otro lado, Sofía ha sido educada para “inculcarle modestia, limpieza y hacerla grata al varón” (Ídem: 139), ya que para que el hombre sea un buen ciudadano y pueda participar de la vida cívica y política, requiere de una buena esposa que le obedezca y que “mantenga el orden de la esfera que es el fundamento natural de la vida civil” (Ídem: 139), es decir, la familia (Ídem). El mundo de la mujer es la familia y la casa y si ella decide no seguir obedeciendo a su esposo, si despreocupa sus labores allí, pone en peligro a la sociedad civil (Ídem). Sólo si el hombre mantiene el orden en su casa, en la familia, podrá ser un buen ciudadano y encargarse de la vida política de la sociedad (Ídem). Por eso ambos sexos deben estar separados en todos los ámbitos de la vida: “los hombres deben tener su propia vida social y sus clubs políticos de

modo que puedan educarse a sí mismos políticamente y reforzar su ciudadanía, fuera del alcance de las mujeres y de sus debilidades a influencia subversiva” (Ídem: 140).

Para conseguir igualdad entre mujeres y hombres, es importante terminar con la idea de la satisfacción masculina a cualquier precio y el consecuente control que los hombres deben ejercer sobre las mujeres, para mantener el orden social (F. Héritier, 2007). Es importante reconocer la diferencia entre los cuerpos de hombres y mujeres, donde ésta deje de usarse en “detrimento de las mujeres (...) [pues] son individuos dotados por la ley de los mismos derechos que los hombres a acceder al saber, a una vida profesional elegida y a una vida pública asumida” (Op. cit., 2007: 316).

La desigualdad y jerarquía presente en el mundo público y laboral, es reflejo de lo ocurrido en el ámbito privado del hogar, por tanto para terminar con estas formas desiguales de relación, es importante generar cambios en dicho espacio, lo que “implica no sólo la voluntad de los poderes públicos sino también la vigilancia y la buena voluntad de los individuos de ambos sexos” (Ídem: 325).

Si bien las mujeres han sido relegadas, a un lugar inferior, estando bajo la dominación de los hombres, cuando ellas accedieron a la anticoncepción, ello les permitió comenzar a luchar contra esa opresión, a fin de alcanzar una mayor igualdad con el sexo masculino, generándose de esta forma, una nueva relación entre “las categorías de lo masculino y lo femenino” (Ídem: 211). A través del empoderamiento de su fecundidad, ésta se convirtió en la “palanca de un cambio mayor para toda la humanidad” (Ídem: 217).

Finalmente cuando se genere un cambio de visión tanto en hombres como en mujeres, será posible generar cambios reales en pro de una igualdad genérica, puesto que ese cambio, hará “tambalear la visión del mundo arraigada en nuestras mentes” (Ídem: 172).

2.4 Feminismo en Chile

A continuación se presenta una breve recopilación histórica de los movimientos feministas en Chile, a fin de comprender de mejor forma cómo la salida de las mujeres del espacio privado de la casa, junto a su participación pública, social y política, se transformó en una problemática social, a partir del impulso realizado por estos movimientos.

Un factor importante para comprender las razones del por qué de la subordinación femenina, han sido los movimientos feministas (M. Barrig, 2004). De acuerdo a las feministas chilenas, las mujeres han conocido la historia general y la historia de la política, a partir del relato de los hombres (J. Kirkwood, 1982). Ello ha significado que la conciencia política que ellas han conseguido, ha sido “a través de ideas, acciones y organizaciones constituidas por el poder y la cultura masculina y en sus términos” (Op. cit., 1982: 2).

Como las mujeres han vivido a través de normas masculinas, han sido visibilizadas en la sociedad en sus términos (Ídem). Pero esa visibilización ha sido más una invisibilización de sus logros, olvidando que cada uno de ellos ha supuesto luchas y resistencias, ya que, como plantea Michel Foucault (1981 en Ídem): “toda situación de poder conlleva intentos de contra poder, todo esfuerzo por imponer una determinada legalidad, coexiste simultánea y automática con una o varias “ilegalidades”. De esta forma, para mostrar cómo las demandas feministas han generado la transformación de un grupo social en sujeto, es necesario dar a conocer esa contraparte, ese contrapoder (Ídem).

La primera etapa del feminismo en Chile, abarcó desde 1900 a 1949 (Ídem). Durante este periodo se crearon las primeras instituciones femeninas que participaron de actividades y reuniones a nivel internacional y nacional, donde, si bien no todos los grupos eran sufragistas o feministas, cada uno de ellos buscaba reivindicar un aspecto del feminismo, tales como educación, cultura, política, entre otros. (Ídem). Uno de estos grupos, fue el Círculo de Lectura de Señoras (1915) y el Club de Señoras (1916) -que surgió del primero-, el cual estaba compuesto por mujeres de clase alta, donde su preocupación principal era la ignorancia de ellas mismas como de sus hijos (Ídem). Tanto estos grupos como los Centros Belén de Zárrega

(1913), fueron conscientes de la “universalidad” de la opresión de la mujeres (...) [lo que llevó a un] cuestionamiento a lo establecido y una identificación de lo establecido con el dominio masculino” (Ídem: 19), siendo ejemplo de dicho cuestionamiento, el primer proyecto sobre derechos civiles y políticos de la mujer, presentado en 1919 (Ídem).

Otra característica del feminismo chileno de esta época, fue la asociación con “características mesiánicas” (Ídem: 19), surgiendo una especie de “feminismo moralizante” (Ídem: 19), el que dificultó la participación política (Ídem). Fue así que, en 1919, diversas mujeres católicas, laicas y profesionales, conformaron el Primer Partido Femenino Chileno, el que, si bien buscaba conseguir y ampliar los derechos políticos y civiles de las mujeres, lo hizo a partir del “irrestringido respeto a las normas de la cortesía (...) [a través de la utilización del] lenguaje del orden” (Ídem: 20). Si bien este partido luchó por mejorar las condiciones sociales de la maternidad y planteó el acceso al voto femenino, al haberse fundado en valores moralizantes, mantuvo, de cierta forma, el orden tradicional de los roles de hombres y mujeres, al considerar que “el feminismo en el poder hará andar bien la casa: [pues] cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa” (Ídem: 21-22).

Por otro lado, en 1936 se formó el MEMCH (Movimiento Pro Emancipación de la Mujer), el que planteó reivindicaciones políticas, jurídicas y civiles, asumiendo la “defensa de las mujeres como “clase trabajadora”” (Ídem: 23). Su mayor preocupación fue llamar a las mujeres “a luchar por sus reivindicaciones (...) [buscando] despertar en ellas la conciencia de su inferior situación social, económica, jurídica y política, señalando sus causas y sus efectos” (Ídem: 24), pero no adscribiéndose a ninguna ideología política, al igual que lo hizo el Primer Partido Femenino Chileno (Ídem).

Quien quebró la relación ambigua entre los movimientos feministas y la política, fue el Segundo Partido Político Femenino Chileno, fundado en 1946 (Ídem). Si bien siguió la línea del primer partido feminista, planteó “el perfeccionamiento de la democracia vía el mejoramiento de la condición de la mujer; la igualdad cívica y política; reivindicaciones sociales en general [manteniendo el énfasis] en relación madre-hijo, etc” (Ídem: 26).

Este segundo Partido Político Femenino, hizo política, teniendo conciencia de ello, generando cierta preocupación en los partidos de izquierda y derecha, donde el ataque que estos últimos realizaron a los miembros del partido femenino, “significó la deserción de la gran mayoría de las mujeres tanto miembros del partido como fuera de él, quienes sin comprender ni asumir que estas eran contingencias propias a toda organización política, llegaron a aceptar que “no estaban preparadas” para la política” (Ídem: 29). Esto generó un repliegue de las mujeres a la casa y una participación cívica a través del voto (Ídem). Si bien se generó una especie de propaganda para que siguieran participando de la política, dicha invitación las contemplaba en un rol de aliadas y no de competidoras (Ídem).

Si bien este ataque sufrido por el Partido Feminista, generó un cierto repliegue y falta de preocupación por la lucha femenina, dicha situación no fue así, ya que, de acuerdo a la “Investigación de la Mujer en Chile”, realizado por Julieta Kirkwood en 1982, no es que no hubiera existido preocupación por la condición de la mujer, sino que se la estudió desde otra perspectiva, donde “el verdadero protagonista de ese análisis no [fue] precisamente la mujer en sí, sino que se [la tomó] (...) como “otro” elemento -posible o no- de ser incorporado a un proceso de liberación global” (Ídem: 33).

Este periodo de liberación, denominado desde el feminismo como “el silencio” (Ídem: 34), se caracterizó por la poca relevancia del tema de la mujer (Ídem). Si bien en los inicios del movimiento feminista, el tema de la emancipación de la mujer fue central, luego, con el surgimiento del socialismo democrático, el problema de la mujer quedó oculto, subordinado, donde solo unas pocas mujeres con consciencia social y política, hicieron de la mujer su objeto de preocupación (Ídem).

Pese a plantearse este periodo como de liberación, al no incluir la liberación femenina, se generó una “contradicción entre liberación global y femenina [donde se proyectó] una forma de integración social de la mujer, que implic[ó] una aceptación de la desigualdad (...) una integración subordinada a la nueva sociedad, legitimada por la propia acción y el conocimiento de las mujeres” (Ídem: 39), manteniéndose las mujeres en un rol de sometimiento a la autoridad, no siendo incorporadas a la idea de “cambio social” (Ídem: 38).

Si antes del Golpe de Estado de 1973 ya se había configurado este proceso de liberación global, luego de realizado éste, se cambió la realidad de la liberación por la del autoritarismo, generándose una “re-discusión de los contenidos del proyecto liberador y una revalorización de la democracia” (Ídem: 40). Durante este periodo autoritario, las mujeres lucharon por recuperar la democracia, pero no para volver a aplicar ese modelo de liberación/subordinación ya conocido por ellas, sino por un nuevo modelo liberador, donde la acción política feminista se centró en la articulación del reconocer, conocer y hacer (Ídem); un modelo centrado en la “toma de conciencia de la opresión (...) análisis teórico de causas, efectos y formas de expresión de la opresión de la mujer (...) [y] la praxis que conscientemente y orientada por la realidad opresiva, se aplic[ó] a su erradicación” (Ídem: 41).

Finalmente la reivindicación feminista fue reconocida como problemática, demostrando, como planteó la historiadora estadounidense Nancy Cott, los cambios que se han generado en la bandera de lucha del feminismo (G. Duby & M Perrot, 2000). Si durante los años 1910 y 1930 dicho movimiento se caracterizó por mejorar los derechos de las mujeres, el feminismo moderno se caracterizó por “intentar articular igualdad y diferencia, libertad individual y solidaridad de grupo” (Op. cit., 2000: 105).

2.5 Mujeres: del espacio privado al espacio público

Durante el siglo XIX, el rol ideal de la mujer, era estar en el espacio privado a cargo de su familia y hogar (L. Santa Cruz, T. Pereira, I. Zegers, & V. Maino, 1978). Las mujeres eran consideradas “seres sin sexo, se les negaba una sexualidad abierta al placer y si al dolor de la maternidad (...) [estando su destino] en el devenir y en las obligaciones cotidianas del espacio doméstico” (I. Marant, 2006: 41). Para la época era impensable que la mujer participara del espacio público, pues su lugar estaba en la privacidad de su casa (Op. cit., 2006).

Al llegar el siglo XX, la mujer aún no lograba formar y participar como un miembro más de la sociedad, pese al avance de la educación femenina (A. Stuvan, 2013: 5). Pero el camino de las mujeres a la universidad, no fue fácil, pues, considerando que la Universidad de Chile fue

fundada en 1842, en esa época no había “un marco legal ni tampoco una cultura que posibilitara la igualdad de oportunidades en educación para hombres y mujeres” (C. Andrade, 2014: 28).

El derecho e ingreso de las mujeres a la educación, se remonta a los primeros años del siglo XIX, donde los gobernantes de la época, en la búsqueda de organizar la naciente República, necesitaban preparar a los miembros de la sociedad (Stuven, 2013). De esta forma el Estado decidió entregarles educación a las mujeres, pero una educación que las preparó para “ejercer el rol social que la sociedad de la época le asignaba” (Campos 1960 en F. Klimpel, 1962: 3) - rol doméstico- quedando a cargo de dicha labor la Iglesia y el Estado (A. Stuven, 2013).

Como las niñas realizaron sus estudios en colegios religiosos o particulares, se comenzó a generar un conflicto entre la Iglesia y el Estado respecto a la educación entregada (Op. cit., 2013). Mientras el Estado propiciaba una “educación científica de la mujer” (Ídem: 3), la Iglesia mostraba recelos al respecto, al temer que dicha educación “la separara del cumplimiento de sus funciones de esposa y madre abnegada” (Ídem: 3).

Pese a ello, la educación científica a la que el Estado se refería, también lo hacía a partir de la idea de que el lugar de la mujer era el cuidado de su hogar, pero con leves diferencias a la concepción que la Iglesia mantenía al respecto (Ídem). Mientras el Estado “postulaba a la mujer como educadora del ciudadano” (Ídem: 4), a partir del cuidado y mantención que ella hacía del hogar, lo que le permitía a los hombres desenvolverse de mejor forma en la sociedad, la Iglesia “defendía su rol como educadora en los valores de la religión” (Ídem: 4). Pero pese a aceptar que las mujeres fueran educadas, dicha educación se seguía relacionando a lo doméstico, a lo maternal, al cuidado de la familia (Ídem).

Pese a fomentarse la educación femenina, “en ningún caso se planteó (...) como vehículo de autonomización de la mujer” (Ídem: 4), pero fue un factor importante que contribuyó al aumento y profesionalización de la educación de las mujeres en el país (F. Klimpel, 1962).

Si bien desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, las mujeres se desempeñaron en oficios como lavanderas, costureras, servicio doméstico, comercio y luego de ingresar a la universidad, como profesionales, preferentemente de las áreas de salud y educación, para la sociedad aún era mal visto que las mujeres trabajaran fuera del hogar, pues lo consideraban incompatible con el modelo de sociedad tradicional implantado (L. Godoy et al., 2009). Se creía que el trabajo femenino “era una actividad que estimulaba la independencia de las mujeres (...) [además que implicaba el abandono] de las labores propias de su sexo: madre, esposa y dueña de casa” (Op. cit., 2009: 82).

Pese a que durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, en Chile destacaron algunas propuestas referidas a derechos civiles del género femenino que diversos sectores liberales, en conjunto con algunas agrupaciones de mujeres presentaron, todas aquellas propuestas “siempre quedaron circunscritas al terreno de la domesticidad desde la cual se había construido históricamente la identidad femenina” (A. Stuvan, 2013: 5), al remitir a condiciones laborales que les permitieran compatibilizar de mejor forma su rol tradicional (Op. cit., 2013).

Estas primeras organizaciones fueron importantes, al comenzar a congregarse y organizar a las mujeres a fin de “mejorar sus posiciones como grupo al interior del trabajo, la familia y de la sociedad civil” (Ídem, 5), comenzando a elevar la voz respecto a sus derechos como miembros de la sociedad (Ídem). Todo esto, en conjunto con el impulso a la educación femenina que se inició en el país durante el siglo XIX, generó una incorporación creciente de la mujer a la sociedad civil (Ídem). Algunas de estas organizaciones fueron el Club de Señoras y el Círculo de Lectura, fundado este último en 1915 por Amanda Labarca (Ídem).

Así como diversos grupos femeninos comenzaron a elevar la voz respecto a las condiciones sociales de las mujeres, surgieron, a su vez, diversas opiniones masculinas respecto a los derechos sociales de las mujeres (Ídem). Ejemplo de ello fue Máximo Lira, quien en una serie de artículos “abogó [porque las mujeres] accediera[n] a los estudios superiores [afirmando] que su inteligencia podía incluso superar la masculina, y reconoció la conveniencia de otorgarle derechos políticos” (Ídem: 5).

A comienzos del siglo XX, comenzaron a surgir diversas asociaciones femeninas, que “elaboraron una plataforma de lucha para conquistar derechos laborales, argumentando la difícil conciliación entre trabajo y maternidad, y exigiendo al Estado la promulgación de leyes que favorecieran en la conquista de estos derechos” (Ídem: 6). Si bien las mujeres realizaban diversos labores fuera de su hogar, lo hacían en condiciones de precariedad y exclusión, ya que mientras “se les reconocía el derecho al bienestar implícito en la noción de ciudadanía social (...) al mismo tiempo carecían de los derechos civiles establecidos en la Constitución” (Ídem: 6).

Un ejemplo, a nivel internacional, de cómo las mujeres tuvieron una participación importante en el ámbito público, fue lo ocurrido durante la Primera Guerra Mundial (G. Duby & M. Perrot, 2000). Con el inicio de la Gran Guerra y la consecuente reclusión de los hombres para luchar en ella, las mujeres se vieron forzadas a salir de sus casas a fin de, por una parte, ocupar los puestos que éstos habían dejado y por otro, realizar actividades de enfermería (Op. cit., 2000). Si bien antes de iniciado el conflicto bélico había un orden tradicional respecto al rol y relación de los géneros, con el comienzo de la guerra, dicho orden se vio trastocado (Ídem).

La Primera Guerra Mundial se constituyó en una “experiencia de libertad y responsabilidad sin precedentes (...) [que eliminó] las barreras que separaban trabajos masculinos y trabajos femeninos y cerraban a las mujeres muchas profesiones superiores” (Ídem: 65). Estos trabajos permitieron que las mujeres comenzaran a ser visibilizadas en el espacio público, además de demostrar los cambios que se estaban comenzando a generar en la relación entre ellas y los hombres (Ídem).

Si bien durante este periodo y a partir de la presión ejercida por diversas organizaciones feministas, surgieron diversos organismos que buscaron mejorar las condiciones laborales de las mujeres, dichas mejoras no fueron posibles de alcanzar, debido a la imposibilidad de “escapar por completo a la doble herencia de la ley y de la tradición, que rechaza[ban] la igualdad sexual en el trabajo” (Ídem: 71-72).

Pero al terminar la guerra, aquellos pequeños espacios que las mujeres habían conquistado, fueron perdidos, pues se volvió al orden tradicional: hombres trabajadores y mujeres dueñas de casa y madres, pues los hombres necesitaban recuperar su virilidad perdida durante los años de guerra, la cual volvió a recaer en la dominación de las mujeres (Ídem). Pese a esto, el que las mujeres hubieran participado del mundo laboral durante el periodo de guerra, significó un cambio en sus vidas, pues fueron conscientes de que el trabajo doméstico no era su única posibilidad (Ídem).

Si bien en el periodo de entreguerras que siguió, hubo mujeres que empezaron a tomar conciencia de sus capacidades, hubo otras que volvieron a replegarse al ámbito doméstico, debido al sentimiento de culpa que se hizo sentir contra aquellas que buscaban emanciparse (Ídem). Pese a que durante este periodo “los comportamientos que [tendieron] a la independencia se [hicieron] frecuentes (...) no se [inscribieron] en una dinámica de conjunto, ahogados por el discurso casi consensual sobre la mujer-madre” (Ídem: 105).

2.6 Mujeres en el espacio público

Como mencioné al inicio de este capítulo, no es posible definir a la mujer, pues es una categoría cultural y social, que varía de acuerdo al contexto histórico y sistema cultural en el que se la utilice (H. Moore, 1999). Pese a ello y debido a la capacidad biológica natural de engendrar vida y por tanto a la relación natural que se produciría entre madre e hijo, ha llevado a que en la sociedad occidental, las mujeres hayan sido asociadas con el concepto de madre y relegadas al espacio doméstico de la casa (Op. cit., 1999).

Si bien las mujeres hace bastante tiempo se incorporaron al espacio público, siguen vigentes estereotipos tradicionales respecto al rol desempeñado por el sexo masculino y femenino: hombres proveedores y encargados del poder y mujeres encargadas de las tareas domésticas y cuidado de los hijos (PNUD, 2010). Estereotipos resultantes de “las diferencias corporales, mentales y reproductivas con que nacen las personas” (Op. cit., 2010: 28).

Una sociedad cambiante, pero en la que sigue vigente un sistema de estatus que opera en el inconsciente colectivo/social y que no ha permitido que el desplazamiento de las mujeres al espacio público de la calle haya estado “exento de turbulencias” (S. Montecino, 2007: 157). Como plantea Rousseau, “la familia es el “imperio” de la mujer y ella “reina mandando hacer lo que quiere”” (Rousseau 1968 en C. Pateman, 1995: 139).

La autora Carole Pateman (1995) plantea que la forma distinta en que las mujeres han sido incorporadas al mundo público, responde a la significación política que se le ha dado al cuerpo masculino y femenino (Op. cit., 1995). Mientras el cuerpo de los hombres ha sido significado a partir de la capacidad de creación y mantención del orden social y político, el cuerpo de las mujeres lo ha sido a partir de su capacidad generadora de dar vida (ídem).

Para esta autora,

“(…) las mujeres deben acceder a la ciudadanía y a la democracia como *mujeres*, es decir, deben incorporarse en tanto que individuos concretos, corpóreos, dotados de una capacidad diferente -la capacidad de dar a luz, de crear vida- y no como individuos abstractos, descorporeizados, masculinos, pues en realidad se ocultan las relaciones de poder y la subordinación de las mujeres” (Ídem: XV).

Como mencioné anteriormente, el mundo público, la sociedad civil, se crea a través del contrato social (Ídem). Éste sería el generador del “mundo público de la ley civil, la libertad civil, la igualdad, el contrato y el individuo” (Ídem: 21). El contrato original permitió pasar del estado de naturaleza, al estado de orden civil (Ídem). Si bien fueron los hombres quienes adscribieron dicho contrato y por tanto pasaron a formar parte de la sociedad civil, ello no significó que las mujeres quedaran relegadas en el estado de naturaleza (Ídem). Ellas fueron incorporadas al ámbito privado, que forma parte de la sociedad civil, pero separada de ella (Ídem). Si bien público y privado son dos esferas opuestas, son complementarios a su vez, ya que para demostrar la libertad civil que otorga el contrato, debe haber una esfera opuesta que le permita hacerlo y ello sería a través de la dominación de las mujeres: “lo que significa ser un “individuo”, un hacedor de contratos y únicamente libre, queda de manifiesto por medio de

la sujeción de la mujer en la esfera privada” (Ídem: 22). Público y privado se necesitan mutuamente entre sí (Ídem).

A través de la historia del contrato original, ha sido posible conocer la forma en que la diferencia sexual ha dado “lugar a la división patriarcal del trabajo [y] no sólo en el hogar conyugal entre esposa y esposo, sino en los puestos de trabajo de la sociedad civil” (Ídem: 189). En el caso del trabajo realizado por las mujeres en el hogar, este no es considerado como trabajo propiamente tal, ya que a partir de la concepción patriarcal de la sociedad, trabajo es aquel realizado “en el mundo capitalista del hombre” (Ídem: 190), pues es deber del hombre ganar el sustento económico para su familia (Ídem). Para el hombre trabajar fuera del hogar es lo que lo define, “estar fuera del hogar (...) y traer luego el sobre con el salario [ya que eso] significa ser un hombre” (Ídem: 195).

Cuando las mujeres comenzaron a salir de sus casas y a trabajar fuera de su hogar, se generó un desorden en la sociedad, debido a que el espacio público tradicionalmente había sido considerado como masculino (M. Perrot, 1997), además de generar temor en los hombres por perder la capacidad de dominar y regir sobre las mujeres (C. Pateman, 1995). Se afirmaba que la mujer “es antes que nada madre [y] su lugar es la casa, y esta ubicación con respecto de su función y de su lugar obedece al orden natural” (X. Valdés, 2007: 123).

El espacio público “es un espacio sexuado, donde hombres y mujeres se encuentran, evitan o buscan” (M. Perrot, 1997). La participación de las mujeres en el espacio público ha sido considerado como una incorporación problemática (Op. cit., 1997), ya que si bien han logrado ocupar nuevos espacios más allá del privado, dicha ocupación ha sido “sin tradición propia” (S. Montecino, 2007: 158), debido a que el espacio público en el que participan, es un espacio masculino, diseñado por y para los hombres (Op. cit., 2007).

Pese a que “hay lugares que en la práctica están prohibidos a las mujeres (...) y otros que se les reservan casi con exclusividad” (M. Perrot, 1997: 39), como el de la casa, cada vez se han ido haciendo un lugar en la vida pública de la sociedad (Op. cit., 1997).

Pese a ello, dicha participación no ha significado una modificación significativa en la repartición de los roles en el mundo privado, pues aún se “asiste a la reproducción constante de la dupla femenino-doméstico/masculino-público” (S. Montecino, 2007). Importante de destacar al respecto, es que al participar las mujeres del mundo público, ello supone “interrogar las maneras en que lo femenino y su simbólica se transforma y reelabora del mismo modo en que lo masculino “impactado” por estos nuevos tránsitos femeninos se reinterpreta o acantona en sus definiciones y prácticas” (Op. cit., 2007: 210).

La salida de las mujeres al mundo público ha sido un impulso para conseguir igualdad de género, pues se han “encargado de desplazar crecientemente el núcleo de su identidad desde los roles familiares hacia los proyectos personales y desde los vínculos domésticos hacia una sociabilidad más abierta” (PNUD, 2010).

Si bien al interior del espacio doméstico no han habido grandes cambios en los roles y distribución de las tareas entre hombres y mujeres, la incorporación de estas últimas al mundo público, ha impactado “positivamente sobre un conjunto de otras capacidades, desde aquellas objetivas como la formación de capital humano, o el aumento de su capital social, hasta las capacidades subjetivas como el sentimiento de empoderamiento y la capacidad para formular proyectos de vida propios” (Op. cit., 2010: 288).

Es importante cambiar la concepción negativa respecto a la participación laboral femenina, pues, tal como plantea Heritiér (2007), el trabajo femenino se ha convertido en un aporte para la economía nacional (Ídem); en palabras de la autora “una sociedad que otorga más derechos a las mujeres, y sobre todo les permite el acceso a la educación, mejora la productividad económica a largo plazo y la salud global de la población” (F. Héritier, 2007: 160).

2.7 Empoderamiento y autonomía femenina

La palabra Empoderamiento proviene, valga la redundancia, de la palabra inglesa *empowerment*, que significa habilitarse, facultarse y autorizarse y que hoy en día ha pasado a ocupar un lugar importante en la lucha de las mujeres por conseguir igualdad entre los géneros

(M. Lagarde, s.f.). Un impulso generado por los Movimientos Feministas, en la búsqueda de lograr que las mujeres tuvieran “el poder de hacer cosas y de vivir con autoridad, es decir, valoradas y reconocidas” (Op. cit., s.f.).

El empoderamiento es un proceso individual como colectivo (Ídem). A nivel individual se ha definido como un

“(…) proceso de transformación mediante el cual cada mujer poco a poco y en ocasiones a grandes pasos, deja de ser objeto de la historia, la política y la cultura, deja de ser el objeto de los otros (...) y se convierte en sujeta de la propia vida, en ser para-si-misma” (ídem: 6).

A nivel colectivo, refiere a la capacidad de apropiación como género femenino, donde son reconocidas como miembros del grupo social y como “protagonistas con equivalencia de género en la sociedad, la cultura, la política, la economía, el desarrollo y la democracia” (ídem: 6).

El empoderamiento les ha permitido auto-valerse y auto-legitimarse, para convertirse en las gestoras y protagonistas de sus vidas (Ídem). Es un proceso que les ha permitido reconocerse a sí mismas como sujetas pensantes, con derecho a tener derechos y con las aptitudes para lograr lo que se propongan (Ídem).

Una mujer se ha empoderado, cuando se ha reconocido como un sujeto independiente, con una personalidad particular y con concepciones propias, que las han llevado a “decidir y (...) actuar por cuenta propia, con movilidad y autodeterminación” (Ídem: 7-8).

El empoderamiento les ha permitido enfrentarse a la forma patriarcal en la que tradicionalmente se ha organizado la sociedad, ya que, esa especie de mandato hacia ellas de dedicarse casi en exclusivo al cuidado de los otros, ha sido reemplazado por el cuidado de sí mismas en primer lugar, antes que el del resto (Ídem). Cuando las mujeres se dan su lugar en la sociedad, se valoran, pueden comenzar a salir y dejar ese lugar de inferioridad al que la sociedad patriarcal las ha relegado (Ídem).

Cuando las mujeres se empoderan, se reconocen como sujetos que, al igual que los hombres, tienen derechos y opiniones válidas, se facilita el accionar de la búsqueda de la disminución de las desigualdades entre ambos (Ídem). Pero esa búsqueda a nivel político, debe ser desde su condición de mujeres, con una “identidad y una personalidad propias que (...) permita[an] participar con una posición diferenciada [ya que, si no es así] el sistema (...) impone la adaptación travestida de género que es para [ellas] una nueva forma de dominación política (Ídem: 22).

Cuando las mujeres se han empoderado de sí mismas, se han reconocido como sujetas con opiniones, con derechos, pueden comenzar a “construir un conjunto de derechos que [les] aseguren un tipo de libertad” (M. Lagarde, s.f.: 5), la cual pasa por conseguir autonomía (Op. cit., s.f.). Para las mujeres, la autonomía es un proceso personal, particular, donde son ellas mismas las encargadas de construirla, la cual influye en la identidad tradicional que las ha definido (Ídem). Como la identidad tradicional de las mujeres se ha definido en función de los “otros”, del cuidado a los “otros”, cuando se independizan, individualizan, surge la Autonomía (Ídem).

Pese a plantearse que la autonomía es un proceso personal, también tiene una dimensión social, ya que para que haya reconocimiento de la autonomía individual, es necesario contar con un espacio donde se pueda ejercer, a fin de luchar contra la dominación de género (Ídem). La autonomía de las mujeres debe repercutir en la autonomía de los hombres, a fin de generar relaciones más igualitarias entre ellos (Ídem).

Como en la condición de género patriarcal la identidad de las mujeres ha sido construida en función de los otros, se plantea que sin esos otros, las mujeres están incompletas, por tanto incapaces para luchar por su autonomía (Ídem). Si bien hoy en día, en la construcción moderna de género, se ha establecido la importancia de que las mismas mujeres sean el centro de sus vidas, esa intención queda en el discurso y no así en la práctica (Ídem). Las mujeres hoy en día son mujeres sincréticas (Ídem), ya que, mientras han incorporado en sí concepciones modernas, las concepciones tradicionales respecto a su identidad, “anula[n] [su] existencia

autónoma” (Ídem: 23). La convivencia de estas dos concepciones, les genera conflictos, puesto que, mientras ellas pueden ubicarse en posiciones donde el yo es lo más importante en sus vidas, conviven con aquellas posiciones que les recuerdan que el ser para los otros, debe ser lo central (ídem). De ahí la importancia de construir la autonomía, ya que ello les permitiría salir de esa posición sincrética y conflictiva (Ídem).

Si pese a la relevancia del discurso patriarcal, se sigue planteando la necesidad de que las mujeres sean las autoras de sus vidas, ello significa que los recursos que les permitan conseguir esa libertad, deben ser conseguidos fuera de la cultura patriarcal dominante, es decir, en la cultura feminista (Ídem). Una cultura que lleve a una re-interpretación de la propia vida, como de la vida social, a fin de generar una nueva forma de ver la cultura (Ídem). Si las mujeres desean pasar a ser las protagonistas de sus vidas, no solo deben cambiar ellas, sino además, la forma en que ven el mundo, porque si no lo hacen sólo se quedarán en procesos de cambios individuales que “no corresponden con [su] inserción social, pública, política, ciudadana, en el sentido amplio de la ciudadanía como proceso social continuo” (Ídem: 64). Mujeres deben dejar de creer que las cosas no se pueden cambiar como la cultura patriarcal ha hecho creer, ya que si las mujeres están luchando por constituirse en sujetos, eso significa que han comenzado el proceso de empoderamiento de sí mismas, de su vida, asumiendo “que es posible intentar resolver lo que sea” (Ídem: 64).

Pese a que hoy en día hay muchas mujeres que se han hecho conscientes de su valor, que se han volcado a escuchar sus necesidades y anhelos y han validado sus opiniones, aún hay otras que todavía no forman parte de este proceso (M. Lagarde, s.f.). Pero pese a ello, cada día son más las mujeres que, a través de su empoderamiento, luchan por mejorar su situación en la sociedad, al “eliminar opresiones y construir alternativas basadas en el respeto y la vigencia de los derechos humanos de las mujeres como estructura de la vida social y la convivencia” (Op. cit., s.f.: 30).

2.8 Pedagogía, Enfermería y Obstetricia: Carreras para mujeres

Durante la primera mitad del siglo XX, las mujeres se concentraban mayormente en las profesiones de Enfermería y Pedagogía, con una participación cercana al 87% y 69% respectivamente entre 1930 y 1940 (P. Meller et al., 2010). Si bien con posterioridad se diversificaron en torno a la totalidad de las áreas de estudio, siguieron prevaleciendo “las profesiones universitarias altamente feminizadas como lo son Pedagogía y Enfermería (y Obstetricia)” (Op. cit., 2010: 4) ¿por qué la concentración en estas carreras? ¿preferencia, imposición social, familiar?

A comienzos del siglo XX, las mujeres tenían una participación femenina universitaria segregada y restringida (Ídem). El ideal de la sociedad -entre 1930 y 1970-, era que las mujeres se formaran en profesiones “más apropiadas a la “sensibilidad femenina” y más aptas a sus funciones maternas” (L. Godoy et al., 2009: 85), tales como: educación, enfermería, asistencia social (Op. cit., 2009). Se esperaba que la relación entre hombres y mujeres respecto al trabajo de éstas últimas, fuera de complementariedad, “atendiendo sus diferentes capacidades y responsabilidades en el ámbito familiar y laboral” (Ídem: 85), pues desatender sus responsabilidades, habría alterado el orden de dichas relaciones (Ídem).

Pero a lo largo del siglo XX, las mujeres se han diversificando en las diversas áreas del conocimiento y profesiones (ídem), demostrando que poseen las mismas capacidades que los hombres para desempeñarse en cualquier ámbito, destruyendo “la supuesta teoría de su menor capacidad (...) [pues] la inteligencia no es patrimonio de ciertos hombres, sino que lo es, también, de ciertas mujeres” (F. Klimpel, 1962: 218).

A continuación se presentan antecedentes históricos respecto a las profesiones de Pedagogía, Enfermería y Matronería.

2.8.1 Pedagogía en Chile

Los antecedentes históricos respecto a la formación docente y origen de la escuela en Chile, se remontan a los primeros años del periodo independentista (Labarca, 1939, Soto, 2000 en I. Núñez, 2007). Los encargados de enseñar eran religiosos y laicos, quienes si bien no poseían “formación especial para la enseñanza (...) el saber que los habilitaba para la enseñanza consistía en el dominio de la lectura y la escritura (...) rudimentos matemáticos y algunas nociones culturales elementales”, enmarcado dentro del proceso evangelizador (Op. cit., 2007: 151).

En el siglo XIX, los gobernantes republicanos, consideraban la educación una obligación del Estado y necesario “en la legitimación y consolidación simbólica del nuevo ordenamiento” (Ídem: 152). Todo ello ayudó a la conformación del sistema público de educación, el cual, en un comienzo, solo contaba con los educadores de la época anterior, quienes no poseían formación profesional y tenían limitados conocimientos culturales (Núñez, 2004: 6-8 en Ídem).

Fue así que el Estado se encargó de mejorar su instrucción a través de la creación de las Escuelas Normales⁷, las que dieron origen a la “primera profesionalización” (I. Ídem: 152) docente del país (Ídem).

Si bien con la creación de estas escuelas se buscaba profesionalizar el sistema educativo del país, “todo fue escaso y tardó en lo que respecta a políticas públicas hacia las primeras normales, sobre todo si se toma en cuenta que el modelo adoptado se basaba en la gratuidad de los estudios y en el financiamiento estatal de los costos de mantención de los alumnos” (I. Núñez, 2010: 35), derivando todo ello en una baja cantidad de alumnos titulados (Memoria Ministerial de Instrucción 1883 en Op. cit., 2010: 35).

⁷ La primera Escuela Normal de Hombres se fundó el 16 de Enero de 1842, mientras que la primera Escuela Normal de Mujeres, fue fundada en 1854 (I. Núñez, 2010).

Debido a la pequeña cantidad de profesores titulados, del incumplimiento por parte de los egresados de trabajar obligatoriamente en las Escuelas del Estado y de la insatisfacción pedagógica en la formación Normalista, el gobierno del Presidente Santa María, decidió realizar una “reforma que (...) se orientó progresivamente a desarrollar las instituciones y más tarde a organizar y extender una red de escuelas normales” (Memoria del Ministerio de Instrucción Primaria 1882; J. Muñoz 1918 en Ídem: 36).

En 1927, la Asociación General de Profesores (Núñez, 1987 en Ídem), planteó la idea de una “reforma integral” de la educación, basada en los lineamientos de la Escuela Nueva, en lo pedagógico, y en los principios de unidad y continuidad de la institucionalidad de la enseñanza” (Núñez, 2004 en Ídem: 38), dictaminándose así, en 1928, el cierre de todas las Escuelas Normales, a fin de ser reemplazadas por “escuelas de profesores primarios” (Ídem: 38), para nuevamente ser reabiertas en 1929 (Ídem).

El reestablecimiento de las Escuelas Normales en 1929, se llevó a cabo con cambios en el currículum de estudios, al fusionar “lineamientos de la Escuela Nueva y de la pedagogía activa” (Cox & Gysling s.f. en Ídem: 38), a través de la implementación de “planes de estudios postprimarios de seis años de duración, en los que los primeros cuatro pretendían ser un compendio de los aprendizajes logrados en los liceos en seis años de estudios” (Ídem: 38).

Pese a las reformas aplicadas, en 1965, las Normales aún no lograban abastecer a las escuelas con los profesores requeridos, por lo que fue necesario reformar el modelo iniciado en 1885, a través de la “formación acelerada de maestros/as, conocida como los profesores “Marmicoc⁸” (Ídem: 39). La llamada solución *Marmicoc*, “fue el primer paso de una política consistente de reemplazo del sistema histórico de maestros primarios, en ese tiempo ya “profesores de educación básica”” (Ídem: 39).

A partir de esto, en forma paralela, la Universidad de Chile estableció que la formación de profesores se realizaría a través de la rendición de la Prueba de Aptitud Académica por los

⁸ Ollas a presión de la marca de productos de cocina “Marmicoc”, los que cocinaban los alimentos rápidamente (I. Núñez, 2010).

egresados de los liceos (Ídem). En 1967, el presidente Frei Montalva, estableció que el ingreso a las Escuelas Normales se permitiría sólo a los egresados de la educación secundaria y que quisieran realizar estudios profesionales en “ciencias de la educación” (ídem: 39). De esta forma “las normales mantendrían sus nombres y estructura institucional, pero serían instituciones post-secundarias, de educación superior no universitaria” (ídem: 39).

Finalmente las Escuelas Normales fueron suprimidas en 1974 durante la dictadura militar de Pinochet (Ídem), concentrándose la formación docente, desde ese momento, en la universidad (I. Núñez, 2007). Junto a esto, importante fue la promulgación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, LOCE, en 1990, al “incluir a las carreras de formación docentes en el listado de aquellas que requerían el grado académico de Licenciado, previo a la obtención del título profesional de educador o profesor” (Op. cit., 2007: 157).

Finalmente, dentro de la construcción profesional docente en Chile, se ha elaborado un

“(…) Marco de la Buena Enseñanza, que es un conjunto estructurado de criterios e indicadores de los saberes y competencias profesionales que deben poseer los docentes, y la adopción de un régimen nacional de evaluación del desempeño profesional de los docentes, según un consenso entre los empleadores municipales, el gremio profesional y el gobierno” (Acreditación docente s.f. en Ídem: 161).

2.8.2 Enfermería en Chile

El cuidado de los individuos ha sido considerado “inseparable de la noción de supervivencia de los seres humanos [y] de la continuidad de la vida en grupo” (C. Muñoz, X. Isla & S. Alarcón, 1999: 47).

La historia de la enfermería como tal en el país, comenzó en 1902 con la implementación del primer curso para enfermeras, bajo la dirección del doctor Eduardo Moor (Op. cit., 1999).

En 1906, se fundó la primera Escuela de Enfermería de Chile (y de Sudamérica), en el Hospital Vicente Paul, con el nombre Escuela de Enfermeras del Estado, a cargo del doctor

Francisco Navarro, junto a la supervisión de religiosas católicas (Ídem). En 1927 se fundó la Escuela de Enfermeras Sanitarias, dirigida por la doctora Cora Mayers⁹, para luego, el 8 de Marzo de 1929, fusionarse con la Escuela de Enfermeras del Estado, dando origen a la Escuela de Enfermería de la Universidad de Chile (Ídem).

El paso de la enseñanza de la enfermería a la universidad, provocó grandes cambios en la profesión, al extenderse el plan curricular “a tres años de Enfermería Hospitalaria y un año de postgrado en Enfermería Sanitaria” (Ídem: 48)

La dirección de la carrera siempre estuvo a cargo de médicos hombres, hasta que en 1944, por primera vez, la carrera de Enfermería fue dirigida por enfermeras, “lo que motivó a lograr un mayor desarrollo profesional” (Ídem: 48).

Un hecho importante dentro de la historia de la carrera, fue la implementación de la Licenciatura en Enfermería, siendo la Universidad de Talca la primera en hacerlo (Ídem).

Actualmente la Licenciatura en Enfermería busca formar profesionales preparados en los ámbitos humanistas, científicos y técnicos y que sean capaces de “proporcionar atención integral en enfermería al individuo sano o enfermo, a la familia y a la comunidad como un todo” (Ídem: 49).

Dentro de la enfermería destacan la Enfermería Hospitalaria y la Enfermería en Salud Comunitaria (Ídem). La Enfermería Hospitalaria siempre se ha caracterizado por “entender y atender las necesidades personales: biopsicosociales y espirituales del hombre enfermo en forma individualizada y humanística” (Arenas, Cornejo, Güdelhoefer, Oye & López 1982 en Ídem: 49). Su desarrollo estuvo marcado por los cambios ocurridos en la estructura de los sistemas hospitalarios del país en 1984, destacando el término de los Subsistemas de Enfermería (Ídem). Esto generó diversos problemas “en la dependencia de la cadena de mando

⁹ Fue una doctora encargada de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Chile, promotora de los estudios de Puericultura y Organizaciones de Pediatría y Enfermería en la Universidad de Chile, además de ser la primera en realizar estudios en Salud Pública y Pediatría (Museo Nacional de Medicina, s.f.).

y con ello falta de autoridad, tanto entre los profesionales de enfermería como en los auxiliares de sala” (Ídem: 50). Finalmente, para mejorar dicha situación, se estableció que las/los enfermeras serían “los responsables directos de la identificación, organización, educación y evaluación eficiente del conjunto de actividades de atención directa, requeridas por el enfermo, usuario o cliente para su recuperación integral” (ídem: 50).

Respecto al desarrollo de la Enfermería en Salud Comunitaria, éste comenzó en 1927 con la creación de la Escuela de Enfermeras Sanitarias, a cargo de la doctora Cora Mayers, como mencioné anteriormente (Ídem). Su objetivo era responder a las necesidades de la población “con enfoques de prevención, educación sanitaria, atención sanitaria a grupos vulnerables (madre y niño), control de enfermedades infecciosas, mejora del medio ambiente” (Ídem: 50) entre otras. Todo ello ayudó a disminuir la tasa de mortalidad infantil y adulta, además de aumentar la expectativa de vida (Ídem).

Un hecho importante en su desarrollo, fue la fundación de las Unidades Sanitarias en cinco ciudades de Chile, entre 1942 y 1952. Ello fue consecuencia de un convenio entre el Gobierno del país y la Fundación Rockefeller¹⁰ y el Departamento Cooperativo Interamericano de Obras de Salubridad de Estados Unidos, lo que significó “contar con modernas estructuras físicas, equipamientos, transporte, financiamiento y política de salud, orientada a resolver problemas de salud de la población, organizadas sobre las bases locales y operando en la vecindad de los usuarios y sus necesidades” (Pincheira 1982 en Ídem: 50).

En la misma época, el Gobierno de Estados Unidos, junto a la Fundación Rockefeller y la Fundación Kellogg¹¹, entregaron becas a enfermeras chilenas, quienes a su regreso generaron “cambios en la educación en enfermería, incorporando en el programa básico la filosofía y conceptos de salud pública, a fin de formar una única profesional con capacidad para que se desempeñase eficientemente en el área Hospitalaria y Comunitaria” (Pincheira 1982 en Ídem: 50).

¹⁰ Es una fundación cuyo objetivo es la promoción del bienestar de la población en todo el mundo, a través de una revalorización de los ecosistemas, promoción de medios de vida seguros y salud (The Rockefeller Foundation, s.f.).

¹¹ No hay información respecto a la Fundación Kellog.

Fue en este periodo que se generó el mayor auge en la Salud Pública, culminando con la creación de la Escuela de Salubridad de la Universidad de Chile, demostrando que las enfermeras “fundamentan todo su quehacer en sólidos conocimientos científicos, técnicos y humanistas, orientados a satisfacer las necesidades de salud de la población, en las diferentes etapas de la vida (Ídem: 51).

2.8.3 Matronería en Chile

Desde las sociedades premodernas, la imagen de la matrona ha sido asociada a la mujer que acompaña durante el alumbramiento y que provee “ayuda, contacto y la protección de orden mágico y religioso (...) durante el proceso de parto y puerperio, así como la recepción, protección y primeros cuidados al recién nacido” (E. Lillo, S. Oyarzo & A. Román, 2014: 59).

La International Confederation of Midwives (ICM)¹², define a la matrona como aquella

“(...) persona que ha terminado satisfactoriamente un programa de formación en el ejercicio de la partería reconocido en el país correspondiente y que está basado en las competencias esenciales para la práctica básica de la partería de la ICM y en el marco de las normas globales de la formación de la partería de la ICM; que ha obtenido las calificaciones requeridas para registrarse y/o licenciarse legalmente para ejercer la profesión de matrona y utilizar el título de «matrona»; y que demuestra competencia en el ejercicio de la partería” (ICM, 2011).

En el caso de Chile, los antecedentes históricos sobre la atención del parto se remontan a la época colonial (J. Lattus & M. Sanhueza, 2007). Durante este período, el desarrollo de la Obstetricia no era profesional y “se restringía a la atención del parto, actividad realizada por las mujeres que ayudaban a las parturientas, a las cuales se les llamaba comúnmente “parteras”” (Op. cit., 2007: 271). Era un trabajo femenino o “al menos era asociada a él, garantía de un conocimiento de larga data y de la necesaria empatía que se producía entre mujeres durante el parto” (M. Zárate, 2007).

¹² Traducido como “Confederación Internacional de Matronas”.

Importante era la autorización que estas mujeres necesitaban de los alcaldes del cabildo para el ejercicio de su labor, pues eran ellos quienes decidían si poseían las competencias necesarias o no para atender partos. Tal fue el caso de Isabel Bravo, de nacionalidad peruana, quien fue la primera matrona examinada en Chile en el siglo XVI (Mackenna, s.f. en J. Lattus & M. Sanhueza, 2007).

Sólo a fines del siglo XVIII el Real Tribunal del Protomedicato¹³, creó un documento que ordenaba la instrucción de las “comadres o parteras” en el “oficio de partear” (Cano, 1980 en Op. cit., 2007: 273).

Con la época republicana, la Obstetricia comenzó un proceso de profesionalización al impulsarse estudios sobre el cuerpo femenino, pero sobre todo a la “medicalización del parto [con la] atención médica a la etapa previa, durante y después del parto” (Ídem: 273). Dicho proceso se inició entre 1833 y 1834 con la instauración del “primer curso de estudios médicos [el que contemplaba] las áreas de Medicina, Anatomía, Farmacia y Cirugía y Obstetricia” (Ídem: 273), siendo el doctor Lorenzo Sazié¹⁴, el encargado del curso de Obstetricia (Ídem).

Con la fundación en 1834 de la Escuela de Obstetricia a cargo del Doctor Sazié y el interés femenino por realizar dichos cursos, “la formación “profesional” de las matronas constituyó una oportunidad para integrarse al incipiente mercado laboral femenino decimonónico” (Ídem: 274), titulándose en 1836, la primera generación de matronas (M. Zárate, 2007).

Con la creación de la Escuela de Matronas, se buscaba proteger y hacer de la “atención del parto (...) una tarea sanitaria de la medicina profesional” (J. Lattus & M. Sanhueza, 2007: 274), además de combatir a las parteras que no se sometían al examen. Lamentablemente dicho objetivo no pudo concretarse a cabalidad, debido a que el funcionamiento de la Escuela fue de forma intermitente hasta el final de ese siglo (Op. cit., 2007).

¹³ El Real Protomedicato fue una institución política instaurada por el Rey de España, que regulaba la práctica de la medicina en sus territorios (J. Lattus & M. Sanhueza, 2007).

¹⁴ Lorenzo Sazié fue un médico francés. Llegó a Chile en 1834 y fue el fundador y primer docente de la Escuela de Obstetricia (M. Zárate, 2007).

Con la fundación de la Universidad de Chile en 1842, la Escuela de Obstetricia pasó a su cargo, instaurándose en 1897 un plan de estudios particular para el curso de matronería (Ídem). El curso de matronas contemplaba una duración de 2 años y estaría a cargo del Decano de la Facultad de Medicina y Farmacia y el Rector de la Universidad (Ídem). Como el Tribunal del Protomedicato ya no existía, el examen era rendido frente a una comisión designada por el Decano de la facultad (Ídem).

A comienzos del siglo XX, con el aumento de la atención al periodo puerperal de la mujer, del recién nacido y de la infancia, el doctor chileno Alcibíades Vicencio Tholar fundó el Instituto de Puericultura en 1906, con ayuda de la Ilustre Municipalidad de Santiago (Ídem). En 1913 el instituto se reorganizó y fusionó con el Colegio de Obstetricia, pasando a ser, el 9 de Junio de ese año, la Escuela de Obstetricia y Puericultura para Matronas de la Universidad de Chile (Ídem).

En 1952 se creó el Servicio Nacional de Salud, se impulsó el Programa Materno Infantil, además de la educación de las embarazadas y madres, junto al reforzamiento de la educación de las matronas (Ídem). En la década del 60' se implementó el Programa de Planificación Familiar, a fin de reducir la tasa de mortalidad maternal como consecuencia de los abortos provocados y el año 2005, con la Reforma de Salud, se buscó disminuir la “inequidad entre el sistema privado y el público creándose el sistema de garantías en salud (GES) frente a numerosas patologías y el reforzamiento del MINSAL como órgano rector de políticas en salud” (Ídem: 61).

Otro hito importante de la matronería chilena, fue la creación del Colegio de Matronas y Matrones de Chile en 1889 y que sigue vigente hasta la actualidad (Ídem). Debido a sus 124 años de existencia y la influencia en el desarrollo de la matronería y salud femenina del país, ha sido considerado como asociación gremial patrimonio del país (Ídem). El Colegio forma parte de la International Condeferation of Midwives (Ídem).

3. MARCO METODOLÓGICO

La presente investigación es de tipo interpretativo, con un enfoque cualitativo. Se utilizó la técnica biográfica de los relatos de vida, a fin de “recuperar la memoria y narrarla desde la perspectiva de los actores sociales” (R. Flores, 2013: 196), al centrarse únicamente en un aspecto de toda su experiencia de vida (a diferencia de las historias de vida) (Op. cit., 2013).

Para ello se realizaron entrevistas en profundidad, las que permitieron “detectar aquellas experiencias significativas y cómo se ha relacionado la persona con esas experiencias” (O. Mella, 2003: 150), a fin de reconstruir las trayectorias laborales de éstas mujeres y conocer las distintas consecuencias y cambios que su incorporación y participación en el mundo laboral les ha generado en su identidad de género.

Las trayectorias laborales han sido definidas como

“(…) los itinerarios visibles, los cursos y orientaciones que toman las vidas de los individuos en el campo del trabajo, y que son el resultado de acciones y prácticas desplegadas por las personas en situaciones específicas a través del tiempo [donde esas] acciones y prácticas son a su vez obra de intervenciones subjetivas por parte de los sujetos, de naturaleza consciente e inconsciente” (V. Guzmán et al., 1999: 12).

A través del análisis de las trayectorias laborales ha sido posible tener un acercamiento a los distintos cambios ocurridos en la vida laboral de los individuos, pues “contribuyen a desentrañar la dinámica del mercado laboral” (H. Henríquez & V. Uribe, 2002: 1). Las trayectorias laborales han permitido, por un lado, captar los cambios individuales de cada sujeto y por otro, analizar “las distintas posiciones ocupadas por los individuos en un lapso de tiempo” (Op. cit., 2002: 3). A través de ellas es posible tener un acercamiento a los diversos factores que pueden influir en la decisión de las mujeres de quedarse, moverse o retirarse de un trabajo (V. Guzmán et al., 1999). Algunos de estos factores son, las condiciones laborales y ambientales, la relación con las jerarquías, los niveles de competitividad externa y grado de vulnerabilidad al conflicto, entre otros (Op. cit., 1999).

Siguiendo el planteamiento de la disminución de la protección de los trabajadores y precariedad de las condiciones laborales, planteado por la Organización Internacional del Trabajo, las trayectorias laborales permiten captar la movilidad laboral, además de aportar en el “diagnóstico de la protección al trabajo” (H. Henríquez, & V. Uribe, 2002: 4). Las trayectorias laborales permiten conocer los cambios que se han generado en el empleo femenino, donde “la temporalidad [de estos] no tiene[n] que ver con la salida más tradicional de las mujeres durante el periodo de crianza de los hijos (...) [sino] por el contrario [mostrando] una participación a través de ciclos cortos y repetidos” (Op. cit., 2002: 12).

Al considerar y centrarse en la vida e historia particular de los individuos, ha sido posible conocer de mejor forma los cambios ocurridos en el mercado laboral, independiente de los datos entregados por las encuestas especializadas, pues “la historia (...) es, en esencia, el “enfoque de la trayectoria”” (Ídem: 3).

Las entrevistas realizadas han sido organizadas de acuerdo a los siguientes temas:

- Caracterización sociocultural del periodo en que las entrevistadas comenzaron sus estudios universitarios e ingresaron al mercado laboral.
- Dinámica laboral: Jornada de trabajo, relación con compañeros de trabajo, oportunidades de perfeccionamiento y/o discriminación laboral.
- Dinámica familiar y relación de ésta con su vida laboral.
- Cambios generacionales respecto al rol de la mujer en la sociedad.
- Opinión respecto al aumento de la participación laboral femenina.

La investigación se desarrolló en la ciudad de San Fernando, ubicada en la Sexta Región del Libertador General Bernardo O’Higgins (Municipalidad de San Fernando, s.f). Administrativamente pertenece a la provincia de Colchagua (siendo la capital de dicha provincia) y a la comuna del mismo nombre (Municipalidad de San Fernando s.f). La ciudad limita, hacia el norte, con las comunas de Malloa, Rengo y Machalí, al sur, con las localidades de Teno y Chimbarongo, al este, con Placilla y Nancagua, y al oeste, con la República de Argentina (Op. cit. s.f).

Las localidades que conforman la comuna de San Fernando son: San José de Los Lingues, La Marinana, El Trapiche, Angostura, Polonia, Pedehue, Talcaehue, La Paloma, Las Rosas de Antivero, Agua Buena, Isla de Briones, Puente Negro, Sierras de Bellavista, Los Huertos, La Ramada, Miravalle y Nircunlauta (Ídem).

Según datos proporcionados por el Censo 2002¹⁵, la comuna de San Fernando tiene una población de 63.732 habitantes, correspondiendo 51.136 a población urbana y 12.596 a población rural (Instituto Nacional de Estadísticas, 2007). De esos 63.732 habitantes, 31.157 son hombres y 32.575 son mujeres (Biblioteca Nacional del Congreso, s.f.). Según proyecciones realizadas para el año 2012, la población total para la comuna de San Fernando debería haber sido de 73.994 habitantes, correspondiendo 36.226 a hombres y 37.768 a mujeres (Op. cit., s.f.).

En el caso de la población presente en la ciudad de San Fernando ésta es de 49.519 habitantes, siendo 23.746 población masculina y 25.773 población femenina de acuerdo a datos del Censo 2002 (Instituto Nacional de Estadísticas, 2005).

Algunos de los servicios públicos presentes en la ciudad son: Municipalidad, Gobernación Provincial, Prefectura Provincial de Carabineros (una Tenencia Carretera, una Comisaría), Prefectura Provincial de Investigaciones (Bicrim e Investigaciones), Guarnición Militar y Regimiento Colchagua N° 19, Hospital, Cuerpo de Bomberos, entre otros (Municipalidad de San Fernando, s.f.).

Respecto al ámbito educacional, en la ciudad hay establecimientos municipales, particulares subvencionados, particulares pagados, escuelas de lenguaje e institutos profesionales (Municipalidad de San Fernando, s.f.).

¹⁵ Se han utilizado los datos del Censo 2002, ya que debido a las fallas y errores presentados por el Censo 2012, las autoridades de Gobierno han prohibido su uso.

Respecto a los datos económicos, la cantidad de empresas presentes en la comuna según el rubro económico, es la siguiente:

Cuadro N° 4: Número de empresas por rubro económico comuna de San Fernando, años 2012, 2013 y 2014.

Rubro económico	2012	2013	2014
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	866	855	845
Pesca	1	1	1
Explotación de minas y canteras	8	11	9
Industrias manufactureras no metálicas	233	242	269
Industrias manufactureras metálicas	160	170	175
Suministro de electricidad, gas y agua	18	17	16
Construcción	294	317	344
Comercio al por mayor y menor	1.964	1.954	1.929
Hoteles y Restaurantes	230	236	222
Transportes, almacenamientos y comunicaciones	467	498	499
Intermediación financiera	101	103	98
Actividades inmobiliarias	335	367	395
Ad. pública y defensa, Planes de seg. Social afiliación obligatoria	1	1	2
Enseñanza	51	47	51
Servicios sociales y de salud	101	116	114
Otras actividades de serv. Comunitarios, sociales y personales	170	165	165
Consejo de administración de edificios y condominios	0	0	0
Organizaciones y órganos extraterritoriales	0	0	0
Sin información	2	2	9
Total	5.002	5.102	5.143

Fuente: Cuadro de elaboración propio construido en base a datos del Servicio de Impuestos Internos.

En el caso de la cantidad de trabajadores según el rubro económico, su distribución es la siguiente:

Cuadro N°5: Cantidad de trabajadores por rubro económico comuna de San Fernando, años 2012, 2013, 2014.

Rubro económico	2012	2013	2014
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	16.088	15.495	13.600
Pesca	0	0	0
Explotación de minas y canteras	54	101	56
Industrias manufactureras no metálicas	1.865	1.798	1.803
Industrias manufactureras metálicas	488	645	676
Suministro de electricidad, gas y agua	70	43	50
Construcción	3.196	2.852	2.960
Comercio al por mayor y menor	5.615	6.267	7.254
Hoteles y Restaurantes	458	497	484
Transportes, almacenamientos y comunicaciones	637	664	659
Intermediación financiera	79	134	97
Actividades inmobiliarias	1.861	1.323	1.534
Ad. pública y defensa, Planes de seg. Social afiliación obligatoria	106	116	120
Enseñanza	2.401	2.517	2.594
Servicios sociales y de salud	1.003	1.088	1.169
Otras actividades de serv. Comunitarios, sociales y personales	513	298	299
Consejo de administración de edificios y condominios	0	0	0
Organizaciones y órganos extraterritoriales	0	0	0
Sin información	0	0	2
Total	34.434	33.838	33.357

Fuente: Cuadro de elaboración propio construido en base a datos del Servicio de Impuestos Internos.

Las tablas anteriores demuestran que, los sectores con mayor presencia de empresas en la comuna corresponden a, en primer lugar, sector comercio y servicios y en segundo lugar el

sector agrícola. Algo similar ocurre con la cantidad de trabajadores, ya que la mayor cantidad de ellos se concentran en el rubro agrícola -13.600 trabajadores para el año 2014-, estando en segundo lugar el sector comercio, con 7.254 empleados.

A partir de los datos estadísticos anteriores, es posible inferir que en esta localidad lo urbano y lo rural se relacionan diariamente -al encontrarse la ciudad rodeada de asentamientos rurales- por lo cual es interesante conocer la forma en que coexisten las nuevas identidades femeninas con referentes identitarios tradicionales (X. Valdés, 2007), a fin de saber si dichos referentes generan algún impacto en la identidad de las mujeres profesionales de la ciudad. Esto porque, con la salida de las mujeres al mundo público, aumento de su educación, profesionalización y participación laboral, se generaron diversos cambios en la vida privada (Op. cit., 2007). Al “apropiarse de ciertos recursos materiales y simbólicos fuera del hogar [se generaron] modificaciones en las relaciones familiares” (Ídem: 392). Ejemplo de ello en el país, ha sido la disminución de matrimonios y aumento de separaciones y “familias matricentradas” (Ídem: 163), demostrando la independencia y autonomía que han conseguido las mujeres y los cambios que ha experimentado la familia “en cuanto su estructura y con respecto de las formas de unión, que aparecen cada vez menos institucionalizadas” (Ídem: 165).

Las mujeres jóvenes ya no aceptan ni siguen reproduciendo la resignación de sus madres o abuelas, ahora buscan nuevas oportunidades que les otorguen mayor igualdad con los hombres (Ídem). Surge el “sujeto mujer, que se construye en un escenario proclive a que las mujeres se apropien de su cuerpo y de su capacidad reproductiva y, a la vez, para que ganen independencia económica” (Ídem: 393). Hay un quiebre con los patrones que tradicionalmente organizaron las relaciones entre mujeres y hombres (Ídem).

3.1 Universo de estudio

La presente investigación se ha centrado en conocer la influencia que ha generado el trabajo remunerado en la identidad de género de mujeres profesionales de entre 35 y 60 años de edad

de la ciudad de San Fernando, trabajadoras del Hospital San Juan de Dios¹⁶ y los colegios San Fernando College¹⁷ e Inmaculada Concepción¹⁸ de la ciudad.

Dentro del ámbito salud, se escogieron las carreras de Enfermería y Obstetricia, pues tal como demuestra la tabla de Patricio Meller sobre la participación femenina en el mercado laboral, entre los años 1960 y 1992, expuesta a continuación, han sido dos especialidades médicas que han demostrado un porcentaje de participación femenina sostenido en el tiempo. Por el mismo motivo, se seleccionaron profesionales de la carrera de Pedagogía Básica:

Cuadro N° 6: Participación femenina en el mercado laboral para carreras seleccionadas y agrupadas. Periodo 1960-1992.

Carreras	1960	1970	1982	1992
Arquitectura e Ingeniería	2.1%	3.8%	6.8%	13.5%
Agronomía y Veterinaria	3.2%	5.8%	11.1%	16.7%
Derecho	10.3%	13.8%	22.1%	25.8%
Medicina y Odontología	18.0%	21.3%	28.6%	34.1%
Química y Farmacia	39.0%	40.5%	46.0%	49.3%
PEDAGOGÍA	65.2%	62.6%	66.2%	67.6%
ENFERMERÍA Y OBSTETRICIA	80.3%	82.1%	85.5%	93.1%

Fuente: Tabla elaborada por P. Meller, G. Valdés, B. Lara, 2010 en “Perspectiva de la discriminación femenina a nivel profesional”. Comunidad Mujer.

¹⁶ El hospital fue fundado en 1850 por el Dr. Guillermo Markmn Bossen (E. Cuevas, 2001).

¹⁷ Fue instaurado en 1984 por la Asociación Protectora de Menores de San Fernando, organizada al interior de la Logia Colchagua N° 28. Es un colegio laico, particular subvencionado, con ciclos de prebásica, básica y media y desde el año 2000, con jornada escolar completa desde 3° año básico a 4° año medio (M. Aguilera, A. Rojas, s.f.).

¹⁸ Su fundación se remonta al año de 1891, la que estuvo a cargo de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana Hijas de la Bienaventurada Virgen María de la Inmaculada Concepción (Medina, 2014). Es un colegio particular subvencionado, con ciclos de prebásica, básica y media (Información entregada por la Jefa de UTP del establecimiento). Si bien fue fundado como establecimiento exclusivamente femenino, el año 2008 se convirtió en colegio mixto (Información entregada por la Jefa de UTP del establecimiento). A fines del año 2013, la sede central de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana, solicitó el retiro de las últimas religiosas a partir del 31 de Enero del 2014, pasando a quedar la rectoría en manos de laicos. Pese a ello, el colegio sigue dependiendo de la Congregación (I. Padilla, 2013).

Se estableció como rango etario de 35 a 60 años de edad, porque de acuerdo a datos estadísticos recopilados respecto a la duración real de las carreras en el país (Ministerio de Educación, 2014), las profesionales tituladas de Pedagogía Básica, Enfermería y Obstetricia, lo hacen en un periodo de entre 10,8 y 12,2 semestres respectivamente¹⁹. A partir de estos datos, es posible establecer como edad mínima de titulación los 25 años, por lo cual a los 35 años tendrían ya varios años de experiencia laboral, mientras que a los 60 años debieran comenzar su periodo de jubilación²⁰.

Se realizaron un total de 13 entrevistas. Para ello se seleccionaron tres profesionales de cada ámbito (a excepción de las profesoras del colegio Inmaculada Concepción, donde se realizaron 4 entrevistas), tal como muestra la siguiente tabla:

Cuadro N° 7: Total de entrevistadas según profesión, lugar de trabajo y edad

Entrevistada	Profesión	Edad	Estado civil	Hijos
Entrevistada N° 1	Enfermera	35	Casada	2
Entrevistada N° 2	Enfermera	44	Casada	2
Entrevistada N° 3	Enfermera	58	Casada	2
Entrevistada N° 4	Matrona	38	Separada	1
Entrevistada N° 5	Matrona	48	Casada	2
Entrevistada N° 6	Matrona	55	Divorciada	3
Entrevistada N° 7	Profesora	44	Casada	3
Entrevistada N° 8	Profesora	44	Casada	3
Entrevistada N° 9	Profesora	54	Casada	2
Entrevistada N° 10	Profesora	35	Soltera	Sin hijos
Entrevistada N° 11	Profesora	62	Casada	1
Entrevistada N° 12	Profesora	62	Casada	1
Entrevistada N° 13	Profesora	72	Viuda	1

Tabla de elaboración propia.

¹⁹ Este estudio permite un acercamiento a la duración real de las carreras profesionales en Chile.

²⁰ La legislación chilena establece como edades de jubilación, para poder acceder a una pensión de vejez, 60 años para las mujeres y 65 años para los hombres.

Respecto a las profesoras entrevistadas del colegio Inmaculada Concepción, es importante establecer que, pese a haber establecido un límite de edad, no fue posible cumplir con él a cabalidad, debido a que la mayoría de las profesoras de Educación Básica tienen más de 60 años²¹. Además decidí realizar una entrevista adicional a la profesora de Educación Básica de más edad del establecimiento, la cual tiene 72 años.

En el caso de las profesionales del área de salud, se seleccionaron enfermeras y matronas del Hospital San Juan de Dios, porque es el único centro hospitalario de la ciudad y docentes de los colegios San Fernando College e Inmaculada Concepción, porque de acuerdo a las estadísticas 2014 entregadas por el Ministerio de Educación, son los dos colegios con mayor matrícula en la ciudad, tal como demuestra la tabla a continuación:

Cuadro N° 8: Establecimientos educacionales con más de 400 matriculados para el año 2014 de la ciudad de San Fernando, según tipo de administración.

Nombre del establecimiento educacional	Total de matriculados	Tipo de administración
Liceo Técnico Felisa Clara Tolup Zeiman	695	Administración delegada
Liceo Industrial de San Fernando	1003	Administración delegada
Instituto Comercial Alberto Valenzuela Llanos de San Fernando	877	Municipal
Liceo de Hombres Neandro Schilling	692	Municipal
Liceo de Niñas Eduardo Charme	403	Municipal
Liceo José Gregorio Argomedo	756	Particular Subvencionado
SAN FERNANDO COLLEGE	1440	PARTICULAR SUBVENCIONADO

²¹ Información entregada por el Inspector General del Establecimiento educacional.

INMACULADA CONCEPCIÓN	1060	PARTICULAR SUBVENCIONADO
Escuela Olegario Lazo Baeza	655	Municipal
Escuela Básica Isabel la Católica	642	Municipal
Escuela Villa Centinela	719	Municipal
Fundación Educacional Instituto San Fernando	906	Particular Pagado
Liceo Heriberto Soto	766	Municipal
Colegio Americano	640	Particular Subvencionado
Escuela San Hernán	422	Municipal
Colegio Particular El Real	499	Particular Subvencionado
British College	515	Particular Subvencionado
Instituto Hans Christian Andersen	426	Particular Subvencionado
Colegio Valle de Colchagua	796	Particular Subvencionado
Complejo Educacional Las Araucarias	823	Particular Subvencionado

Fuente: Tabla de elaboración propia en base a datos proporcionados por el Ministerio de Educación referente a total de matriculados para el año 2014 para la ciudad de San Fernando.

Las entrevistas fueron realizadas durante los meses de diciembre del 2014 y marzo y abril del 2015. Se llevaron a cabo en sus lugares de trabajo, algunas en más de una sesión, debido a que algunas de aquellas conversaciones, fueron sostenidas durante sus jornadas laborales.

En el caso de las profesoras seleccionadas del colegio San Fernando College, es importante señalar las facilidades dadas por el rector del establecimiento, el señor Teobaldo Parra²² y el Jefe de UTP, el señor Antonio Rojas, los cuales me permitieron presentar y explicar mi trabajo frente a los docentes de Enseñanza General Básica y facilitar el contacto con las profesoras.

Respecto a las profesoras entrevistadas del colegio Inmaculada Concepción, cabe señalar las dificultades surgidas en la búsqueda de las docentes para la realización de esta investigación.

²² Estuvo en el cargo hasta el 2014, ya que el año 2015 asumió la rectoría la señorita Marisol Meléndez, quien fue la primera mujer rectora del colegio.

Pese a solicitar en reiteradas ocasiones reuniones con el rector del establecimiento, el señor Roberto Avendaño, a quién se le presentó carta expedida por la universidad, en la cual se detallaban los objetivos de esta investigación, no fue posible concretar dichos encuentros. Si bien no pude reunirme con el rector, si pude hablar con el Inspector General del Colegio, el señor Cristian Díaz, a quién pude presentarle los objetivos de mi investigación, quién me presentó a las docentes de Enseñanza General Básica del establecimiento.

En el caso de las entrevistas realizadas a las matronas y enfermeras del Hospital San Juan de Dios de la ciudad de San Fernando, estas fueron realizadas durante sus jornadas laborales, como al término de ellas. Los contactos fueron realizados gracias a una funcionaria del recinto hospitalario, quién presentó a las distintas matronas y enfermeras que decidieron participar en este trabajo.

Respecto a la jornada laboral de las matronas, su horario de trabajo varía, pues mientras algunas trabajan de 08:00 hrs. a 17:00 hrs., hay otras que lo hacen en horario de “Cuarto turno”²³. Además de trabajar en el hospital, una de ellas se dedica a la docencia en el instituto AIEP de la ciudad, junto a la realización de reemplazos en otros centros médicos de la región.

En el caso de las enfermeras, estas también poseen distintos horarios de trabajo: jornadas de día como jornadas de turno de 12 horas. Es importante establecer que a las entrevistadas no les gusta trabajar en turnos, pues eso se traduce en una disminución en la cantidad de tiempo compartido con sus hijos, por lo que privilegian la jornada de día que va desde las 08:00 hrs. a las 17:00 hrs.

En relación a la jornada laboral de las profesoras del primero de los dos colegios, ésta se encuentra dividida en jornada de mañana y tarde. El horario de mañana va desde las 08:00 a 13:00 hrs., mientras que el de la tarde es desde las 14:00 a 16:00 hrs. Luego de finalizada su jornada, algunas de las profesoras entrevistadas realizan actividades escolares extras, como

²³ Horario de turno que va desde las 08:00 hrs. a 20:00 hrs., con un turno de noche al día siguiente de haber realizado el turno de 12 horas, para luego tener dos días libres.

talleres de orientación y autoconocimiento con niños con problemas de responsabilidad y disciplina.

Pese a tener un horario de trabajo fijo, es innegable que dentro de la Pedagogía, sus profesionales deben dedicar varias horas de su tiempo libre a la preparación de material para sus clases. Una planificación exigida por el colegio, en la cual se deben estipular las materias a trabajar, junto a la forma en que se desarrollará la clase y que debe ser enviada semanalmente al Coordinador y Jefe de UTP.

Dicha exigencia de tener que trabajar fuera de su horario laboral, de tener que llevarse trabajo para la casa, genera molestias en ellas, puesto que les quita tiempo de compartir con sus hijos y pareja, lo que las ha llevado a buscar distintas formas de organizar su horario, a fin de tener tiempo libre para disponerlo de la forma en que estimen conveniente.

Pese a que la mayoría de la planta de profesores la componen mujeres, los cargos de importancia siguen recayendo en hombres, aunque, como las mismas entrevistadas reconocen, ocupar dichos puestos no es algo a lo que aspiren.

Al tener una jornada laboral que va desde las 08:00 a las 16:00 hrs., estas pedagogas comparten bastante tiempo con sus alumnos, siendo testigos de los cambios que se están generando en la relación mujer-trabajo.

En el otro colegio, las entrevistadas trabajan en jornada escolar completa, variando ésta, entre quienes realizan talleres extra escolares fuera del horario de clases.

Este establecimiento solo el año 2008 se convirtió en colegio mixto. Si bien para las entrevistadas ello no les generó impacto debido a que ya habían trabajado en otros colegios mixtos, si tuvo impacto en aquellas docentes que nunca habían tenido un curso de hombres y mujeres, no sabiendo cómo enfrentarse a estos nuevos alumnos.

Tal como les ocurre a las otras docentes, se ven enfrentadas a la disyuntiva de, tener un horario de trabajo fijo de lunes a viernes y tener que dedicar horas de su tiempo libre a la revisión de pruebas y preparación de material. Ello se traduce en la disminución del tiempo para compartir con sus familias, lo que les genera sentimientos de culpa por sentir que abandonan a sus hijos y tener que hacer un doble trabajo para poder compatibilizar sus roles de madres y profesoras.

Al pasar tanto tiempo con sus alumnos, al igual que sus compañeras de profesión del otro establecimiento educacional, son testigos de las consecuencias que ha tenido la salida y participación laboral de las mujeres en sus hijos. Profesoras de este establecimiento plantean que hoy en día las mujeres le están relegando mayor responsabilidad al colegio y a ellas mismas, en la crianza de sus hijos. El trabajo y la demanda que en muchos casos les significa a estas mujeres/madres, ha pasado a ser utilizado como excusa por ellas, para no asumir a cabalidad la responsabilidad del cuidado, enseñanza y crianza de sus hijos, como una de las profesoras entrevistadas planteó.

Algo importante de destacar, aunque solo una de las cuatro profesoras entrevistadas estableció, “es la conciencia de género” -como ella misma lo denominó- que ha intentado inculcarles a sus alumnos y alumnas. Para ella es muy relevante que en un curso en el cual, la mayoría de los estudiantes son mujeres, se prefiera utilizar el término “alumnos” para referirse a ellas, antes que el término “alumnas”. Es por eso que esta docente intenta crear en sus estudiantes una conciencia de género que se pueda traducir en un trato igualitario entre sus estudiantes hombres y mujeres.

4. ANÁLISIS²⁴

A continuación se presenta una breve contextualización histórica respecto al rol e imagen de las mujeres, desde la década de 1960 al 2000, a fin de comprender de mejor forma los cambios que se han generado en ellas, en su participación laboral y en la relación con sus parejas e hijos. Solo se consideraron estas décadas, debido a que fue durante estos periodos que las entrevistadas realizaron sus estudios universitarios y se incorporaron al mercado laboral.

4.1 Mujeres chilenas durante 1960 y 1970

Durante la década de 1960, el papel de la mujer estaba cambiando en la sociedad (M. Mattelart & A. Mattelart, 1968). Mujeres que seguían reproduciendo su papel tradicional de madres, esposas y dueñas de casas, y otras que salían de sus hogares en búsqueda de un título profesional (Op. cit. 1968).

Pese a la idealización que se tenía en cuanto a los roles que les correspondía ejercer a hombres y mujeres, era innegable que la imagen en torno a ésta última estaba cambiando (Ídem). Si bien aún se percibía cierto rechazo social y colectivo a esta independencia femenina, era imposible negar que se estaba gestando un reconocimiento a los derechos y capacidades de las mujeres (Ídem). Una modernidad que se comenzaba a hacer presente a través de cambios a nivel familiar y social; en palabras de Armand y Michele Mattelart (1968):

“(…) mientras no se alcance una situación económica familiar y social (...) [una] supresión de los servicios domésticos, acceso a la educación, a la formación técnica, movilidad social, trabajo profesional de la mujer, creación de empleos femeninos, casas-cunas no se logrará en ningún estrato social el comportamiento consciente y decididamente “moderno”” (Ídem: 69).

Un hecho importante dentro de estos cambios, fue la promulgación y difusión de la Reforma Educacional durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, la cual buscaba “ampliar e igualar

²⁴ A lo largo del siguiente capítulo se han utilizado palabras en cursivas y negritas, para resaltar aquellos aspectos considerados importantes por la autora.

las posibilidades educativas” (C. Rojas, 1994: 21). Si bien dicha reforma se tradujo en un aumento de la matrícula para hombres y mujeres, al final de este gobierno (1970), la matrícula femenina seguía siendo baja respecto a la masculina y las mujeres se seguían concentrando en las carreras denominadas femeninas (Op. cit. 1994).

Pese a que igual habían mujeres que comenzaban a demostrar una independencia y rechazo a las concepciones tradicionales respecto a su identidad, la idea del matrimonio y la familia seguía teniendo una influencia importante a nivel social (A. Mattelart & M. Mattelart, 1968). El matrimonio seguía siendo considerado como el “estado natural de la mujer adulta” (Op. cit., 1968: 96), donde estas nuevas mujeres independientes, solteras, eran consideradas frustradas y no realizadas, además de un peligro para la sociedad (Ídem). Si bien los hombres de clases urbanas y económicas más acomodadas, tenían una opinión menos negativa de la soltería, ésta seguía siendo vista como algo raro y peligroso, pues “para la mentalidad masculina, el rol primordial de la mujer casada es el de dueña de casa y madre de familia” (idem: 115).

Durante esta época las mujeres enfrentaron la tensión entre seguir reproduciendo las viejas estructuras tradicionales respecto a lo esperable de una mujer, de su identidad, frente a la apropiación de nuevos roles que las llevarían a la realización de sus proyectos personales (Ídem). Fue así que se comenzaron a gestar los cambios en los comportamientos de hombres y mujeres, a fin de crear “una nueva sociedad” (Ídem: 213) con individuos cuya conducta social no estuviera basado en estereotipos (Ídem).

Si bien al iniciarse la década de 1970, las mujeres seguían marcando presencia en el ámbito universitario y profesional, ésta no superaba a la de los hombres. Pese a que su matrícula se concentraba en aquellas carreras más acordes con lo considerado como personalidad femenina, había algunas que estaban incursionando en áreas no tradicionales para ellas, ejemplificado en las estudiantes Ruth Bolomey Astete y Leonor Cuevas Arena, quienes fueron las primeras mujeres de la Universidad Técnica del Estado en titularse como Ingenieros Eléctricos de Ejecución (el Siglo 1970 en Rojas, 1994).

El que estas mujeres consiguieran el título en una carrera considerada como no tradicional para ellas, demostraba cómo se estaban comenzando a introducir en un mundo considerado tradicionalmente masculino (Op. cit., 1994). Pese a esto, se las seguía orientando a aquellas carreras que las llevaban a “reproducir los papeles que les asigna la cultura como madre, esposa y ama de casa” (Ídem: 23), influyendo en la elección de carreras como Enfermería y Pedagogía, relativizando “el acceso igualitario a los distintos niveles de enseñanza, pues son inducidas por la cultura a determinadas actividades, desperdiciando así, su capacidad en otras áreas” (Ídem: 23).

4.2 Mujeres chilenas en la década de 1980

Si bien a inicios de la década del 70' las mujeres ya habían ingresado a la universidad y al mercado laboral, en 1973 con el Golpe Militar, se produjo, de cierta forma, un quiebre en la situación alcanzada hasta ese momento. Si bien en la década anterior las mujeres habían comenzado a enfrentar la tensión entre su rol tradicional de madre con el rol de mujeres profesionales e independientes, comenzando a impulsar cambios en la forma de relacionarse con los hombres, con la implementación de la Dictadura Militar, se generó el impulso necesario para instalar la problemática femenina en el debate público (T. Valdés, 1987).

Con el Golpe Militar, se produjeron cambios a nivel político, económico, social y cultural, que influyeron en los cambios ocurridos en la situación femenina a nivel nacional (Op. cit., 1987). A nivel político, esta Dictadura Militar impuesta a través de la fuerza, significó la casi total exclusión de la población en la toma de decisiones, además de la persecución política a cualquier persona que pensara de forma diferente a la del régimen imperante (Ídem). Una persecución que en el año 1983 comenzó a ser enfrentada con la aparición y organización de diversos movimientos sociales, entre los que destacaron las organizaciones de mujeres (Ídem). Pero esa nueva forma de enfrentar a la dictadura, se tradujo en un aumento de la violencia por parte del gobierno, “desde la represión selectiva-privada, a una combinación de ésta con la acción masiva-pública contra barrios populares a las que se agrega el amedrentamiento mediante acciones semi-aleatorias que involucran a dirigentes sociales, sus familiares, etc” (Ídem: 1-2).

A nivel económico, con la implementación de un modelo neoliberal -donde el Mercado se convierte en el asignador de los recursos-, con la apertura al mercado externo en desmedro de la industria nacional, la privatización de toda la actividad económica, junto al escenario económico mundial, el país se vio enfrentado a una grave crisis económica (ídem). Una crisis que, a nivel nacional, se tradujo en un desempleo -entre un 25% y 30% entre 1981 y 1982- en los sectores populares de la sociedad y por ende, un “deterioro de las condiciones de vida y de consumo de la mayoría de la población (Ídem: 2). Como la recuperación de la crisis llegó a través de la concentración de los recursos en manos de privados, ello no significó el mejoramiento de los ingresos percibidos por los sectores populares, sino por el contrario,

“(…) una exclusión económica de importantes grupos, puesto que no existe la participación en la orientación de la producción, ni a través del consumo masivo, ni en una gestión “nacional” que considere las necesidades de la población como criterio de política económica” (Ídem: 3).

En el aspecto social, como consecuencia de la crisis económica, se produjeron cambios en la estructura de la sociedad, con el aumento de los “trabajadores/as “informales”, cuya actividad económica surg[ió] (...) de la necesidad de sobrevivencia material de una superpoblación relativa” (Ídem: 3). Ello influyó en la segregación socio-espacial de la ciudad, donde los sectores pobres y considerados peligrosos, fueron aislados del centro, de los barrios residenciales de los grupos más acomodados de la sociedad, a fin de generar una imagen ideal del país (ídem). Una imagen reproducida por varios medios de comunicación que, al estar bajo el control del gobierno, presentaban al “país como el paraíso, frente a un mundo abatido por el terrorismo (...) [demostrando que la política de] Pinochet [era] “yo o el caos” (Ídem: 4), a fin de amedrentar a la población para evitar su participación en protestas, pues si lo hacían, les podría ocurrir cualquier cosa a ellos como a sus familias (Ídem).

Para evitar eso, fue que el régimen dictatorial consideró a las mujeres como “parte del sostén de la dictadura” (Ídem: s.p.). Por la construcción patriarcal de la sociedad, la mujer ya se encontraba en una posición de inferioridad, “bajo la “autoridad” marital, [encargada] de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo y de su socialización” (Ídem: 5).

Pero con la implementación de este nuevo régimen político, dicha situación se agravó, al establecer en la legislación civil chilena, que “la mujer deb[ía] obediencia al marido”, mientras el marido sólo deb[ía] “protección” a la mujer” (Ídem: 7).

Aunque durante este periodo las mujeres marcaban presencia en el mercado laboral profesional y pese a que en el discurso impulsado por el Régimen Militar de Pinochet se les reconocía el aporte realizado desde sus profesiones, para ellos, el rol ideal de la mujer, era que se dedicaran a su labor de madre. Así lo manifiesta el siguiente discurso:

“(…) El número creciente de mujeres que trabajan en las más variadas ramas de la actividad nacional, la incorporación progresiva de las generaciones más jóvenes a los estudios universitarios y la connotada actuación femenina en todos los campos de la vida pública, dan testimonio fidedigno de la actividad de la mujer chilena en las tareas nacionales. Hoy más que nunca su participación es necesaria en la movilización de recursos, indispensable para arrancar al país del retraso y la pobreza (...) Chile necesita y agradece el aporte técnico de sus profesionales femeninas y lo aprecia en el alcance de su brillante capacidad. Pero no subestima por eso la labor anónima de las mujeres que trabajan en el laboratorio silencioso del hogar, velando por resguardar el más precioso capital de la nación: el cuidado de sus hijos, esperanza futura de la patria. Por (...) [eso] creemos que es necesario hacer mayor conciencia, en la propia mujer y en la sociedad entera, del valor de la tarea que a ésta le corresponde, y también de la dignidad inherente a su condición de tal” (Ídem: 24-25).

Pese a ese supuesto reconocimiento a las mujeres trabajadoras y profesionales, el verdadero anhelo de la Dictadura Militar era que las mujeres regresaran a lo que consideraban era su condición natural y normal, es decir, su rol de madres, pero, debido a las malas condiciones económicas, vale decir, alta cesantía y bajas remuneraciones, las mujeres debieron incorporarse “a la fuerza de trabajo, particularmente en los sectores populares” (Ídem: 9). Pese a esto, la dictadura igual planteó que,

“(…) la igualdad de derechos y oportunidades, que nadie discute, no puede confundirse con una identificación, ajena a la realidad física y moral del ser humano, en la cual, bajo la apariencia de una liberación, la mujer pierde el derecho a desarrollar su auténtica personalidad y proyectar sobre la sociedad el caudal de intuición y de riqueza afectiva que le es propio” (Ídem: 25).

Fue así que, en la búsqueda de ese ideal, las mujeres, al igual que el resto de los miembros de la sociedad que pensaban de forma distinta a la del régimen, fueron víctimas de la opresión (Ídem). Una opresión expresada en una discriminación laboral, con alto porcentaje de cesantía, bajas remuneraciones y que, frente a la necesidad de mantener a sus familias, reproduciendo por tanto, la imagen de la *buena madre*, fueron “sobre-explotada[s] y manipulada[s] por la dictadura” (Ídem: 10).

Pero pese a que en este periodo, mediante diversos organismos creados por el nuevo régimen dictatorial, se buscó reeducar a las mujeres a fin de regresarlas a su rol de madres y por tanto controlarlas, la opresión de la que fueron víctimas fue utilizada como impulso para su “organización autónoma”(Ídem: 13).

De esta forma mujeres provenientes de diversos sectores económicos, con condiciones políticas y sociales particulares, se fueron agrupando en diversas organizaciones que, si bien surgieron con el fin de hacer frente a la violencia política de la que eran víctimas, se convirtieron en “instancias de reflexión sobre [su] condición y necesidades” (Ídem: 14), transformándose en un actor social reconocido (Ídem).

Así, pese a encontrarse sometidas a una violencia política, física e ideológica, lograron articularse como actor y movimiento social, constituyéndose “no sólo [en] una negación de la dictadura, sino (...) [en un proyecto] hacia una lucha de profundización democrática que transforme las pautas de dominación en toda la sociedad y, específicamente la subordinación de género, hacia una plena igualdad” (Ídem: 1987: 19).

4.3 Mujeres chilenas en las décadas de 1990 al 2000

Al finalizar la dictadura, las mujeres habían logrado constituirse como actor social, planteando la problemática femenina en el escenario público (M. Jiménez, 2007). A partir de la violencia ejercida durante el periodo anterior, las mujeres esgrimieron la necesidad de “educar a ambos sexos para la práctica de relaciones igualitarias, llevando la democracia al seno de la familia,

eliminando así toda forma de violencia doméstica, sexual y malos tratos a las mujeres” (Pliego de las Mujeres 1986 en T. Valdés, 1987: 42).

Al iniciarse la década de 1990, la participación laboral femenina era de un 32,5% frente al 73,6% de la participación masculina (Encuesta CASEN 1990 a 2011 en I. Arriagada & T. Gálvez, 2014). Si bien era un porcentaje bajo, era innegable que las mujeres ya se habían incorporado al mundo público y del trabajo, haciéndose necesario, por tanto, modificar las diversas políticas públicas, a fin de asegurar sus condiciones laborales (Op. cit., 2014).

Importante en la lucha femenina por seguir marcando presencia en el mundo público, laboral y político, fueron los cambios generados en la sociedad, a partir de la implementación -durante la dictadura de Pinochet- del sistema económico neoliberal y su consolidación en los gobiernos democráticos, a partir de 1990 (J. Gómez, s.f.). La implementación de este sistema, dio origen a una sociedad fragmentada, desigual, individualista y competitiva (Op. cit., s.f.). Una sociedad neoliberal que, a medida que se fue consolidando, la “política (...) democrática y la democracia liberal representativa [perdieron] completa y total validez e interés para la ciudadanía, quedando ambas actividades (...) en manos de (...) las elites política” (Ídem: 54).

Estas nuevas condiciones, vigentes hasta la actualidad, se han caracterizado por la prioridad dada al mercado, la desigualdad social, el individualismo y el conformismo, generando una ciudadanía pasiva y disciplinada, en otras palabras, una ciudadanía fragmentada, donde el ciudadano es definido por su participación en el mercado (Ídem). Al darle prioridad al consumismo, los individuos se han ido desvinculando y desinteresando por la “política democrática” (Ídem: 57), pues la participación ya no es a través de instancias cívicas, sino a través del mercado (Ídem). Según el historiador Juan Carlos Gómez Leyton (s.f.):

“(...) es allí donde los ciudadanos y ciudadanas (...) eligen los medios que le permiten su realización social, económica y cultural. Por consiguiente (...) la política pierde su centralidad pasada (...) [y] eso explica la creciente no participación política electoral y social (...) [y] el vaciamiento de las organizaciones de la sociedad civil” (Ídem: 59-60).

Como planteó Ximena Valdés (2009), la sociedad chilena ha cambiado durante los últimos 30 años. Cuando el modelo económico neoliberal se hizo presente en la sociedad y sus consecuencias llegaron al mundo privado, se generó el quiebre de la familia de la sociedad industrial (X. Valdés, 2009). Con la flexibilización y precarización del trabajo que trajo consigo este nuevo modelo, junto al proceso de globalización, “el “padre industrial” comenzó a enfrentarse con la pérdida de sus referentes” (Op. cit., 2009: 20), debido a la incorporación de “nuevos referentes culturales [los que] dieron un marco a la liberalización de las costumbres y mentalidades” (Ídem: 20).

Hoy en día la maternidad y la familia han cambiado (Ídem). Con el aumento de la participación laboral femenina desde la década del 70’, las mujeres han dejado de dedicarse en forma exclusiva al cuidado y crianza de sus hijos, distribuyendo hoy en día su tiempo entre su labor como madres y como trabajadoras (Ídem). En el caso de la familia, esta también ha cambiado, pues el matrimonio ha dejado de ser considerado como la institución en la que ésta se funda, demostrando como ésta se “encuentra en un proceso de desinstitucionalización” (Ídem: 22), ya que hoy en día no hay un modelo único de familia, como si hubo en la sociedad salarial, sino una “diversificación de las formas familiares” (Ídem: 22), tales como, aumento de hogares con jefaturas femeninas y disminución en la cantidad de sus miembros (Ídem).

Pese a que hoy en día la sociedad chilena ha cambiado, ésta presenta rasgos denominados como de “tradicción selectiva” (Ídem: 23), pues, mientras conserva “elementos de la familia y patrones de género tradicionales [se han incorporado] (...) elementos nuevos [tales como] distintas formas de ejercicio de la paternidad, aumento participación laboral femenina [y] formas emergentes de familia” (Ídem: 23).

Todos estos cambios generados en las mujeres y en las relaciones de género, como consecuencia de la implementación del modelo de sociedad neoliberal, ha llevado a que, a partir de los años 90’, la preocupación respecto a la participación laboral de las mujeres, se haya hecho presente a nivel político. Ejemplo de ello fue la creación del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), en 1991 a través de la Ley N° 19.023, (I. Arriagada & T. Gálvez, 2014), cuyo objetivo principal era,

“(…) colaborar con el ejecutivo en el estudio y proposición de planes generales y medidas conducentes a que la mujer goce de igualdad de derechos y oportunidades respecto del hombre, en el proceso de desarrollo político, social, económico y cultural del país, respetando la naturaleza y especificidad de la mujer que emana de la diversidad natural de los sexos, incluida su adecuada proyección a las relaciones de la familia” (Op. cit., 2014: 42).

Al plantearse la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres como una problemática social, fue necesario incorporar un enfoque de género en las diversas políticas públicas del país, “a fin de evaluar los efectos diferenciados de sus productos (bienes y servicios), para mujeres y hombres” (M. Jiménez, 2007: 18) y de esa forma, comenzar a disminuir las inequidades y desigualdades producidas con el sexo masculino (Op. cit., 2007).

Al respecto es importante mencionar los diversos enfoques que ha tenido el SERNAM, desde su creación (I. Arriagada & T. Gálvez, 2014). Si en el periodo entre 1994-2005 sus objetivos se centraron en lograr su institucionalización, además de diferenciar los temas de género y familia, visibilizándose “las principales discriminaciones de género en el mercado laboral” (Op. cit, 2014: 42), en los periodos siguientes, hasta el año 2014, el énfasis estuvo en garantizar los derechos de las mujeres, promover una distribución más equitativa de las oportunidades y trabajo productivo y reproductivo entre mujeres y hombres y establecer políticas que aumentaran “la tasa de participación económica femenina de los sectores de menores recursos” (Ídem: 43).

Al iniciarse la década del 2000, la problemática femenina había conseguido una importancia relativa a nivel nacional e internacional (M. Jiménez, 2007). Tanto así, que el Gobierno de Chile, a partir de lo planteado por las Naciones Unidas en la Declaración del Milenio,

“(…) estipuló como objetivo (...) “promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer (...) [pues] se entiende que avanzar hacia la igualdad en la condición de los sexos, requiere considerar a los hombres y mujeres como personas en igualdad de derechos y oportunidades, indivisibles e integrales” (Naciones Unidas y Gobierno de Chile 2005 en Op. cit., 2007: 7).

Una igualdad necesaria de conseguir, debido al constante aumento de la participación laboral femenina -32,5% en 1990 y 43,2% en 2006²⁵-, que llevó al SERNAM, durante el periodo 2000-2006, a enfocarse en alcanzar “la autonomía y el empoderamiento personal [de las mujeres] (...) [además de visibilizar] las principales discriminaciones de género en el mercado laboral” (I. Arriagada & T. Gálvez, 2014: 42). Lo que se buscaba conseguir era que las diversas instituciones incorporaran el enfoque de género en las “prácticas rutinarias de los/as funcionarios/as públicos/as [y de esa forma] (...) asumir y profundizar compromisos y responsabilidades de género en las esferas de planificación y gestión” (Op. cit., 2014: 43).

Pero pese a que la presencia laboral femenina ha aumentado paulatinamente desde 1990, las imágenes tradicionales que asocian a las mujeres al cuidado del hogar y de los hijos, aún siguen presente en el imaginario de la sociedad chilena (PNUD, 2010).

Pese a esto y como demuestran los resultados de la “Encuesta Nacional de Opinión Pública” realizada durante Abril 2012 (CEP, 2012), la aceptación al trabajo de la mujer como aporte al ingreso familiar, ha llegado al 61,4% (Op. cit., 2012). Aunque se sigue relegando la mayor responsabilidad de las tareas domésticas y de los hijos a las mujeres, esta opinión está cambiando, pues cada vez hay una mayor aceptación a que en el cuidado de los hijos, los hombres también deben encargarse de ello (Ídem). Las diversas políticas impulsadas a lo largo de la década del 2000, han influido en los cambios que se han y siguen generando en las relaciones entre hombres y mujeres, como lo ocurrido con la Ley de Postnatal²⁶ aprobada el 17 de Octubre del 2011 (Dirección del Trabajo, s.f.), donde, de acuerdo a la misma encuesta, el 43,4% de la población entrevistada cree que, en el caso de que ambos padres tengan una situación laboral similar, si bien consideran que la mayor parte del tiempo del postnatal lo debería tomar la mujer, igual consideran que el hombre debiera tomar una parte de él (CEP, 2012).

²⁵ Datos estadísticos de la Encuesta CASEN (I. Arriagada & T. Gálvez, 2014).

²⁶ Ley N° 20.545, la que amplía el periodo postnatal de las mujeres a seis meses, además de la posibilidad de traspasarle parte de ese tiempo, al padre (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, s.f.).

Si bien a medida que ha ido avanzando la década el enfoque de género se ha ido incorporando en el quehacer de los diversos organismos públicos y privados, aún queda mucho por hacer para conseguir eliminar las distintas formas de discriminación y violencia de las que, hasta el día de hoy, son víctimas las mujeres (Jiménez, 2007). Pero pese a que aún hoy siguen en una situación de inferioridad, a través del fortalecimiento de los “Mecanismos Institucionales de Equidad de Género en el periodo comprendido entre 1995 y 2014 [se ha logrado consolidar] (...) una institucionalidad que [ha asumido] la importancia del trabajo con perspectiva de género con el fin de superar las inequidades entre hombres y mujeres en Chile” (I. Arriagada & T. Gálvez, 2014: 43).

4.4 TRABAJO, VIDA PRIVADA E IDENTIDAD FEMENINA

A continuación se presenta el análisis de los diversos hallazgos encontrados en las entrevistas realizadas, los cuales han sido organizados de acuerdo a los siguientes tópicos:

- Ingreso y realización de estudios universitarios.
- Pedagogía, Matronería y Enfermería
- Relaciones laborales.
- Trabajo y familia.
- Transformaciones en la identidad femenina.
- Participación laboral femenina.
- Mujeres de San Fernando.

4.4.1 Ingreso y realización de estudios universitarios²⁷

“Mi papá (...) quería que nosotros fuéramos más de lo que ellos fueron” (enfermera 58 años)

Las entrevistadas que ingresaron a la universidad en las décadas de 1960 y 1970, lo hicieron en un período en el cual el *ideal* de las mujeres era quedarse en la casa, donde no eran mucho las que dejaban su hogar a fin de seguir una carrera universitaria. El ideal de la educación femenina de la época, se centraba en hacer de las mujeres *eficientes dueñas de casa*. Así fue la experiencia de una de las entrevistadas:

“(...) en mis tiempos todas las que se educaban en colegios religiosos, las educaban para ser dueñas de casa. Te enseñaban a hacer los mantelitos, te enseñaban las clases de Economía doméstica, te enseñaban hasta a tomar la escoba, para que del colegio te fueras a la casa a barrer, a hacer el almuerzo, a atender. Desgraciadamente era así. Muchos de mis compañeros quedaron de dueñas de casa, mientras que otras tuvimos un poco más de visión de futuro” (profesora 72 años).

Pero pese a ello, era innegable que las mujeres estaban comenzando a incorporarse al mundo público, educacional y profesional. Como plantearon Armand y Michele Mattelart (1968), durante el periodo convivieron dos modelos de mujeres, es decir, aquellas que seguían relegadas en su rol de madres y aquellas que dejaban sus hogares en búsqueda de un camino profesional. Como planteó una profesora, “en esa época las mujeres no estudiaban mucho” (profesora 62 años).

Por eso es importante recalcar el apoyo que los padres de las entrevistadas les dieron a sus hijas cuando decidieron seguir estudios universitarios, porque como planteó una entrevistada, “si el día de mañana se casan y les toca un tal por cual, ustedes tienen con qué defenderse” (profesora 62 años). Tanto sus madres como padres, no querían que sus hijas reprodujeran la vida, en muchos casos, de esfuerzo y falta de educación, que muchos de ellos habían tenido. Así lo señaló una enfermera de 58 años, al establecer lo motivados que estaban sus padres de

²⁷ Respecto a los testimonios de las entrevistadas, es importante establecer que se han omitido sus nombres, considerándose únicamente su edad y profesión.

que ella y sus hermanos estudiaran, pues en “mi familia no había profesionales universitarios, yo fui la primera profesional universitaria” (enfermera 58 años).

En el caso de los padres, si bien apoyaban la decisión de sus hijas de estudiar, algunos de ellos deseaban que ellas siguieran sus mismos pasos profesionales, demostrando como ellos en su rol de padres, encargados del sustento económico de la familia, querían ejercer su autoridad en la decisión del futuro profesional de sus hijas. Así lo relató una profesora, al plantear que,

“(…) mi papá era Carabinero (...) quería que yo estudiara en la Escuela de Carabineros, pero a mí no me gustaba (...) mi papá era de esos que te iba a dejar a todos lados, de decir lo que se hacía y yo fui la única que le dije que no y que quería ser profesora. Pero a pesar de todo mi papá siempre nos inculcó a las hijas mujeres, que somos dos, que teníamos que tener un título” (profesora 62 años).

Esa misma autoridad la ejercían con sus esposas, al mantenerlas en su rol de esposas, madres y dueñas de casa, expresado en el siguiente relato, “mi mamá era de la casa y era muy raro cuando salía a saludar a las vecinas. A mi papá tampoco le gustaba que nosotros estuviéramos en la calle, entonces la mujer no podía socializar mucho con los demás” (profesora 62 años).

En el caso de las entrevistadas que ingresaron a la universidad entre 1980 y 1990, ellas también contaron con el apoyo de sus padres. Así lo demuestra el siguiente relato:

“(…) mis papás siempre me incentivaron a estudiar, oponiéndose a mis abuelos, incluso. Mis abuelos siempre pensaron que las mujeres no debían estudiar. Que una mujer que salía a estudiar de la enseñanza media a otro lado, de que iba a servir, si la mujer era para criar hijos, estar en la casa, lavar platos (...) mi papá no. Él siempre dijo que su hija iba a estudiar (...) mi papá era muy progresista para los tiempos de él, para su época” (profesora 54 años).

Lo mismo relató una matrona de 55 años, al establecer que, “mis papás siempre quisieron que yo estudiara. Siempre quisieron eso (...) mi papá nunca me dijo que debía quedarme en la casa, él quería que yo trabajara también” (matrona 55 años).

Es importante destacar el apoyo dado por los padres en el periodo de 1980, debido al contexto político dictatorial que estaba rigiendo al país. Si bien en aquellos años la presencia de mujeres en el mercado laboral era mayor que en épocas anteriores y pese a que, según el *discurso* creado por la dictadura de Pinochet se reconocía el *aporte* realizado por las mujeres profesionales a la sociedad, el rol ideal que la dictadura buscaba implementar en las mujeres, era el de individuos dedicados a su familia y a su casa (T. Valdés, 1987). Que regresaran a lo que se consideraba su *condición natural y normal* (Op. cit., 1987).

Ese regreso a lo que social y culturalmente se consideraba su *condición normal*, es posible apreciarlo en la diferencia entre el apoyo dado por las madres y padres de las entrevistadas a la realización de sus estudios universitarios. Si bien en términos generales, ambos padres tenían una visión positiva respecto a la incorporación al mundo universitario y profesional de sus hijas, éste presentaba diferencias cuando era dado por las madres y por los padres.

En el caso de las madres de estas entrevistadas, éstas eran dueñas de casa y, como demuestran los relatos, siempre apoyaron e incentivaron la decisión de sus hijas de convertirse en profesionales. Era tanto el deseo de estas madres, que, desde su rol de dueñas de casa, hicieron todo lo posible para apoyar económicamente a sus hijas en la realización de sus estudios universitarios. Así lo relató una matrona, al plantear que,

“(…) como no había plata para estudiar, hicieron todo lo posible para que yo cumpliera mi sueño de ser universitaria (…) mi mamá trabajaba en la casa haciendo almuerzos para los trabajadores de la construcción, mientras nosotros estudiamos” (matrona 55 años).

Al haber vivido, algunas de estas madres, una situación de represión, dominación y superioridad respecto a sus maridos, ellas no querían que sus hijas vivieran lo mismo por lo que, tal como demuestra el siguiente relato,

“(…) mi mamá (…) al haber sido dueña de casa, creo que esa represión la transformó en el ímpetu para criarme pensando en ser independiente, auto-valente (…) no quería que yo dependiera económicamente de nadie como ella lo había

hecho (...) además de (...) cambiar de condiciones económicas y de calidad de vida” (matrona 48 años).

En el caso de los padres es importante establecer que, si bien apoyaban la decisión de sus hijas de estudiar una carrera profesional, en su discurso seguía presente la imagen de la mujer como madre y dueña de casa. Tal fue la experiencia de una profesora entrevistada, al plantear que “mi papá quería que yo criara hijos, pero que además estudiara (...) siempre me dijo que tenía que estudiar y no depender de un hombre. Que tuviera un hombre, una familia, que fuera feliz, pero que no dependiera de él” (profesora 54 años).

Si bien la década de 1980 estuvo marcada por la tensión y cambios generados en los roles de las mujeres, donde éstas deseaban desarrollarse más allá de la maternidad, la idea de que su identidad como mujeres seguía estando asociado al concepto de madre y encargada de la casa, como planteaba Sonia Montecino (2007), seguía teniendo una importancia relativa, al momento de optar por seguir una carrera universitaria y hacérsela saber a sus padres. Tal fue la experiencia de una entrevistada que, al decidir ingresar a la universidad, tuvo que enfrentarse a la opinión negativa de su padre al respecto:

“(..) mi papá no quería que yo estudiara. En esa época los hombres eran quienes tenían la prioridad. Mi hermano mayor estudió, el segundo se la perdió y yo luché por ir a estudiar. Mi papá pensaba que la mujer se tenía que casar y hacer una familia, mientras que los hombres tenían que tener una profesión, para poder mantener a esa familia” (matrona 48 años).

Los relatos anteriores demuestran cómo, desde la década de 1960 a la de 1980, la identidad de las mujeres estuvo marcada por la maternidad y las labores domésticas. Pese a que no existe ni es posible hablar de una *mujer* única y universal, pues, tal como plantea Henrietta Moore (1999), la *mujer* es una categoría cultural y social resultado de un sistema cultural y periodo histórico particular, es innegable que en los periodos históricos considerados, la identidad de *todas* las mujeres, se fundamentaba en su capacidad biológica de la reproducción y la consecuente construcción cultural, que las ha considerado las principales -y casi en exclusivo-, encargadas del cuidado de los hijos y mantención del orden doméstico. Una definición a partir

de un pensamiento patriarcal que las ha querido dejar relegadas en el espacio del hogar, bajo la autoridad de sus maridos (C. Pateman, 1995).

En el caso de aquellas que ingresaron al mundo universitario durante la década de 1980, si bien ya no era considerado *anormal*, de cierta forma, ver a mujeres estudiando en la universidad y trabajando fuera de la casa, el estereotipo tradicional respecto a lo que cultural y socialmente se consideraba como un *comportamiento femenino normal de las mujeres*, deducido esto de la idea de una *esencia femenina universal* de los postulados del Feminismo Cultural de Linda Alcoff (2002), seguía latente en el imaginario social de los miembros del grupo social y de las mismas mujeres.

En el caso de las entrevistadas que ingresaron a la universidad en la década de 1990, la mayor diferencia con aquellas que lo hicieron en las décadas anteriores, fue el hecho de que sus madres tenían un trabajo remunerado fuera del hogar. Al finalizar el periodo dictatorial, las mujeres ya marcaban presencia en el mundo público y laboral. Si bien era un porcentaje bajo - 32,5% según la Encuesta CASEN 1990 a 2011 (I. Arriagada & T. Gálvez, 2014)-, esa cifra demostraba que las mujeres estaban comenzando a constituirse en un sujeto importante dentro del mundo del trabajo además de establecer una diferencia con sus madres y abuelas, al ya no conformarse con su rol de madre y esposa.

Estas madres y padres trabajadores de la década del 90', deseaban y esperaban que sus hijas se convirtieran en mujeres profesionales. Así lo relató una matrona entrevistada:

“(…) en mi casa siempre se nos inculcó que la mujer tenía que estudiar para trabajar y ser independiente. Mi mamá es secretaria administrativa trilingüe (…) siempre decía que la mujer tenía que estudiar y tener un título, pero no ser una mujer que siempre estuviera en la casa, para que nadie nos pasara a llevar, nos humillara y nos dijera nada, porque a fin de cuentas si nos iba mal, nos teníamos que poner a trabajar. Mi papá también era de la misma idea. Que nadie nos fuera a tratar mal porque no teníamos estudios. Él decía que era muy importante que la mujer trabajara y fuera independiente” (matrona 38 años).

El apoyo e incentivo de las madres y padres de estas entrevistadas más jóvenes a la consecución de una carrera profesional, demostraba los cambios que se estaban gestando en la identidad de las mujeres, donde el trabajo remunerado realizado fuera del hogar, estaba pasando a formar parte de las *actividades extras* que podían realizar las mujeres, pues a nivel social aún no era visto de buena forma que las mujeres *dejaran, abandonaran*, lo que tradicionalmente había sido considerado su *obligación natural*, es decir, criar a los hijos y cuidar de su esposo y casa. Como plantea Teresa Valdés (s.f.), un modelo tradicional según el cual la identidad femenina se centraba en la maternidad y relación de pareja.

Pese a que en la década de 1990 había varias mujeres que ya trabajaban remuneradamente fuera del hogar, aún había otras familias, en las que los hombres seguían ejerciendo su autoridad a través del sustento económico, frente a sus esposas dueñas de casa. Ese fue el caso de una profesora de 35 años que lo relató de la siguiente manera:

“(…) mi papá era el único que trabajaba, mi mamá era dueña de casa. Mi mamá tenía cero autonomía, le preguntaba todo a mi papá. Mi papá era un cavernícola, un troglodita en su forma de tratar a mi mamá. Mi papá se comportaba como el más machista de los machistas (...) mi mamá es super machista y cuando mi papá murió, pese a que ella pudo haber cambiado su forma de actuar, siguió siendo más machista todavía” (profesora 35 años).

En este caso si bien el padre y la madre eran machistas, la madre, desde su posición de dueña de casa, fue capaz de reconocer la importancia de apoyar los estudios universitarios y profesionales de su hija, ya que, tal como ella misma reconoció, “mi mamá tenía claro que lo único que podía heredar, era la educación y pese a su machismo, a mí siempre me inculcó que tenía que estudiar y ser la mejor” (profesora 35 años).

4.4.2 Pedagogía, Matronería y Enfermería

“Pedagogía Básica es primordialmente para mujeres. Son muy pocos los hombres que estudian Pedagogía Básica” (profesora 54 años)

Si bien las profesoras entrevistadas reconocen, tal como enuncia el título, que la Pedagogía es una profesión primordialmente femenina, la decisión de estudiarla, en la mayoría de los casos, fue por voluntad propia y por un tema de *vocación*, enfrentándose incluso, a la *voluntad de sus padres* de imponerles una carrera. Así fue la experiencia de una de las entrevistadas, al reconocer que,

“(…) mi papá era paramédico (…) no quería por nada que yo fuera profesora. Él toda la vida quiso que yo fuera enfermera (…) quería que todos lo siguieran en el área (…) pero a mí nunca me gustó (…) a mí siempre me gustó la pedagogía (…) yo siempre juntaba a los niñitos de al lado de mi casa y los sentaba y les hacía clases. Siempre me gustó, toda mi vida” (profesora 72 años).

Es importante destacar que, en aquellos casos en los cuales las madres de las entrevistadas realizaban alguna actividad laboral en colegios, dichas situaciones sí influyeron en la decisión de sus hijas al momento de optar por elegir una carrera. Así lo refleja el siguiente relato de una de estas profesoras:

“(…) la verdad que desde muy chica, desde que tengo uso de razón, dije que iba a ser maestra. Toda la vida. Jamás pensé en otra posibilidad. Yo me crié en una escuela con internado en el sur de Argentina. Mi mamá era asistente en esa escuela, tenía que ver a los niños que dormían en el colegio, entonces yo me paseaba de sala en sala allí y sentía que los profesores me regalaban mucho. Entonces creo que de ahí viene, porque toda la vida dije que iba a ser maestra” (profesora 44 años).

Una experiencia similar tuvo otra profesora de 62 años, al reconocer que “siempre me encantó la pedagogía. Yo viví siempre en un colegio. Mi mamá era auxiliar de colegio y yo tenía un nexo muy cercano con los profesores, así que por ahí iba lo mío” (profesora 62 años).

Todas las entrevistadas ingresaron a estudiar en diversos contextos históricos, pero, independiente de las imágenes y roles construidos para las mujeres en dichas épocas, en la carrera, la matrícula femenina siempre fue mayor a la masculina. Así lo relató una entrevistada que realizó sus estudios en la década de 1970:

“(…) en la universidad tuve tres compañeros, de los cuales uno terminó y los otros dos se salieron antes. En ese entonces la carrera era mucho más feminista de lo que es ahora, ya que ahora se ven más varones que antes, pero no es una profesión que se destaque por tener hombres” (profesora 62 años).

En el caso de aquella entrevistada que ingresó a la universidad a finales de la década de 1990, pese a haber estudiado Literatura en primer lugar, también considera que Pedagogía es una carrera femenina. En sus palabras, “salvo las del área de ciencias, tú encuentras que las carreras están feminizadas. Son carreras mayoritariamente de mujeres. En mi carrera éramos 30 en el curso y sólo había tres hombres” (profesora 35 años).

Si consideramos los planteamientos del Feminismo Cultural de Linda Alcoff (2009), de la existencia de una esencia natural femenina, junto a la construcción cultural realizada de la capacidad biológica de engendrar, que ha sido utilizado para asociar a las mujeres a las labores de crianza y de la casa (H. Moore, 1999), no sería *extraño* el que, a nivel profesional, las mujeres se hubieran concentrado en la carrera de Pedagogía. Si se acepta que, como género femenino, las mujeres poseen *virtudes y valores superiores* a los hombres, que, siguiendo los postulados de Chodorow (en S. Ortner 1979) tendrían una *psique femenina* caracterizada por tender hacia el particularismo y personalismo, lo que las habría llevado a tener una relación más cercana con los niños -debido a *tener* que encargarse de su cuidado y primera socialización- no sorprende que, socialmente, fueran dirigidas a estudiar carreras *más afines* con esa supuesta psique particular. Pero pese a estas consideraciones, igual hubo una entrevistada que tuvo que enfrentar discriminaciones por parte de algunos de sus profesores universitarios. Como ella misma planteó:

“(…) pese a que en esa época las mujeres ya iban a la universidad a estudiar, igual se seguía prefiriendo que la mujer se quedara en la casa. Lo veía en mis mismos profesores. Me acuerdo que en una clase de Historia, el profesor estaba hablando

del papel de la mujer en la historia y hablaba de Juana de Arco. Hacía comentarios como, por ejemplo, que esas mujeres tenían muchos genes masculinos, sus hormonas eran mayoritariamente masculinas. O también decía: “¿ustedes creen que la Margaret Thatcher no sabe cocinar un huevo?, tiene que saber porque es mujer”. Entonces a uno le molestaban los comentarios” (profesora 54 años).

El relato anterior es un ejemplo de cómo, pese a existir la concepción generalizada de que Pedagogía es una carrera eminentemente femenina, la presencia de las mujeres en el mundo universitario y profesional, les sigue generando *molestias* a los hombres, los cuales, aún hoy, a fin de seguir ejerciendo su rol de hombre proveedor y protector de su familia, *necesita* mantener a sus esposas en la casa o, en el caso de que éstas trabajen profesionalmente, perciban un sueldo menor al de ellos. Tal es la opinión de una profesora entrevistada para explicar la baja matrícula masculina en la carrera, al plantear que “todo radica en el asunto económico, porque el varón tiene la imagen de proveedor, de sostenedor. Además, si tú lo miras fríamente, es una profesión mal pagada, por lo que se conjugan las dos cosas” (profesora 62 años).

“Obstetricia (...) es un matriarcado total” (matrona 38 años)

Al igual que las profesoras, las entrevistadas que optaron por estudiar la carrera de Obstetricia o Matronería, lo hicieron por decisión propia. Si bien en el caso de la profesional de 38 años entrevistada, Obstetricia no era su primera opción, terminó optando por ella debido a que, luego de la negativa de su padre a su deseo de estudiar Teatro y a la orientación recibida por parte del director del preuniversitario al que asistía, terminó por escoger la Matronería como carrera profesional. Así lo relató ella:

“(…) mis dos opciones siempre habían sido Teatro o Medicina. Para Medicina no me alcanzaba (...) y mi papá que nunca me había negado nada, el teatro me lo negó y (...) y frente a eso, el director del preuniversitario que yo estaba haciendo en ese tiempo, me dijo que en realidad podía estudiar Obstetricia (...) yo quería algo con salud (...) pero que no fuera Enfermería (...) así que me decidí por Obstetricia, sin saber que eran las matronas (...) yo me enamoré de la carrera estando dentro de la carrera” (matrona 38 años).

Tanto las que estudiaron en la década de 1980 y 1990, escogieron la carrera por decisión propia, lo que se apoyaba en el deseo, apoyo e impulso de sus padres para que se convirtieran en profesionales, demostrando ello como se estaban generando cambios en la mentalidad de los individuos, respecto al ejercicio de un trabajo remunerado fuera de la casa, ya que el trabajo femenino estaba pasando a formar parte de la *nueva identidad* femenina. Una identidad caracterizada, de acuerdo a los planteamientos de Teresa Valdés (s.f), por una redefinición del modelo tradicional, centrado en exclusivo en la maternidad y matrimonio, a uno que estaba comenzando a otorgarle mayor espacio e importancia a la realización personal y al trabajo remunerado.

Tal como en el caso de Pedagogía -y demuestra el enunciado de este apartado-, Obstetricia es una carrera con predominancia de matrícula femenina. Si bien solo una de las tres matronas entrevistadas tuvo compañeros hombres, estos no la terminaron, demostrando ello la creencia y opinión de que “Obstetricia se veía como una carrera de mujeres. Como que los partos los tenían que atender mujeres” (matrona 55 años).

Esa misma creencia y la prevalencia de mujeres, incluso en la planta docente -con la excepción de aquellas dos matronas que sí tuvieron profesores-, generó una situación de discriminación hacia los hombres de la carrera de Medicina que, al igual que ellas, atendían partos. Así lo demuestra el siguiente relato:

“(…) en la carrera nunca fui discriminada. Feministas totales. Me acuerdo cuando estábamos en tercer año y comenzamos con la atención de partos, los discriminados eran los chiquillos de Medicina que también atendían partos. Las profesoras los trataban pésimo, no les enseñaban nada, todos los beneficios eran para nosotras” (matrona 38 años).

El que los discriminados fueran los hombres y no las mujeres, demostraba que las concepciones tradicionales respecto a, las identidades femeninas, vale decir, mujeres relacionadas con la imagen de la madre y *pertenecientes* al espacio privado de la casa e identidades masculinas, es decir, hombres encargados de la provisión de los recursos económicos de la familia y por tanto *actores principales* del espacio público (S. Montecino,

2007), seguían estando presentes en el imaginario colectivo y particular de los sujetos. Mujeres que, a partir de la construcción cultural de su capacidad biológica de la gestación y la reproducción, han sido relegadas y valoradas socialmente, a partir de todas aquellas actividades relacionadas con la maternidad. Como planteó Rousseau con la historia del *Emilio* (C. Pateman, 1995), las mujeres son *necesarias* en el espacio privado de la casa, pues mantienen el orden que permite participar de la vida civil.

A partir de la supuesta relación *natural* que se generaría entre madres e hijos, por ser ellas las encargadas de gestarlos -lo que no es más que el resultado de una construcción social y cultura de una función biológica, como planteó Sherry Ortner (1979)- ellas se han *apropiado* de todo lo relacionado con la maternidad y crianza, lo que explicaría el por qué de la discriminación a los hombres estudiantes de Medicina que atendían partos. Los hombres se estarían *apropiando* de una función y del espacio *propio* de las mujeres, consecuencia de las concepciones patriarcales respecto al rol que a mujeres y hombres les correspondería ejercer en la sociedad.

Esas mismas construcciones patriarcales interiorizadas en la identidad de las mujeres, explicaría también, el que una entrevistada considerara que “hay carreras para hombres y para mujeres (...) porque quizás uno lo que quiere es seguridad. Seguridad y estabilidad laboral, porque no puedes estar en el “veremos” todo el tiempo” (matrona 48 años). Este relato demuestra como las mujeres, pese a realizar un trabajo remunerado fuera de su casa, ganar un sueldo y tener la opción de ser independientes de sus parejas, siguen reproduciendo el discurso patriarcal según el cual ellas son las principales encargadas de la casa y de los hijos y que, si bien pueden tener un trabajo remunerado, la *mayor* responsabilidad del sustento económico, sigue recayendo en los hombres. La simbolización de la diferencia sexual como argumento para fundamentar las diferencias y desigualdades entre los géneros, sigue ejerciendo una influencia importante al momento de definir a las mujeres. Como plantea Sonia Montecino (2007), si bien las mujeres han conquistado nuevos espacios, la maternidad sigue teniendo una influencia importante en sus vidas.

“No creo que Enfermería sea una carrera solo para mujeres, sino para hombres también” (enfermera 58 años)

Las enfermeras entrevistadas escogieron la carrera por tres razones: decisión propia, como segunda carrera -a fin de ampliar sus conocimientos- o influenciada por la opinión de sus padres, como lo refleja el siguiente testimonio:

“(…) la verdad yo no decidí estudiar Enfermería. Lo que yo quería estudiar era Tecnología Médica, pero por la presión de mis papás, tuve que estudiar Enfermería. Pero cuando entré a la carrera, me enamoré de ella. Cuando empecé a estudiarla, dije: “esto es lo mío”” (enfermera 35 años).

Pero independiente de las condiciones que las llevaron a estudiar esta carrera, las tres reconocen que les gusta lo que hacen.

Al igual que en las otras dos carreras consideradas para la realización de esta investigación, la matrícula femenina superó a la masculina, pero, de acuerdo a la opinión de una entrevistada, era bueno que hubieran enfermeros hombres, debido a que, según su opinión, ella consideraba que habían áreas más aptas para los hombres. Así lo relató otra profesional entrevistada:

“(…) cuando yo estudié, había hombres, pero pocos (...) no creo que Enfermería sea una carrera solo para mujeres, sino para hombres también, porque tiene diferentes áreas. El SAMU, por ejemplo, requiere a veces subir cerros, tomar en brazos pacientes, entonces requiere fuerza, pero eso no significa que nosotras no lo podamos hacer. Para eso hay que prepararse, hay que tener buena condición física, fuerza mental y los preparan para eso. Uno no llega a trabajar al tiro al SAMU, requiere preparación para saber si uno cumple con las condiciones o no” (enfermera 58 años).

Si bien en Enfermería la presencia de enfermeros hombres no genera tanta *extrañeza*, como en Obstetricia, sigue siendo considerada una profesión femenina. Tal es la opinión de una profesional de Obstetricia que, en la década de 1980, cuando realizó sus estudios universitarios, estableció que, “ahora hay más chiquillos que están interesados en hacer Obstetricia, pero en general estudian más enfermería” (matrona 55 años).

Esa misma forma de considerar a la Enfermería, de asociarla a las mujeres, fue posible apreciarlo en el primer relato de este apartado, cuando la entrevistada manifestó que su deseo era estudiar Tecnología Médica, pero, por la presión de sus padres, tuvo que optar por Enfermería. Esa presión llama la atención, pues la entrevistada en cuestión, realizó sus estudios universitarios en 1990, donde la presencia de las mujeres en el mundo universitario y profesional, ya no era considerada como una *intromisión*, como si lo había sido en épocas anteriores.

Tanto la mayor presencia de mujeres en las carreras de Pedagogía, Obstetricia y Enfermería, demuestra cómo, pese al continuo aumento de la presencia femenina en el mundo público y laboral, los estereotipos tradicionales respecto a la identidad de las mujeres -asociadas con la imagen de la madre, según los planteamientos de Sonia Montecino (2007)-, siguen muy latentes. Toda esa asociación de las mujeres con actividades y profesiones más relacionadas con sus *capacidades particulares* como género femenino, no son más que construcciones culturales resultantes de la cultura patriarcal dominante. Como plantea Carole Pateman (1995), ha sido a partir de la significación política dada al cuerpo femenino, que las mujeres han sido relegadas al espacio privado de la casa y a *ciertos puestos de trabajo*. A partir de la diferencia sexual entre hombres y mujeres, se ha generado una división patriarcal a nivel privado, público y laboral, donde, como establece Michelle Perrot (1997), al considerarse la presencia pública de las mujeres como *problemática*, es posible comprender que, aún hoy, se prefiera que participen de espacios, trabajos y profesiones que, a partir de construcciones culturales, se consideren más *relacionadas* con su rol de madre.

4.4.3 Relaciones laborales

“Yo encuentro que los hombres son buenos compañeros de trabajo, a diferencia de las mujeres” (matrona 38 años)

Si bien las carreras de Pedagogía, Obstetricia y Enfermería han sido consideradas casi en exclusivo femeninas, los hombres que han optado por estudiarlas, también han marcado presencia. Ya sea en menor número que sus compañeras de trabajo mujeres, las entrevistadas

reconocen que es más *fácil* trabajar con ellos que con compañeras. Así lo considera una matrona:

“(…) nunca he tenido problemas con mis compañeros de trabajo hombres. Yo encuentro que los hombres son buenos compañeros de trabajo, a diferencia de las mujeres, que somos complicadas para trabajar en equipo. Equipos de trabajo de puras mujeres no funcionan bien, porque somos celosas, envidiosas, competitivas. Siempre hay una diferencia. Y eso muchas veces si no se maneja bien, o si no se mantienen los límites de la confianza lleva a daños del grupo de trabajo. Por el contrario, los hombres no se involucran mucho más allá de las cosas” (matrona 38 años).

Similar opinión tiene una enfermera, al plantear que,

“(…) nunca he tenido problemas con mis compañeros de trabajo hombres (…) en realidad los hombres en Urgencias son, como yo los describo, prácticos pero desorganizados o desordenados. Son prácticos en el sentido de que no se hacen mayor problema respecto a un conflicto, sino que lo hacen, lo ven bien y lo resuelven bien” (enfermera 35 años).

El que las profesionales mencionadas consideraran que es más fácil trabajar con hombres que con sus congéneres, debido a la presencia de *envidias, celos y competencias*, ejemplifica cómo las mismas mujeres se han apoderado de las construcciones culturales respecto a lo que *debiera ser* su identidad. Esta generalización que estas entrevistadas realizan respecto a cómo sería la relación laboral con otras mujeres, demuestra como la idea de una *esencia común a todas ellas*, aún estaría presente en el imaginario de cada mujer, como planteó Linda Alcoff (2002). Una esencia común caracterizada por valores, virtudes y comportamientos particulares y diferentes a la de los hombres.

La construcción cultural que se ha hecho de la identidad femenina, a partir de la capacidad biológica de la reproducción y ha llevado a que las mujeres hayan sido relegadas al espacio doméstico y de la maternidad (S. Montecino, 2007), se ha incorporado en el inconsciente de cada mujer. La imagen de la mujer centrada en la maternidad, en la imagen de la Madre (Op. cit., 2007) creada por la sociedad patriarcal, ha sido incorporada en los diversos trabajos en los cuales las mujeres se desempeñan, lo que explica, en algunos casos, las *complicaciones* que se

generan en las relaciones laborales entre hombres y mujeres y que estas últimas prefieran trabajar con hombres que con sus congéneres. Así lo demuestra el siguiente relato:

“(…) Los matrones son buenos compañeros y muchas veces mejores que las compañeras mujeres. Si a veces tenía que cambiar turno, siempre encontraba cambios con los hombres. Las mujeres siempre eran complicaciones y al final el hombre siempre te daba una respuesta. Es más práctico. Las mujeres te hacen esperar. Lo que influye también es que la mujer sea la que esté a cargo de la casa y entonces empieza con los niños, que esto y lo otro y en cambio los hombres no están ni ahí y no se hacen ningún problema” (matrona 38 años).

Si bien con la irrupción del término Género, a partir de los estudios realizados por el Feminismo Anglosajón, el que planteó -y se enfrentó a aquellos postulados de una esencia femenina- que todas aquellas características consideradas como “femeninas” eran construcciones culturales y no “derivadas” naturalmente del sexo biológico femenino, tal como estableció Marta Lamas (s.f.), la idea de “esencia femenina” sigue estando presente en el imaginario de las mujeres y, como demostraron los relatos anteriores, en las relaciones laborales que éstas sostienen. Como planteó Henrietta Moore (1999), el que aún hoy se siga considerando como “natural” la relación entre la madre y los hijos, junto a la mala distribución de las tareas domésticas y de crianza con los hombres, ayuda a explicar por qué las mujeres *prefieran* trabajar con hombres que con mujeres.

“Había (...) mucha jerarquía. Se ejercía mucho el don de mando y la cadena de mando, pero con los años se ha ido modificando” (matrona 48 años)

Pese a que las entrevistadas reconocen mantener buenas relaciones con sus compañeros de trabajo, distinta es la situación con sus jefes. Pese a que hoy en día y, tal como planteó una entrevistada, “las mujeres cada día están en más cargos de jefatura y lo veo super bien” (matrona 38 años), las mujeres son conscientes de que el acceso a dichos puestos no es algo fácil de lograr y que, pese a los cambios que se han generado en su situación laboral, por lo general estos siguen recayendo en hombres. Tal ha sido la experiencia de una profesora entrevistada, al reconocer que,

“mis jefes siempre han sido varones, siempre (...) nosotras las mujeres sabemos que tenemos cero posibilidades de llegar a ser jefa de algo, como Jefe de UTP, o rector, porque este colegio es de varones” (profesora 54 años).

¿Por qué si estas tres profesiones, de cierta forma, están *dominadas* por mujeres, ellas no acceden a los cargos de poder? ¿por qué, si realizando las mismas labores que sus compañeros hombres, no son escogidas para ocupar cargos de jefaturas? Una explicación a dicha situación, es a través de la forma patriarcal en que se ha organizado la sociedad. Como plantea Sherry Ortner (1979), pese a que las mujeres son consideradas como miembros de la cultura, pese a que se consideran sus aportes culturales, estos siguen siendo desvalorizados en relación a los de los hombres.

Toda la desvalorización e inferioridad que socialmente se ha hecho de las mujeres, es consecuencia de su capacidad reproductora y de la construcción cultural que se ha hecho de dicha capacidad, dejándolas en un lugar inferior (S. Ortner, 1979). Como culturalmente se ha considerado que las características físicas, biológicas y psíquicas de las mujeres son un argumento suficiente para relegarlas a un lugar de inferioridad, dicha situación ha traspasado al mundo del trabajo, quedando ejemplificado de mejor forma, en la situación laboral de las matronas entrevistadas.

Si bien hoy en día las matronas reconocen que la relación jerárquica que antiguamente se mantenía con los médicos hombres está cambiando, reconocen también, que aún hay médicos que “son un poco machistas en el sentido de que miran como en menos a las mujeres, sobre todo los médicos antiguos [aunque] yo creo que a medida que ha pasado el tiempo no se ve tan mal” (matrona 55 años).

No deja de llamar la atención la relación que estas profesionales del área de la salud mantienen con los médicos hombres, debido a la relación que estos mismos médicos mantienen con el único matrn, compañero de estas entrevistadas. Como planteó una entrevistada,

“(…) los médicos hombres eran tremendamente discriminadores para con los varones hombres. No les gustaba trabajar con varones. Pero por un tema de que jerárquicamente no es lo mismo darle una orden a una mujer que darle una orden a un hombre (...) yo sentía que para el jefe directo nuestro, era mucho más fácil insultarnos, humillarnos, denostarnos a nosotras las mujeres, que denostar al colega varón. Con él jamás se iba a enfrentar. En cambio con nosotras sí” (matrona 48 años).

Del relato anterior es posible deducir cómo pese a los diversos cambios que se han gestado en las mujeres, al mayor empoderamiento, autonomía que han conseguido, culturalmente se sigue manteniendo el orden cultural tradicional de hombres en una posición de superioridad y mujeres en una de inferioridad (S. Ortner, 1979). Pese a que las mujeres han salido al ámbito público y a que hoy en día marcan una presencia importante en el mercado laboral, la idea planteada por Rousseau (Rousseau 1968 en C. Pateman, 1995), respecto a que el *lugar*, el *imperio* de la mujer se encuentra en la privacidad de la casa, sigue latente tanto en el imaginario individual de los sujetos, como a nivel colectivo.

Al participar, por tanto, de un mundo, un espacio construido masculinamente, las mujeres, hasta el día de hoy, no han tenido una incorporación *plena*, en igualdad con los hombres. Pese a los cambios, las modificaciones en la forma de identificarse, a marcar cada día mayor presencia en el ámbito público, siguen sintiendo que lo hacen en un espacio que no les *compete*, ejemplificado en la imagen de la *Huacha* de Sonia Montecino (2007), que es esta mujer que, si bien se ha ganado un espacio en el mundo público, sigue sintiendo que participa de un espacio ajeno.

Dicha relación de superioridad e inferioridad queda claramente establecida en la forma en que los médicos hombres se relacionan con las matronas y no así con el matró. Si bien, como reconoce la entrevistada, se ha generado una discriminación en el trato hacia este último, debido a lo *femenino* del ambiente profesional en el que trabajan, establece que, en el trato diario de ambos, el médico se relaciona de forma más jerárquica con las matronas que con el matró. Aunque las mujeres hace bastante tiempo han demostrado que son capaces de ejercer un trabajo remunerado, aún hoy su participación laboral no es vista como *normal*. Los hombres desean seguir controlando a sus esposas ya que, si consideramos los postulados de

Pateman (1995) y Heritiér (2007), la *única* forma de tener una vida social *viable*, sería a través del control de las pulsiones sexuales de las mujeres, ya que allí radicaría la fuente del desorden social y explicaría la diferencia en el trato mantenido entre el médico y las matronas y el matró.

Como plantea Sonia Montecino (2007), la participación de las mujeres en el espacio público ha sido considerada problemática y turbulenta. Una incorporación que, de cierta forma, ha *desordenado* el orden tradicional de la sociedad, pues ha puesto en peligro la autoridad que, por tradición y construcción cultural, se les ha otorgado a los hombres.

Antes de la salida masiva de las mujeres al mundo público y laboral, había un ordenamiento social y familiar, caracterizado por una figura masculina con plena autoridad sobre su esposa e hijos. Ellos, a través del ejercicio de un trabajo remunerado y el consecuente sueldo recibido, mantenían el *control* sobre sus familias, especialmente sobre sus parejas. Si bien cuando las mujeres dejaron la privacidad de su casa para estudiar, profesionalizarse y ejercer diversos trabajos, se generó un proceso de reflexividad de los sujetos como estableció Ximena Valdés (2007), además de un contexto social y cultural caracterizado por nuevas opciones de construcción identitaria (T. Valdés, s.f.), las mujeres siguieron siendo asociadas a la maternidad y relegadas a un lugar inferior dentro del ordenamiento social.

El médico Jefe de la Unidad de Neonatología, hoy en día prefiere trabajar con mujeres que con hombres. Como planteó otra matrona entrevistada,

“(…) ahora, en mi trabajo, no aceptamos matrones hombres. Una porque el médico que (…) ahora es subjefe, no le gusta tener matrones hombres en la unidad, porque a lo mejor las mamás dan pecho, están con la pechuga afuera, pero sin embargo los médicos son hombres. Pero no quieren que haya ni matrones masculinos, ni los que hacen el aseo, sean del sexo masculino en la unidad (…) los médicos prefieren a las mujeres y ahí quizás es posible ver exarcebado el género” (matrona 55 años).

El relato anterior es llamativo porque, mientras el médico jefe no *quiere* a hombres dentro del lugar de trabajo, él si sigue trabajando allí ¿por qué no contratar a matrones, auxiliares hombres, pero si a médicos hombres? Porque si bien es un entorno en el cual predominan las

mujeres, la presencia del médico hombre demuestra como en el lugar de trabajo se sigue reproduciendo el ordenamiento cultural tradicional que releva a los hombres a un lugar superior y a la mujer a un lugar inferior.

“Porque vas a ser mamá (...) a la mujer se le sigue discriminando en el ámbito laboral, porque la mujer para la vida laboral de la sociedad es un problema” (profesora 54 años)

Si bien las entrevistadas reconocen, “jamás” (profesora 44 años) haberse sentido discriminadas en sus lugares de trabajo, si son conscientes de que, a nivel general de la sociedad y en el tema de los sueldos específicamente, las mujeres si han sido discriminadas. Así lo considera una entrevistada:

“(...) en el sueldo si que discriminan. Algunas empresas incluso prefieren recibir mujeres, porque a la mujer le van a pagar \$1.200.000 y al hombre \$1.500.000, por tanto les conviene. Por ejemplo entre tú y yo, si las dos tuviéramos la misma posición, el empleador dudaría en recibirte a ti o a mí. Si me recibiera a mí, yo sería más cara por los años de servicio, mientras que tú saldrías más barata, entonces le convendrías tú. Pero por las dificultades que tú le vas a generar, porque vas a ser mamá y vas a tener licencia, le convengo yo. Pero por esa razón a la mujer se le sigue discriminando en el ámbito laboral, porque la mujer para la vida laboral de la sociedad es un problema” (profesora 54 años).

El relato anterior es un claro ejemplo de la forma en que se ha constituido y sigue considerando la identidad femenina en la sociedad. Pese a que las mujeres han cambiado, a que “se han incorporado más al mercado laboral, ocupan cargos importantes y (...) la sociedad valora el trabajo de la mujer porque son un aporte para la economía familiar” (profesora 44 años), la continua asociación con la maternidad, sigue siendo utilizada para discriminarlas a nivel laboral.

Si consideramos los postulados de Hernando (2005) respecto a las actividades de mantenimiento, la maternidad no debiera tener un sesgo negativo, sino por el contrario, una consideración positiva. Las mujeres realizan una labor fundamental para el funcionamiento y mantención del orden social, pues serían ellas quienes, a través de la primera socialización de los niños (S. Ortner, 1979) y de la mantención de los vínculos sociales -a través de las

actividades de mantenimiento-, permitirían la reproducción de la vida social. Lamentablemente sus aportes siguen siendo invisibilizados y desvalorizados, ejemplificados en las diversas situaciones de discriminación que las afectan.

Si bien la maternidad a nivel privado es valorada, cuando ésta se inmiscuye en el mundo público y laboral de las mujeres, pasa a tener una connotación negativa ¿por qué? Porque pese a que actualmente asistimos a un proceso de empoderamiento y autonomía femenina, en el cual las mujeres han comenzado a anteponer sus deseos, sus necesidades antes que las de los otros, este proceso aún no consigue importancia a nivel social y colectivo, aceptándose y validándose aún, la posición de inferioridad de las mujeres.

Pese a que varias de las entrevistadas reconocieron la *ausencia* de situaciones de discriminación en sus lugares de trabajo, en algunos de sus relatos si fue posible apreciar situaciones discriminatorias, como demuestra la siguiente opinión, en la cual la entrevistada planteó que “yo acá no he sentido mucho que ellos nos discriminen por sexo, sino solamente en la parte de ascender. Nosotras las mujeres sabemos que tenemos cero posibilidades de llegar a ser jefa de algo, como Jefe de UTP, o rector” (profesora 54 años).

Aunque las entrevistadas ejerzan una profesión considerada socialmente, como casi en exclusiva femenina, a la hora de optar a cargos de jefaturas, ellas saben que sus posibilidades son bajas, en consideración a las de sus compañeros varones. Como planteó una matrona

“(…) las mujeres cada día están en más cargos de jefatura y eso es bueno [porque] cuando yo egresé jamás pensé en tener una enfermera o matrona gerente de salud, gerente de enfermería, gerente de calidad, encargadas de infecciones intrahospitalarias. Esos eran cargos para médicos, para hombres. Y ahora veo mujeres en esos cargos y es bueno” (matrona 38 años).

Las mujeres siguen estando en una situación *desfavorable* en comparación a los hombres. Aunque hoy en día haya mujeres que ejercen cargos de poder, éstas son minoría en comparación a las jefaturas en manos de hombres, radicando la explicación de ello, en el significado negativo que se le ha dado a la maternidad dentro del mundo laboral.

Otro ejemplo de discriminación enmarcado en la maternidad, es la situación que vivió una profesora entrevistada en uno de sus trabajos como docente. Así lo relató ella:

“(…) en ese colegio yo tenía el jefe de UTP de Enseñanza Media y con el que no tenía ningún problema, pero con la jefa de UTP de Enseñanza Básica sí los tenía. En básica éramos puras colegas mujeres de mediana edad, entre 45 y 55 años, no había gente joven en el colegio, nadie recién egresado, yo era la única y cuando habían reuniones y yo quería opinar, dar ideas, me decían: “es que tú no tienes hijos”. Siempre eso. Me decían: “tú tienes tiempo para pensar y tener ideas porque no tienes hijos” y había una molestia. Molestaba que yo hubiera terminado recién la carrera, no fuera mamá todavía y tuviera más tiempo que ellas, según lo que ellas decían. Esos eran argumentos de mis colegas damas y no de mis colegas varones” (profesora 35 años).

El relato anterior no deja de llamar la atención, porque demuestra como aún la maternidad sigue siendo considerada casi en exclusiva responsabilidad de las mujeres, además de la mala distribución de las tareas entre los géneros, que todavía se mantiene. El que las compañeras de trabajo de esta entrevistada le dijeran “es que tú no tienes hijos”, ejemplifica cómo, mientras por un lado se espera que las *mujeres cumplan* con el mandato de la maternidad, que definiría su identidad, por otro lado, dicho mandato genera *ciertas molestias* en ellas mismas, el que sería expresado, como en el relato anterior, cuando se relacionan con mujeres que no son madres.

Si bien es cierto que la cultura patriarcal ha creado imágenes y mandatos respecto a lo que es ser una mujer y hombre, es imposible establecer una igualdad común a todas las mujeres. Ninguna es igual a otra. El que esta profesora entrevistada no tuviera hijos en dicha situación, no era argumento para considerarla *menos mujer* y discriminarla. Pero si a las mujeres se las ha discriminado por no ser madres, ello ha sido consecuencia de la idea de esencia femenina, planteado por el Feminismo Cultural (L. Alcoff, 2002) y fomentado por la cultura patriarcal. Esta idea de una *esencia femenina universal* ha llevado a la creencia generalizada, de que las mujeres *deben cumplir* con un comportamiento femenino normal y que todas aquellas que no se adscriben a dichos comportamientos, no son consideradas *verdaderas mujeres*, como estableció Gabriela Castellanos (1995) y por ende, posibles de discriminar. Otro ejemplo de

discriminación, basado en la apariencia *no normal* de una mujer, es otra situación que vivió esta misma profesora:

“(…) en ese colegio trabajé 1 año y la única persona con la que tuve problemas fue el Inspector General. Yo era gótica en esa época y sabía que en el colegio no podía serlo, pero seguí vistiéndome fundamentalmente de negro y usando el pelo corto con hartos gel. Un día el inspector general me llamó a su oficina y me dijo: “profesora, necesito hablar con usted un tema muy serio sobre su presentación personal”. Yo pensé: “qué pasa” y él me dijo: “usted no puede peinarse así” y yo le dije: “¿así cómo? Si tengo el pelo corto”. El inspector me dijo: “es que usted no puede venir con gel” y eso me molestó muchísimo y le pregunté por qué no podía usar gel si mis colegas de historia y de arte podían usar gel y su respuesta fue: “es que ellos son hombres”. Además en ese colegio se usaba delantal y yo no lo usaba, así que al final de año me dijeron que no me iban a renovar contrato porque no usaba delantal y usaba gel en el pelo” (profesora 35 años).

El relato anterior es un claro ejemplo de cómo, según la opinión del inspector general, la entrevistada no *cumplía* con el aspecto físico esperable de una mujer, por tanto, con aquellos atributos que, de acuerdo a la cultura patriarcal, definirían la femineidad.

Para que las mujeres dejen de ser discriminadas, relegadas a un lugar inferior dentro de la sociedad, es necesario que se genere un cambio de consciencia a nivel individual como colectivo. Debe dejar de considerarse que las mujeres, por el simple hecho de poseer la capacidad biológica de la reproducción, son las únicas encargadas del cuidado y crianza de los hijos. Debe generarse una re-significación de la maternidad, donde los hombres tengan un papel cada vez más activo en la vida de sus hijos, a fin de lograr una mejor y equitativa distribución del tiempo que hombres y mujeres le dedican a las labores domésticas y de crianza y de esa forma, que las mujeres dejen de ser consideradas un *problema* cuando son madres y trabajadoras. Hoy en día la maternidad debe ser incorporada como parte de la realidad de las mujeres trabajadoras.

Si bien las mujeres han vivido ciertas situaciones de discriminación relacionadas con estereotipos vigentes a nivel social, ninguna de las entrevistadas se vio desfavorecida en oposición a sus compañeros hombres, al momento de optar a instancias de capacitaciones. Tal fue la experiencia de una matrona,

“(…) acá en el hospital siempre nos mandan a cursos. Hay algunos que son obligatorios y que el hospital te paga. Yo tuve la fortuna de que me pagaron un Diplomado en Gestión de Salud hace como 7 años, cuando se estaba empezando con todo lo que era la autogestión de los hospitales. Y así otros cursos que van saliendo, que te digo son obligatorios” (matrona 55 años).

En el caso de las profesoras, la experiencia de una de ellas respecto a cursos de perfeccionamiento, fue la siguiente:

“(…) [en el colegio] te daban ánimos, te motivaban, te enviaban a cursos de perfeccionamiento y nosotras, que somos la última generación de las “Normales”, tuvimos que perfeccionarnos por nuestra cuenta, aprender a usar la tecnología, porque sino nos habríamos quedado en el pasado y no estaríamos aquí (risas)” (profesora 62 años).

Independiente de su edad, esta entrevistada es consciente de la importancia de seguir actualizando sus conocimientos, a fin de poder seguir participando del mercado laboral. Ya sea que se relacionen con compañeros de trabajo más jóvenes que ellas, la edad no ha sido excusa para ser *víctimas* de discriminación, pues, como plantea otra profesora de 62 años entrevistada,

“(…) uno tiene que ser inteligente en la vida. Por ejemplo yo cuando me fui al [otro colegio], llegué a un mundo completamente diferente en todo orden de cosas, pero yo puse al servicio de mis paralelas mi experiencia y ellas pusieron a mi servicio la tecnología y trabajamos muy bien durante 20 años” (profesora 62 años).

4.4.4 Trabajo y familia

“Yo creo que el hombre está tremendamente dolido de que la mujer (...) pueda (...) trabajar y estar fuera de la casa” (profesora 54 años)

El trabajo ha generado cambios importantes en la vida de las mujeres. Les ha otorgado independencia, autonomía, reconocimiento social, entre otros, y por tanto, ha repercutido en la forma que se relacionan con sus parejas.

Aunque actualmente las mujeres lleven años trabajando fuera de sus casas, su participación laboral aún es vista con cierto recelo por parte de sus esposos, quienes, en algunos casos, preferirían que sus parejas se quedaran sólo en la privacidad de la casa. Tal fue la experiencia de una matrona, quien planteó que, “en una oportunidad (...) mi marido [me dijo], que si de él hubiese dependido, yo no hubiese trabajado. Casi me morí. Porque él me conoció en la universidad y sabía que yo hacía turnos y sabía como era mi sistema de trabajo” (matrona 48 años).

Una situación similar vivió otra entrevistada, de 35 años, quien reconoció que su pareja, “antes de casarnos, él no quería que yo trabajara. Pero es ilógico que estudies una carrera en la que después no te vas a desarrollar. Él era super machista en ese ámbito, pero después fue abriendo un poco la mente y tuvo que aceptar no más” (enfermera 35 años).

De los relatos anteriores, llama la atención la edad de las entrevistadas, ya que son mujeres relativamente jóvenes, con esposos de edad similar a la de ellas, donde su ingreso al mundo del trabajo, fue en una época en la cual las mujeres ya marcaban presencia en el ámbito público y laboral. Estas entrevistadas ejemplifican, de cierta forma, a las nuevas mujeres empoderadas, independientes, profesionales y capaces de percibir un sueldo igual que los hombres. Por tanto, si su historia laboral se ha enmarcado dentro de la lucha por conseguir igualdad, equidad y reconocimiento social y político como sujetos de derecho ¿por qué la negativa de sus parejas a aceptar y apoyar el trabajo remunerado de ellas? Por el miedo, el temor y desconcierto que les generó a estos hombres, la pérdida de la autoridad considerada *natural* sobre el género femenino. Como planteó una entrevistada, “yo nunca pensé que para él fuera importante que la mujer estuviera en la casa. Creo que es un tema de temor, ya que creo que él piensa que estando fuera soy más tributo para otros hombres. Yo lo veo como una inseguridad de él. Yo no voy a cambiar” (matrona 48 años).

Como tradicionalmente se ha considerado que el rol de los hombres es el de ser el proveedor del sustento económico de la familia, el *jefe de hogar* (S. Montecino, 2007) y a las mujeres se las ha relegado al espacio de la casa, el que éstas salieran de dicho lugar y comenzaran a trabajar, generó, como plantea Michelle Perrot (1997), un *desorden* en la organización y

funcionamiento de la sociedad. Su salida fue considerada caótica porque, siguiendo los planteamientos de Hernando (2005), eran las encargadas de mantener los vínculos sociales, a fin de sostener al grupo. Pese a que la sociedad patriarcal y especialmente los hombres, han querido *ocultar* estos aportes realizados por las mujeres -las denominadas *actividades de mantenimiento* por Almudena Hernando (2005)- estas actividades han sido fundamentales para el funcionamiento del grupo social y participación de los hombres en la vida pública. Aunque los hombres han querido ocultar la necesidad de dependencia, es inevitable reconocer que, sin estas actividades realizadas por las mujeres, los hombres no habrían podido tener una participación plena en el mundo público, ya que a partir de estas labores realizadas por las mujeres, los hombres pudieron mantener su sensación de seguridad y control sobre el mundo.

Pero, aunque en los planteamientos de Almudena (2005) y Ortner (1979), se ha reconocido el aporte realizado por las mujeres para el funcionamiento y mantenimiento del orden social, ello no ha generado cambios en la forma que son vistas socialmente, pues su incorporación social sigue siendo considerada como un *desorden*, dentro del ordenamiento que la sociedad patriarcal ha establecido. Siguiendo los planteamientos de Françoise Héritier (1996), la forma negativa en que se ha visto la participación pública y laboral de las mujeres, sería consecuencia de la capacidad fecundadora que ellas poseen (F. Héritier, 2007) y que habría llevado a otorgarle una valencia diferencial a cada sexo, donde se generaría una exaltación de lo masculino por sobre lo femenino. Como plantea esta autora, al poseer las mujeres el *privilegio* de reproducir lo diferente, vale decir, hombres, éstos se vieron, de cierta forma, sometidos a las mujeres, ya que la única forma de *acceder* a tener a sus idénticos, sería a través del control de ellas, relegándolas, para ello, al ámbito privado de la casa.

Habría sido ese mayor valor otorgado al sexo masculino, dentro de esta construcción patriarcal de la sociedad, lo que explicaría el lugar inferior, que aún hoy, siguen ocupando las mujeres y que, con esta masiva profesionalización y participación laboral, pondría en *peligro*, la organización tradicional de las relaciones y roles ejercidos por hombres y mujeres.

Según se desprende de los relatos de las entrevistadas más jóvenes, los hombres, pese a todos los cambios que se han generado en la identidad de las mujeres, en la forma que ellas se

enfrentan al mundo, auto-valorándose más allá del rol de madre, siguen queriendo ejercer su autoridad a través del aspecto económico. Así lo demuestra el relato de una de las profesionales entrevistadas, al plantear que,

“(…) en mi matrimonio había una superioridad por parte de mi ex marido por el tema de que él ganaba mucho más que yo. Él no quería que yo terminara la carrera. Después que terminé, él no quería que yo trabajara. Después que trabajé, salió con el tema de que para que iba a trabajar si ganaba tan poca plata” (matrona 38 años).

Al participar estas entrevistadas del mercado laboral y comenzar a percibir un salario, en algunos casos mayor al de sus parejas, éstos se vieron, de cierta forma, *amenazados*. Como planteó una entrevistada,

“(…) como se dio la situación de que yo gano más dinero que mi marido, eso me ha dado la seguridad que quizás gran parte de las mujeres no tiene, al depender económicamente de sus maridos y por tanto encontrarse bajo el dominio de ellos (...) yo le digo: “si me mantienes, yo dejo de trabajar” (risas). No me puede mantener, entonces hay que trabajar” (matrona 48 años).

Ese miedo sentido por los hombres, es reflejo de la re-significación que se está generando en la forma de relacionarse con las mujeres -el denominado *Neomachismo* planteado por Sonia Montecino (2007)-, donde tanto la identidad femenina como la masculina están cambiando, pues estas últimas ya no pueden ser concebidas a partir de la imagen de hombre proveedor, pues las mujeres ya no necesitan un hombre que les *entregue* el sustento económico, ya que han demostrado que, al igual que ellos, pueden trabajar y ganar su sueldo, no aceptando la autoridad masculina -considerada *natural*- sobre ellas.

En el caso de los esposos de las entrevistadas cuyas edades fluctúan entre los 62 y 72 años de edad, estos no mostraron recelos respecto al trabajo remunerado ejercido por sus parejas, como si hicieron los esposos de las entrevistadas más jóvenes. Como planteó una profesora,

“(…) con mi marido nunca hemos tenido problemas por el trabajo, sobre todo porque él también trabaja en lo mismo y cuando nos casamos, ambos trabajábamos, además, si me hubiese dicho algo porque trabajaba, no hubiese aceptado de

ninguna manera dejar mi trabajo, porque eso es algo que igual te da independencia, seguridad” (profesora 62 años).

Similar experiencia tuvo otra entrevistada, quien reconoció que,

“(…) con mi esposo nunca hemos tenido problemas por el trabajo. Él ha sido mi partner y mi ayuda. Lo entendió toda la vida y toda la vida me ha dado mi espacio. Mi esposo ha sido un 7 en ese aspecto. Yo trabajé casi toda mi vida jornada mañana y tarde y si no lo hubiera tenido a él, habría sido imposible. Me secundó como papá, como mamá, un 7” (profesora, 62 años).

¿Por qué, si estas entrevistadas ingresaron al mercado laboral en una época en el que el ideal para una mujer era quedarse en la casa a cargo de cuidado de la familia, si tuvieron el apoyo de sus parejas, a diferencia de los esposos de las entrevistadas más jóvenes, quienes se mostraron más reacios a la decisión de sus esposas de ejercer un trabajo remunerado? Hoy en día, las mujeres asisten a un proceso de empoderamiento y autonomía, que les ha demostrado que son ellas las protagonistas de su vida y que pueden lograr lo que se propongan (M. Lagarde, s.f.). A través de este proceso de empoderamiento, se han auto-reconocido, auto-valorado y auto-legitimado para ser quienes realmente son, sin necesidad de seguir encasillándose y reproduciendo los estereotipos que la sociedad patriarcal les ha impuesto, siendo el mejor ejemplo de ello, la prioridad y significado que hoy en día le otorgan al trabajo.

Si los esposos de las entrevistadas más mayores no mostraban reticencias al trabajo remunerado de sus parejas, la razón de ello radicaba en que, tanto el sueldo percibido por ellas como el de ellos, era para el mantenimiento de los hijos. Como relató una entrevistada, “la relación con mi marido siempre fue muy buena, excelente. Mi marido también era profesor y (...) como a nuestros hijos los educamos en los Maristas, en las Monjas cuando era colegio pagado, trabajé harto, porque había que hacer plata” (profesora 72 años). Si bien en la época del 60’ y 70’ en el cual estas mujeres ingresaron al mercado laboral, la participación pública de las mujeres era considerada una *intromisión* en un mundo construido masculinamente, por ende, una incorporación, como estableció Sonia Montecino (2007), sin tradición propia, la participación laboral de ellas era importante, pues ayudaba en el mantenimiento del hogar y la familia. Pero como la sociedad patriarcal ha establecido estereotipos para hombres y mujeres,

y el de estas últimas se ha centrado en la maternidad y en la privacidad de la casa, cualquier aporte que realizaran en el mundo público, fue invisibilizado.

En el caso de la reticencia que los esposos de las entrevistadas más jóvenes les manifestaron respecto a su inserción laboral, ello se explica por, el proceso de empoderamiento y autonomía en el cual muchas mujeres están participando y por los cambios en la significación del trabajo. Este empoderamiento que las ha hecho conscientes de la capacidad que, como individuos tienen de formar y decidir sobre su propia vida, sin seguir, necesariamente, los estereotipos establecidos, ha puesto *en peligro*, la forma patriarcal en que mujeres y hombres se han relacionado. La sociedad patriarcal, ha valorado a las mujeres dentro de la casa y no así en el espacio público. Que hoy en día hayan dejado sus casas y participen del mercado laboral, ha puesto en peligro la superioridad -considerada natural y construida culturalmente- que se les ha otorgado a los hombres.

“Igual cada día le dedicamos menos tiempo a la familia (...) pasamos más tiempo trabajando, menos tiempo en el hogar” (matrona 38 años)

El que las mujeres salieran a trabajar masivamente, junto a la importancia que ha ido tomando el trabajo en sus vidas, ha generado consecuencias en la relación con sus hijos: la falta de tiempo para compartir con ellos. Así lo demuestra el siguiente relato:

“(…) para mí el trabajo es super importante y creo que ha pasado a ocupar un lugar importante en la vida de las mujeres, pero eso tiene sus pro y sus contras. A mí me gusta mucho que la mujer trabaje, que se empodere, pero también hay que asumir ciertas pérdidas, ciertos costos. Antiguamente, las mujeres estaban todo el tiempo con sus hijos: comían con ellos, hacían las tareas juntos, los ayudaban, pero hoy no es así y ese es un costo que nosotros los profes lo vemos. Muchas veces los niños no le piden al viejo pascuero un juguete, le piden almorzar con la mamá, jugar con el papá. Yo creo que la mujer tiene que trabajar pero sin perder de vista que uno trabaja para los hijos. Si quieres tanto a los hijos tienes que estar con ellos. No puedes llegar cuando ellas están durmiendo, irte cuando están durmiendo, tienes que estar con ellos. Yo creo que es bueno que la mujer trabaje, pero que tampoco el hombre trabaje a tiempo completo, ya que es cuestión de familia” (profesora 54 años).

Que las entrevistadas reconozcan que comparten poco tiempo con sus hijos, es consecuencia de, por una parte, la importancia que ha tomado el trabajo para las mujeres en los últimos años y por otra, de la doble jornada laboral que ellas se han auto-impuesto y auto-asumido. A través de los procesos de empoderamiento y autonomía, las mujeres se han hecho conscientes de que son sujetos con derechos, deseos, anhelos, dejando, como plantea Marcela Lagarde (s.f.), de ser un actor pasivo en la conformación de su vida, para pasar a ser la protagonista de la misma. Cuando las mujeres se reconocieron como sujetos con aptitudes para conseguir lo que se propusieran, sin la necesidad de *depender* de un hombre para ello, uno de los lugares en que se expresó esta *nueva independencia* conseguida, fue en sus lugares de trabajo.

Hoy en día el significado dado por las mujeres al trabajo ha cambiado. Ya no es únicamente el medio que otorga los recursos para la subsistencia de los individuos, sino además, un espacio en el cual las mujeres expresan sus diversas capacidades, aptitudes y generan nuevos lazos sociales, los que les permiten no ser identificadas únicamente a través de la maternidad, sino también, desde su rol como trabajadoras y profesionales, demostrando ello que las mujeres no poseen una identidad única y general, sino que, como planteó Gabriela Castellanos (1995), una identidad que depende de los distintos contextos en los que participan. Siguiendo los planteamientos de Sonia Montecino (2007), a través del trabajo las mujeres han dejado de ser reconocidas únicamente por su identidad relacional -madre de, esposa de-, y han pasado a ser reconocidas, también, por una identidad posicional, es decir, una identificación basada en su rol como trabajadoras, profesionales, estudiantes, etc.

Si bien, como las mismas entrevistadas reconocen, “el trabajo es una realización personal por algo que tú elegiste sin que nadie te impusiera y algo que te realiza como profesional, ya que te sientes contenta y agradada” (profesora 62 años), además de, como reconoció otra entrevistada, significar “autonomía, porque nunca más he tenido que supeditarme a nadie (...) [y] me ha permitido vincularme con mis pares, con mis colegas de otra manera y no de una manera heteropatriarcal” (profesora 35 años), en el caso de aquellas que son madres, el trabajo pasa a ser una *carga extra* en sus labores diarias.

Esa carga extra o doble jornada laboral que ellas mismas se han *auto-impuesto*, es consecuencia de la forma patriarcal en que han sido identificadas y definida su participación en el mundo público y laboral. Como la identidad femenina ha sido definida a partir de la construcción cultural que se ha realizado de la capacidad biológica de la reproducción, por tanto, valoradas dentro de la casa y no así en el espacio público, como estableció Montecino (2007), junto a la mala distribución de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos entre mujeres y hombres, ha generado sentimientos de culpa en muchas de ellas, por sentir que *abandonan* a sus hijos, ya que, “el trabajo igual quita tiempo con la familia” (matrona 55 años) y “uno como que se desdobra porque haces mil cosas para estar con ellos y para demostrarle que no les faltaste” (matrona 48 años).

Pese a todos los cambios que se han producido en pro de un mayor empoderamiento, las mujeres siguen reproduciendo y haciendo suyo el discurso de que son ellas las encargadas de todo lo relacionado con la maternidad, generándose, cuando consideran que no están ejerciendo dicho rol de la *forma correcta*, la sensación de ser una madre *a medias*, como demuestra el siguiente relato:

“(…) yo creo que el ideal para una mujer sería trabajar una media jornada, con una buena remuneración y el resto del tiempo poder ejercer su rol de madre y poder inculcarle a los hijos lo que se perdió. Antiguamente como las mamás estaban siempre en la casa, conocían bastante mejor a los hijos y podían ejercer el rol de madre. Ahora uno lo ejerce como a medias porque uno trata de ser amiga de sus hijos, cosa que es un error, porque uno es mamá y no amiga y la embarra. Yo lo veo así. Esto cabros de ahora no tienen filtro, ellos creen que todo cae del alto cielo y que los padres son una máquina de dar y ellos no tienen tolerancia a la frustración y tampoco se crean metas. A lo mejor lo digo desde la banca mía porque yo lo veo con los míos, pero también veo los hijos de mis colegas que les pasa algo muy parecido, que uno trata y lucha de inculcarles que el futuro de ellos se basa en la educación, que es como todo. Si tú eres millonaria, fantástico, pero la idea es que tú hijo crezca y para crecer tienes que educarte” (matrona 48 años).

Hoy en día, con todos los cambios que se están generando en las mujeres, resumidos en la búsqueda de mayor autonomía, como estableció Teresa Valdés (s.f.), debe generarse una re-significación de la forma patriarcal y tradicional en que se ha definido la maternidad y la paternidad. La maternidad debe dejar de ser considerada como una *carga*, un *problema* para

las mujeres y para la sociedad, cuando éstas deciden ingresar al mercado laboral. Aunque aún hoy sigan vigentes estereotipos respecto a lo que *debiera ser* la identidad de mujeres y hombres, con la modernidad y los consecuentes procesos de individualización y subjetivación, se generó un nuevo espacio de auto-identificación, caracterizado por la mayor libertad que se les otorgó a mujeres y hombres, para re-construir su identidad.

Dicha reconstrucción, a nivel laboral, debe caracterizarse por la incorporación del cuidado de los hijos y realización de las labores domésticas, como parte de las identidades de mujeres y hombres. El cuidado y crianza de los hijos debe dejar de ser considerado como responsabilidad en exclusiva de las mujeres, pues, tal como planteó una entrevistada, “los hombres tienen que estar más presentes en la casa. Tienen que pasar más tiempo con los hijos y no en un rol de colaboración, sino como encargados. Más que nada ¡son los papás!” (profesora 44 años).

Pero como dichas reconstrucciones identitarias aún no logran tener una aceptación social, imperando todavía el modelo identitario impuesto por la cultura patriarcal, las mujeres siguen sintiéndose *culpables* por el tiempo que les *quita* el trabajo, de compartir con sus hijos. Incluso en aquellos casos donde los mismos hijos apoyan y se sienten orgullosos del trabajo realizado por sus madres, estas mujeres saben que dentro de ese apoyo hay un *reclamo* o *decepción*, por no poder compartir más tiempo. Así lo demuestra el siguiente relato:

“(…) mi hija ahora tiene 15 años. La relación ha sido buena pero difícil. Ella reconoce que somos las dos solitas no más, que trabajo hartito y me admira por eso (...) a ella le gusta que yo trabaje, que sea independiente, pero también le gustaría pasar más tiempo conmigo. Me lo ha dicho (...) lamentablemente es la vida que le tocó vivir y ella tiene que entender. Y lo entiende, pero creo que como todo hijo le gustaría estar más con la mamá (...) igual cada día le dedicamos menos tiempo a la familia. Por eso los cabros están así ahora y la sociedad cada vez está más desordenada. Pasamos más tiempo trabajando, menos tiempo en el hogar. Yo me acuerdo que todos los días de mi vida almorcé con mi mamá y con mi papá y mi hija no puede contar lo mismo. Mi hija de lunes a jueves almuerza en el colegio con sus compañeros. Entonces esas cosas cambian, esas instancias de comunicación” (Matrona 38 años).

De las entrevistas realizadas, surgieron dos procesos como consecuencia de esa sensación de *abandono, de culpa*, por compartir menos tiempo con sus hijos. En primer lugar, recompensas materiales a los hijos, como sustituto de su *ausencia* -particularmente en el caso de las matronas entrevistadas- y en segundo lugar, el surgimiento de la imagen de la nana, como forma de cumplir con *todas las labores* que, patriarcalmente, las mujeres *deben cumplir*.

A diferencia de las profesoras, las matronas entrevistadas tienen una jornada laboral caracterizada por la realización de turnos, a diferencia de las profesoras, que tienen un horario laboral fijo. Si bien las profesoras reconocen que gran parte de su trabajo debe ser realizado fuera de su horario de trabajo, restándoles tiempo para compartir con su familia, establecen que hacen todo lo posible para “descansar los fines de semana (...) dormir, salir, estar con mis tres hijas. Aprovechar el tiempo” (profesora 44 años). En el caso de las matronas, si bien gran parte de su tiempo libre lo dedican a estar con sus hijos, si reconocen que “como uno está poco tiempo, también falla en que se los da todo y se los hace muy fácil” (matrona 48 años). Como relató otra entrevistada,

“(...) al chico le quedan dos años de enseñanza media (...) en este minuto hago mezclas con mis horarios de trabajo. De repente hago turno de día pero a veces los fines de semana me toca dejarlo solito (...) pero trato de mis tiempos libres estar con él (...) si yo puedo, trato de darle gustos, siempre y cuando él rinda en el colegio. Si él es un buen alumno y un buen hijo, que sea respetuoso conmigo, que se porte bien, no hay ningún problema” (matrona 55 años).

Los relatos anteriores demuestran cómo, si se generara ese cambio en las concepciones de la maternidad y la paternidad, las mujeres comenzarían a dejar de auto-imponerse dobles jornadas de trabajo y no querrían recompensar a sus hijos con objetos materiales.

El segundo proceso ocurrido, es lo que una de las profesoras entrevistadas, de nacionalidad argentina, ha denominado como, “**Cultura de la nana**” (profesora 44 años), a partir de la comparación con la situación ocurrida en Argentina. Como ella estableció,

“(...) allá no existe eso de que tienes la nana que te sirva en la mesa, de que te cocine. Quizás tienes una persona que te va a planchar semanalmente, que te deja

algo preparado, pero no todos los días. Eso puede ser lo que obligue a que la pareja participe de la crianza de los hijos, porque lo que yo veo acá en Chile es que el marido es un aporte, sí, pero un aporte económico, porque el aporte en tiempo es absolutamente la mujer” (Profesora 44 años).

De la entrevista realizada, es posible deducir que en Argentina, quizás, habría un mayor empoderamiento femenino y aceptación por parte de los hombres al trabajo femenino, a diferencia de lo ocurrido en Chile. A los hombres chilenos les cuesta aceptar que las mujeres trabajen y sean independientes, pues se sigue asumiendo que su lugar está en la casa, como lo demuestra el siguiente párrafo:

“(…) allá la mujer sale y el marido es el que cuida y se queda en la casa. Allá es absolutamente opuesto. Acá la que hace la tarea, la que cocina, la que lleva al doctor, la que corre si hay una urgencia, es la mamá, es la mujer (...) En todas las situaciones que yo conozco, es la mujer la que entrega el tiempo a los hijos en la crianza. La crianza de los hijos siempre ha sido rol de la mujer” (Profesora 44 años).

La denominada *Cultura de la Nana* refiere a la *ayuda* que estas mujeres profesionales tuvieron para poder desempeñarse laboralmente, vale decir, asesoras del hogar o familiares que se hicieron cargo de las labores domésticas y cuidado de sus hijos, mientras ellas salían a trabajar. Debido a las jornadas y exigencias laborales, además de la mala distribución de los roles, estas mujeres que decidieron, además de ser profesionales y trabajadoras, ser madres, se vieron obligadas a buscar ayuda externa para poder desempeñar ambos roles. Como relató una profesora,

“(…) como empecé a trabajar en dos lados, tuve la fortuna de que al lado de mi casa vivía mi hermano y mi cuñada me ayudó en el cuidado de mi hija. Ella me ayudó para que la pudiéramos criar bien y no le faltara nada. Entre los tres, con mi marido y ella, nos complementamos bien. Ella se portó muy bien, porque yo tenía la confianza de que me la iba a cuidar como si fuera su hija” (profesora 62 años).

Experiencia similar tuvo otra entrevistada, quien recordó que,

“(…) cuando mis hijas estuvieron chicas yo trabajé jornadas diurnas, hasta las 17:00 hrs. Yo tenía una señora que me las cuidaba, entonces ella estaba en el día y

como acá afortunadamente queda todo cerca, a mí el hospital me quedaba como a 2, 3 cuadras, yo iba a la casa y si pasaba algo yo me arrancaba y me iba a la casa (matrona 55 años).

Pese a que las entrevistadas reconocen y agradecen el trabajo realizado por estas mujeres que, de cierta forma, *suplieron* el rol de dueñas de casa que estas profesionales dejaron, son muy enfáticas en reconocer, a su vez, que si bien estas *nanas* las ayudaron en las labores domésticas y de crianza de sus hijos, no las reemplazaron en su rol de madres. Para las entrevistadas es importante establecer que, si bien el trabajo les ha quitado tiempo para compartir con sus hijos, debido a lo extensa de sus jornadas laborales, siempre han sido *madres presentes*. Así lo manifestó una entrevistada:

“(…) yo tengo un hijo (…) tuve una nana que me lo crió desde los 6 meses hasta los 18 años. Fue también mi dueña de casa y hasta el día de hoy no tengo con qué pagarle en plata, todo lo que hizo. Tuve una dueña de casa que me secundó muy bien, tuve un marido que me ayudó mucho, por lo tanto no fui una mamá ausente. Yo fui una mamá donde las reuniones eran mías, las entrevistas con los profes también, no fui una mamá que delegó, siempre estuve ahí. Tuve la suerte de tener una nana muy buena y un marido que me secundó muy bien” (profesora 62 años).

Misma situación vivió otra entrevistada, quien recordó que cuando sus hijos eran pequeños,

“(…) yo llegaba super tarde a veces, cuando me tocaba ir a la nocturna y a la hora que llegara iba a ver a los chiquillos y les preguntaba si habían hecho las tareas, si habían estudiado, aunque estuvieran durmiendo. Yo les sacaba del bolsón los cuadernos y les revisaba” (profesora 72 años).

Estas mujeres han sido enfáticas en reconocer que, si bien el trabajo les ha otorgado nuevos recursos, oportunidades de perfeccionamiento y desarrollo, establecen también que, cuando la maternidad se hace presente en sus vidas, ésta no puede ser relegada a un lugar inferior en desmedro del trabajo, como planteó una enfermera:

“(…) si yo elegí tener hijos no era para que me los criara mi mamá ni las nanas, es mi responsabilidad, entonces uno tiene que ver por eso” (enfermera 44 años).

La imagen de la *nana* ejemplifica la tensión en la que, muchas de aquellas mujeres que son madres y trabajadoras, viven, como consecuencia de la construcción cultural patriarcal de la sociedad. El que aún hoy, con las diversas propuestas que buscan equiparar los roles de hombres y mujeres tanto a nivel público como privado, las mujeres sientan dicho sentimiento de culpabilidad, demuestra que aún falta camino por recorrer, para deconstruir todas aquellas construcciones culturales tradicionales respecto a los roles e identidades de mujeres y hombres que, siguen muy arraigadas en los discursos de los sujetos.

La biología femenina ya no puede ser seguir siendo utilizada como el argumento principal para definir la identidad de las mujeres. Mujeres no responden a una *esencia femenina universal* compartida por todas sus congéneres, sino son el resultado de construcciones culturales históricas, donde hoy, la forma de identificarlas debe cambiar, como resultado de los diversos roles que están ejerciendo en el mundo público y los consecuentes cambios que ello ha generado en la relación con el género masculino.

“¡Yo!, ¡pero si yo soy hombre!” (profesora 54 años)

Un tema importante y relacionado con la participación laboral más activa que están teniendo las mujeres, es la distribución de las tareas domésticas con sus parejas. Pese a haber casos en los cuales las parejas de las entrevistadas mostraban una mayor aceptación al trabajo remunerado realizado por ellas, éstos seguían esperando que fueran las mujeres las encargadas de las tareas domésticas y labores de crianza. Así lo demuestra la experiencia de una entrevistada:

“(…) mi ex marido (…) cuando yo comencé a trabajar él no me puso problemas, porque ambos queríamos plata, así que había que trabajar. Yo hacía turnos en esa época y ni por eso me ponía problemas, pero cuando tuvimos a nuestras hijas, ya no le gustó que hiciera turnos. En ese sentido era un poco machista. Le gustaba que me quedara a cuidar a los niños, pero en la parte económica estábamos muy mal, porque a nosotros no nos contrataban y había que trabajar más (…) En 1982 nació mi primera hija y en 1987 la segunda. Mi segunda hija tuvo displasia de caderas y como yo ganaba menos plata, él me dijo que por las pocas lucas que yo ganaba, no valía la pena que dejara a mi hija sola y que mejor él iba a trabajar un poco más y cuando mi hija se mejorara, estuviera bien, volviera a trabajar. Él nunca me limitó a

trabajar. Él igual decía que uno se tenía que desarrollar y se sentía orgulloso de las cosas que yo hacía” (matrona 55 años).

Una experiencia similar tuvo una enfermera de 58 años, al establecer que,

“(...) mi esposo es profesor de Matemática. Nunca hemos tenido problemas por el trabajo. Ni en el periodo que hice turnos (...) mi esposo es super colaborador en algunas cosas, pero en otras no. Él hace cosas de acuerdo a su gusto y a su tincada, entonces yo no puedo decir: “hoy día no voy a hacer esto porque él lo va a hacer”, no tengo la seguridad” (enfermera 58 años).

El relato anterior ejemplifica como los hombres están en una posición de *ayudante* respecto a la realización de las tareas domésticas, demostrando ello como la idea, la construcción cultural de que la mayor responsabilidad de todo lo relacionado con la maternidad y el hogar, sigue presente en el imaginario de cada sujeto.

Retomando los planteamientos de Hérietier (1996), el que en nuestra sociedad las mujeres sigan ocupando un lugar inferior -el cual está cambiando- y sea la principal encargada de lo doméstico y la crianza, responde a una manipulación simbólica de la realidad, donde a partir de la existencia de un lenguaje dual, junto a una construcción patriarcal de la sociedad, se le ha otorgado mayor importancia al sexo masculino por sobre el sexo femenino. Cada sociedad construye lo que se entiende por femenino y masculino, donde, a partir de la diferencia sexual, se le atribuyen *ciertas tareas* a uno y otro sexo.

Según la historia de “Emilio” de Rousseau, las mujeres deben estar a cargo de lo doméstico, porque a partir de su rol de *buena esposa*, los hombres pueden mantener el orden de la sociedad civil, cosa que no sería así si estas mujeres despreocuparan sus labores de madres y dueñas de casa. De cierta forma se plantea una *complementariedad* entre los géneros, pero donde dicha complementariedad hace de las mujeres las únicas encargadas de lo doméstico, no siendo considerado de buena forma su participación en el ámbito público, a la vez que tampoco lo es la participación de los hombres en el espacio privado de la casa.

Pero aunque las parejas de las entrevistadas participen de las actividades domésticas en un rol de *ayudantes*, dicha forma de participación está cambiando, como demuestra la “Encuesta Nacional de Opinión Pública” del año 2012 (CEP). Aunque la idea entorno al rol de los hombres de ser los *principales encargados* del sustento económico del hogar y de las mujeres de ser las encargadas de la casa y de los hijos, sigue estando presente en la sociedad, ella está cambiando, pues, como demuestra la misma encuesta, sólo un 23,6% está de acuerdo con dicha idea en contraposición al 38,1% que está en desacuerdo. Los hombres cada vez están participando más de la crianza y cuidado de los hijos, pero pese a ello, la mayor responsabilidad de dichas tareas, sigue recayendo en las mujeres. Son ellas las que siguen teniendo una doble y triple jornada de trabajo, pues, aunque en su discurso planteen que “los hombres tienen que estar más presentes en la casa (...) y no en un rol de colaboración, sino como encargados [pues] más que nada ¡son los papás!” (profesora 44 años), a su vez les cuesta delegar responsabilidades en los hombres, pues siguen considerando, por la construcción patriarcal de la sociedad, que deben ser ellas las que deben estar en la casa. Como estableció una enfermera, “sea como sea, la mujer es la que rige en la casa. Como es la mujer es como va a ser el hogar (...) la persona que hace falta en la casa es la mujer, la mamá. El hombre está participando más, siempre y cuando la madre lo haga participar más” (enfermera 44 años).

Las concepciones culturales que han intentado relegar a mujeres y hombres a espacios exclusivos, debe cambiar. Hoy en día mujeres y hombres transitan de un espacio a otro, donde, las mujeres, a partir del ejercicio de un trabajo remunerado y profesional, han demostrado que poseen las mismas capacidades que los hombres para ganar un salario y participar de la vida pública y por tanto, así como ellas se incorporaron a un espacio considerado casi exclusivo como propio de los hombres, éstos deben participar de los espacios considerados femeninos.

Hoy en día, a través de la influencia de los Movimientos Feministas, de los procesos de empoderamiento y autonomía que les han demostrado a las mujeres que poseen la capacidad de construir su propia vida, de ser las protagonistas de la misma, se han generado cambios en los roles parentales tradicionales de hombres y mujeres. Si bien las entrevistadas que son madres, siguen reproduciendo el discurso tradicional respecto a la importancia de “no perder el sentido de familia, por muy feminista que sea” (profesora 54 años), plantean, a su vez, valga

la redundancia, la importancia de la presencia e involucramiento de los hombres en las tareas domésticas y cuidado de los hijos. En palabras de una entrevistada, “tampoco tienes que ser tan machista. O sea al hombres hay que enseñarle a cocinar y todo eso, pero tiene que haber un rol de familia” (profesora 54 años).

Si bien se han generado cambios en la forma tradicional que se ha definido y considerado la paternidad, caracterizada esta nueva forma por padres más cercanos e involucrados en la vida de sus hijos, la concepción tradicional que considera que *deben* ser las mujeres las principales encargadas de las labores domésticas y de crianza, sigue teniendo importancia en los imaginarios de los sujetos. Como plantearon las autoras Valdés y Godoy (2008), se ha generado un modelo de paternidad “tradicional reinventado”, donde se sigue reproduciendo una familia con roles diferenciados y donde las mujeres, pese a exigir que los hombres participen más en el cuidado de los hijos, son conscientes de que son ellas mismas quienes no los hacen participar de forma más activa dentro de las dinámicas familiares y domésticas. Como demuestran los relatos de dos entrevistadas, “tú estás condicionada para ser mamá. Una cuestión animal, tienes que criar. Te resulte o no te resulte tienes que criar” (matrona 48 años), ya que siguen considerando que “la crianza de los hijos siempre ha sido rol de la mujer y hoy día las mujeres con esa excusa de que queremos igualdad, hemos descuidado lo que ha sido nuestra tarea, los hijos” (profesora 44 años).

Independiente de la edad de las entrevistadas -a excepción de la profesora de 35 años que no es madre-, de la cantidad de hijos y de los años de matrimonio que lleven, consideran que la familia es central en la vida de las mujeres. Así lo demuestra el siguiente relato,

“(…) yo creo que para la mayoría de las mujeres, la familia es importante, por lo menos para un 95% (risas), mientras que para un porcentaje menor no es tema. Nuestro género es eso. Yo por ejemplo no quería ser mamá porque no sabía lo que era ser mamá, pero cuando fui mamá, me cambió el sentido de vida. Absolutamente. Mira, uno puede criticar muchas cuestiones de la vida, que los cabros chicos hacen esto y esto otro, pero es increíble la conexión que tienen los hijos con la madre. Es increíble. Por eso te digo que es tan importante que la madre se de tiempo para estar con los hijos y que hoy en día no se da. Obviamente el papá también presente, pero que siempre ha estado como ausente porque supuestamente es el proveedor. Pero hoy en día eso ha cambiado. Hay un dicho que dice:

“mientras no lo hayan demandado por alimentación, el papá no ve a los niños” (risas). Pero es verdad, porque cuando viven con ellos ni siquiera los ven, pero cuando se separan de la esposa, ahí les interesa ver a los niños” (enfermera 35 años).

El relato anterior ejemplifica una realidad que han vivido y viven, algunas mujeres profesionales. Por la mala distribución en las tareas domésticas y de crianza que aún se generan entre hombres y mujeres, junto a la idea que como mujeres *deben* ser ellas las encargadas del *mando* de la casa, éstas se encuentran en una posición intermedia y de tensión. Posición de tensión porque, mientras reconocen la importancia de trabajar fuera del hogar - tanto por los recursos económicos que entrega como por constituirse en espacio de auto-realización-, al momento de ser madres, se *estresan* por sentir que no logran cumplir a cabalidad con sus roles de profesional y trabajadora. Así lo considera una entrevistada, al plantear que,

“(…) las mujeres se estresan mucho por querer cumplir con su rol de mamá y trabajadora. Quieren desarrollarse en el ámbito laboral, pero lamentablemente a veces les significa postergar su maternidad, o tener hijos, pero dejarlos a cargo de otra persona y eso no puede ser. Los hijos tienen que estar con su mamá, su papá” (profesora 44 años).

Pero pese a esa creencia cultural y *naturalizada* por las mismas entrevistadas, siguen exigiendo y esperando que los hombres tengan una participación más activa y equitativa en las labores domésticas y de crianza. Como relato una profesora entrevistada,

“(…) de mis niñas casi siempre me ocupé yo. Recuerdo una vez, día sábado, en el que yo trataba de hacer un poco de aseo, de hacer cosas y mi hija lloraba, era chiquitita, tenía 5 meses. La mudé, le di pecho, le di de todo y ella seguía llorando y de repente mi marido me dijo: “haz callar a esa niñita”. Yo no dije nada, fui a la pieza y le eché en un bolsito una muda entera, preparé una mamadera, la eché al bolsito, cambié a la niña, la dejé bonita, la agarré y se la pasé. Me quedó mirando y le dije: “es tu hija también. Está limpia, en el bolso están todas sus cositas y sal. Llévale a dar una vuelta a la plaza. Conoce a tu hija, porque es tu hija también. Mientras tanto si tu quieres yo hago cosas aquí que a mí no me molesta, porque hay que hacerlo”. Me dijo todo sorprendido: “¡yo!, ¡pero si yo soy hombre!” Si le dije, tú eres el papá. Y salió. Yo después ya estaba preocupada porque eran las 13:00 hrs. las 14:00 hrs y no llegaban. Al final llegaron y la niña venía toda sucia, traía un juguete en la mano, pero venían felices los dos. Fue una muy buena estrategia,

porque él comprendió que no solamente me podía ayudar lavando un plato, sino que me podía ayudar cambiando pañales, sacando a pasear a las niñas, jugando con ellas. Igual a veces me tuve que poner seria y recordarle que los dos estábamos en la misma, pero finalmente ha sido un buen papá” (profesora 54 años).

4.4.5 Transformaciones en la identidad femenina

“Las mujeres cada día están más empoderadas, independientes (...) [y] me parece muy bien que quieran realizarse en sus trabajos, pero no dejando de lado a su familia y su rol de mamá” (profesora 44 años)

Como plantean las entrevistadas, la mujer ha cambiado. La mujer de hoy es muy distinta a la de hace 40 y 50 años, donde el centro de su vida era el cuidado de su familia y *su imperio*, como planteó Rousseau, el espacio privado de la casa (C. Pateman 1995). Hoy ya no es así, ya que, si bien la familia sigue ocupando un lugar central en sus vidas, el trabajo remunerado también ha pasado a tener un lugar importante dentro de ella.

En la década de los 60', gran parte de ellas se dedicaban a ser dueñas de casa, criar a sus hijos, además de estar sometidas a la autoridad de sus maridos. Si bien había algunas que trabajaban fuera del hogar, éstas no eran mayoría y se concentraban en profesiones “femeninas”, pues el consenso general respecto al lugar que como mujeres les correspondía dentro de la organización social, era estar en la casa. Tal era la situación de la madre de una entrevistada, quien recuerda que “mi mamá era de la casa y era muy raro cuando salía a saludar a las vecinas. A mi papá tampoco le gustaba que nosotras estuviéramos en la calle, entonces la mujer no podía socializar mucho con los demás” (profesora 62 años).

Hasta la educación de esa época se centraba en el rol maternal de las mujeres, que la cultura patriarcal consideraba como una *obligación* de su sexo.

A través del ingreso a la universidad, a las mujeres se les abrió un nuevo mundo de posibilidades y oportunidades. Al hacerse conscientes de sus diversas capacidades, de que eran sujetas independientes, autónomas y responsables, comenzaron a hacerse un espacio en un

mundo público que, tradicionalmente, había sido considerado masculino. Con la realización de estudios universitarios y el ingreso y participación en el mercado laboral, les permitió demostrarse a sí mismas como a la sociedad, que podían ejercer diversos roles, más allá del de madre, esposa y dueña de casa. Así lo considera una matrona entrevistada, al establecer que,

“(…) antes supuestamente la mujer trabajaba mucho menos, no era una mujer tan trabajadora en el sentido de salir y dejar la casa. La mujer era más dueña de casa, dedicada a los hijos y los hombres, eran mucho más machistas. A través de los años las mujeres han logrado dominar más, se han ganado un lugar. La mujer ha ido ganándose el puesto” (matrona 55 años).

Lo mismo opina una enfermera respecto a los cambios que se han generado en las mujeres, al plantear que,

“(…) yo creo que la mujer moderna y profesional de ahora, está pensando mucho en su satisfacción profesional. De hecho están relegando la maternidad por lo mismo. La mujer de antes no era así. Yo creo que si bien antes teníamos metas a las que aspirábamos, la familia tenía un papel preponderante. Muchas de mis colegas que igual que yo están a punto de jubilar, nos dedicamos mucho a la familia. Para nosotros el trabajo era una necesidad importante, pero porque era lo que nos permitía satisfacer las necesidades familiares. Ahora la mujer no. A las mujeres les gusta viajar, seguir estudiando, buscar otros trabajos. Yo no digo que sea malo. Son las opciones que se dan ahora. Yo creo que la vida moderna, las comunicaciones, te ofrecen otras oportunidades y tienen otras perspectivas que antes nosotras no teníamos” (enfermera 58 años).

Independiente de la edad de las entrevistadas, la mayoría de ellas coinciden en que hoy en día el trabajo ya no es significado únicamente como el medio para conseguir los recursos económicos, sino además, como un espacio de auto-realización, en el que pueden individualizarse como sujetas con derechos, junto a la apropiación de la consigna *yo me la puedo*. Así lo considera una profesora entrevistada al plantear que, “si bien me gusta estar en mi casa compartiendo con mi familia, no podría estar todo el día encerrada allí. Me encanta mi trabajo. El trabajo es lo que me ha dado independencia económica para darme mis gustitos, regalones y también lo que me ayuda a mantener a mi familia. Yo no me veo no trabajando” (profesora 44 años).

Pero si bien para todas las entrevistadas es importante el empoderamiento que hoy en día han conseguido las mujeres, apreciado, por ejemplo, en el hecho de que marquen presencia en las diversas profesiones, son conscientes, a su vez, de que su presencia y participación en el mundo público, aún no logra ser ejercida desde una posición de igualdad con los hombres. Aunque “hoy en día (...) las mujeres estamos super empoderadas de nuestra facultad de hacer bien las cosas en las cuales nos metemos (...) [que] la mujer hoy en día sabe que puede (...) que tiene un rol importante en la sociedad” (profesora 54 años), “aún no logramos tener completa igualdad con los hombres [aunque] hemos avanzado bastante. Pese a que el machismo sigue estando vigente en nuestra sociedad, de a poco lo vamos aplacando” (profesora 35 años). Al menos eso es lo que intenta una profesora entrevistada, como lo demuestra el siguiente relato:

“(...) este es un colegio que hace muy pocos años comenzó a recibir hombres y pese a que hay varios cursos en los que la mayoría del curso son mujeres (...) [mis colegas] tienden a preguntarle primero a los “niños” y no a las “niñas”, a “los adolescentes” y no a “las adolescentes”. Siempre tienden a darle la voz a la figura masculina. Es como funciona el sistema y eso es una pulsión desde el inconsciente y cuesta mucho en la conciencia. Yo trato de tenerlo consciente en mi cotidiano, pero es una lucha porque duele, cuesta, pasa por el cuerpo y el resto termina mirándote como una sujeta extraña. Yo cuando saludo a mis alumnos y en la sala tengo solo damas y un varón, yo digo: “buenos días chicas y buenos días señor tanto” y se extrañan los alumno porque soy la única que los saluda así. O sea si tengo a 30 alumnas y a 1 hombre, yo no puedo usar el masculino. A mí me parece absurdo, pero a mis colegas no les parece absurdo. Ellas ven a un varón y optan por el artículo masculino (...) yo intento concientizar diariamente en el trato hacia las y los jóvenes. Lo intento aplicar en la sala de clases, ya que creo que aunque sólo una persona logre interiorizar la importancia de reconocer el sexo femenino, me doy por satisfêcha” (profesora 35 años).

Siguiendo los planteamientos de Pateman (1995), la explicación de ello radicaría en la distinta y desigual forma en que han sido significados los cuerpos de hombres y mujeres. La capacidad biológica de la reproducción de las mujeres, fue utilizada como argumento para justificar la posición de inferioridad que, por construcción cultural, las mujeres han ocupado en el mundo público. Si bien el espacio público es un espacio sexuado, como plantea Michelle Perrot (1997), en el que hombres y mujeres se relacionan, las mujeres, por la significación simbólica

dada a sus cuerpos, lo hacen desde un lugar de inferioridad, siendo valorada su presencia sólo en el ámbito privado y no así en el público y laboral.

Hoy en día se debe generar una re-significación de los cuerpos de hombres y mujeres, a fin de cambiar la forma desigual en la que aún se siguen relacionando. Se debe dejar de considerar que por poseer *ciertas capacidades* particulares -como la función reproductora en las mujeres-, hay espacios únicos, exclusivos y particulares para cada género. Hombres y mujeres deben lograr participar de los espacios privados y públicos en igualdad de condiciones. La maternidad debe dejar de ser valorada únicamente en el ámbito privado de la casa y considerada como un *problema* y argumento para fundamentar la discriminación hacia su género.

Pese a la forma patriarcal en que se ha organizado la sociedad, donde el espacio público se ha construido en base a dinámicas masculinas, es innegable que la presencia de las mujeres en éste espacio, junto a la independencia que les ha otorgado el ejercicio de un trabajo remunerado, ha generado cambios en la forma en que hombres y mujeres se relacionan.

Al asumir las mujeres otras identidades más allá de la identidad tradicional de mujer-madre que por largo tiempo las ha definido, ello ha repercutido, a su vez, en la identidad de los hombres. Como las mujeres se han empoderado de su capacidad de mujer autónoma, independiente económicamente, se ha generado, como plantea Teresa Valdés (s.f), una redefinición de las identidades de hombres y mujeres, donde éstas últimas se han dado su espacio, su lugar y ya no aceptan ni toleran la *autoridad masculina* considerada socialmente *natural*. Así lo considera una matrona entrevistada, al establecer que,

“(…) ahora también hay mucha mujer sola. Mucha mujer profesional independiente sola. Yo creo que eso tiene que ver con el machismo de esta sociedad, donde al hombre no le gusta la mujer pensante. La mujer que piensa, que analiza, que es crítica es peligrosa. La mujer que es independiente es peligrosa. Yo lo veo con mis hermanos, mis dos hermanos hombres. Yo les digo que les gusta la mujer tonta: potona, tetona y tontona (risas) (...) una mujer que piense mucho y que lo acorrales, que le haga preguntas o que sea independiente y se mande sola, a

él lo enerva. Por eso le gusta la mujer que está siempre esperándolo, esperándolo dispuesta. No una mujer que tenga vida” (matrona 38 años).

Para la entrevistada, estas *nuevas mujeres* que los hombres querrían, se caracterizarían por, la posesión de un título universitario, pero sin ejercerlo. Así lo manifiesta ella, al plantear que su hermano “quiere una mujer profesional con título pero que no trabaje y que le dé muchos hijos. Que sea dueña de casa, con título, pero que no trabaje, porque una mujer que trabaja y que tiene contacto social, es como malo” (matrona 38 años). Dicha situación pudo observarla mientras trabajó en un centro médico en la ciudad de Rancagua. Como ella misma reconoció, Rancagua es una ciudad en la que se da una buena situación económica por el trabajo de la mina de El Teniente, lo que generaba que

“(…) muchas mujeres [optaran] por ser mamá, quedarse en la casa y ser mantenidas porque hay buenos sueldos (...) yo conocí muchas mujeres pacientes en el hospital, que su opción de vida era estar en la casa. Muchas cabras de colegio de 15, 16 años que su opción de vida era esa. Casarse con sus pololos de 18 años que ya trabajaban en El Teniente y tener un hijo para que las sacaran de sus casas e irse a vivir a estas nuevas casas” (matrona 38 años).

Como ella misma relató en su entrevista, las mujeres de allá eran “mucho más cómodas” (matrona 38 años), pasivas, dependientes, lo que le permitió darse cuenta de que, “al hombre le gustaba ese papel. Le gusta ese papel de ser el dominante de las situaciones, el que tiene el poder, el que las mantiene. Ese papel les gusta. Pero ellas si tenían que aguantar que tuvieran 2, 4, 5 mujeres” (matrona 38 años).

Para la entrevistada era muy llamativa esta situación, ya que, según su opinión y la del resto de las entrevistadas, las mujeres, por lo general, están asistiendo a un proceso importante de empoderamiento, individualización y auto-valoración, donde el mejor ejemplo de ello -como esta misma entrevistada ha observado en sus lugares de trabajo- es la presencia de mujeres profesionales y solas. Según su opinión, hoy

“(…) hay mucha profesional sola y yo lo veo en las pacientes. Muchas mujeres que deciden ser mamás solas. Quieren tener un hijo, buscan un tipo medianamente encachado y después nada. Uno les decía: “¿y el papá? No, estoy solita”. Y eso te

hace preguntarte ¿qué pasa? Algo pasa. Porque las mujeres profesionales quieren ser mamás solas. Ya no necesitan a nadie al lado” (matrona 38 años).

El que hoy en día haya mujeres que prefieran ejercer su maternidad sola, ejemplifica la ocurrencia de dos fenómenos. En primer lugar, el desconcierto al que se ven enfrentado los hombres, cuando se relacionan con estas mujeres autónomas, independientes y con opinión y que ya no desean -ni toleran- seguir relacionándose desde una posición de inferioridad y desigualdad y en segundo, el mandato, casi obligatorio, de cumplir con la maternidad, independiente de las circunstancias en las que ellas se encuentren.

Al enfrentarse a estas mujeres independientes, autónomas, los hombres se asustan, extrañan, porque significa un *desorden* en la forma tradicional en que se han organizado, entendido y validado las relaciones entre los géneros. En la cultura patriarcal, las relaciones entre hombres y mujeres se han basado en la desigualdad. Una desigualdad que ha posicionado a los hombres en un lugar de superioridad y a las mujeres en uno de inferioridad, fundamentado ello, en la capacidad biológica de la reproducción y la construcción simbólica que se ha realizado de ella. Como las mismas entrevistadas reconocen,

“(…) la sociedad chilena todavía es machista y permite o se alegra de que las mujeres fracasen (...) a los hombres les asusta ver que una mujer sea inteligente, sea buena en su área, entonces la van a discriminar de todas maneras (...) temen de una mujer que sea capaz de tomar decisiones y que tenga capacidad de cortar o emprender sin tener al hombre detrás, porque los hombres se sienten macho protector y no entienden que la mujer no necesita un macho protector, sino un contenedor (...) las mujeres que son demasiado seguras y firmes, son un problema para ellos. Hay que cortarlas, hay que discriminarlas de alguna manera y volverlas a su rol predestinado, a su rol prehistórico, por decirlo así” (matrona 48 años).

Siguiendo los planteamientos de Héritier (1996), cada sociedad necesita un sistema de ordenamiento que permita su funcionamiento y reproducción. Para ello se ha generado una distribución de las tareas, donde todas aquellas asociadas a las mujeres han sido desvalorizadas, en contraposición de las asignadas a los hombres. Aunque la sociedad patriarcal haya realizado una desvalorización de la capacidad única de las mujeres de engendrar vida, es innegable que ella, es fundamental para el funcionamiento de la sociedad.

Si la cultura patriarcal ha desvalorizado dicha función, es por el miedo que les genera a los hombres, el perder el control sobre aquello que ellos no pueden crear de forma natural y que las mujeres si (Héritier, 2007). Junto a ese miedo sentido por los hombres, surgen los planteamientos de Rousseau (C. Pateman, 1995), respecto a las moralidades diferentes para mujeres y hombres, sustentado en las diferencias sexuales. A partir de la construcción cultural de la capacidad biológica de las mujeres, se estableció que ellas eran poseedores de deseos ilimitados e incontrolables, los que no les permitían participar de la sociedad civil, a diferencia de los hombres, los que si poseerían la capacidad de control para crear y sostener el funcionamiento de la sociedad, por lo que *debían ser controladas*, a fin de mantener el orden de la sociedad.

Pero si bien esa construcción cultural de hombres y mujeres sigue estando impregnado en el imaginario de los individuos, hoy en día las mujeres, a partir de la influencia de los movimientos feministas, los que han decantado en los procesos de autonomía y empoderamiento, han comenzado a cuestionar la *supuesta autoridad natural* de los hombres. Como planteó una entrevistada,

“(...) la mujer (...) está como más dispuesta a dejar cosas con tal de cumplir sus deseos y anhelos. La mujer ya no es amor por amor, hay un tema de amor y además otras condiciones (...) hoy en día no solamente evalúa el tema educacional y profesional, también evalúa las lucas y evalúa como te proyectas” (matrona 48 años).

Y como los hombres aún no aceptan los cambios generados en la identidad femenina, como quedó de manifiesto en varias de las entrevistas realizadas, incluso en el caso de las entrevistadas más jóvenes, hay muchas mujeres que están optando por la soltería en desmedro de una relación basada en una situación jerárquica con sus parejas.

Pero pese a que hoy en día muchas mujeres se han dado su lugar tanto a nivel privado como público, reconociéndose como sujetas con capacidades y aptitudes para desenvolverse en igualdad de condiciones con los hombres, aún hay algunas que todavía no se han empoderado del rol de mujer independiente. Aún hay algunas mujeres que siguen considerando que su

lugar es la casa y estar sometidas a la autoridad de sus parejas. Tal es la opinión de una entrevistada, quien plantea que

“(…) yo creo que el que [las mujeres] se queden en su casa, tiene que ver con el machismo que aún sigue presente en nuestra sociedad. Aunque se hable de empoderamiento, independencia femenina, no sé, aún hay mujeres a las que les cuesta darse su lugar en la sociedad. Todavía hay unas que se sienten inferiores a los hombres. Aún faltan cosas por hacer para terminar con el machismo y que las mujeres puedan sentirse libres y tranquilas, para decidir estudiar, trabajar, sin tenerle que pedir permiso a sus maridos” (profesora 44 años).

Si bien todas las entrevistadas coinciden en la importancia de ejercer un trabajo remunerado fuera de la casa, por los beneficios que éste otorga, también coinciden, valga la redundancia, que cuando se convierten en madres, la maternidad debe pasar a ser la prioridad en sus vidas. Como mencioné anteriormente, *cumplir* con el mandato de ser madres, independiente de las situaciones particulares de cada una de ellas. Varias entrevistadas -cuyas edades fluctúan entre los 35 y 48 años- consideran que “cada día le dedicamos menos tiempo a la familia [y] por eso los cabros están así ahora y la sociedad cada vez está más desordenada” (matrona 38 años). Estas entrevistadas siguen considerando que la presencia de las mujeres en la casa es fundamental para el mantenimiento del orden de la familia, ya que, como planteó otra entrevistada, “yo sigo pensando igual como pensaba mi vieja, que el hogar es la base para la mujer y para que los hijos y las sociedades crezcan. Y desgraciadamente como hoy en día la mujer está mucho tiempo fuera, los hijos cada día están siendo más mal educados” (matrona 48 años). Como planteó otra entrevistada, hoy en día consideran que

“(…) la **familia está en crisis** [ya que] los matrimonios han disminuido y aumentado los convivientes y mamás solteras, lo que se nota en la ausencia de valores y hábitos en los niños. Quizás la mujer está privilegiando el trabajo, porque quizás la convivencia le da inseguridad, no tenga ayuda económica y sea ella sola la que mantenga a ese niño, esa casa y de esa forma va dejando de lado su rol de mamá” (profesora 62 años).

El que estas mujeres consideren que la presencia femenina en la casa es *fundamental* para fomentar la buena educación en sus hijos, demuestra como aún sigue presente en sus imaginarios, la creencia de que por ser ellas las encargadas de la gestación, se generaría, como

planteó Sherry Ortner (1979), una relación natural y casi obligatoria de ser las únicas encargadas del cuidado de los hijos. Hoy se sabe que dicha situación ya no es así, pues las mismas mujeres han elevado su voz respecto a la necesidad de que los hombres se involucren más en el cuidado y crianza de los hijos. Pero lamentablemente dicha exigencia, aún no logra traducirse, en la práctica, en una distribución equitativa de las tareas entre hombres y mujeres, pues a estas últimas aún les cuesta delegar parte de lo que consideran como obligaciones propias de su sexo, al género masculino.

4.4.6 Participación laboral femenina

“Para mí las mujeres trabajan por tres razones: un tema de necesidad económica, consumismo y auto-realización” (profesora 44 años)

Todas las entrevistadas coinciden en la importancia que ha tomado el trabajo en la vida de las mujeres en los últimos años. El trabajo ya no es considerado únicamente como el medio para conseguir los recursos económicos para el bienestar de la familia, sino además, como un espacio de auto-realización profesional y personal, que les permitió dejar el espacio privado de la casa, para ganarse un lugar en el mundo público de la sociedad. A partir de los diversos cambios ocurridos a nivel cultural, económico, social y político, las mujeres han demostrado que el rol de madre que la sociedad tradicionalmente les ha asignado ya no es el único que están dispuestas a ejercer.

Hoy en día el trabajo ha pasado a ser el espacio en el cual las mujeres han exployado y demostrado sus diversas capacidades, sintiéndose valoradas y reconocidas a partir de los roles de mujeres profesionales y trabajadoras. Como estableció una matrona, “el trabajo para mi significa valoración, significa seguridad, significa saber que me la puedo” (matrona 38 años).

Tal como se titula el capítulo, las mujeres hoy en día le han otorgado tres significados al trabajo: necesidad económica, consumismo y auto-realización.

Independiente de la edad y situación sentimental, todas las entrevistadas reconocen la importancia del trabajo como fuente para satisfacer las necesidades económicas, tanto familiares como personales. Así lo considera una entrevistada, al reconocer que

“(…) el trabajo para mi es lo que me da el sustento para poder vivir, para tener a mi familia bien, tener las cosas que yo necesito para el día a día. Es lo que permite seguir funcionando, avanzando y manteniendo a la familia. La familia es importante para mí. O sea yo hago un montón de otras cosas, como tratar de salir, viajar, conocer, pero el trabajo para mi es lo que me permite tener bien a mi familia y para pasarlo bien nosotros con mi marido” (enfermera 58 años).

Pese a que algunos de los esposos de las entrevistadas -incluso los más jóvenes- no compartían la decisión de sus parejas de querer trabajar, por la independencia económica que ello les otorgaba y que para ellos se traducía en la *pérdida de control y autoridad*, reconocían el aporte de su sueldo para la economía familiar. Tal fue la experiencia de una entrevistada, al reconocer que para ella y su esposo,

“(…) el trabajo es importante porque hemos logrado cosas. En mi caso es importante que los dos con mi marido trabajemos, porque hemos logrado más cosas que con las que hubiéramos logrado si sólo uno hubiera trabajado. Hemos podido ayudar a otras personas, donde eso también me hace sentir super bien” (profesora 62 años).

Tanto por las exigencias del mercado, por lo bajo de los salarios, además del deseo de tener un buen nivel de vida, el trabajo femenino se ha convertido en un aporte necesario para la economía familiar. Así lo considera otra entrevistada:

“(…) es que los sueldos son un tema también. Porque si uno ganara un sueldo millonario, la mujer no tendría que ponerse a trabajar al tiro luego de haber tenido su bebé y si podría disfrutar su postnatal. La mujer tiene que trabajar. O sea en este minuto yo diría que la familia, para que pueda salir adelante, la mujer tiene que trabajar. Están obligados a ganar los dos. Si el marido tuviera un sueldo de más de un \$1.000.000, quizás, pero desgraciadamente nadie gana millones en este minuto, entonces tienen que trabajar y hacer el \$1.000.000 entre los dos para poder vivir más cómodos. Porque significa pagar los colegios, la ropa, todo lo esencial y casi no te alcanza para darte un gusto, porque decir que vas a viajar, salir a otros lados, o que vas a ir de vacaciones a Viña, al sur o al extranjero, no te alcanza. Yo creo que la mujer está obligada por necesidad, a trabajar, para poder tener lo esencial

primero y enseguida quizás darte un gustito, de vez en cuando, de comer afuera o algo así, pero tienen que trabajar los dos” (matrona 55 años).

Los relatos anteriores demuestran los cambios que se están generando en los roles de hombres y mujeres. Los hombres ya no deben cumplir con el rol de hombre proveedor, pues, como las mismas entrevistadas han planteado, ellas ya no quieren ni necesitan un hombre que las mantenga, sino por el contrario, un compañero, alguien que les entregue contención. A través de sus trabajos, las mujeres consiguen los medios para mantenerse, sin tener que seguir dependiendo del sueldo de sus parejas.

Otro significado dado al trabajo, refiere a la consideración como medio de consumo. Cuando las mujeres salieron a trabajar, traduciéndose ello en el reconocimiento de sus capacidades y aptitudes particulares, comenzaron a escuchar y anteponer sus necesidades, sueños y anhelos, antes que las del resto. Como ellas mismas reconocen,

“(…) a mí me gusta mi trabajo. Mucho. Yo disfruto mucho mi trabajo (…) a mí me gusta venir a trabajar (risas) (…) si bien me gusta estar en mi casa compartiendo con mi familia, no podría estar todo el día encerrada allí. Me encanta mi trabajo. El trabajo es lo que me ha dado independencia económica para darme mis gustitos, regalones y también lo que me ha ayudado a mantener a mi familia. Yo no me veo no trabajando” (profesora 44 años).

Relacionado con esta satisfacción de las necesidades personales, surge la concepción del trabajo como medio de auto-realización. Como el trabajo para las entrevistadas ha sido una decisión personal e individual, pasó a ser el espacio en el cual se han demostrado a sí mismas que poseen variadas capacidades que les permiten ejercer diversos roles, más allá de la maternidad. El trabajo es lo que les ha permitido sentirse más valoradas, seguras y reconocidas por su entorno, además de otorgarles autonomía e independencia. Tal es la opinión de una profesora, al plantear que el trabajo es “una realización personal por algo que tú elegiste sin que nadie te lo impusiera y algo que te realiza como profesional, ya que te sientes contenta y agradada” (profesora 62 años).

Para otra entrevistada, el trabajo es lo que le permitió volver a ser “auto-valente desde el punto de vista económico (...) el trabajo para mi significó recuperar mi identidad. Volver a creerme el cuento de que me la podía, poder satisfacer las necesidades de mi hija, no tener que depender de nadie” (matrona 38 años).

Estas nuevas formas de concebir el trabajo, demuestran, como planteó Teresa Valdés (s.f), los cambios que se han generado en la identidad de las mujeres. Si bien la maternidad aún no logra ser considerada para todas las entrevistadas como una opción -como esta misma autora ha planteado-, pues varias de ellas siguen considerando que su género se define por eso, por ser madres, hay otras, por lo menos en el caso de la profesora de 35 años entrevistada, para la que el trabajo ha sido fundamental, pues le significó autonomía y nunca más tener “que supeditarme a nadie” (profesora 35 años).

Pese a que la mayoría de las entrevistadas les gusta que las mujeres trabajen, por la autonomía que ello les entrega, la maternidad sigue teniendo un peso importante en cuanto a su identidad refiere, pues varias de ellas siguen considerando que

“(...) el trabajo no es una auto-realización porque yo creo que la realización no se basa en las cosas externas sino que la realización se basa en lo que uno es como persona (...) si para ti internamente tú trabajo es lo más importante y eres feliz, te realizas. Pero hablando de mi punto de vista, la fuerza principal en este momento soy yo. Estoy contenta con mi familia, con mis hijos, con mi trabajo” (enfermera 44 años).

Esa importancia que aún se le sigue otorgando a la maternidad, es consecuencia, como planteó Sherry Ortner (1979), de las construcciones sociales y culturales que han implementado las ideas de *esencias femeninas* (L. Alcoff, 2002), *psiques femeninas* (S. Ortner, 1979) y que, junto a la *valencia diferencial de los sexos* establecida por Héri-tier (1996), no les ha permitido a las mujeres desarrollarse libre y plenamente en el ámbito laboral.

Pese a que las entrevistadas reconocen sentirse orgullosas del espacio que las mujeres en general han conseguido en el mundo público y laboral, con todas las diferencias y desigualdades que aún siguen latentes, consideran que como género femenino, se han ido de

un extremo a otro. Si hoy en día lo *normal* es que las mujeres ejerzan un trabajo remunerado fuera de su casa, que se desarrollen en el ámbito profesional, ello no puede traducirse, en lo que varias de las entrevistadas consideran como un *abandono* de sus hijos, consecuencia de la construcción patriarcal de la identidad femenina. Como planteó una entrevistada,

“(…) no creo que se le pueda echar la culpa al trabajo porque toda la vida hemos trabajado, entonces no te puedes escudar en el: “yo trabajo” (…) si tú tienes un proyecto de vida y te embarazaste, lo que tienes que hacer es asumir; no hay otra alternativa. A lo mejor irresponsablemente te embarazaste, pero ya está y a lo mejor no lo tenías proyectado, pero ya está” (profesora 62 años).

Similar opinión tiene otra entrevistada, que considera que “aquellas mujeres que decidieron tener familia y trabajar, tienen que equiparar ambos roles. Con los hijos uno no tiene excusa y los hombres deben hacerse cargo de la familia, asumir su rol, porque los hijos no se hacen solos” (profesora 44 años).

Pero independiente de que las mujeres sigan considerando que pese a realizar un trabajo deben seguir haciéndose cargo -casi en exclusivo- de sus hijos, éste es significado de diferente forma de acuerdo a la etapa personal en la que cada mujer se encuentre. Así lo considera una enfermera, al plantear que

“(…) el trabajo ha ido evolucionando en mi desde que salí de la universidad hasta ahora. Porque cuando tú sales de la universidad, el trabajo es todo. Estás 100% abocado a eso y 100% a hacer cursos, 100% a perfeccionarse, 100% a estudiar, 100% a hacer postítulos (…) pero ahora, en esta parte de mi vida en que ya tengo familia, en que ya están mis hijos (…) el trabajo es un medio para lograr la felicidad final que son mis hijos, mi familia” (enfermera 44 años).

Pese a que el significado dado al trabajo cambia según la etapa personal en la cual cada mujer se encuentra, es innegable que las entrevistadas, independiente de su estado civil, se sienten orgullosas de que sus congéneres cada día marquen mayor presencia en el mercado laboral. Si bien aquellas que son madres consideran que la maternidad debe ser lo central en sus vidas - cuando optan por ella-, dicha concepción ya no lleva implícita la idea de que ellas como

mujeres, deban ser las principales encargadas del cuidado de sus hijos, sino, por el contrario, la exigencia de la presencia masculina tanto a nivel crianza como de quehaceres domésticos.

4.4.7 Mujeres de San Fernando

“San Fernando es una ciudad pequeña y si bien es cierto que hay harta zona rural alrededor, no creo que esa idea de que la mujer se deba quedar en su casa, siga muy vigente” (profesora 72 años)

De acuerdo a la opinión de las entrevistadas, San Fernando ha sido catalogado como ciudad y pueblo, debido a las bajas oportunidades de desarrollo y crecimiento que ofrece, siendo ejemplo de ello, la ausencia de grandes centros universitarios, destacando, hasta el momento, el Instituto AIEP.

Los diversos procesos modernizadores ocurridos a nivel internacional como nacional, además de la masiva salida de las mujeres al mundo público y participación laboral, han generado cambios en las dinámicas internas de las familias urbanas y rurales. Hoy en día ya no se puede seguir considerando lo rural a partir de una imagen estereotipada, según la cual las mujeres pasan la mayor parte de su tiempo en la casa, pues “las mujeres salen, trabajan, ganan su sueldo y se dan los gustos que quieran, en la medida de lo posible” (profesora 72 años).

Las mujeres que viven en asentamientos rurales, cercanos a la ciudad, desean acceder a las mismas oportunidades que las mujeres que viven y se desarrollan en el mundo urbano. Muchas de las familias de estas mujeres, desean que ellas estudien, trabajen y se desarrollen profesionalmente, pues, tal como estableció una matrona, “yo (...) he visto chiquillas trabajar en el hospital (...) y que vienen del campo y se quedan en la casa de una tía, de algún familiar, entonces los papás les ayudan un poco pero como no les alcanza, hacen trabajos extras” (matrona 55 años). Una situación similar ha vivido otra entrevistada con la nana que trabaja con ella:

“(…) de lo que observo por ejemplo con la niña que trabaja conmigo y que es de campo, es que su familia quiere que se eduque, que trabaje, que tenga otra preparación. Las mujeres que trabajan de temporeras, ¿por qué crees que trabajan así? Porque necesitan mejorar sus ingresos laborales para que su familia, sus hijos, tengan un mejor pasar y más educación que ella” (enfermera 58 años).

A través de la realización de estudios universitarios e incorporación al mercado laboral, las mujeres comenzaron a cambiar los patrones tradicionales con los cuales la cultura patriarcal las ha definido. Considerando la organización familiar en el mundo rural, según la cual el trabajo femenino sólo era aceptado como ayuda para la mantención y sustento de la economía familiar, quedando de igual forma sometidas a la autoridad del padre o del marido, como estableció el estudio realizado por Ximena Valdés (200), dicha situación ha cambiado. Así lo considera una entrevistada al plantear que,

“(…) en general el país, la sociedad ha cambiado. Y vivas en el campo o vivas en la ciudad, todas las personas quieren cambiar y quieren crecer. Eso tiene que ver más con los niveles educacionales. El hecho de que los chicos salgan a estudiar, se les abren las puertas, se les abre un imaginario de querer surgir, no creo que tenga que ver con el hecho de que seamos una ciudad de campo, o que estemos relacionados con el campo, yo no lo veo así. Actualmente yo no creo que eso influya. Eso habrá sido en los años 60' cuando se produjo la migración del campo a la ciudad. Cuando yo estaba en el colegio, tenía compañeras que vivían en los alrededores, como “Peor es nada”, “Chimbarongo”, todos esos lugares y todas tenían ganas de salir a estudiar. Y no era porque ellas fueran de campo, sino porque en el fondo la sociedad te lo estaba pidiendo, te estaba diciendo que no te podías quedar en la casa. Nadie encontraba que fuera saludable ser mamá y abuelita como lo habían sido sus abuelas, dueñas de casa. Entonces yo no creo que tenga que ver con el hecho de ser campo, sino que tiene que ver con la educación. La educación te abre los ojos y ahí tú te das cuenta de lo que quieres” (matrona 48 años).

Pero pese a que la gran mayoría de las mujeres trabaja ganando su sueldo de forma independiente, optando, en algunos casos, a las mismas oportunidades laborales que sus compañeros hombres, aún hay algunas que siguen creyendo que están sometidas a la autoridad del marido, como considera una entrevistada, la que plantea que “acá en San Fernando yo creo que a las mujeres les falta iniciativa. Creer que ellas también pueden hacer lo que quieran. No creo que tenga que ver con lo rural y con imaginarios rurales en torno a la feminidad (...) es algo de creerse el cuento y sentirse aún sometidas al poder masculino” (profesora 35 años).

Pero si bien esta entrevistada considera que a las mujeres les falta iniciativa, hay otras que consideran que las mujeres de esta ciudad son *más esforzadas*, debido al esfuerzo que deben hacer, cuando, por ejemplo, desean proseguir estudios universitarios. Así lo considera una entrevistada, que establece que,

“(…) quizás lo que pasa aquí, es que al no haber universidades, institutos profesionales, a excepción del AIEP, a las chiquillas les cuesta un poco más salir de sus casas. El tema económico siempre es importante cuando quieres estudiar. Pero pese a eso, igual la gran mayoría trabaja fuera de su casa. Las mujeres ahora saben que pueden hacer muchas cosas y que ya no tienen porque depender económicamente de un hombre” (profesora 72 años).

El que San Fernando se encuentre rodeado de asentamientos rurales no genera particularidades en la forma en que sus mujeres se identifican. Lo rural y lo urbano no están separados entre sí, sino por el contrario, en constante relación. En muchos casos la ciudad surge como foco de atención para quienes viven en el campo, debido a las ganas de acceder a las mismas oportunidades de aquellas personas que viven en la ciudad.

5. CONCLUSIONES

La presente investigación buscaba dar respuesta a la pregunta ¿Qué influencia ha generado el trabajo en la identidad de género de mujeres de entre 35 y 60 años de edad, que se desempeñan en las áreas de salud y educación en la ciudad de San Fernando?

A partir del trabajo realizado, ha sido posible concluir que, para las entrevistadas, el trabajo ocupa un lugar importante en sus vidas. Si bien todas las profesionales entrevistadas coinciden en la importancia de que las mujeres en general realicen un trabajo profesional remunerado fuera de su hogar, comparten, a su vez, la opinión de que cuando ese rol de profesional y trabajadora se enfrenta al de madre, éste último debe pasar a ocupar el lugar central en sus vidas, demostrando esto, que la identidad femenina sigue definiéndose en base a la maternidad. Si bien el trabajo ha pasado a constituirse en un elemento de identificación, como en el caso de la entrevistada soltera, cuando dicho rol se contrapone al de madre, la maternidad pasa a ser lo principal en la identidad de las mujeres, pues varias de las entrevistadas, siguen considerando que su identidad de género se define por el hecho de ser madres.

Si bien la mayoría de las entrevistadas son madres, todas coinciden en la importancia que ha tenido el ejercicio de un trabajo remunerado y profesional. Pese a que a los hijos, sus esposos, en fin, su familia, es lo más importante en sus vidas, saben que hoy en día, con todos los cambios ocurridos a nivel social, cultural y político, el trabajo ha pasado a ser importante por, en primer lugar, la independencia económica que entrega y en segundo, por convertirse en un espacio de desarrollo personal.

El trabajo se ha constituido en el espacio en el cual las mujeres pueden individualizarse, además de demostrar sus diversas capacidades como profesionales. El trabajo ya no es significado únicamente como la actividad que se realiza para conseguir los recursos económicos necesarios para mantener bien a la familia, sino también, como un lugar de diversión, entretención.

A las entrevistadas les gusta su trabajo, les agrada ir a trabajar y aunque reconocen que éste debe pasar a segundo lugar cuando la maternidad llega a sus vidas, son enfáticas en establecer que no podrían estar todo el día en su casa, dedicado al cuidado de sus hijos y de su casa. Quieren trabajar, necesitan trabajar, pero no sólo por el aspecto económico, sino además, porque es el lugar en cual son reconocidas como sujetos individuales y amplían sus conocimientos y relaciones sociales.

Cuando las mujeres comenzaron a participar masivamente del mundo laboral, los hombres se asustaron, frente a la pérdida de autoridad sobre ellas -ejercido a través de la parte económica-. Como el trabajo les otorgaba la posibilidad de percibir un salario de forma independiente, sin tener que depender de ellos, varios de los esposos de las entrevistadas más jóvenes quisieron impedirles a sus esposas que trabajaran, pero ellas no aceptaron, demostrando como se han empoderado de su rol de mujer independiente, esperando de los hombres ya no un rol de protectores -en una posición superior a la de ellas-, sino por el contrario, un rol de compañeros, contenedores, es decir, en una posición de igualdad.

Pese a que la cultura patriarcal ha implementado roles específicos para hombres y mujeres, basado este último en la maternidad, hoy en día las mujeres han transformado estos roles, incorporando el ejercicio de un trabajo remunerado en la definición del género femenino. Si bien a nivel social y del discurso, la maternidad posee una connotación positiva, en la práctica no es así, debido a la desigual distribución de las labores domésticas con el género masculino, haciendo que las mujeres sigan auto-imponiéndose dobles o triples jornadas de trabajo.

Aunque las entrevistadas reconocen esta desigual distribución de las labores domésticas con los hombres y exigen que sus parejas se involucren más activamente en la realización de las mismas, reconocen también, la dificultad que tienen en delegar la responsabilidad de estas labores, consideradas por ellas como *obligatorias*, a los hombres. Esto revela que, así como la sociedad ha significado al espacio privado como exclusivo femenino, en el caso de las entrevistadas que son madres, ellas también se han apropiado de dicha significación, demostrando todo ello, como aún hoy, con todos los cambios ocurridos, la asociación de las mujeres con la maternidad, como consecuencia de la construcción cultural que se ha realizado

de la capacidad reproductora, sigue estando muy arraigado en los imaginarios individuales y colectivos de mujeres y hombres y como la maternidad, se sigue considerando una obligación del género femenino.

Aunque las entrevistadas critican la forma en que se ha organizado la sociedad, quedando el género femenino en una posición de inferioridad respecto al género masculino, varias de ellas consideran y aceptan el no cambio de dicha situación, demostrando esto cómo varias de ellas, siguen reproduciendo esta forma desigual en que la cultura patriarcal ha organizado la sociedad. Diferente es la opinión de la profesora entrevistada de 35 años de edad, quien, a partir de su rol como educadora, si ha intentado generar cambios en sus alumnos, en pro de alcanzar relaciones de género más igualitarias, pero siendo consciente de la percepción generalizada de la inamovilidad del ordenamiento patriarcal de la sociedad.

Otro hecho importante observado por una de las entrevistadas, es la aparición, al menos en la ciudad de Rancagua, de mujeres profesionales pero sin ejercer un trabajo. Si bien la entrevistada asocia dicho fenómeno a la buena situación económica producto de la mina El Teniente ubicada en dicha zona geográfica, no deja de llamar la atención que, así como los mismos hombres querrían a una mujer dueña de casa pero con título profesional, las mujeres también validarían dichos deseos: ¿Realmente las mujeres hoy en día desean tener un título profesional pero sin ejercerlo? Pese a todos los cambios fomentados por los movimientos feministas y de empoderamiento, ¿las mujeres quieren seguir en una situación de inferioridad respecto a los hombres? ¿cuáles serían las razones para que las mujeres validaran este nuevo rol al que los hombres, al parecer, las están relegando?

Aunque las entrevistadas reconocen sentirse orgullosas del empoderamiento masivo que han conseguido las mujeres a nivel colectivo, aún no logran *deshacerse* de la construcción cultural que las ha hecho las principales encargadas de todo lo relacionado con el cuidado de los hijos, pues siguen considerando y otorgándole a la maternidad, un aspecto importante dentro de su identidad.

6. BIBLIOGRAFÍA

Libros

Andrade, Carmen (Coord), “Del biombo a la cátedra. Igualdad de oportunidades de género en la Universidad de Chile”, Oficina de Igualdad de Género de Oportunidades de Género, Santiago, 2014.

Castellanos, Gabriela, “¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura”, en: Arango, Luz, León, Magdalena, Viveros, Mara. Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Tercer mundo Editores, Bogotá, 1995.

Centro de Estudios Públicos, “Encuesta Nacional de Opinión Pública N° 37” Tercera Serie Abril 2012, Documento de Trabajo N° 387, Santiago-Chile

De Beauvoir, Simone, “El segundo sexo”, Editorial Sudamericana De bolsillo, Buenos Aires, 2011.

Díaz, Estrella, “Los impactos del proceso de liberalización económica en las trabajadoras: El caso chileno” en: Centro de Estudios Mujer y Trabajo, Colectivo Raíces, Red Latinoamericana Mujeres Transformando la Economía, Grupo Focal Chile, El modelo de liberación económica en Chile y la situación de trabajadoras y trabajadores 1990-1999. (pp. 25-65). Santiago de Chile: Centro de Estudios Mujer y Trabajo, 1999.

Díaz, Ximena. Godoy, Lorena. Stecher, Antonio, “Cuaderno de Investigación N°3 Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible”, Centros de Estudios de la Mujer: Santiago de Chile, 2005.

Duby, Georges, Perrot, Michelle, “Historia de las mujeres en occidente”, Grupo Santillana de Ediciones, Madrid, 2000.

Gómez, Juan Carlos, “Chile: 1990-2007. Una sociedad neoliberal avanzada”, Universidad ARCIS, sc, sf.

Flores, Rodrigo, “Observando observadores: Una introducción a las técnicas cualitativas de investigación social”, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2013.

Guzmán, Virginia. Mauro, Amalia. Araujo, Kathya, “Trayectorias laborales de mujeres. Cambios generacionales en el mercado del trabajo”, Ediciones Centro de Estudios de la Mujer, CEM, sc, 1999.

Héritier, Françoise, “Masculino/femenino. El pensamiento de la diferencia”, Editorial Ariel, Barcelona, 1996.

Héritier, Françoise, “Masculino/femenino II. Disolver la jerarquía”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

Instituto Nacional de Estadística, “Chile: ciudades, pueblos, aldeas y caseríos”, se, Santiago de Chile, 2005.

Lagarde, Marcela, “Memoria claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres”, Puntos de Encuentro, Managua, Nicaragua, sf.

Marant, Isabel (Directora), “Historia de las mujeres en España y América Latina. Volúmen III. Del siglo XIX a los umbrales del XX”, Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, SA), Madrid, 2006.

Mattelart, Armand, Mattelart, Michele, “La mujer chilena en una nueva sociedad. Un estudio exploratorio acerca de la situación e imagen de la mujer en Chile”, Editorial del Pacífico S.A, Santiago de Chile, 1968.

Mauro, Amalia, Godoy, Lorena, Díaz, Ximena, “Trabajo y empleo femenino en Chile 1880-2000. Su aporte al desarrollo del país desde la economía doméstica, el trabajo voluntario y el trabajo remunerado”, se, Santiago, 2009.

Mead, Margaret, “Sexo y temperamento en las sociedades primitivas”, Editorial Laia, Barcelona, 1973.

Medina, Luciano, “La educación católica sanferandina. Del colegio congregacional a la universidad popular 1891-1950”, Geoblack Editores, Santiago de Chile, 2014.

Mella, Orlando, “Metodología cualitativa en ciencias sociales y educación: orientaciones teórico-metodológicas y técnicas de investigación”, Editorial Primus, Santiago de Chile, 2003.

Montecino, Sonia, “Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno”, Ediciones Catalonia, Santiago de Chile, 2007

Montecino, Sonia, Castro, René, De la Parra, Marco Antonio (Comp), “Mujeres: espejos y fragmentos. Antropología del género y salud en el Chile del siglo XXI”, Ediciones Catalonia, Santiago, 2004.

Moore, Henrietta, “Antropología y feminismo”, Ediciones Cátedra Universitat de Valencia, Instituto de la mujer, sc, 1999.

Ortner, Sherry, “¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?” en: Harris, Olivia, Young, Kate. Antropología y feminismo. Editorial Anagrama, Barcelona, 1979.

Pateman, Carole, “El contrato sexual”, Editorial Anthropos, Barcelona, 1995.

Perrot, Michelle, “Mujeres en la ciudad”, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). “Desarrollo Humano en Chile 2010. Género: Los desafíos de la Igualdad”, se, Santiago de Chile, 2010.

Santa Cruz, Lucía, Pereira Teresa, Zegers, Isabel, Maino Valeria, “Tres ensayos sobre la mujer chilena”, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1978.

Valdés, Teresa, “Acción Política de Mujeres 1990-2006: Institucionalizando la equidad de género”, se, sc, sf.

Valdés, Teresa, “¿Existe una sexualidad chilena?”, FLACSO-Chile, sc, sf.

Valdés, Ximena, “La vida en común: Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX”, Ediciones LOM, sc, 2007

Valdés, Ximena, “Metamorfosis de la familia y la vida privada. Cambios y tendencias en Chile”, CEDEM, Universidad del Bio Bio, sc, 2009.

Zárate, María, “Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la “ciencia de hembra” a la ciencia obstétrica”, Ediciones de la dirección de bibliotecas, archivos y museos, Santiago, 2007.

Revistas

Alcoff, Linda, “Feminismo Cultural v/s Post.estructuralismo: la crisis de identidad de a teoría feminista”, en Revista Debats, N.º 76, 2002.

Cuevas Ríos, Eduardo “Hospital San Juan de Dios, de San Fernando Antecedentes Históricos” en Rayos X, Número 1, Diciembre 2001.

Godoy, Lorena, Díaz, Ximena, Mauro, Amalia, “Imágenes sobre el trabajo femenino en Chile 1880-2000” en Revista UNIVERSUM, Nº 24, Vol. 2, 2009.

Henríquez, Helia, Uribe, verónica, “La trayectoria laboral de las personas, un aporte al debate sobre la protección al trabajo” en Temas laborales. Dirección del trabajo. Departamentos de estudios, 2002, año 8 N° 20.

Kirkwood, Julieta, “Feminismo y participación política en Chile”, en Programa FLACSO, Octubre 1982, Número 159.

Lattus, José, Sanhueza, María, “La matrona y la obstetricia en Chile, una reseña histórica”, en Revista Obstetricia y Ginecología Hospital Santiago Oriente Dr. Luis Tisné Brousse, 2007, Vol. 2 (3).

Lillo, Eduardo, Oyarzo, Sandra, Román, Anita, “Midwifery in Chile: a successful experience to improve women’s sexual and reproductive health. Facilitators and challenges” en Revista Matronas Edición Especial 2014.

Hernando, Almudena, “¿Por qué la historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?” en Treballs d’Arqueología, 11, 2005.

Lagarde, Marcela, “Guía para el empoderamiento de las mujeres. Cuaderno 1. Vías para el empoderamiento de las mujeres”, en: Proyecto EQUAL I.O, Metal Acción, sf.

Muñoz, Carmen, Isla, Ximena, Silvia, Alarcón, “Evolución histórica y desarrollo profesional de la enfermería en Chile” en Revista de enfermería y humanidades. Cultura de los cuidados, 1999, Año III – N°5.

Núñez, Iván, “La profesión docente en Chile: saberes e identidades en su historia” en Revista pensamiento educativo, 2007, Vol. 41, N° 2.

Núñez, Iván, “Las escuelas normales: una historia de fortalezas y debilidades 1842-1973) en Revista docencia, 2010, N° 40.

Stuven, Ana., “La mujer ayer y hoy: un recorrido de incorporación social y política” en Centro de políticas públicas UC, Año 8, N.º 61, 2013.

Valdés, Teresa, “Las mujeres y la dictadura militar en Chile” en Programa Flacso-Santiago de Chile, Número 94, 1987.

Valdés, Ximena, Carmen Gloria Godoy, “El lugar del padre: rupturas y herencias. Representaciones de la paternidad en grupos altos, medios y populares chilenos” en Estudios avanzados, 6(9), 2008.

Tesis

Barrig, M. (2004). *Los discursos sobre la mujer andina desde los operadores de proyectos de Desarrollo Rural*. (Tesis para optar al grado académico de Magíster en Política Social con mención en Gestión de Proyectos Sociales). UNMSM, Escuela de Post Grado, Facultad de Ciencias Sociales, Lima.

Rojas, C. (1994). *Poder, mujeres y cambio en Chile (1964-1973). Un capítulo de nuestra historia*. (Tesis para optar al grado de Maestría en Historia). Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-Iztapalapa), División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Historia, México.

Artículos de internet

Aguilera, Miguel. Rojas, Antonio. (sf). Construyendo en valores. Nuestra historia. *San Fernando College*. Recuperado de <http://www.sanfernandocollege.cl/index.php/page/26.html>

Arriagada, Irma, Gálvez, Thelma. (2014). Estructura de restricciones a la participación laboral y a la autonomía económica de las mujeres: estudio orientado a mejorar las políticas de equidad de género. *Serie de Estudios Servicio Nacional de la Mujer*. Recuperado de https://estudios.sernam.cl/documentos/estructura_de_restricciones_a_la_participacion.pdf

Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (sf). Reportes Estadísticos y Comunales 2013. Recuperado de http://reportescomunales.bcn.cl/2013/index.php/San_Fernando#N.C3.BAmero_de_empresas_por_rama_de_actividad_2007-2009-2011

Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (2013). Ley de postnatal. Recuperado de file:///C:/Users/Carolina/Downloads/Ficha_ley_postnatal.pdf

Biblioteca Nacional de Chile. (sf). Margarita (1934-1953) y Eva (1942-1974). *Memoria chilena*. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-97171.html>

Dirección del trabajo. (sf). Protección a la maternidad. Recuperado de <http://www.dt.gob.cl/1601/w3-article-99872.html>

Fraisse, Genevieve. (2001). El concepto filosófico de género, Recuperado de http://www.europarl.europa.eu/transl_es/plataforma/pagina/celter/art2fraisse.html

International Confederation of Midwives. (sf). Definición internacional de matrona de la ICM. Recuperado de <http://internationalmidwives.org/global/espa%C3%B1ol/definici%C3%B3n-internacional-de-matrona-de-la-icm.html>

Instituto Nacional de Estadísticas. (2007). División Político Administrativo. *Región del Libertador General Bernardo O'Higgins*. Recuperado de <http://www.ineohiggins.cl/archivos/files/pdf/DivisionPolíticoAdministrativa/ohiggins.pdf>

Instituto Nacional de Estadísticas. (2016). Enfoque estadístico. *Género y empleo*. Recuperado de http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/estadisticas_sociales_culturales/genero/pdf/enfoque_genero_2016.pdf

Instituto Nacional de Estadísticas. (2016). Personas ocupadas por sexos según rama de actividad económica. *Estadísticas de género y empleo*. Recuperado de http://www.ine.cl/genero/indicadores_producidos_por_ine.php

Jiménez, Marcela. (2007). Situación de la mujer en Chile con una perspectiva de género. *Resultados de la Encuesta CASEN 2006. Departamento de estudios, división social, MIDEPLAN*. Recuperado de http://www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/btca/txtcompleto/mideplan/casen2006_sit.mujer.pdf

Klimpel, Felicitas. (1962). La mujer chilena (El aporte femenino al progreso de Chile) 1910-1960. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0023767.pdf>

Lamas, Marta. (sf). Usos dificultades y posibilidades de la categoría género. Recuperado de <http://www.udg.mx/la ventana/libr1/lamas.html>

Meller, Patricio. Valdés, Gonzalo. Lara, Bernardo. (2010). Perspectiva de la discriminación femenina a nivel profesional. *Comunidad Mujer*. Recuperado de <http://www.comunidadmujer.cl/biblioteca-publicaciones/wp-content/uploads/2010/09/Perspectiva-de-la-discriminaci%C3%B3n-femenina-a-nivel-profesional.pdf>

Ministerio de Educación. (sf). Titulación total 2013 de pregrado por área y por género. *Informes de titulación*. Recuperado de <http://www.mifuturo.cl/index.php/informes-sies/titulados>

Ministerio de Educación. (sf). Duración real de las carreras en Chile programas de pregrado y posgrado. *Servicio de Información de Educación*. Recuperado de http://www.mifuturo.cl/images/Estudios/Estudios_SIES_DIVESUP/duracion_real_de_las_carreras_pregrado_marzo2014.pdf

Ministerio de Educación. (sf). Matricula por establecimiento 2014. *Centro de estudios información estadística*. Recuperado de <http://centroestudios.mineduc.cl/index.php?t=96&i=2&cc=2036&tm=2>

Ministerio de Educación. (sf). Titulación total 2014 de pregrado por área y género. *Informes de titulación*. Recuperado de <http://www.mifuturo.cl/index.php/informes-sies/titulados>

Ministerio de Educación. (sf). Titulación total de pregrado por área del conocimiento y género 1999 – 2013. *Titulación de pregrado de educación superior*. Recuperado de <http://www.mifuturo.cl/index.php/bases-de-datos/titulados>

Municipalidad de San Fernando. (sf). Antecedentes de la comuna. Recuperado de <http://www.munisanfernando.cl/2013-05-09-15-13-34/antecedentes-de-la-comuna>

Municipalidad de San Fernando. (sf). Resumen de antecedentes generales de la comuna de San Fernando capital de la provincia de Colchagua. *Antecedentes de la ciudad*. Recuperado de <http://sanfernando.caschile.cl/historia/archivos/1/66/Caracteristicas%20San%20Fernando.pdf>

Muñoz, Carmen, Isla, Ximena, Alarcón, Silvia. (1999). Evolución histórica y desarrollo profesional de la enfermería en Chile. *Biblioteca MINSAL*. Recuperado de: inseparable de la noción de supervivencia de los seres humanos [y] de la continuidad de la vida en grupo

Museo Nacional de Medicina, Facultad de Medicina Universidad de Chile. (sf) Dra. Mayers, Cora (1895-1931). Recuperado de <http://www.museomedicina.cl/home/index.php/historia-de-la-medicina/180-dra-cora-mayers-1895-1931.html>

Padilla, Irene. (2013). Monjas de la caridad serán retiradas del Colegio Inmaculada Concepción. *El Rancagüino online*. Recuperado de <http://www.elrancaquino.cl/rancaquino/noticias.php?cod=5859>

Servicio de Impuestos Internos. (sf). Estadísticas de empresas por región, comuna y rubro. Recuperado de http://www.sii.cl/estadisticas/empresas_rubro.htm#3

Tomasevski, Katerina. (sf). Los derechos de las mujeres: de la prohibición a la eliminación de la discriminación. Recuperado de <http://www.cholonautas.edu.pe/2012/wp-content/uploads/2012/04/LOS%20DERECHOS%20DE%20LAS%20MUJERES.pdf>

The Rockefeller Foundation. (sf). About us. Recuperado de <https://www.rockefellerfoundation.org/about-u>

7. ANEXO

7.1 Pauta de entrevistas

Objetivo general

¿Qué influencia ha generado el trabajo en la identidad de género de mujeres de entre 35 y 60 años de edad, que se desempeñan en las áreas de salud y educación en la ciudad de San Fernando?

Preguntas base:

Nombre.

Edad.

Estado civil.

Hijos.

Cantidad de hermanas/os; situación laboral de ellos

Objetivos	Preguntas
<ul style="list-style-type: none"> Caracterizar el contexto sociocultural en el cual estas mujeres se incorporaron al mercado laboral. 	<p>¿En qué año comenzó a trabajar? ¿Qué edad tenía cuando comenzó a hacerlo? ¿Cuáles fueron las razones, circunstancias, que la llevaron a tomar la decisión de trabajar? ¿Cuál fue la opinión de su familia respecto a su incorporación y participación laboral? ¿Las mujeres de su familia trabajaban? ¿Qué opinaban sus congéneres (amigas, mamá, hermanas) de su incorporación al mercado laboral? ¿Cuándo comenzó a trabajar, las mujeres que lo hacían, eran muchas o pocas? ¿Había oportunidades de trabajo para mujeres? ¿En qué áreas?</p>
<ul style="list-style-type: none"> Identificar dificultades y oportunidades surgidas en las respectivas áreas laborales en que se han desempeñado. 	<p>¿Cuál fue su primer trabajo? ¿En qué otros lugares ha trabajado? ¿Cómo es/era la relación con sus compañeros de trabajo hombres? Mientras realizaba sus estudios universitarios ¿Trabajó?, si así fue ¿En qué lo hizo? ¿Por qué eligieron las carreras de Pedagogía, Enfermería y Obstetricia? ¿Tenía compañeros de carrera hombres? ¿Cómo era la relación con ellos? ¿Por qué decidió trabajar en la ciudad de San Fernando? ¿Tiene alguna relación con la ciudad? ¿Su familia vive aquí? ¿Le gusta su trabajo? ¿Qué significa el trabajo para usted? ¿Por qué? ¿Cómo es su rutina laboral? ¿Y su rutina diaria? ¿En los distintos trabajos en los que ha estado (y/o está) ha tenido oportunidades de perfeccionamiento? Si realiza/realizaba el mismo</p>

	trabajo que sus compañeros hombres ¿Recibe/recibía las mismas oportunidades que ellos?
<ul style="list-style-type: none"> • Conocer las consecuencias generadas en su vida familiar y personal a partir de la incorporación y participación en el mundo del trabajo. 	<p>¿Tiene pareja? ¿Está casada?? ¿Tiene hijos? ¿De qué edad? ¿Cuál es su horario de trabajo? ¿Su pareja, esposo, trabaja? ¿Qué opina su pareja sobre su participación laboral? ¿La apoya? ¿A él le gustaría que usted trabajara menos? Si es así, ¿Por qué? ¿Su trabajo (horario, carga laboral, tiempo de traslado, etc.) le ha quitado tiempo para compartir con sus hijos? ¿Cómo es la relación con ellos? ¿Durante los días de semana, después de su horario de trabajo, comparte tiempo con sus hijos y/o pareja? ¿Qué consecuencias ha generado su trabajo en su vida familiar? ¿Y en su vida privada, de pareja?</p>
<ul style="list-style-type: none"> • Determinar cambios en las concepciones culturales respecto al rol de la mujer en la sociedad, diferenciados según su rango etario. 	<p>¿Qué opinaba su entorno (familia, amigos, pareja) cuándo usted comenzó a trabajar? ¿Cuándo usted realizó sus estudios universitarios, qué opinaba la sociedad sobre la participación laboral femenina? ¿La discriminaban? Si así era, ¿Usted considera que, a medida que han pasado los años, ha cambiado la visión de la sociedad chilena respecto a la participación laboral de las mujeres? ¿De qué forma era vista la mujer en la década de los 80'? ¿Y en los 90'? ¿Y en el año 2000? ¿Ha cambiado? ¿Cómo?</p>
<ul style="list-style-type: none"> • Conocer el significado que estas mujeres le otorgan al aumento de la participación de sus congéneres en el mundo del trabajo. 	<p>¿Qué opina del aumento de la participación femenina en el mundo del trabajo? ¿Está de acuerdo con que las mujeres, cada vez más, le dediquen mayor tiempo al trabajo en desmedro del otorgado a la familia? ¿Usted considera que las mujeres le otorgan mayor tiempo al trabajo que a la familia/pareja/ocio? ¿Qué significado le otorga a la mayor participación laboral femenina? ¿Cree que el aumento de la participación laboral femenina ha generado cambios en la relación con el sexo masculino? ¿Ha generado mayor igualdad con el sexo masculino? ¿Quizás un mayor respeto de los hombres hacia las mujeres?</p>

7.2 Reconstrucción trayectorias laborales

7.2.1 Profesoras

Profesora N° 1

Nacionalidad: Argentina.

Edad: 44 años.

Estado civil: Separada y se volvió a casar.

Hijos: 3 hijos.

Profesión: Profesora de Educación General Básica mención Lenguaje San Fernando College. Realiza clases de Lenguaje a 3° y 4° Básico.

Estudios: Pedagogía General Básica, mención Lenguaje, en Universidad San Juan Bosco, Argentina.

“Yo soy argentina, del sur, de la Patagonia. Soy la más chica de mis hermanos. Tengo una hermana mujer y un hermano que viven en Buenos Aires. Por situación familiar todos partimos trabajando de chicos. Vengo de una familia muy humilde donde había que trabajar, pero también donde nos inculcaron que todo lo que nos propusiéramos lo lograríamos. Absolutamente todo a través del trabajo. Mi madre nos inculcó toda la vida que debíamos ser profesionales. Siempre. Toda la vida. Cuando era chica, a los 9 años, trabajaba cuidando niños de profesoras. Ayudaba a mi mamá cuidando niños chicos y me pagaban”.

“Cuando estudiaba en la universidad, vendía tupperware, los plásticos que se usaban antiguamente y me iba muy bien. Tenía muchas ganancias en las ventas y en premios. Me iba super bien y con eso costaba mis estudios”.

“Me vine a Chile hace 23 años porque me casé con un chileno. Mi esposo era Carabinero. Primero llegué a Puerto Montt y llegué en la época, yo siempre digo, en que Chile era Chilito y Argentina era Argentina (risas). Llegué cuando estaba recién asumido un gobierno democrático y viví todo ese proceso. Como mi esposo era Oficial de Carabineros, de Puerto

Montt nos trasladaron a Santiago y allá me acuerdo que lo pasé muy mal porque se estaba viviendo todo este cambio político. Yo era muy joven y no tenía idea de política y me tocó bien duro por ser la esposa de un Carabinero”.

“Cuando llegué a Chile no podía trabajar, yo era argentina y trabajé 1 año de vendedora en el Fallabella de Plaza Vespucio, en el paradero 14 de Vicuña Mackenna en Santiago. Yo quería trabajar para conocer gente. No vendía mucho en realidad, pero lo pasaba muy bien porque chacoteábamos con todo el mundo y yo quería tener contacto”.

“Viví en Santiago 1 año y no me acostumbré. Nunca me gustó, porque yo vengo de una ciudad muy chiquitita, además que por el trabajo de mi marido, que estaba a cargo de toda la Comuna de La Florida, pasaba mucho tiempo sola. No tenía familia, no tenía nada. En ese tiempo tuve a mi primer hijo y lo absorbí. No gateó, digo yo, porque andaba en brazos con él todo el día porque no tenía a nadie más que a mi hijo. No lo pasé bien en Santiago”.

“La verdad que desde muy chica, desde que tengo uso de razón, dije que iba a ser maestra. Toda la vida. Jamás pensé en otra posibilidad. Yo me crié en una escuela con internado en el sur de Argentina. Mi mamá era asistente en esa escuela, tenía que ver a los niños que dormían en el colegio, entonces yo me paseaba de sala en sala allí y sentía que los profesores me regalaban mucho. Entonces creo que de ahí viene, porque toda la vida dije que iba a ser maestra”.

“Estudí Pedagogía General Básica en la Universidad San Juan Bosco, que está en la provincia de Chubut, al sur de Bariloche. Egresé a los 21 años. Tenía 3 o 4 compañeros hombres, que ejercen actualmente. Me acuerdo de Raúl, Claudio, Andrés y que eran todos tipos igual que uno, entonces uno no los miraba raro porque estudiaban pedagogía. Eran gallos super choros”.

“Cuando llegué acá revalidé el título en la Universidad de Chile, pero cuando hice el trámite, llevaba muchos años trabajando acá, con una prórroga que me había dado el Ministerio de Educación. Como ya tenía varios años de ejercicio en Chile, tuve que hacer mucho papeleo.

Tuve que ir a Argentina, juntar todos los papeles de mi educación, desde la básica hasta la universitaria, además de adjuntar todo lo que yo tenía hecho acá, informes de colegios anteriores, cursos, postítulos, todo lo que he hecho. Tuve que ir muy seguido a la universidad a entrevistas. No tuve que asistir digamos a clases, pero tuve que hacer mucho trámite y asistir a varias entrevistas”.

“Cuando trasladaron a mi marido a San Fernando en 1996, me enamoré de la ciudad porque es tranquila y chiquitita. A mi marido después lo trasladaron y yo le dije que no me iba, por lo que me separé y me quedé acá”.

“Empecé a trabajar en la Escuela N°2. Llegué por un reemplazo y estuve ahí por 7 años. El 2003 llegué a trabajar al San Fernando College como profesora de Lenguaje de 3° y 4° Básico, pero me tuve que retirar un par de años por necesidades familiares. Tengo 3 niños y el del medio necesitaba una mayor atención por un tratamiento neurológico y como en ese momento podía darme el lujo de quedarme en la casa, lo hice. El 2009 me llamó don Pablo Valiente, quién era el rector en ese momento y me reintegré al colegio hasta ahora. Me encanta lo que hago, me entretengo, lo paso muy bien, me río con los niños”.

“La verdad yo jamás he sentido que me discriminen ni lo he visto y eso puede ser por mi carácter. Sí tengo recuerdos de que cuando llegué a trabajar a la Escuela N°2, a un señor de la Corporación, Valdés creo que era el apellido, no le gustaban las profesoras argentinas por el acento. Yo supe tiempo después, por la directora de ese momento, Marcia Palma, que hubo una profesora que había vivido muchos años en Argentina y que trabajó en ese colegio, pero que tenía este acento muy marcado y a este señor no le gustaba. Cuando yo quise hacer un reemplazo en la Escuela él decía: “¡No! Que es argentina y argentina no quiero” porque ya tenía una profesora, que era muy buena, pero tenía el acento muy marcado. Finalmente él no consiguió nada y llegué yo al colegio. Esa ha sido la única vez que por ser argentina, me ha costado conseguir trabajo. Nunca me han discriminado por ser mujer, sólo por el acento. Jamás me he sentido discriminada en ninguna parte de las que he trabajado. Ni siquiera en el tema de los sueldos de los profesores, porque tampoco hay diferencias entre hombre y mujer.

Yo siempre he tenido buena relación con mis compañeros de trabajo y siempre he tenido buena llegada, pero puede ser porque soy entradora también”.

“Tengo 3 hijos. Uno de 20 años que estudia en Santiago, otro de 13 años que está en 8° Básico y la chiquitita de 10 años. Los dos más chicos estudian acá en el San Fernando College. Yo soy de las mamás matea. Yo me siento con ellos y empiezo a ver que tienen, que les falta. Con el del medio habitualmente me tengo que sentar y soy más controladora porque requiere mayor atención. La chica es bien autónoma, matea, entonces no requiere tanto”.

“Yo reconozco la ventaja que tenemos la mayoría de los profesores respecto a la jornada de trabajo. Hay algunos profesores que requieren trabajar en doble jornada, desde las 08:00 hrs. hasta las 19:00 hrs. Yo afortunadamente trabajo una jornada y por lo tanto a las 16:00 hrs. me desocupo y es la misma hora a la que se desocupan los niños, entonces volvemos juntos a la casa y almorzamos juntos. Yo marco harta presencia”.

“Cuando trabajaba en la Escuela N°2 no existía la jornada completa, era de 08:00 hrs. a 13:00 hrs. Trabajaba harto, pero en ese minuto tenía al mayor nada más. Nunca he sentido que el trabajo me quite tiempo con mis hijos. Al contrario. Mi hijo mayor siempre me dice que soy controladora y que lo suelte un poco, pero me cuesta soltarlos a todos”.

“Mi ex marido nunca me puso problemas porque yo trabajaba. Nunca. Nuestros problemas de pareja no tenían que ver con nuestros horarios. Yo creo que el machismo en el caso mío, se podría notar en mi esposo actual y en las salidas y no en trabajo. Esto de que yo salga a tomarme un traguito, a una comida, no le gusta (risas). Yo no me voy a las 00:00 hrs., entonces no soy muy princesa para retornar a la casa. Yo creo que en esas cosas el hombre es super machista. Ahí se nota”.

“Como yo estudié en Argentina, el hombre allá es distinto hasta el día de hoy. Allá el machismo no va. Acá son muy estructurados y muy machistas. Yo vengo de un lugar donde se es mucho más abierto, más liberal, pero mis amigas y mi familia me critican mucho porque soy tan entregada a la casa acá. Yo voy del colegio a la casa, a los niños los llevo, los traigo,

no los dejo salir, los acompaño a todo, estoy en todas, soy super matea como mamá. Entonces encuentran que me postergo mucho, demasiado. Eso es lo que me dicen mis amigas de allá. En la casa en todo me manejo, porque yo en definitiva estoy al servicio de todos. Y eso los argentinos que me conocen lo cuestionan mucho, porque allá la mujer sale y el marido es el que cuida y se queda en la casa. Allá es absolutamente opuesto. Acá la que hace la tarea, la que cocina, la que lleva al doctor, la que corre si hay una urgencia, es la mamá, es la mujer. A mí no me molesta, no me desacomoda y por eso quizás me enamoré de un chileno que ya era machista. Pero pese a eso hoy estamos casi a la par con los hombres. La mujer ya no aguanta”.

“Yo hoy en día veo a la mujer chilena mucho más liberal. Ha cambiado muchísimo. Chile ahora es conocido en todo el mundo, negocia con grandes países, con grandes potencias y la mujer también ha evolucionado impresionantemente. La mujer antigua vivía en la casa y yo me sentía bicho raro entre las mujeres cuando recién llegué acá a Chile. Las mujeres me miraban distinto, no así los hombres. Yo era muy buena para conversar, tenía esa incontinencia verbal, buena para reírme escandalosamente y la mujer acá era como mucho más tímida, reprimida. Ahora las mujeres salen, fuman, tienen su miércoles femenino, su sábado femenino, su jueves, su domingo. Hoy día la mujer es absolutamente distinta”.

“Económicamente también han habido cambios. El sueldo a lo mejor está todavía dispar en relación a los hombres, pero de todas maneras ha ido en aumento. En la medida en que la mujer se empodera, en que la mujer participa, va a llegar el minuto en el que estemos casi a la par”.

“Acá yo digo que existe la “cultura de la nana”, porque es común tener nana. Yo te digo acá porque hago la comparación con Argentina y quizás por eso el hombre allá participa tanto en la crianza, porque allá no es así. Allá no existe eso de que tienes la nana que te sirva en la mesa, de que te cocine. Quizás tienes una persona que te va a planchar semanalmente, que te deja algo preparado, pero no todos los días. Eso puede ser lo que obligue a que la pareja participe de la crianza de los hijos, porque lo que yo veo acá en Chile es que el marido es un aporte, sí, pero un aporte económico, porque el aporte en tiempo es absolutamente la mujer. En todas las situaciones que yo conozco, es la mujer la que entrega el tiempo a los hijos en la

crianza. La crianza de los hijos siempre ha sido rol de la mujer y hoy día las mujeres con esa excusa de que queremos igualdad, hemos descuidado lo que ha sido siempre nuestra tarea, los hijos. Hoy día es más fácil cargarle la culpa al colegio que asumir que como madre no estás presente y en lugar de dedicar tiempo porque llegas cansada del trabajo, le compras una tablet. Ese es el punto hoy en día, que la mujer se fue a trabajar y se desentendió de la casa, del marido y de los hijos. El marido da lo mismo, la casa da lo mismo, pero se desentendió también de los hijos. Está bien que tú quieras trabajar, quieras superarte, desarrollarte profesional, pero tú puedes hacer ambas cosas, pero no dejar los hijos. Tú puedes estar trabajando y seguir marcando presencia en tus hijos. Uno puede desarrollarse profesionalmente pero también como mamá”.

“Hay un empoderamiento de la mujer en todo. Cuando yo recién llegué, la mujer no trabajaba y yo sentía la crítica del grupo de señoras de Oficiales de Carabineros al que pertenecía. Era todo muy compuesto, muy serio. Tú no podías sonreír demasiado en la calle, andar hasta tarde, porque eras la “esposa de” y en ese sentido yo era mucho más desinhibida. Las señoras de ese grupo eran mayores que yo, porque yo estaba casada con un hombre mayor que yo y ahí recibí las primeras críticas. Hoy día tenemos un grupo super entretenido y aunque son mayores y machistas, disfrutan porque han ido cambiando, pero al principio la mujer era absolutamente distinta”.

“Yo creo que acá la mujer le dedica mucho tiempo al trabajo. Demasiado. Creo que Chile es un país exigente en cuanto a trabajo y si tú no entras a competir, te vas quedando fuera. En el caso nuestro particular de Pedagogía, trabajamos muchísimas horas en la casa. Muchas. Si no es solo preparar clases. El viernes, que es el último día de clases de la semana, no hago nada, yo dejo todo para el domingo. El domingo giro todo en función del colegio. Veo si tengo pruebas, hago la planificación semanal, que es lo que voy a trabajar durante las clases, con inicio de clases, desarrollo y final y todo eso se envía por correo a los jefes, a UTP y a tu jefe más cercano que es la coordinadora. Yo trabajo muchísimo en la casa. El preparar material, corregir pruebas, todo eso lo haces afuera. La Pedagogía en particular requiere mucho tiempo que tú le quitas a tu familia porque lo destinas al trabajo. Es la profesión la que lo requiere y no este colegio”.

“Para mí el trabajo significa entretención, distracción. Autorrealización absolutamente, porque es el lugar donde tú te explicas y particularmente en mi trabajo, lo que me pasa a mí, es que tú con los niños eres tú. Tú puedes ser super transparente con los niños, entonces si eres alocado con un niño, puedes ser alocado y todo el mundo lo pasa bien. Igual podría estar de dueña de casa porque la casa no me incomoda, pero no me veo trabajando en otra cosa. Podría ser dueña de casa, pero necesito trabajar por una cosa económica y además porque uno necesita salir de la casa. Tú te retroalimentas de distintas historias, de otra gente. Uno necesita al otro”.

“Cuando llegué a San Fernando, me encantó la ciudad. No creo que haya nada particular acá. Yo creo que lo que hay es clasismo. Yo creo que la gente que vive en los alrededores es mucho más humilde, entonces más te cuesta surgir en un lugar como Chile, porque Chile es super clasista y en San Fernando es bien notorio eso, está bien marcada la diferencia. Yo creo que el hecho de que la gente de afuera no trabaje es porque le cuesta más surgir porque eres más humilde y si eres más humilde te cuesta”.

Profesora N° 2

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 44 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 3 hijas.

Profesión: Profesora de Educación General Básica mención Matemáticas San Fernando College. Realiza clases de Matemáticas de 3° a 6° Básico.

Estudios: Educación Parvularia en Universidad del Bio-Bio y Pedagogía General Básica mención Matemáticas en Universidad de Chile.

“Yo soy de Chillán. Nací y viví allí hasta que me casé y me vine a vivir a San Fernando. Tengo una hermana y en mi casa mis papas siempre nos dijeron, a mi hermana y a mí, que debíamos trabajar. Siempre nos inculcaron la importancia de estudiar, ya que solo siendo profesionales

íbamos a poder tener lo que quisiéramos, darnos nuestros gustos. Mi papá y mi mamá trabajaban, entonces siempre tuvimos su ejemplo”.

“Yo primero estudié Educación Parvularia en la Universidad del Bío Bío y después, como no conseguí buenos trabajos, decidí estudiar Pedagogía en Educación General Básica con mención en Matemáticas en la Universidad de Chile”

“Escogí la carrera porque a mí siempre me han gustado los niños. Creo que uno como profesora realiza una labor muy importante en su formación. Sobre todo cuando uno trabaja con niños de Pre Básica. Yo siempre me he preocupado por mis alumnos. Siempre. Y más ahora cuando, por lo general, los dos papás trabajan y los niños terminan solos en la casa, criados por las nanas o por la tele. Por eso digo que como profesores tenemos una labor importante de no dejar a esos niños solos. Porque el problema de ello es que cuando crecen se transforman en jóvenes problemáticos. Los niños necesitan del cuidado y atención de los padres”.

“La atención es super importante. Los niños cuando son chicos son muy maleables, hay que tratarlos con cuidado, porque de repente uno les puede llamar la atención, afectarles la autoestima y generarles daño. Por ejemplo, hay niños a los que les cuesta mucho manejar la frustración. Mucho. A veces tengo niños que se equivocan al hacer una multiplicación y cuando me muestran el resultado y les digo que está malo, se ponen a llorar. Entonces yo les muestro la goma, les digo que con ella se puede borrar, hacer el ejercicio de nuevo y para ellos es como que les mostramos un mundo nuevo. Entonces con ese simple gesto les estás diciendo que los problemas tienen solución. Que siempre hay una forma de solucionarlos. Y eso es importante. Por eso me gusta la Pedagogía. Porque nuestro aporte a la formación del niño va más allá de lo académico, les enseñamos y reforzamos valores importantes para su vida”.

“Cuando estudié nunca tuve problemas ni con mis compañeros ni profesores. En mi curso éramos más mujeres, así que los compañeros hombres salían perdiendo (risas). Cuando yo entré a estudiar, las mujeres hacía bastante tiempo que ya se habían incorporado al mundo

público trabajando, estudiando, entonces nunca me sentí discriminada, mirada en menos. No. Los profesores nunca nos dijeron nada por querer estudiar”.

“Cuando chica nunca trabajé. Era floja (risas). Mi primer trabajo fue a los 19 años, en el verano, envolviendo paquetes en época navideña. Después solo me dedique a estudiar y mis siguientes trabajos han sido siempre como profesora”.

“Mientras estaba en la universidad, conocí a mi marido, me enamoré, así que cuando me titulé me casé y como mi marido era de acá de San Fernando, me vine a vivir aquí, así que todos mis trabajos como profesora han sido acá”.

“Como yo había estudiado Educación Parvularia primero, trabajé en la Corporación Municipal de San Fernando, haciendo clases en la escuela San Martín y en la Washington Venegas. Pero por tema de sueldo me fui de ahí. Cuando terminé de trabajar en la corporación, busqué trabajo en otros colegios, pero no había nada. Pasé hartoo tiempo sin trabajar. Solo aparecían reemplazos para 1° básico y como no tenía el título, no podía, así que por eso decidí estudiar Pedagogía en Educación General Básica con mención en Matemáticas”.

“Cuando tuve el título, conseguí trabajo en el San Fernando College y de ahí no me he movido nunca más (risas). Este año se cumplen 11 años desde que trabajo aquí. Ahora hago clases de Matemáticas de 3° a 6° básico”.

“Este es el único colegio en el que hago clases. Entro a las 08:00 hrs. salgo a las 13:00 hrs y luego entro de nuevo a las 14:00 hrs. hasta las 16:00 hrs. Es un horario bastante cómodo (risas) A mí no me gusta llevarme trabajo para la casa. No. Intento hacer todo lo que tengo que hacer en el horario de trabajo. Igual algunas veces es difícil no llevarse algo para la casa, como preparar las clases, las pruebas, pero siempre intento llevarme lo menos posible. A mí me gusta descansar los fines de semana. No sé, dormir, salir, estar con mis tres hijas. Aprovechar el tiempo. Lo único que lamento, es que este año, por problemas de salud, por las jaquecas que me dan, voy a tener que disminuir las horas de trabajo. No me gusta mucho eso, pero mi salud no me permite mantener el mismo horario de siempre”.

“Nunca me he sentido discriminada en mis lugares de trabajo, todo lo contrario. Siempre he tenido buenas relaciones con mis colegas hombres. A mí me gusta compartir con ellos, lo paso muy bien. La verdad yo no creo que dentro de la Pedagogía haya discriminación de género, además la mayoría somos mujeres, así que aunque los hombres quisieran discriminarnos, saldrían perdiendo (risas). Uno sabe que en el tema de los sueldos las mujeres siempre ganamos menos. Eso es así. Pero al menos yo nunca me he sentido discriminada. Igual creo que desde la década de los 80’ la situación de la mujer ha cambiado. Se han incorporado más al mercado laboral, ocupan cargos importantes y están siendo más valoradas. Ahora la sociedad valora el trabajo de la mujer porque son un aporte para la economía familiar.”

“A mí me gusta que las mujeres trabajen. Es importante. Pero pese a eso, igual seguimos ocupando un lugar inferior. Las Isapres, por ejemplo. Las Isapres castigan a las mujeres por el simple hecho de embarazarse. Los planes son más caros y siempre les ponen trabas, problemas cuando quieren afiliarse ¡hasta la biología nos castiga con el reloj biológico! (risas)”.

“Yo me casé hace 21 años. Mi marido es agrónomo y nunca hemos tenido problemas por el trabajo. A él le encanta que trabaje. Le gusta porque le aliviano la carga (risas). Siempre me ha apoyado. Él sabe que para mí es importante trabajar, que no podría estar todo el día en la casa. Dejaría a todos locos en la casa si estuviera allá (risas). A mí siempre me ha gustado trabajar, así que nunca hemos tenido problemas. Además él me conoció estudiando para trabajar, así que hubiera sido raro que me pusiera problemas”.

“Yo tengo 3 hijas, pero igual tuve suerte, porque cuando tuve a mis hijas, dejé de trabajar por 5 años para estar con ellas, entonces cuando decidí volver a dar clases, acomodé mi horario de tal forma de poder seguir compartiendo con ellas. Mis 3 hijas estudiaron en este colegio, por lo que las veía todos los días y todo el día (risas), pero siempre les dejé claro que en el colegio la mamá trabajaba, era profesora y no la mamá. Para mí siempre fue importante compartir con ellas. O sea a mí me encanta mi trabajo, pero siempre hice lo que pude para no dejar a mis hijas solas. Pero hoy pienso que las sobreprotegí mucho. Eso también es malo. Hay que encontrar un equilibrio. Yo siempre he dicho, por experiencia, que si una decide tener hijos

debe pensarlo muy bien. Porque si van a tener hijos y no van a estar con ellos, mejor que no los tengas. Hay muchas mujeres que tienen 1, 2 o 3 hijos pero no pasan tiempo con ellos y terminan siendo cuidados por otras personas y los niños terminan confundidos sin saber quién es la mamá. Por eso yo agradezco haber tenido la oportunidad de estar con mis hijas cuando eran pequeñas. Mis hijas nunca me han reclamado nada y creo que si algún día lo llegan a hacer, va a ser porque las sobreprotegí y no porque no haya estado con ellas”.

“Para mí las mujeres cada día están más empoderadas, independientes. Para mí las mujeres trabajan por tres razones: un tema de necesidad económica, consumismo y autorrealización. Me parece muy bien que quieran realizarse en sus trabajos, pero no dejando de lado a su familia y su rol de mamá. Las mujeres se estresan mucho por querer cumplir con su rol de mamá y trabajadora. Quieren desarrollarse en el ámbito laboral, pero lamentablemente a veces les significa postergar su maternidad, o tener hijos, pero dejarlos a cargo de otra persona y eso no puede ser. Los hijos tienen que estar con su mamá, su papá. Es cierto, el trabajo es importante para la mujer, para mí lo es, pero no me gusta que las mujeres intenten equipararse a los hombres. No me gusta que las mujeres quieran demostrar que pueden hacer lo mismo. Son mujeres, no hombres. Es cierto, trabajan, pero deben seguir siendo mujeres, femeninas. No podemos perder nuestra feminidad”.

“Yo creo que en Chile pasa algo muy especial, y es que al ser todavía un país subdesarrollado, pese a que algunos crean que somos desarrollados, las mujeres estamos en una etapa intermedia. Durante muchos años fuimos relegadas a un lugar inferior en la sociedad: a cargo de la casa, de los hijos, de la comida y era impensable que la mujer dejara sus labores en la casa para salir a trabajar. Pero lo hizo. Salió a trabajar. Y hace ya hartos años que lo venimos haciendo. Por eso digo que estamos en una etapa intermedia, porque antiguamente su trabajo se centraba en las labores domésticas, pero ahora no, se centra casi por completo en su trabajo y en querer demostrar que son capaces de cumplir con todas sus labores igual que los hombres y eso no puede ser. Las mujeres no deben querer compararse con los hombres. No puede ser. Las mujeres necesitan de los hombres, pero no para convertirse en ellos. Es cierto, cada vez estamos más empoderadas y a mí me encanta, pero eso no significa que no necesitemos a los

hombres y me refiero al tema de contención, de pareja. A los hombres también los necesitamos”.

“Yo creo que de a poco se han ido equiparando los roles entre mujeres y hombres. A los hombres no les gusta quedarse a cargo de los hijos y la casa. Una gran mayoría sigue pensando que eso es responsabilidad de las mujeres, pero eso igual está cambiando. Si la mujer salió a trabajar, los hombres tienen que estar más presentes en la casa. Tienen que pasar más tiempo con los hijos y no en un rol de colaboración, sino como encargados. Más que nada, ¡son los papás!”.

“A mí me gusta mucho que las mujeres trabajen, ganen sus sueldos, se den sus gustos, sean independientes, pero siempre teniendo a su familia presente, sin olvidarse que al llegar a su casa la están esperando. Yo creo que ahora hay muchas mujeres que están postergando la maternidad, por darle prioridad a su trabajo. Y es válido. Quizás ellas si se realizan a través del trabajo, pero sí creo que aquellas mujeres que decidieron tener familia y trabajar, tienen que equipar ambos roles. Con los hijos uno no tiene excusa y los hombres deben hacerse cargo de la familia, asumir su rol, porque los hijos no se hacen solos”.

“A mí me gusta mi trabajo. Mucho. Yo disfruto mucho mi trabajo. Me encanta hacer clases en Pre Básica, porque son mucho más lúdicas. A mí me gusta venir a trabajar (risas). Yo creo que la Pedagogía le da una libertad muy importante a la mujer y es poder escoger y armar su horario de trabajo. Si bien me gusta estar en mi casa compartiendo con mi familia, no podría estar todo el día encerrada allí. Me encanta mi trabajo. El trabajo es lo que me ha dado independencia económica para darme mis gustitos, regalones y también lo que me ha ayudado a mantener a mi familia. Yo no me veo no trabajando, además que la labor que hacemos profesoras es muy importante, muy bonita, porque ayudamos en la formación de personas. Cuando era chica no me gustaba la idea de trabajar (risas) pero ahora me encanta. Lo paso muy bien”.

“Como yo viví en Chillán, allá se notaba más el contraste entre el campo y la ciudad que acá. Por ejemplo, allá había un mercado donde la gente llegaba con sus gallinas a venderlas y eso

acá tú no lo ves. De lo que yo veo, de las mujeres con las que yo me relaciono, por ejemplo en las reuniones de apoderados, la mayoría trabajan fuera de su casa y estudian. La gran mayoría, aunque también hay unas pocas que siguen siendo dueñas de casa. Yo creo que el que se queden en su casa, tiene que ver con el machismo que aún sigue presente en nuestra sociedad. Aunque se hable de empoderamiento, independencia femenina, no sé, aún hay mujeres a las que les cuesta darse su lugar en la sociedad. Todavía hay unas que se sienten inferiores a los hombres. Aún faltan cosas por hacer para terminar con el machismo y que las mujeres puedan sentirse libres y tranquilas, para decidir estudiar, trabajar, sin tenerle que pedir permiso a sus maridos”.

Profesora N° 3

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 54 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 2 hijas.

Profesión: Profesora Educación General Básica San Fernando College. No posee mención porque cuando obtuvo su título, sólo se otorgaba el de Profesora de Educación General Básica. Posee un postítulo en Orientación Vocacional. Realiza un Taller de Desarrollo Personal y Social y realiza clases de Historia de 3° a 6° Básico.

Estudios: Pedagogía General Básica en Universidad de Tarapacá

“Yo soy de San Fernando. Siempre he sido de acá. Soy hija única. Provengo de una familia humilde. Mi papá era campesino, trabajaba en el campo, sacaba leche y mi mamá era dueña de casa. Vivía en el campo, en Roma con mis papás y ahora volví a vivir allá de nuevo”.

“Mis papás siempre me incentivaron a estudiar, oponiéndose a mis abuelos, incluso. Mis abuelos siempre pensaron que las mujeres no debían estudiar. Que una mujer que salía a estudiar de la enseñanza media a otro lado, de qué iba a servir, si la mujer era para criar hijos, estar en la casa, lavar platos y todo lo demás. Mi papá no. Él siempre dijo que su hija iba a estudiar y no iba a estar limpiando chacra, porque era la labor que hacía la mujer, limpiar

cebolla y todo lo demás. Fíjate que hasta ahora lo hago. Me encanta. Yo tengo chacrita en mi casa, pero como hobby. Como para esparcimiento. Pero bueno, él siempre me incentivó. Siempre me dijo que tenía que estudiar y no depender de un hombre. Que tuviera un hombre, una familia, que fuera feliz, pero que no dependiera de él. Él y mi mamá siempre me apoyaron”.

“Yo estudié en el Liceo de Niñas de San Fernando. Viajaba todos los días y con hartito esfuerzo. Pero pese a eso, mis papás siempre me incentivaron el estudio. Mi papá era muy progresista para los tiempos de él, para su época, considerando que tenía la influencia de sus papas, mis abuelos. Mi papá tenía siete hermanos, y de esos siete hermanos, habrá tres que le dieron educación a sus hijos. Y el resto, con suerte terminaron el cuarto medio, y con suerte, porque muchos decían para qué, si la mujer tenía que criar hijos. Mi papá quería que yo criara hijos, pero que además estudiara”.

“Cuando era niña nunca trabajé. Fui muy floja. Fui muy enfermiza y por esa situación nunca me permitieron que me pusiera a lavar platos, que lavara ropa, que me metiera mucho a barrer, a limpiar, porque me hacía mal para mi alergia. Yo la verdad que me acostumbré, porque hasta hoy en día soy media floja. Por esa misma razón mis papas me decían: “no, usted tiene que tener una profesión para no estar haciendo trabajo al sol”.

“Yo empecé a estudiar en 1979. Salí de 4° Medio en el 78’ y empecé el 79’. Entré a estudiar Educación Parvularia en el año 79’ a la Universidad Católica de Curicó. Si yo veía que estaba la oportunidad de trabajar y no me iba a quitar mucho tiempo para estudiar, hacía algunas cosas como vender en un kiosko, vendedora. No fue mucho, pero algunas veces trabajé”.

“En ese lapsus hubo dificultades económicas en mi casa y la Universidad Católica es cara, yo no tenía casi nada de plata, entonces no terminé la carrera ahí. Me quedé hasta como el primer semestre no más y en ese segundo semestre, de julio hasta diciembre, que no estaba estudiando ni haciendo nada, me puse a tejer. Hice chombas y las vendí. Y generaba lucas para vivir yo misma, porque si no estaba estudiando, como le iba a estar pidiendo todo a mis papás. Y ya tenía la idea de que tenía que sustentarme sola (risas)”.

“Después me fui a estudiar al norte, a la Universidad de Tarapacá, Pedagogía en Educación General Básica. No salí de la universidad con mención, porque en ese tiempo era solamente eso. Pero después de haber obtenido el título, hice mucho perfeccionamiento y el que me hace más sentido, porque es el que más me gusta, es un postítulo en Orientación Vocacional que tengo. Y a eso me he dedicado bastante porque me gusta mucho”.

“Escogí Pedagogía Básica, porque me gusta mucho compartir lo que sé, aprender más. Creo que es como un bálsamo para la vida de una persona, el trabajar en la formación de personas. Porque por ejemplo en un banco se trabaja con personas, en una tienda también, pero nosotros contribuimos con un granito de arena a la formación de la persona. Lamentablemente a veces puede ser en forma negativa, puede que un día cometamos un error y marquemos a un niño para toda la vida y él nos va a odiar porque un día le dijimos algo que tal vez no lo sentimos, pero lo dijimos no más. Pero por lo general a mí me gusta intentar ir por el lado de darle cariño al niño, un abrazo, consolarlo cuando llora”.

“La época universitaria fue un momento difícil, porque había toque de queda. En la carrera había más mujeres que hombres. Yo tenía compañeros hombres, pero eran pocos. Dependía de la asignatura. En algunas éramos 30 y en otras éramos 80. Pero la mayoría mujeres. Pedagogía Básica es primordialmente para mujeres. Son muy pocos los hombres que estudian Pedagogía Básica”.

“Pese a que en esa época las mujeres ya iban a la universidad a estudiar, igual se seguía prefiriendo que la mujer se quedara en la casa. Lo veía en mis mismos profesores. Me acuerdo que en una clase de Historia, el profesor estaba hablando del papel de la mujer en la historia y hablaba de Juana de Arco. Hacía comentarios como por ejemplo, que esas mujeres tenían muchos genes masculinos, sus hormonas eran mayoritariamente masculinas. O también decía: “¿ustedes creen que la Margaret Thatcher no sabe cocinar un huevo?, tiene que saber porque es mujer”. Entonces a una le molestaban los comentarios. A mí nunca me han gustado esos comentarios tan machistas, pero al final los dejabas pasar. Pero los profesores más jóvenes eran más progresistas. Igual me acuerdo que se visionaba mucho el hecho de que muchas de

nosotras tal vez podríamos llegar a ser jefas de hogar. Algunos profes decían que muchas de nosotros íbamos a ser jefas de hogar, que íbamos a tener que criar nuestros hijos sola, porque ya se visualizaba que la mujer estaba adquiriendo un rol de independencia, de decir: “yo puedo sola”.

“En el 85’ salí de la universidad y me fui a trabajar a un pueblo cerca de Paredones, aquí en la región. Un pueblo que con todas las comunicaciones, con los medios de transporte que hay, todavía sigue siendo lejos. En aquel tiempo no había ni luz eléctrica, ni medio de transporte desde Paredones hacía allí. Yo viajé en bicicleta, viajé a caballo, viajé en carreta, viaje en cualquier cosa para llegar al colegio a dar clases”.

“No era un colegio tan chiquitito, tenía doscientos y tanto alumnos. Había un curso de cada nivel. Kinder con una tía y una asistente, Primero Básico, Segundo Básico, Tercero Básico, Cuarto Básico, hasta Octavo Básico. Teníamos dos jornadas. De Quinto a Octavo en la mañana y de Primero a Cuarto Básico en la tarde”.

“Fueron los años más bonitos que tuve, porque ahí aprendí. En la universidad te enseñan todo lo teórico, pero es en la práctica cuando te das cuenta que aprendes de verdad. Tuve que hacer de todo allá. Desde echar cosas para la sarna, los piojos, hasta hacer de asistente social con algunas mamás que llegaban y me decían que el marido les había pegado. Tú las hacías de todo. Yo tenía veinte y tantos años, entonces era una cabra que no tenía ni idea del mundo. Para mí era todo nuevo, pero allá la gente era muy linda, amable y muy pobre. En el invierno los niños usaban ojotas, nada más”.

“Si yo antes de estudiar quería ser profesora, cuando lo fui, amé más esto que hago, porque me sentía muy útil. Cuando llegué al College, me cambió mucho el chip. Cuando yo llegué a trabajar al College, era chiquitito, tenía 360 alumnos. Me acuerdo que a veces yo les pedía un papel lustre y llegaban con una carpeta de papel lustre. En cambio allá yo les pedía unos palitos de helado para hacer trabajos manuales, cosas que tuvieran en su casa, porque eran pobres”.

“Uno hace una labor muy linda, importante con los niños. Cuando trabajé en la escuela de Paredones, yo era una de las pocas profesoras que era de afuera. Como era soltera, toda la plata me la gastaba en ropa, entonces yo llegaba siempre con las ropas de las últimas modas. Alguien puede pensar que quizás eso era por mostrarse pero no era así. Un día yo comprendí, porque una niña que salió de octavo, me dijo: “sabe señorita, yo voy a seguir estudiando, yo quiero ser como usted, vestirme como usted y andar como usted”. Y me dio sentido, porque uno podía mostrarles que si se podía”.

“Ahora solo trabajo en el College. Hace 24 años que trabajo allí. Hago clases de Historia de 3° a 6° Básico y tengo una cantidad de horas que las dedico a orientación. Tengo un taller de desarrollo personal y social, con grupos pequeños de niños que tienen algunas pequeñas dificultades de responsabilidad, disciplina, autoestima. Trabajo tres partes que son el autoconocimiento, el autocontrol y la autoestima. He tratado de irme por ese lado, que es lo que más me gusta”.

“Casi siempre he tenido sobre 40 horas de clases en el colegio, entonces siempre ha sido como jornada completa todo el día. Siempre hemos entrado a las 08:00 hrs. hasta las 13:00 hrs y después entrábamos a las 14:30 hrs. hasta las 18:00 hrs. 19:00 hrs. dependiendo de la cantidad de horas de lunes a viernes. Igual al principio, cuando comenzó a funcionar el colegio, trabajábamos a veces los días sábado, porque nosotros creamos nuestro propio proyecto educativo, así que pasaba hartas horas fuera de la casa”.

“El College es un colegio masón y la masonería son hombres. Mis jefes siempre han sido varones, siempre. Y yo acá no he sentido mucho que ellos nos discriminen por sexo, sino solamente en la parte de ascender. Nosotras las mujeres sabemos que tenemos cero posibilidades de llegar a ser jefa de algo, como Jefe de UTP, o rector, porque este colegio es de varones. Yo no he sentido que a nosotros nos hayan discriminado por género en el colegio, porque se asume que educación es primordialmente de profesoras mujeres. Somos sesenta y tantos profesores y de esos somos alrededor de cuarenta y tantas profesoras y por número no más tienen que quedarse callados (risas). Este año llegó una mujer y tal vez ahora vamos a tener un giro en este aspecto, porque es la primera mujer rectora del College. A mí

personalmente no me interesa tener ningún puesto. Para nada. Mi vocación ha sido trabajar con niños. Tal vez tener un trabajo diferente, una forma de llegar a los niños por el lado de la vocación, que es lo que me gusta. Pero llegar a ser jefa de UTP, llegar a ser rector, no, para nada. Es un cacho”.

“En el sueldo sí que discriminan. Algunas empresas incluso prefieren recibir mujeres, porque a la mujer le van a pagar \$1.200.000 y al hombre \$1.500.000, por tanto les conviene. Por ejemplo entre tú y yo, si las dos tuviéramos la misma posición, el empleador dudaría en recibirte a ti o a mí. Si me recibiera a mí, yo sería más cara por los años de servicio, mientras que tú saldrías más barata, entonces le convendrías tú. Pero por las dificultades que tú le vas a generar, porque vas a ser mamá y vas a tener licencia, le convengo yo. Pero por esa razón a la mujer se le sigue discriminando en el ámbito laboral, porque la mujer para la vida laboral de la sociedad es un problema. A nosotros en el colegio nos prohíben usar tacos. Pero no es del colegio en sí, sino que es la ACHS, porque si yo me caigo en el colegio, si me lastimó un pie y voy a la ACHS y me ven con tacos, puede que me atiendan, pero me lo van a cobrar a mí y no al colegio, porque yo no debía andar con tacos. Entonces eso es discriminación”.

“Me casé hace 21 años, a los 33 años. Mi marido es Carabinero retirado. Hoy día tiene un gimnasio y trabaja en Rancagua en una empresa de CODELCO. Como ya llevaba mi vida cuando nos casamos, hacía lo que me daba la gana en cuanto a mis tiempos, a mi plata, a lo que yo quería comprar, a lo que yo quería hacer. Así que no fue tan fácil los primeros años de matrimonio. Yo estaba acostumbrada sola. Yo dirigía todo. Él era el típico machista. Su mamá era mujer de casa, de trabajo, de tenerle al marido la once puesta y cuando él se casó conmigo, pensó que iba a ser lo mismo también. Pero resulta que yo no, yo trabajaba fuera y no podía hacer lo mismo. Gracias a Dios, jugó a mi favor que él siendo Carabinero sabía hacer de todo, sabía cocinar, lavar, planchar, hacer sus cosas, porque en carabineros la cosa es así, o lo haces o no lo haces. Pero ahora todo bien. Lo conversamos todo”.

“Yo tengo 2 niñitas. La verdad, yo he criado a mis niñas a mi pinta un poco. Cuando él era carabinero, mucho turno de noche, de día, entonces cuando estaba en la casa era más bien

dormir y descansar. Yo asumía que siempre tenía que hacer todo sola, entonces les enseñe a mis hijas más o menos a mi pinta. Yo nunca les he enseñado a ser feminista ni nada por el estilo, pero el ejemplo que han tenido es que las mujeres trabajamos y ganamos nuestra plata. Mi mamá por ejemplo, ha sido dueña de casa toda la vida, pero es super progresista también. Ella tiene 80 años y tiene un huerto en la casa y lo riega, cuida, le hace todo. Siempre le ayudó a mi papá en el trabajo que era de “hombres”. Mi mamá sumisa, nunca”.

“De mis niñas casi siempre me ocupé yo. Recuerdo una vez, día sábado, en el que yo trataba de hacer un poco de aseo, de hacer cosas y mi hija lloraba, era chiquitita, tenía 5 meses. La mudé, le di pecho, le di de todo y ella seguía llorando y de repente mi marido me dijo: “haz callar a esa niñita”. Yo no dije nada, fui a la pieza y le eché en un bolsito una muda entera, preparé una mamadera, la eché al bolsito, cambié a la niña, la dejé bonita, la agarré y se la pasé. Me quedó mirando y le dije: “es tu hija también. Está limpia, en el bolso están todas sus cositas y sal. Llévale a dar una vuelta a la plaza. Conoce a tu hija, porque es tu hija también. Mientras tanto si tú quieres yo hago cosas aquí que a mí no me molesta, porque hay que hacerlo”. Me dijo todo sorprendido: “¡yo!, ¡pero si yo soy hombre!” Si le dije, tú eres el papá. Y salió. Yo después ya estaba preocupada porque eran las 13:00 hrs. las 14:00 hrs y no llegaban. Al final llegaron y la niña venía toda sucia, traía un juguete en la mano, pero venían felices los dos. Fue una muy buena estrategia, porque él comprendió que no solamente me podía ayudar lavando un plato, sino que me podía ayudar cambiando pañales, sacando a pasear a las niñitas, jugando con ellas. Igual a veces me tuve que poner seria y recordarle que los dos estábamos en la misma, pero finalmente ha sido un buen papá”.

“Igual mis hijas iban al jardín, donde las tenían hasta la hora en que yo las pasaba a buscar. Hubo un momento de la adolescencia de mi hija, en que me dijo que le hubiera gustado pasar más tiempo conmigo los días de semana. El día sábado y domingo para nosotros era de familia. Nos íbamos al campo a la casa de mis papas y allá jugábamos en el barro, en lo que fuera. Por lo tanto no han sentido mucho la ausencia de la mamá, porque yo he estado muy presente. Soy una mamá super aprensiva. Estoy encima de ellas en todo momento. Casi hostigosa (risas)”.

“Por supuesto que uno pasa más tiempo en el trabajo que con la familia. Al menos nosotras, en nuestra profesión, una de las cosas por las cuales se pelea muchísimo, es que no nos llevamos nuestro trabajo a la casa. Seguimos trabajando allá. Y cuando podríamos estar regaloneando, durmiendo, viendo tele, acompañando a los demás, dando una vuelta con los hijos, estamos planificando, estamos revisando pruebas, o estamos haciendo pruebas. Entonces somos una de las pocas profesiones que seguimos en la casa trabajando horas extras, pero que no nos pagan (risas). Dentro de la profesión hay movimientos que buscan cambiar esto. Ahora mismo hay un proyecto de ley que emana del Colegio de Profesores, donde se pide las horas de trabajo sean horas realizadas solo en el lugar de trabajo. No en otro lugar”.

“Hoy en día creo que las mujeres estamos super empoderadas de nuestra facultad de hacer bien las cosas en las cuales nos metemos. Creo que las mujeres somos mucho más proactivas, mucho más valientes, mucho más todo que los varones. Igual sigue habiendo machismo, porque hay mujeres que todavía piden permiso. Yo no, yo aviso. Las mujeres tenemos que darnos a respetar. A mí en el colegio jamás un colega se ha insinuado conmigo. Como mujer te tienes que respetar”.

“Hay mujeres que todavía están pensando que son mujeres no más, cuando lo que tienen que hacer es decir con orgullo, ¡soy mujer! Yo soy una mujer empoderada. Me enseñaron así y creo que voy a seguir enseñando así. Yo no acepto de ninguna manera que un niño le falte el respeto a una niña. Para nada. Pero tampoco acepto que las niñas no se den a respetar. Si tú quieres igualdad tienes que generar igualdad”.

“La mujer hoy en día sabe que puede, sabe que tiene un rol importante en la sociedad. La mujer sabe que puede ser desde Presidenta de la República hasta lo que se le ocurra. En los años 80’y 90’, la mujer ya tenía su rol importante o lo estaba empezando a descubrir. Ahora puede estudiar cualquier carrera, puede ir a cualquier universidad. A lo mejor ha costado, pero cada vez estamos marcando presencia en áreas que antes eran sólo de hombres, como la Ingeniería en Mina”.

“Si bien igual sigue habiendo machismo en la sociedad, ha cambiado. A nivel sociedad yo creo que el hombre está tremendamente dolido de que la mujer haya llegado tan arriba. Para mí todo esto del femicidio a nivel mundial, es impotencia de sentir tanta rabia, de no poder aceptar que una mujer pueda libremente buscar otra pareja si ya no se sienta enamorada, o trabajar y estar fuera de la casa y que cuando el marido llegue no esté la once servida. A nivel general se han sentido medios dolidos, porque a muchos no les gusta que la mujer gane más que ellos”.

“Yo soy trabajólica. Para mí el trabajo es super importante y creo que ha pasado a ocupar un lugar importante en la vida de las mujeres, pero eso tiene sus pro y sus contras. A mí me gusta mucho que la mujer trabaje, que se empodere, pero también hay que asumir ciertas pérdidas, ciertos costos. Antiguamente, las mujeres estaban todo el tiempo con sus hijos: comían con ellos, hacían las tareas juntos, los ayudaban, pero hoy no es así y ese es un costo que nosotros los profes lo vemos. Muchas veces los niños no le piden al viejo pascuero un juguete, le piden almorzar con la mamá, jugar con el papá. Yo creo que la mujer tiene que trabajar pero sin perder de vista que uno trabaja para los hijos. Si quieres tanto a los hijos tienes que estar con ellos. No puedes llegar cuando ellos están durmiendo, irte cuando están durmiendo, tienes que estar con ellos. Yo creo que es bueno que la mujer trabaje, es bueno que el hombre trabaje, pero que tampoco el hombre trabaje a tiempo completo, ya que es cuestión de familia. Que la mamá esté con los hijos pero que el papá también. Uno no puede perder el sentido de familia, por muy feminista que sea. Tampoco tienes que ser tan machista. O sea al hombre hay que enseñarles a cocinar y todo eso, pero tiene que haber un rol de familia”.

“Yo soy de San Fernando y pese a que me fui a estudiar al Norte, siempre quise volver. Mis papás son de acá y nunca quise irme a vivir a otro lado. Yo creo que San Fernando en unos cinco años más, va a ser algo más como una ciudad, porque hasta ahora creo que es un pueblo no más, rodeado de campo. Hace un tiempo me retiré un poco del colegio y me fui a Valparaíso a estudiar algo relacionado con cultura religiosa y las mujeres son distintas de lo que son las mujeres de San Fernando. Después de estar harto tiempo, empecé a fijarme que es en la apariencia, de verse más top, de ser más llamativa, pero en la casa siguen siendo a veces tan subyugadas como en cualquier campo, tal vez”.

“Este colegio igual tiene un cierto prototipo de apoderados que tienen un nivel socioeconómico un poquito más arriba. De mis apoderadas no sé si cuatro de ellas, de las treinta y tantos que tengo, son dueñas de casa y no están trabajando en otras cosas. Pero aun así ellas la llevan, deciden. El marido les pasa el sueldo y ellas deciden que hacer y cómo distribuirlo. Y en el campo, hoy en día, aunque sea por una temporada, ellas trabajan”.

Profesora N° 4

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 62 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 1 hija.

Profesión: Profesora Educación General Básica mención Educación Física Inmaculada Concepción. Actualmente sólo realiza clases en 1° Básico.

Estudios: Pedagogía General Básica mención Educación Física en Universidad de Talca.

“Yo soy de San Fernando. Somos 4 hermanos y yo soy la menor. Mi mamá no trabajaba porque en esa época las mujeres eran de la casa (risas) y mi papá era Carabinero. Mi papá quería que yo estudiara en la Escuela de Carabineros, pero a mí no me gustaba. Quizás si me hubiera ido a la escuela habría tenido un mejor pasar y ya estaría jubilada (risas). Mi papá era de esos que te iba a dejar a todos lados, de decir lo que se hacía y yo fui la única que le dijo que no y que quería ser profesora. Pero a pesar de todo, mi papá siempre nos inculcó a las hijas mujeres, que somos dos, que teníamos que tener un título, pese a que en esa época las mujeres no estudiaban mucho. Él antes era muy machista y yo pienso que por eso siempre nos decía: “si el día de mañana se casan y les toca un tal por cual, ustedes tienen con qué defenderse”. Por eso siempre nos dijo que teníamos que tener un cartón”.

“Escogí la carrera porque me gustaba. Yo siempre veo mi tarjeta de postulación a la universidad y todo estaba relacionado con la Pedagogía. Me gustaba el arte, quería estudiar

algo de arte, parvularia, algo que tuviera que ver con educación. Entonces busqué algo donde pudiera desarrollar las habilidades que tenía y así terminé estudiando Pedagogía”.

“Cuando salí del colegio, quise irme a estudiar a la Universidad de Talca, pero por la situación económica familiar, no pude, así que me fui a la Normal. Empecé en la Normal de Talca en 1971 y en esa época eran pocos los que llegaban a la universidad. Yo salí del colegio con Enseñanza Media, y como fue antes del Golpe, las Normales todavía existían, aunque fueron las últimas. Cuando yo llegué a la Normal, habían hartos chiquillos de todas partes. Llegaban de Linares, de Cauquenes, de Curepto. La Normal de Talca tenía hasta internado. No me acuerdo si se pagaba o no, pero si se pagaba, era muy poco, entonces era la posibilidad que tú tenías. Cuando ocurrió el Golpe, casi todas fueron cerradas y las que quedaron, pasaron a depender de la Universidad, por lo que yo solo alcancé a estar casi un año ahí. De ahí me fui a la Universidad de Talca, donde estudié Pedagogía Básica mención en Educación Física, de donde egresé en 1976. En la universidad la carrera duró 5 años y fue como partir todo de cero”.

“En la universidad yo tenía hartos profes hombres y la relación era buena. Como yo estudiaba mi especialidad en Educación Física, tenía una sola mujer en mi mención y los demás eran hombres y nunca tuve ningún problema con ellos. Es que el ambiente de la universidad era igual bien familiar”.

“Yo egresé en 1976 y volví a San Fernando. Nunca pensé en irme a trabajar a Santiago. Me acuerdo que en esa época estuvo muy de moda ir a la Isla Quiriquina que está frente a Concepción, pero eso fue una moda. Yo hice mi práctica en la Escuela Hogar, aquí en San Fernando y de ahí llegué a trabajar a la Inmaculada Concepción donde he trabajado toda mi vida. Igual trabajé en otros dos colegios, pero la mayor parte del tiempo lo he hecho en las monjas. Mis trabajos como profesoras han sido mis únicos trabajos”.

“Cuando empecé a hacer clases en la Inmaculada Concepción, hice clases de Educación Física a 4º, 5º y 6º Básico. Hasta el 2013 hice Educación Física, porque el año pasado trajeron un

nuevo profesor y ahora estoy de profe jefe de un 1° Básico haciendo de todo, menos Educación Física, menos Religión y menos Inglés”.

“Cuando empecé a hacer clases en las monjas, fue solo a mujeres. Cuando se aceptaron hombres, para mí no fue un cambio tan drástico porque había trabajado en otros colegios mixtos, entonces ya sabía como pararme y tratar a los varones. Quizás el mayor cambio para mí, fue la retirada de las religiosas del colegio. Era rico verlas pasear por el colegio, haciendo clases. Ahora se las extraña”.

“Ahora tenemos un rector laico y ha implementado hartos cambios. Más que nada computadores, data en las salas. Ha sido bastante bueno, además de ser respetuoso al seguir con la línea Católica del colegio”.

“Acá en las Monjas hice clases de Educación Física a 4° Básico en mis inicios y también a 5° y 6° Básico cuando recién llegué. Hasta el 2013 hice Educación Física, porque el año pasado trajeron un nuevo profesor. Ahora estoy de profe jefe de un 1° Básico haciendo de todo, menos Educación Física, menos Religión y menos Inglés”.

“Todo el tiempo he trabajado todo el día. Primero trabajé aquí en la Inmaculada en la pura mañana y después, de vieja, empecé a trabajar en dos colegios. Yo trabajaba en la mañana o en la tarde. Hubo hartos días en el que trabajé en la pura tarde y en la mañana yo me dedicaba a mi casa y en la tarde venía a trabajar. Después empecé a trabajar todo el día en dos colegios, hasta el año pasado. En 1985 trabajé en el San Andrés que ya no existe y ahora es el San Esteban. Después de ahí, llegué al San Fernando College, donde trabajé durante 20 años, hasta el año pasado. Hacía jornada de mañana en las monjas y jornada de tarde allá. Allá tenía que estar en 1° y 2° Básico porque no me daba el horario. Allá tenía 25 horas y aquí 30 horas”.

“Allá en el College, se hacía selección, entonces los que llegaban eran los que querían estudiar. Acá en las monjas no. Aquí ahora no se hace selección, entonces aquí llegan todos los que no quedan en otros lados. Este colegio antes era la “Inmaculada Concepción”, tenía su prestigio. No existía el College y los únicos colegios importantes, top, eran la Inmaculada y

Los Maristas. Todo eso me llevó a buscar otras oportunidades, porque me sentía poco incentivada, ya que sentía que tenías que trabajar porque tenías que cumplir y cuando llegué al College, sentí valorado mi trabajo”.

“Decidí irme del College porque estaba cansada de correr para allá y para acá, porque acá salíamos a las 13:50 hrs. y allá entrábamos a las 14:00 hrs y aunque quedaban a 1 cuadra de distancia, no tenía tiempo para nada. Ahora en las monjas me ofrecieron 42 horas, para no notar tanto lo que significa estar con un sueldo menos, pero al menos estoy más tranquila”.

“Siempre he tenido buenas relaciones con mis compañeros de trabajo en los distintos colegios en que he estado. Nunca me han hecho sentir mal por ser mujer y trabajar. Si decidí buscar otro trabajo, fue porque sentía que en las monjas valoraban poco mi trabajo. Cuando llegué al College, lo hice por buscar otro campo donde pudiera enriquecerme más. Cuando llegué allá, te daban ánimos, te motivaban, te enviaban a cursos de perfeccionamiento y nosotras, que somos la última generación de las “Normales”, tuvimos que perfeccionarnos por nuestra cuenta, aprender a usar la tecnología, porque sino nos habríamos quedado en el pasado y no estaríamos aquí (risas)”.

“Con mi marido nunca hemos tenido problemas por el trabajo, sobre todo porque él también trabaja en lo mismo y cuando nos casamos, ambos trabajábamos, además, si me hubiese dicho algo porque trabajaba, no hubiese aceptado de ninguna manera dejar mi trabajo, porque eso es algo que igual te da independencia, seguridad”.

“Él siempre me ha ayudado mucho en la casa. Si bien hay cosas que él no hace, hay otras cosas que le encanta hacer, como lavar los platos, tener la cocina impecable y ordenar su ropa. Él estuvo desde los 11 años en la Escuela Normal, entonces tiene una disciplina muy marcada. La educación en las Normales siempre estuvo marcada por el orden y la disciplina”.

“Mi marido viene de una familia de 11 hijos, donde solamente hay 3 hombres, entonces cuando él era soltero llegaba y le tenían todo listo, el almuerzo listo, todo listo. Sin embargo nos casamos y no es un hombre cómodo, al revés, en la casa ayuda mucho”.

“Nosotros con mi marido estuvimos 10 años casados sin hijos. Como no podíamos tener hijos, adoptamos nuestra hija cuando tenía 10 días de nacida y fue un regalo maravilloso que Dios nos dio”.

“Sin hacer nada tuve postnatal y cuando volví a trabajar, en los 90’, lo hice en las monjas y en el College. Como empecé a trabajar en dos lados, tuve la fortuna de que al lado de mi casa vivía mi hermano y mi cuñada me ayudó en el cuidado de mi hija. Ella me ayudó para que la pudiéramos criar bien y no le faltara nada. Entre los tres, con mi marido y ella, nos complementamos bien. Ella se portó muy bien, porque yo tenía la confianza de que me la iba a cuidar como si fuera su hija”.

“Tuvimos toda la suerte, porque ella es una hija muy inteligente, muy bonita, muy amorosa, bonita de adentro y bonita físicamente. Logramos salir adelante con ella sin ningún problema y ahora es una profesional exitosa. No fue una niña que tuviera problemas porque fuera adoptada, porque generalmente uno escucha que los niños que son adoptados tienen problemas, pero no fue así. Con ella fue todo muy fácil”.

“La mujer ha cambiado. De todas maneras. Yo lo he visto con mi hija. Veo mi realidad a la edad de ella y yo no podía ir a ninguna parte. Mi papá era el que mandaba en la casa y mi mamá no tenía voz ni voto. Yo no sé de una disco hasta las 03:00 hrs., 04:00 hrs. de la madrugada como es ahora. Cuando hacíamos fiestas era por turno y yo me iba de las fiestas a las 23:00 hrs. Así era la vida de uno. Las cosas eran distintas. Las familias eran numerosas, sin recursos económicos y todo se hacía a mano. Era muy difícil la vida. Las mujeres trabajaban mucho en la casa, pero ahora ya no es así. La mujer ha ganado mucho terreno. Mi marido siempre me dice: “cuando la mujer quiere estar a la par del hombre, cuando le conviene, existe el machismo y cuando no, quiere ser liberal”. Y yo creo que es verdad, que nosotras nos aprovechamos un poco”.

“Las mujeres que antes salían a trabajar, se concentraban en trabajos solo para mujeres. Por ejemplo era raro que una mujer fuera abogado, pero ahora la mujer está presente en todos los campos. Yo creo que ya no hay campo donde la mujer no esté”.

“A mi igual me gusta que la mujer trabaje, pero eso ha tenido un costo que nosotros como profesores vemos. Los hijos están más solos y se le ha dejado más responsabilidad al colegio. Las mamás te dicen: “no tengo tiempo. Es que yo trabajo 12 horas” y yo le digo: “señora, uno tiene una responsabilidad”. Yo cuando trabajaba todo el día igual a la hora que llegaba a mi casa le preguntaba a mi hija si había hecho las tareas, si tenía todo lo necesario. Pero ahora no, porque tú ves que el niño se va a la casa y llega con la mochila vacía, nadie se preocupa del estuche, de nada. Yo pienso que la formación de hábitos ha pasado a segundo plano”.

“Las mujeres ya no se realizan sólo a través de la maternidad, sino también en su trabajo. Es allí donde te sientes como persona, tomada en cuenta y en la parte social puedes compartir con otras personas, porque las mamás de antes no eran así. Mi mamá era de la casa y era muy raro cuando salía a saludar a las vecinas. A mi papá tampoco le gustaba que nosotros estuviéramos en la calle, entonces la mujer no podía socializar mucho con los demás. En cambio ahora el trabajo también permite eso, pero creo que se fueron al otro extremo, ya que dejaron la parte más importante. La sociedad tuvo un vuelco. Antes uno iba al colegio todo el día, pero había un horario donde ibas a almorzar a la casa y compartías. Ahora no. Las familias comparten muy poco, porque ya no está el pilar de la familia, que es la mujer. Mal que mal nosotras somos las que llevamos en parte la casa, aunque haya hombres que lo hacen muy bien, pero todavía quedan hombres machistas que esperan que la mujer se encargue de todo”.

“No solo es la mujer la que ha cambiado, la familia también. Se dice que la “familia está en crisis”. Los matrimonios han disminuido y aumentado los convivientes y mamás solteras, lo que se nota en la ausencia de valores y hábitos en los niños. Quizás la mujer está privilegiando el trabajo, porque quizás la convivencia le da inseguridad, no tenga ayuda económica y sea ella sola la que mantenga a ese niño, esa casa y de esa forma va dejando de lado su rol de mamá”.

“Para mí el trabajo es importante. Yo amo mi trabajo. Me gusta hacerlo y trato de hacerlo lo mejor posible. El trabajo es una realización personal por algo que tú elegiste sin que nadie te lo impusiera y algo que te realiza como profesional, ya que te sientas contenta y agradada. A mí me gusta estar en mi casa, hacer las cosas de la casa, pero no me vería no trabajando y estando siempre en mi casa”.

“El trabajo es importante porque hemos logrado cosas. En mi caso es importante que los dos con mi marido trabajemos, porque hemos logrado más cosas que con las que hubiéramos logrado si sólo uno hubiera trabajado. Hemos podido ayudar a otras personas, donde eso también me hace sentir super bien. Yo no le tengo apego al dinero, pero también me gusta tenerlo porque me da la posibilidad de ayudar a otras personas que necesiten una manito. Todo eso me hace sentirme feliz, me deja tranquila”.

“Aquí en San Fernando ese machismo se nota en el campo y en la ciudad, sobre todo en la gente que tiene un nivel más bajo. Yo creo que aún algunas mujeres piensan que su rol es quedarse en la casa. Yo lo asocio a los femicidios que ocurren. Pese a que estamos en pleno siglo XXI, donde la mujer ha ganado hartos terrenos, aún le cuesta denunciar el maltrato, entonces ahí te das cuenta que el machismo sigue latente, porque yo no entiendo como una mujer que es golpeada puede callar y no decir nada. Hay mujeres que todavía dependen mucho del hombre”.

Profesora N° 5

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 35 años.

Estado civil: Soltera.

Hijos: Sin hijos.

Profesión: Licenciada en Literatura Española e Hispanamericana y Profesora Educación General Básica mención Castellano y Comunicación Inmaculada Concepción. Realiza clases de Lenguaje de 5° a 8° Básico, además de realizar clases de preparación para la PSU de Lenguaje de 1° a 3° Medio.

Estudios: Literatura Española e Hispanamericana y Pedagogía General Básica mención Castellano y Comunicación en Universidad Católica de Valparaíso.

“Soy de Valparaíso. No nací en Valparaíso, pero llegué a vivir allí cuando era adolescente. Vengo de una familia bien constituida. Viví siempre con mi papá, mamá y mis hermanos. Yo soy la mayor de mis 3 hermanos. Mi papá era el único que trabajaba, mi mamá era dueña de casa. Mi mamá tenía cero autonomía, le preguntaba todo a mi papá. Mi papá era un cavernícola, un troglodita en su forma de tratar a mi mamá. Mi papá se comportaba como el más machista de los machistas y mi abuelo paterno era espantoso. Dentro de su machismo yo me vi “favorecida”, porque me dio mucho amor, mucho cariño cuando chica, porque él pensaba que solamente le podía hacer cariño a su hija mujer y a sus hijos hombres no, por lo tanto a mis hermanos ni los tocaba, ni les decía que los quería. Pero a la vez, me veía desfavorecida, porque mi papá nunca me dejó jugar. Si yo me quería subir a un árbol, me decía que no podía hacerlo porque era mujer. No me dejaban moverme con libertad, porque era mujer”.

“Mi mamá es super machista y cuando mi papá murió, pese a que ella pudo haber cambiado su forma de actuar, siguió siendo más machista todavía”.

“Como vengo de una familia pobre económicamente, mi mamá tenía claro que lo único que nos podía heredar, era la educación y pese a su machismo, a mí siempre me inculcó que tenía que estudiar y ser la mejor. Siempre nos inculcó a los 3 por igual que teníamos que ser los mejores, porque si no obteníamos una beca, no íbamos a poder estudiar”.

“Mi primer trabajo fue en las vacaciones antes de entrar a la universidad, porque no tenía como costear la matrícula, que era lo único que tenía que pagar. Yo había terminado recién 4º Medio y nunca había trabajado en mi vida. Fue horrible y traumante (risas). Trabajé en un supermercado que también tenía un área de ropa y yo estaba en la parte de zapatería. Me acuerdo que fue entretenidísimo cuando tuve que vender para Navidad, pero después fue horrible cuando me pidieron hacer un inventario. Era horrible meterme a bodega y buscar pares, ver si estaba o no estaba el número. Fue un trabajo sin experiencia previa y fue lo que

encontré porque necesitaba costear mi matrícula. Se supone que iba a trabajar 2 meses, pero apenas tuve el dinero de la matrícula me salí, porque no me gustaba”.

“Mientras estuve en la universidad, fui ayudante ad honorem, 3º, 4º y 5º. Hacía 1 hora de clase de reforzamiento, a veces ayudaba a los profesores a reunir materiales y hacer algunas búsquedas bibliográficas”. Fui ayudante tanto de una profesora de Literatura Española y de Literatura Medieval y también fui ayudante de un ramo de educación que era Modelos y Estrategias de Protección de Necesidades, en el que me pagaban”.

“Yo estudié Literatura Española e Hispanamericana y Pedagogía en Castellano y Comunicación, en la Universidad Católica de Valparaíso. Literatura y Pedagogía son carreras complementarias, porque tenían sólo la licenciatura y tú podías quedarte sólo con la licenciatura o hacer en paralelo la Literatura y la Pedagogía. Yo hice, además, la Pedagogía”.

“Yo no quería estudiar Pedagogía, yo quería estudiar Arqueología. Estudié en otro de los colegios Inmaculada Concepción y siempre tuve muy claro que Arqueología era lo que yo quería. No tenía posibilidades de hacer pre universitario, así que me preparé por mi cuenta. Mi mamá me compraba los facsímiles, yo los hacía y así di la Prueba de Aptitud Académica. Di la prueba y me fue excelente. Yo tenía claro que en Chile, por lo menos en ese momento, en el año 1997 cuando estaba en 4º Medio, solo dos universidades daban la carrera de Arqueología y lo más cercano a donde yo estaba viviendo, era Santiago en la Universidad de Chile. Di la prueba, me fue super bien, entraba sin problema, pero cuando fui a postular, mi mamá me pregunta: “¿qué vas a estudiar?” Arqueología le dije yo. Estaba hasta en el anuario del colegio, todos sabían que eso era lo que quería hacer y ella me dice: “no, en serio” y ahí me entero que mi mamá no me había tomado en serio, sino que había pensado que era un hobby. Ahí mi mamá me dijo que no me iba a apoyar y como ella tenía que pagarme el lugar en el que iba a vivir, necesitaba su ayuda. Lo bueno es que yo estudié con beca, así que lo único que tuve que pagar fue la matrícula de todos los años. Como necesitaba que mi mamá me pagara el alojamiento, me dijo que si estudiaba eso, no lo iba a hacer y no me atreví a desafiarla. En las últimas horas para postular, como me fascinaba leer y escribía poesía, vi la malla de Licenciatura en la Chile en Santiago, pero no me gustó mucho. Vi la de Valparaíso y me gustó.

Como la Católica es una universidad prestigiosa, en ese momento fue lo único que me impulsó a estudiar. Después cuando estaba estudiando Licenciatura, me di cuenta que con una licenciatura no iba a hacer nada y como vengo de una familia humilde donde fui la primera en estudiar en la universidad, no podía ser tan ilusa para terminar con un título después de varios años y que no me sirviera para trabajar, así que por eso me decidí por la Pedagogía”.

“Yo entré en 1998 a estudiar y salí el 2002. La carrera de Literatura es bien femenina, igual que las carreras pedagógicas. Salvo las del área de ciencias, tú encuentras que las carreras están feminizadas. Son carreras mayoritariamente de mujeres. En mi carrera éramos 30 en el curso y sólo había tres hombres. Respecto a los docentes, la mayoría de las profesoras eran Doctoras y Magísteres que han estudiado fuera de Chile e integrantes de la Academia Chilena de la Lengua, pero el cargo de poder, el jefe de carrera y el jefe del Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje, eran hombres. A mí me parecía un poco absurdo que una carrera integrada por 10 docentes, 8 docentes, todas mujeres y solo 2 hombres, los únicos que tenían poder para decidir, fueran hombres. Eso a mí me parece sospechoso e indicador de cómo funciona este sistema, en el cual son los hombres quiénes tienen los cargos de mayor poder”.

“Cuando terminé la universidad, me fui a trabajar a Santiago. Yo quería seguir en Valparaíso, pero no encontré, pese a que estuve bastante tiempo buscando. Encontraba trabajos de 20 horas, pero con eso iba a tener para pagar un arriendo y nada más. No iba a tener para sustentarme y por eso me fui a Santiago. Una profesora de la universidad me consiguió un trabajo en Santiago, en un colegio particular de alta exigencia. Eso fue en el 2003. Allá hice clases de Lenguaje en Básica y Media, 7° y 8° Básico y 1° y 2° Medio. En ese colegio yo tenía el jefe de UTP de Enseñanza Media y con el que no tenía ningún problema, pero con la jefa de UTP de Enseñanza Básica sí los tenía. En Básica éramos puras colegas mujeres de mediana edad, entre 45 y 55 años, no había gente joven en el colegio, nadie recién egresado, yo era la única y cuando habían reuniones y yo quería opinar, dar ideas, me decían: “es que tú no tienes hijos”. Siempre eso. Me decían: “tú tienes tiempo para pensar y tener ideas porque no tienes hijos” y había una molestia. Molestaba que yo hubiera terminado recién la carrera, no fuera mamá todavía y tuviera más tiempo que ellas, según lo que ellas decían. Esos eran argumentos de mis colegas damas y no de mis colegas varones”.

“En ese colegio trabajé 1 año y la única persona con la que tuve problemas fue el Inspector General. Yo era gótica en esa época y sabía que en el colegio no podía serlo, pero seguí vistiéndome fundamentalmente de negro y usando el pelo corto con hartos gel. Un día el inspector general me llamó a su oficina y me dijo: “profesora, necesito hablar con usted un tema muy serio sobre su presentación personal”. Yo pensé: “qué pasa” y él me dijo: “usted no puede peinarse así” y yo le dije: “¿así cómo? Si tengo el pelo corto”. El inspector me dijo: “es que usted no puede venir con gel” y eso me molestó muchísimo y le pregunté por qué no podía usar gel si mis colegas de historia y de arte podían usar gel y su respuesta fue: “es que ellos son hombres”. Además en ese colegio se usaba delantal y yo no lo usaba, así que a final de año me dijeron que no me iban a renovar contrato porque no usaba delantal y usaba gel en el pelo”.

“Después seguí trabajando en Santiago por 8 años más, en otros dos colegios, pero siempre en Media. Siempre me ha gustado más Enseñanza Media, empoderar a las chicas y a los chicos. Ese año me desilusioné un montón del ejercicio docente, por lo que me fui a trabajar a la Universidad de las Américas, haciendo clases en el diurno y el vespertino. Ahí boleteaba, así que decidí volver al colegio porque era más seguro”.

“De ahí me fui a un colegio Católico, donde todas las profesoras para los alumnos, sobre 3° y 4° Medio, éramos unas viejas tal por cual. Los alumnos eran muy violentos verbal y físicamente. Si tú les quitabas el celular, la reacción más favorable del alumno era tirarte la mesa encima y salir. Yo entraba con miedo al aula. El inspector general, el contador, el director de pastoral y el curita, hacían vista gorda con lo que pasaba. Como las cosas no cambiaron y siguieron las faltas de respeto, aguanté 2 años ahí por el tema económico, hasta que apareció la posibilidad de trabajar acá en San Fernando”.

“Yo no quería ser más profesora jefa y eso fue lo que me tentó para venirme. Yo sentía que estaba como estancada y el ser Coordinadora de Centro de Recursos del Aprendizaje (CRA), era una posibilidad donde iba a poder explotar todo mi amor por la literatura. Ese cargo lo creé yo el 2011, cuando llegué a trabajar acá. Ese año se ganó un proyecto para la biblioteca y

yo implementé el CRA en este colegio. Ha sido maravilloso porque he tenido la libertad de ir tomando una serie de decisiones y de fomentar estrategias que despertaran en mis alumnos el amor por los libros y la literatura, además de desarrollar la imaginación. Trabajo con chicos desde Pre Kinder a 6° Básico y no con Enseñanza Media, porque las bibliotecas están divididas y mi coordinación es sólo para la Básica. Además de ser coordinadora CRA, hago clases para la PSU de Lenguaje de 1° a 3° medio y clases de Lenguaje de 5° a 8° básico. Me gusta hacer clases en básica, pero me gustaría además tener algunos cursos en media”.

“Acá en las monjas las cosas están complicadas. En términos de derecho las cosas han cambiado hartito. Están super complicados. Quieren ir renovando la planta, así que hay que ir buscando excusas para quedarse. Acá siguen habiendo más profesoras mujeres, pero con esta nueva dirección, se han dejado puros hombres a cargo. Se han creado una serie de cargos que están sólo en manos de hombres”.

“Acá la mayoría de los profesores son mujeres y machistas. Este es un colegio que hace muy pocos años comenzó a recibir hombres y pese a que hay varios cursos en los que la mayoría del curso son mujeres, ellas tienden a preguntarle primero a los “niños” y no a las “niñas”, a “los adolescentes” y no a “las adolescentes”. Siempre tienden a darle la voz a la figura masculina. Es como funciona el sistema y eso es una pulsión desde el inconsciente y cuesta mucho en la conciencia. Yo trato de tenerlo consciente en mi cotidiano, pero es una lucha porque duele, cuesta, pasa por el cuerpo y el resto termina mirándote como una sujeta extraña. Yo cuando saludo a mis alumnos y en la sala tengo solo damas y un varón, yo digo: “buenos días chicas y buenos días señor tanto” y se extrañan los alumnos porque soy la única que los saluda así. O sea si tengo a 30 alumnas y a 1 hombre, yo no puedo usar el masculino. A mí me parece absurdo, pero a mis colegas no les parece absurdo. Ellas ven a un varón y optan por el artículo masculino”.

“La mujer ha cambiado. Está muchísimo más empoderada. Pese a que aún no logramos tener completa igualdad con los hombres, hemos avanzado bastante. Pese a que el machismo sigue estando vigente en nuestra sociedad, de a poco lo vamos aplacando. Yo intento concientizar diariamente en el trato hacia las y los jóvenes. Lo intento aplicar en la sala de clases, ya que

creo que aunque sólo una persona logre interiorizar la importancia de reconocer el sexo femenino, me doy por satisfecha”.

“Yo tengo una madre muy machista. Tan machista, que las últimas veces que fui a Valparaíso a verla y estaban mis hermanos, ambos grandes, tenía que servirles y hacerles la cama. Yo lo encontraba inconcebible, porque ellos pese a vivir el resto del tiempo solos en sus casas, cuando todos nos juntábamos en la de mi madre, yo tenía que atenderlos. Yo me di por vencida de intentar hacerle ver a mi madre que las mujeres podemos ser autónomas y sujetas pensantes y sintientes y que podemos establecer otros vínculos, no el vínculo que le tocó a ella y que tuvo la posibilidad de modificar cuando quedó viuda y lamentablemente no modificó”.

“Yo intento mostrarles a mis alumnas y alumnos que es posible vivir en una sociedad distinta, en una sociedad igualitaria, ya que aquí no se trata de que las mujeres seamos superiores, como tienden a decir los machistas. Lo que buscamos las feministas y lo que yo busco, es igualdad de derechos en el ejercicio cotidiano. Que no estén en el papel, porque en el papel Chile nos habla de que tenemos igualdad de derechos, pero los sueldos entre hombres y mujeres no son iguales. En las Isapres todavía te siguen discriminando si estás en edad fértil. Que tengamos los mismos derechos y los mismos deberes en la casa. Que las mujeres no seamos siempre las que tenemos doble jornada, trabajo en la casa y trabajo fuera de la casa”.

“El trabajo lo primero que significó para mí, fue autonomía. Desde que yo me fui a estudiar, nunca más volví a mi casa. Mi relación con mi madre siempre ha sido muy mala, porque como te dije, es espantosamente machista. Ella se olvidaba de que yo era una estudiante universitaria destacada, que yo era ayudante en la Universidad Católica, que era autónoma y que era reconocida en la universidad y me veía como una simple mujercita que tenía que servir a sus hermanos por el solo hecho de tener un sexo género femenino. Por eso te digo que significa autonomía, porque nunca más he tenido que supeditar a nadie. Si hago una labor doméstica, lo hago porque corresponde o por ayudar a algún amigo o amiga en su casa, pero no porque sea la mujer”.

“El trabajo también me ha permitido vincularme con mis pares, con mis colegas de otra manera y no de una manera heteropatriarcal”.

“Acá en San Fernando yo creo que a las mujeres les falta iniciativa. Creer que ellas también pueden hacer lo que quieran. No creo que tenga que ver con lo rural y con imaginarios rurales en torno a la feminidad. Creo que es algo de creerse el cuento y sentirse aún sometidas al poder masculino”.

“Quizás aquí lo que también influye es la ausencia de centros de estudios secundarios. Tener una sede de una universidad importante, porque tampoco podemos olvidar la falta de recursos económicos para irse a estudiar a ciudades como Santiago, Valparaíso o Talca, cuando la familia no los tiene”.

Profesora N° 6

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 62 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 1 hijo.

Profesión: Profesora Educación General Básica Inmaculada Concepción. Realiza clases en 1° y 2° Básico.

Educación: Pedagogía General Básica en Universidad de Valparaíso.

“Yo soy de Chimbarongo e hija única de padres separados y de un padre alcohólico. Mi mamá era un 7, pero con muchas limitaciones, sin mucha educación y mi papá era un hombre alcohólico con otras dificultades. Por todo eso, prácticamente yo sola hice el esfuerzo para irme a estudiar, a través de la búsqueda de las becas, además de contar con la motivación de mis profesores”.

“Cuando era niña nunca trabajé. A veces acompañaba a mi mamá al colegio, pero nunca trabajé. Cuando salí del colegio en lo único que me centré fue en conseguir los beneficios y las becas, para poder ingresar a la universidad”.

“Yo estudié Pedagogía General Básica en la Universidad de Valparaíso. A mí siempre me encantó la Pedagogía. Yo viví siempre en un colegio. Mi mamá era auxiliar de colegio y yo tenía un nexo muy cercano con los profesores, así que por ahí iba lo mío. No me veía haciendo otra cosa, a pesar que me gustaba mucho periodismo, pero económicamente creo que no habría podido y nunca lo intenté”.

“En la universidad tuve tres compañeros, de los cuales uno terminó y los otros dos se salieron antes. En ese entonces la carrera era mucho más feminista de lo que es ahora, ya que ahora se ven más varones que antes, pero no es una profesión que se destaque por tener hombres. Yo creo que todo radica en el asunto económico, porque el varón tiene la imagen de proveedor, de sostenedor. Además, si tú lo miras fríamente, es una profesión mal pagada, por lo que creo que se conjugan las dos cosas. Hoy en día creo que hay muchas profesiones que son atractivas para los chiquillos en la parte económica. No sé si hoy día se da el asunto de vocación en los profesores, porque realmente para trabajar en educación tienes que tener vocación, sino de lo contrario, estás trabajando por trabajar, nada más. Estás esperando hacer la hora de clases, que toquen la campana, ponerte las zapatillas e irte. No sé si los chiquillos que entran lo hacen porque realmente les gusta o porque no tuvieron otra posibilidad”.

“En la universidad nunca tuve problemas con los profesores, todo lo contrario. Yo creo que antiguamente el profesor era muy bien mirado dentro de su comunidad. Después yo hice un perfeccionamiento muy largo, de cuatro años en la Universidad Católica de Santiago y tampoco sentí discriminación allí. Creo que antes el profesor tenía un plus distinto y estoy convencida de que los profes hemos tenido la culpa de ir perdiendo esa importancia. Nos dejamos manosear, no nos preparamos, no nos vamos perfeccionando y en educación te tienes que perfeccionar todos los días, porque si no te vas quedando atrás”.

“La mayoría de mis perfeccionamientos han sido por iniciativa mía. La parte económica influye mucho, porque el colegio no te lo paga. El que hice por cuatro años en la Católica, lo pagué todo yo, de mi bolsillo. Pese a que me significó un gasto importante, lo hice porque lo necesitaba, ya que era un curso muy completo. Uno no se puede quedar atrás, igual que en cualquier profesión. Siempre hay que perfeccionarse”.

“Cuando egresé de la universidad, llegué a las monjas a hacer la práctica y nunca más me fui. Llevo como 37 años trabajando acá. Paralelo a eso trabajé un tiempo en el colegio Hans Christian, de ahí 12 años en la Escuela N° 1 y por 20 años en el San Fernando College, hasta diciembre del año pasado. Me fui del College por un tema de horario. Me costó mucho, no fue fácil tomar la decisión, porque fueron 20 años de mi vida y con muy buenos resultados”.

“Las realidades en los tres colegios han sido muy distintas. La Escuela N° 1 era un colegio municipal y ahí no tenías nada. Son niños vulnerables, sin mucho horario, sin comodidades y problemas de comportamientos. Ahí uno trabajaba sola, los papás no te respaldaban, entonces las circunstancias eran muy diferentes a las que se dan acá en las monjas. En el College la realidad era muy distinta a la de acá también. Allá tú trabajas con un niño completamente diferente al de aquí. Allá se hace selección en el Pre Kínder, por lo tanto tú ya tienes condiciones diferentes a otros tipos de colegios. Acá en las monjas ahora no se hace selección. Allá el mayor número de alumnos por curso es de 35, mientras que acá trabajas con 45, entonces tú vas viendo las diferencias. El tipo de apoderado de allá tampoco tiene nada que ver con el de acá. Allá la mayoría de los papás son profesionales y eso te da un plus distinto en las expectativas que quieres lograr con los tuyos, entonces trabajas de forma completamente distinta. Hasta los resultados del SIMCE y PSU son diferentes. Entonces desde el momento en que tienes selección, la cosa es completamente diferente”.

“Por muchos años he trabajado desde 1° a 4° Básico. Tomo a los niños en 1° Básico y los dejo en 4° Básico. Hace unos 20 años, más o menos, que trabajo sólo 1° y 2° Básico, por una política del colegio, debido a la falta de profesores en 1° y 2° Básico. No todo el mundo quiere tomar 1° Básico, porque significa un desafío muy grande. Si tú lo miras fríamente, todos los profes deberían estar capacitados para estar en un 1° Básico, pero no todos los profesores

tienen buenos resultados en primero. Cuando me fui al College, me fui con el compromiso de trabajar en 1° y 2° Básico y aquí los últimos 20 años de mi vida, también he estado en 1° y 2° Básico”.

“Acá en las monjas no es que falten profesoras de 1° Básico, sino que no quieren tomar primer año por lo que significa, ya que es una carga muy grande. Hubo algunos cursos donde los niños aprendieron a leer en 2° Básico y eso no puede ser, porque una de tus metas en 1° Básico, es que el niño este leyendo en Mayo. En 1° Básico tú tienes tres etapas: mayo, donde se inicia la lectura, septiembre, donde deben haber sido pasadas muchas consonantes y noviembre, donde debe finalizar el proceso lector. Y eso te lo da a ti la experiencia. Nada más que la experiencia. Yo creo que es el año en que mejor te ganas la plata, porque es casi un trabajo personalizado con 45 niños. Si bien es cierto que tú partes un trabajo grupal mostrando todas las letras, hay unos que se van quedando atrás y tú tienes la obligación como profesor, de que los que se quedaron atrás, alcancen a los que van más adelantados”.

“Ahora hago 42 horas, pero el resto de mi vida siempre trabajé en jornada de mañana y tarde. Puede verse pesado, pero si uno es ordenado, todo es más fácil. Cuando trabajas con niños, el diario vivir nunca es igual al de ayer. Uno tiene que buscar formas de alivianarse y la tecnología ayuda mucho en ello, además de trabajar con auxiliar, donde la ayuda que te dan es impagable. Tu tía auxiliar es tú mano derecha y yo he tenido la suerte de trabajar siempre con ellas”.

“En las monjas se han producido hartos cambios. Uno de los más importantes, fue el paso de colegio exclusivamente de mujeres, a colegio mixto. Las monjas casi toda su vida fueron un colegio de mujeres, pero el año 2008 la matrícula se abrió para los hombres. Los primeros en ingresar, lo hicieron en 1° Básico y ahora se encuentran en 8° Básico. Para mí no fue un cambio pasar de hacer clases a puras mujeres a dar clases a mujeres y hombres, porque yo ya había trabajado en la Escuela N° 1 y esa era sólo de hombres. Para algunas de mis colegas y el resto del colegio, si fue problema. Yo creo que fue un impacto fuerte, pero personalmente no lo sentí, porque estaba inserto en otra realidad. De partida tú te paras frente al chiquillo completamente diferente. Tienes una voz de mando diferente, tienes una forma para mandarlo

completamente diferente, ocupas un vocabulario diferente, porque el varón es diferente. Yo creo que esa parte les costó mucho a las colegas, el cómo enfrentarlos. Desde que se arrastran y se pegan todo el día, a tratar a las niñas de forma mucho más suave y que te entienden al tiro. A mí me gusta mucho más trabajar con los hombres, con los niños, porque son muchos más vivos, más rápidos, no se complican por nada, en cambio las mujeres nos complicamos hasta porque el pelo no nos quedó bien, no nos quedó liso, pero el chiquillo no, los hombres tienen otros intereses, disfrutan la vida diferente y en cambio nosotras las mujeres nos complicamos por todo”.

“Otro cambio fue la llegada de laicos al colegio. Si bien el colegio sigue dependiendo de la Congregación Religiosa, ellas siguen siendo las dueñas, es la primera vez en su historia que tenemos un rector laico. Don Roberto, el rector, es muy respetuoso de todo lo que significan las religiosas, se sigue respetando la línea del colegio. Están las misas, las confesiones, esa parte valórica sigue intacta. Los últimos años habían todavía algunas monjitas que eran participe del colegio haciendo clases, pero con muchas menos horas porque ya estaban más viejitas. Era una cosa tan natural verlas caminar por el colegio, que ya no verlas ha sido algo muy fuerte. Hay una que sigue viniendo los días lunes, martes y miércoles, como forma de mantener su presencia y es algo que se le agradece mucho, porque fue un cambio drástico el no verlas más. Se ha notado mucho la falta”.

“Igual han sido notorios los cambios implementados por el nuevo rector. Yo no te puedo decir que es malo, pero es lo que nos corresponde vivir. Como todas las personas, el rector se puede equivocar, pero él trae una visión completamente distinta de lo que era el colegio antes y tampoco te puedes quedar fuera. El director ha mejorado muchas cosas, ha implementado en infraestructura, en la parte tecnológica con datasc en las salas, computadores y todo eso”.

“Nunca he tenido problemas con mis compañeros de trabajo. Yo me llevó mejor con los hombres que con las mujeres. Encuentro que el varón es sincero y no tiene dobleces, mientras que la mujer tú no sabes cómo va a reaccionar. He tenido muy buenas relaciones en todos los colegios, me he sentido muy querida en todos”.

“Con mi esposo nunca hemos tenido problemas por el trabajo. Él ha sido mi partner y mi ayuda. Lo entendió toda la vida y toda la vida me ha dado mi espacio. Mi esposo ha sido un 7 en ese aspecto. Yo trabajé casi toda mi vida jornada mañana y tarde y si no lo hubiera tenido a él, habría sido imposible. Me secundó como papá, como mamá, un 7”.

“Yo tengo un hijo solamente y te diría que en la vida tuve suerte en muchas cosas. Primero que nada, tuve una nana que me lo crió desde los 6 meses hasta los 18 años. Fue también mi dueña de casa y hasta el día de hoy no tengo con qué pagarle en plata, todo lo que hizo. Tuve una dueña de casa que me secundó muy bien, tuve un marido que me ayudó mucho, por lo tanto no fui una mamá ausente. Yo fui una mamá donde las reuniones eran mías, las entrevistas con los profes también, no fui una mamá que delegó, siempre estuve ahí. Tuve la suerte de tener una nana muy buena y un marido que me secundó muy bien”.

“Yo veo todo el cambio de la mujer como un discurso, ya que creo que las mujeres toda la vida hemos sido igual. Si creo que los medios de comunicación han apoyado mucho ese discurso, porque las mujeres toda la vida hemos sido capaces de mantener una casa, capaces de salir a flote con los chiquillos y hacer nuestro trabajo bien. Nos desdoblamos porque en la casa somos dueña de casa, mamá, la que hacemos el aseo y las que nos preocupamos de las cuentas y todo. Yo creo que ha sido toda la vida igual. Ahora si se les habla mucho en publicidad de los derechos de la mujer, pero creo que toda la vida lo hemos hecho y lo hemos hecho muy bien”.

“Antiguamente nuestras mamás tenían como 10 chiquillos y no tenían ni lavadora ni ninguna comodidad y eran un 7. En cambio ahora a una chiquilla joven la ves toda complicada con un chiquillo. Son mamás ausentes. La mitad de mi curso son mamás ausentes y totalmente irresponsables”.

“Yo no creo que se le pueda echar la culpa al trabajo porque toda la vida hemos trabajado, entonces no te puedes escudar en el: “yo trabajo”. Yo creo que son chiquillas jóvenes que no se comprometen. Si tú tienes un proyecto de vida y te embarazaste, lo que tienes que hacer es asumir, no hay otra alternativa. A lo mejor irresponsablemente te embarazaste, pero ya está y a

lo mejor no lo tenías proyectado, pero ya está. Cuando no le va bien al niño ¿qué hacen las chiquillas jóvenes? Lo llevan al psicólogo, a la psicopedagoga, la abuela, pero ellas no lo asumen”.

“Yo creo que ahora hay una exacerbación, porque si miras cuántas senadoras tenemos, cuántas diputadas tenemos, son muy pocas, entonces es una cuestión de publicidad, porque en la realidad seguimos estando bajo las leyes del hombre. Yo creo que depende mucho de una, una es la que tiene que hacer el rayado de cancha con el marido. Una tiene que hacerse valer”.

“El trabajo para mí es importante, porque es lo que me lo ha dado todo. Me ha dado en la parte económica, en la parte de realizarme como persona, pero tampoco ha sido que yo haya pospuesto mi familia o la maternidad por trabajar. Si yo pusiera a mi familia y el trabajo en una balanza, el trabajo tiene que estar al mismo nivel que mi familia y quizás un poquito más abajo, sin ser irresponsable en mi trabajo. Dentro de mis prioridades en primer lugar está mi familia, en segundo mi familia y en tercero mi familia, pero siempre tratando de ser muy responsable en mi trabajo”.

“No todas las profes somos capaz de trabajar en dos colegios, porque te demanda mucho. Tú aprendes con los años a organizarte muy bien, a guardar material, a ser ordenada, a ser metódica y creo que eso es válido para todas las profesiones, con la diferencia de que tú en esto trabajas directamente con los niños y tienes una responsabilidad frente a la sociedad. Yo estoy contenta con mi trabajo, muy contenta”.

“Yo debería estar jubilada, pero creo que las jubilaciones son miserables. Yo tengo una salud maravillosa, que no sé de que año no pido una licencia. Pero va a llegar un momento en el que van a empezar los dolores y uno dice: “me voy a quedar con esta jubilación ¿cómo vivo?”. Si yo en el College era evaluada tres veces en el año y al final era muy bien evaluada y si en la Inmaculada me evalúan dos o tres veces en el año y tengo muy buena evaluación ¿por qué irme? Yo creo que eso me motiva hasta el día de hoy, porque en el College el ritmo de exigencia es muy rápido, todo es para ayer. Igual he pensado en jubilarme, para disfrutar mis nietos, cambiar de actividad, pero no me veo en la casa sentada”.

“Yo soy bien fría al momento de tomar determinaciones y creo que voy a tener la capacidad de decir “hasta aquí”, cuando vea que ya no me gusta levantarme, que ya no quiero venir. Creo que ese va a ser el momento en el que voy a decir “me voy”. Yo creo que tú te tienes que ir dejando un buen recuerdo y no pena y para tomar esa decisión creo que voy a ser bien fría”.

“Yo igual creo que en San Fernando se produce algo particular. San Fernando no es un lugar que te de muchas oportunidades, es una ciudad que marca el paso no más, porque yo tengo la posibilidad de evaluarlo respecto a Chimbarongo. Chimbarongo no tiene nada que ver con San Fernando. Si tú miras Chimbarongo es mucho más chico, pero si se ven los adelantos. No creo que sea una cuestión de que la ciudad de tantas oportunidades. Acá faltan universidades y es una maravilla que este el AIEP porque sirve mucho. Pero como ciudad no es mucho lo que le ofrece a los estudiantes y trabajadores”.

“Yo creo que esto se da en todas las ciudades, pero también influye la forma en que tú te paras frente a muchas cosas. Por ejemplo si tú vas a pedir trabajo, debes ir con una actitud de que te va a ir bien, además de tú misma ir creándote las oportunidades. Yo por ejemplo, a la edad que tengo, trabajo con el computador, entonces por eso digo que es una cuestión de actitud. Quizás no tengo la habilidad tuya, pero no me quedo atrás. Uno tiene que ser inteligente en la vida. Por ejemplo yo cuando me fui al College, llegué a un mundo completamente diferente en todo orden de cosas, pero yo puse al servicio de mis paralelas mi experiencia y ellas pusieron a mi servicio la tecnología y trabajamos muy bien durante 20 años. No porque tú llegas a trabajar a un lugar donde todos son jóvenes debes tener el temor de que te va a ir mal, además de que una tiene muchas más herramientas para aplastar a un joven (risas)”

Profesora N° 7

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 72 años.

Estado civil: Viuda.

Hijos: 3 hijos.

Profesión: Profesora Educación General Básica Inmaculada Concepción. Realiza clases en 1° y 2° Básico.

Educación: Pedagogía General Básica en Escuela Normal.

“Yo soy de acá de Santa Cruz e hija única. Mi mamá no trabajaba y mi papá era paramédico, pero en ese entonces se les decía practicante, porque se iban a trabajar a una posta rural donde ellos tenían su casa y todo. Mi papá no quería por nada que yo fuera profesora. Él toda la vida quiso que yo fuera enfermera. Mi papá era super exigente con eso, quería que todos lo siguieran en el área y fueran mucho más que él, porque no pudo ser más que practicante, pero a mí nunca me gustó. Mi papá entendió después que Enfermería no me gustaba y que yo quería ser profesora”.

“Cuando estábamos en el colegio y con mis compañeras hablábamos sobre que queríamos hacer al salir del colegio, habíamos varias que queríamos ser profesora. Había una que quería ser abogado y a esa si que la mirábamos raro por querer hacer algo como de hombres. Pero fue abogado y lo sigue siendo todavía”.

“A mí siempre me gustó la Pedagogía. Yo creo que todas las personas que somos profesores, nos gustó desde chicos. Yo siempre juntaba a los niñitos de al lado de mi casa y los sentaba y les hacía clases. Siempre me gustó, toda mi vida. Mi mamá se acordaba siempre como yo les hacía clases”.

“Yo estudié en Santa Cruz en el colegio María Auxiliadora y como vivía en el campo, estuve internada. Ahí había hasta Tercero de Humanidades, entonces me fui a María Auxiliadora a Santiago, a la casa central. Ahí estuve hasta Sexto de Humanidades y después me fui a la Normal. En ese tiempo estaba Sexto Preparatoria, que era equivalente a Sexto Básico y partía el primero de humanidades que era como Séptimo Básico hasta Sexto Humanidades. Salí a los 18 o 19 años del colegio, igual que ahora”.

“Las Escuelas Normales eran mucho más exigentes. Para entrar tenías que dar un examen de admisión. Yo estudié 2 años porque salí de Sexto de Humanidades y después hice los 2 años

equivalentes para sacar mi título. Había gente que entraba con 11 o 12 años a la Normal. Hacían toda su educación en la Normal”.

“La exigencia era muy grande, con disciplina. Por eso dicen que los profesores Normalistas somos mucho más exigentes, porque tenemos otra forma de enseñar”.

“Las Normales tenían escuelas anexas, en las que hacías prácticas diariamente, lo que te ayudaba a salir mejor preparada. Salías con un bagaje de conocimiento inmensamente grande, pero a veces te faltaba un poco de práctica, que era lo que te hacía más firme en todas las profesiones y eso era lo que nosotros teníamos a favor. Yo salí con el título de Profesora General Básica, sin mención, como es ahora”.

“Las Normales eran mixtas pero las de monjas no. Yo tenía la facilidad de entrar a la Normal María Auxiliadora, porque había estudiado en María Auxiliadora en Santa Cruz, pero no quise, preferí entrar a una escuela mixta y también interna”.

“La relación con mis compañeros hombres era muy buena, pese a que en el curso éramos más mujeres, igual como se da ahora. La Normal tenía otra cosa y era que trabajabas mucho grupalmente, entonces te apoyaban mucho los varones”.

“Yo salí de la Normal en 1964 y cuando salíamos de la Normal, salíamos con la exigencia de irnos a trabajar al campo. Teníamos que hacer méritos para llegar a la ciudad. Partíamos siempre en escuelas chiquititas. Cuando yo recién salí, no tuve alto nombramiento, así que me fui a hacer un reemplazo en la escuela consolidada en Santa Cruz. Ese fue mi primer trabajo a los 20 o 21 años”.

“Mientras estaba haciendo ese reemplazo, tenía un tío en Bucalemu que tenía un taller grande ahí, que arreglaba los camiones, los tractores, todas las cosas a los dueños de fundo de ahí y un día éste caballero, dueño del fundo, se acordó que necesitaba una profesora que tuviera muchos valores, para hacerle clases a sus nietos. El dueño del fundo necesitaba un colegio para sus nietos, porque su señora no se quería ir a Santiago. En ese tiempo los dueños de fundo

se iban a Santiago con sus hijos a estudiar, cuando tenían edad para hacerlo, pero la señora de este caballero no se quería ir, entonces él donaba un terreno para que le hicieran un colegio para que sus niños estudiaran allí. Mi tío le dijo: “tengo una sobrina que está recién egresada y está haciendo un reemplazo en la Consolidada en Santa Cruz. Si quiere yo habló con ella”. Cuando yo supe, me entusiasme al tiro y como yo había estudiado en un colegio Católico, tenía los valores que este caballero pedía (risas), así que me fui a ojos cerrados”.

“El lugar se llamaba Paredones y no existía escuela. Fue difícil, pero me adapté. El lugar donde llegué eran quebradas, donde tú de repente veías como emergían los niños de las quebradas. Eran cientos de niños. Habían unos chiquillos hasta con bigotes (risas), grandes, bigotudos y mi mamá me dijo: “¿te atreves a quedarte con estos niños?” yo le decía que sí, que no les tenía temor porque eran niños”.

“Así que así empecé. Viví en la casa del dueño del fundo y él me adaptó un bodegón grande que tenía en la parte de las viñas y lo dividimos en cuatro. En una parte trabajaba con primero, en otra trabajaba con segundo y en otras con tercero y cuarto. Ahí estuve trabajando 7 años y cuando terminamos, el Ministerio de Educación hizo una escuela super bonita. Hace poco tiempo cumplieron 25 años y me invitaron e hicieron una fiesta con todo, hasta el Intendente andaba”.

“Yo ahí me di cuenta lo que influye la educación en un lugar. La gente ahí era toda analfabeta, muy pobre y muy humilde, pero después con el tiempo la gente empezó a preocuparse de arreglar sus casas, se preocuparon de empezar a pavimentar”.

“Yo me casé en ese periodo y mi marido se fue a trabajar conmigo allá, junto con otras cuatro chiquillas jóvenes que llegaron. Ahí uno se da cuenta la fuerza que tiene un profesor dentro de una comunidad, porque con mi marido formamos la junta de vecinos y ayudamos a que la gente pavimentara las calles, llegara la luz eléctrica y varias cosas más. Por eso me recuerdan y yo voy todos los años a darme una vuelta para verlos”.

“Cuando nos vinimos, la escuela quedó funcionando hasta 6° Básico. Aprendí mucho y me ayudó mucho, porque mientras estuve allá hice de manipuladora de alimentos, de aseo, de todo. Después llegó una señora que me hacía el almuerzo y un auxiliar también que hacía de todo. A pesar de lo sacrificado que fue, me gustó”.

“En 1971 llegué a trabajar a Chimbarongo. Llegué a la escuela de hombres, pero estaba junto a la de las mujeres. La de hombres era la N° 13 y la de mujeres la N° 75 en ese tiempo. Trabajé solo en la escuela de hombres. Después se transformó en escuela mixta porque se unieron ambas escuelas y ahí estuve hasta que jubilé. También trabajé en el Liceo Nocturno, porque los profesores básicos teníamos un permiso que todos los años teníamos que enviarlo a la provincial, para trabajar hasta 2° Medio. No sé si eso seguirá vigente, pero cuando yo trabajaba en la parte municipal, se podía hacer”.

“Cuando llegué a trabajar a Chimbarongo, para mí fue impacto porque trabajabas con inspectores, auxiliares, buena iluminación, de todo. Completamente distinto a lo que había hecho en la escuela de Paredones”.

“Mientras todavía trabajaba en Chimbarongo, me ofrecieron venirme a trabajar a la Inmaculada. Necesitaban a una persona, porque alguien había renunciado y me presenté con mi curriculum y quedé. Desde 1990 que trabajo en la monjas y si he seguido es porque me gusta mucho. Igual yo creo que hasta el próximo año voy a trabajar”.

“Como fui enseñada con bastante disciplina, toda la vida me han enviado casos bastantes difíciles, bien conflictivos, donde yo hago un trabajo lo mejor que puedo. A los niños no solo hay que sentarlos en las rodillas, hacerles cariño, sino que hacer que los niños tengan aprendizaje, normas, valores, y creo que eso es lo que me hace seguir vigente”.

“Pese a que me debí haber jubilado hace mucho tiempo, todavía tengo energía y me siento capaz. Cursos de perfeccionamiento que se presentan voy. A mí me enviaban sobre todo a cursos de Lenguaje, pero después Sor Mariela, la directora de ese entonces, me pidió que

volviera a trabajar con los cursos chicos que estaban más o menos bajos en sus rendimientos y ahí me quedé. Ahora trabajamos únicamente 1° y 2° Básico”.

“Yo antes trabajaba todo el día. Trabajaba en la mañana aquí, volaba y llegaba a Chimbarongo a la Escuela Municipal y en la noche trabajaba en la nocturna. Eso era más que nada por la parte económica, porque si tú ves, la parte económica es mala. Entonces para educar chiquillos, para comprar casa o para darte algunos gustos o satisfacciones en la vida, tenía que ser bastante sacrificado. Por eso te digo que el profesor no termina nunca de aprender. No hay día en que no aprendas algo. La profesora aprende más porque tiene que estar al día en todo lo que está sucediendo, sobre todo en la parte cultura, la parte noticiosa. Día a día aprendiendo”.

“La relación con mis compañeros siempre ha sido buena. Muy buena. Gracias a Dios nunca he tenido problemas, porque tengo esa capacidad de adaptarme a todo porque partí con una situación bastante particular y veo lo importante que es tener buenas relaciones en los distintos lugares a los que vayas a trabajar. También hay que tener sentido de adaptación, porque si tú eres medio rebelde para tus cosas, nunca vas a tener buenos rendimientos, vas a trabajar con desagrado y eso mismo sin darte cuenta lo trasmites a tus alumnos. Cuando te gusta lo que haces vienes con alegría a trabajar y eso se trasmite. El curso que tengo ahora es bien disciplinado y recién la semana pasada me supervisaron y tuve una excelente supervisión. Cuando trabajaba en el área municipal también era bien evaluada. Como Normalista siempre he sido bien evaluada”.

“Yo soy viuda, pero la relación con mi marido siempre fue muy buena, excelente. Mi marido también era profesor y cuando nos casamos, se fue a trabajar conmigo al campo. Él trabajaba incluso aquí en San Fernando, en la Escuela N° 1 y se fue para allá. Después los dos nos fuimos a trabajar a Chimbarongo”.

“Yo tengo 3 hijos. Como a nuestros hijos los educamos en los Maristas, en las Monjas cuando era colegio pagado, trabajé hartito, porque había que hacer plata, entonces los dejé un poco solos. Lo bueno fue que cuando eran pequeños tuvimos la suerte de tener empleadas buenas y puertas adentro, entonces eran como dueñas de casa. Mi marido en ese tiempo también

trabajaba mucho y en muchas partes, entonces nos alcanzaba para tener una persona. Pero de que deja uno a los hijos de lado, los deja, como toda mujer. Yo llegaba super tarde a veces, cuando me tocaba ir a la nocturna y a la hora que llegara iba a ver a los chiquillos y les preguntaba si habían hecho las tareas, si habían estudiado, aunque estuvieran durmiendo. Yo les sacaba del bolsón los cuadernos y les revisaba. ”.

“Ahora las mujeres están mucho más independientes que antes. La mujer cambia ahora desde chica, ya no es la mujer que tú protegías tanto antes. A mí por ejemplo, todavía me cuesta ir a Santiago, no me sé manejar en Santiago. Yo como estaba interna me iban a dejar y a buscar mis papás. Ahora no. Yo veo a mis nietas que viven en Santiago y se manejan sin problema en el metro, en lo que haya que hacer. Saben hacer sus cosas solas y yo creo que eso es mucho mejor, porque son más independientes, con mucha más personalidad y saben enfrentar la vida después. A uno le cuesta un poquito más. Nosotras éramos muy sobreprotegidas”.

“La mujer antes trabajaba más en su casa, yo creo. La mayoría eran dueñas de casa y el trabajo de la casa es mucho más sacrificado que el trabajo de una profesión. Por ejemplo en las reuniones de apoderados, cuando pregunto quién puede ayudar en la directiva, la mayoría dice que no porque trabajan y que mejor sean las que están en la casa, pero yo les digo que las que trabajan en la casa, trabajan mucho más que las que lo hacemos fuera. Ellas lavan ollas, sirven la comida, no tienen pago y de repente no tienen la suerte de tener un buen marido y peor todavía”.

“Antiguamente yo pienso que la mujer trabajaba menos fuera del hogar. En mis tiempos todas las que se educaban en colegios religiosos, las educaban para ser dueñas de casa. Te enseñaban a hacer los mantelitos, te enseñaban las clases de Economía Doméstica, te enseñaban hasta a tomar la escoba, para que del colegio te fueras a la casa a barrer, a hacer el almuerzo, a atender. Desgraciadamente era así. Muchas de mis compañeros quedaron de dueñas de casa, mientras que otras tuvimos un poco más de visión de futuro. Yo creo que dentro del profesorado era muy común que la mujer trabajara como profesora. Yo creo que en las otras profesiones fue más difícil, en las Ingenierías, en la Minería. Ahí era más difícil y lo era en realidad, pero en la Pedagogía no”.

“A mí me gusta que la mujer cada vez trabaje más. Yo pienso que toda persona necesita manejar dinero, por último para comprarse ropa, ropa interior, porque pedirle plata al marido para comprarte ropa debe ser bien desagradable. En cambio si trabajas, tú te manejas y ves como los administras. Yo a mis hijas siempre les inculqué que tenían que trabajar y ser independientes. Lógicamente que siempre preocupados de sus hijos, pero trabajando. Tener su independencia económica”.

“El trabajo es mi satisfacción. Es lo que me ha llenado toda mi vida. Y aunque muchas veces alguna gente me hace burla, yo en las vacaciones empiezo a echar de menos el trabajo. Yo espero volver al trabajo y volver a retomar las relaciones con mis compañeras de trabajo. Muchas veces tus compañeras son tú paño de lágrimas y son tú alegría. Todas esas cosas, te las da tú profesión”.

“Cuando yo era pequeña, vivía en el campo en Santa Cruz y era raro ver a mujeres trabajando. La mayoría se quedaba en su casa. Al hombre de campo, sin estudio, no le gustaba que su mujer saliera de su casa a trabajar. Yo estudié en un colegio de monjas y las monjas te enseñaban a hacer dueñas de casa, demostrando que en esa época se pensaba que el rol de ellas era estar en la casa. Si bien en mi casa mi mamá era dueña de casa, mi papá nunca me dijo que yo debía quedarme en la casa, sino todo lo contrario, que debía estudiar y ser profesional. Ahora es raro ver a mujeres dueña de casa. La mayoría son profesionales y trabajan fuera de su casa. San Fernando es una ciudad pequeña y si bien es cierto que hay harta zona rural a su alrededor, no creo que esa idea de que la mujer se deba quedar en su casa, siga muy vigente. Las mujeres salen, trabajan, ganan su sueldo y se dan los gustos que quieran, en la medida de lo posible. Quizás lo que pasa aquí, es que al no haber universidades, institutos profesionales, a excepción del AIEP, a las chiquillas les cuesta un poco más salir de sus casas. El tema económico siempre es importante cuando quieres estudiar. Pero pese a eso, igual la gran mayoría trabaja fuera de su casa. Las mujeres ahora saben que pueden hacer muchas cosas y que ya no tienen por qué depender económicamente de un hombre”.

7.2.2 Matronas

Matrona N° 1

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 38 años.

Estado civil: Separada.

Hijos: 1 hija.

Profesión: Matrona Hospital San Juan de Dios San Fernando y Docente en Instituto AIEP San Fernando.

Estudios: Obstetricia en Universidad de Concepción.

“Yo soy de acá de San Fernando. Estudié en las monjas de Primero a Cuarto Medio. Tengo 4 hermanos. Yo soy la mayor, después viene mi hermana que es Ingeniera Civil Industrial, después viene mi hermano que es 10 años menor que nosotras que es Médico y que está siendo general de zona en el sur y después viene el hermano que es 17 años menor, que está en la Escuela Militar”.

“En mi casa siempre se nos inculcó que la mujer tenía que estudiar para trabajar y ser independiente. Mi mamá es secretaria administrativa trilingüe, pero trabajó un corto tiempo, ya que después decidió quedarse en la casa porque no le gustaba trabajar. Siempre nos dijo a mi hermana y a mí que teníamos que estudiar. Siempre a los 4 se nos exigió que teníamos que estudiar porque ellos no nos iban a dejar nada de herencia, así que había que estudiar (risas). Mi mamá siempre decía que la mujer tenía que estudiar y tener un título, pero no ser una mujer que siempre estuviera en la casa, para que nadie nos pasara a llevar, nos humillara y nos dijera nada, porque a fin de cuentas si nos iba mal, nos teníamos que poner a trabajar. Mi papá también era de la misma idea. Que nadie nos fuera a tratar mal porque no teníamos estudios. Él decía que era muy importante que la mujer trabajara y fuera independiente. En ese sentido no es machista mi papá”.

“Como estudié en un colegio de monjas, nos enseñaban a hacer puras artes manuales (risas). A cocer, a bordar, a cantar. Mi papá siempre decía que las monjitas enseñaban a ser dueñas de casa o monjas”.

“Yo siempre fui buena alumna, entonces sabía que tenía que trabajar independiente de lo que las monjas dijeran. Como que todas mis compañeras tenían inculcado trabajar. De mis compañeras creo que 1 o 2, de las cuarenta y tantos que egresamos, son dueñas de casa. El resto todas trabajan, son profesionales, estudiaron y si no estudiaron igual trabajan. Tienen trabajo regular”.

“Yo estudié Obstetricia en la Universidad de Concepción. Mis dos opciones siempre habían sido teatro o medicina. Para medicina no me alcanzaba en ninguna universidad porque cortaba en 750 en ese tiempo y yo saqué 720, así que no me daba más de 725. Como me gustaba teatro, di las pruebas y quedé en teatro en la Chile. Y mi papá que nunca me había negado nada, el teatro me lo negó y me dijo: “No. Teatro no” (risas). Y frente a eso, el director del preuniversitario que yo estaba haciendo en ese tiempo, me dijo que en realidad podía estudiar Obstetricia, para después cambiarme a Medicina. Yo quería algo con salud, ya que no me habían dejado hacer teatro, pero que no fuera enfermería porque las enfermeras veían a hombres y abuelitos y eso me daba cosita, así que me decidí por Obstetricia, sin saber que eran las matronas. Yo igual sabía algo de las matronas. Como tengo un hermano menor, sabía que mi mamá se examinaba con la matrona y que era una especie de enfermera de mujeres (risas). Cuando entré, me gustó la carrera, me enamoré de ella, así que me quedé y así fue como llegué a Obstetricia. Yo me enamoré de la carrera estando dentro de la carrera”.

“Entré a estudiar en 1996 y el 2001 me titulé. Cuando yo entré a la carrera, mi generación fue una de las últimas en ser sólo de mujeres. En mi curso ingresamos 100 mujeres y egresamos 76. Antiguamente la Universidad de Concepción tenía Obstetricia mixto, pero después algo pasó desde el punto de vista laboral, que la carrera fue cerrada para los hombres, más o menos por 5 años, que fue el periodo en que yo ingresé y cuando yo ya había egresado y llevaba 3 años de matrona, se volvió a abrir para hombres, siendo nuevamente mixta”.

“La carrera es femenina, un matriarcado total. Aparte que teníamos puras docentes. No había hombres ni siquiera de docentes. Puras mujeres. Una carrera de mujeres donde las mujeres son más estrictas, exigentes, ordenadas, donde si ellas podían, porque nosotras tampoco”.

“En la carrera nunca fui discriminada. Feministas totales (risas). Me acuerdo cuando estábamos en tercer año y comenzamos con la atención de partos, los discriminados eran los chiquillos de Medicina que también atendían partos. Las profesoras los trataban pésimos, no les enseñaban nada, todos los beneficios eran para nosotros”.

“Mi primer trabajo fue mientras estuve en la universidad. Nunca trabajé antes. Mi papá tuvo una niñez bien sacrificada, tuvo que estudiar y trabajar, entonces frente a eso, no quiso que sus hijos pasaran por lo mismo”.

“Como me gustaba el teatro, todos los años que estuve en la universidad participe de la academia de teatro. Teníamos una pequeña escuelita de teatro y nosotros hacíamos obras infantiles. En diciembre, por ejemplo, íbamos a todas las empresas y hacíamos nuestras obras infantiles. Y la primera vez que recibí plata por algún trabajo, fue haciendo teatro”.

“Después de eso todos mis trabajos han sido de matrona. El 2001 cuando me titulé, yo estaba casada pero separada y con una hija. La primera vez fue de hecho, pero después del tiempo, me separé definitivamente”.

“Yo terminé la carrera y me vine con mi hija a San Fernando. Fui a buscar pega y mi primer trabajo aquí fue en Chimbarongo. No tenía ni título todavía, porque di mi Examen de título, ponte tú el 20 de diciembre del 2000, el 20 estaba aquí en mi casa y mi mamá me dijo: “anda a buscar pega” y yo fui a buscar pega a Chimbarongo. Primero vine al Hospital de San Fernando y como aquí no tenían nada, la jefa de acá me mandó al Hospital de Chimbarongo, porque como dos días atrás, necesitaban una Matrona. Llegué allá, me dijeron: “tú eres Matrona y mañana empiezas” y así fue. Enero del 2001, febrero del 2001 y hasta marzo del 2001 trabajé en Chimbarongo como reemplazante. El Hospital de Chimbarongo era un hospital tipo 4, básico y en el que hacías de todo. Eras Matrona única y hacías policlínico, hacías urgencia y

hacías parto. En ese tiempo cuando yo trabajé, todavía se atendían partos, ahora no, se derivan a San Fernando”.

“Después me arreglé con mi ex marido y me fui de nuevo a Concepción, a trabajar en un consultorio. Ahí me fui por un programa que existía en ese tiempo que se llamaba “Disminución de la espera”, y que en otras palabras era disminución de las colas. Era como la que priorizaba en la atención de pacientes de policlínico. Más que pega de Matrona era administrativa del consultorio. Entonces trabajaba desde las 07:30 hrs. hasta las 12:30 hrs. y como tenía una hija chica, en la tarde jugaba con mi hija. En concepción estuve trabajando 4 meses, porque cuando me separé definitivamente, me vine de regreso a San Fernando”.

“Como se juntó el tema familiar, yo lo único que quería era venirme a la casa de mis papás. Yo sabía que trabajo iba a encontrar donde fuera. Como a mí se me ocurrió ser mamá cuando estaba en mitad de la carrera y me había separado, lo único que quería era estar tranquila con mi hija en San Fernando. Cuando llegué el 2002, empecé a trabajar al tiro de reemplazante en el Hospital de San Fernando por 7 años. En ese tiempo hice una Magíster en Educación y como en ese entonces no había ningún cargo en el hospital, mezclaba el tema del reemplazo con la docencia en el AIEP. Todavía hago docencia allí”.

“Después me fui contratada por la Fusat a Rancagua, por 5 años. Allá trabajé de matrona clínica en hospitalizados, con las guagüitas, con todo. Allá veía de todo. A la mamá, a la guagua, te vas turnando. Un mes ves las mamás, un mes ves las consultas, un mes atiendes partos y un mes ves a las guaguas. Uno no se aburre. A mí me gusta ir variando. Lo que no me gusta es atención primaria, los consultorios. Ahí es solamente control de embarazo y esa monotonía del trabajo, no me gusta. No me gusta el horario tampoco. Me carga trabajar de día. El horario de 08:00 a 17:00 hrs. lo encuentro monótono. Me gusta trabajar en turno y me gusta la parte clínica, entonces frente a eso, mi mejor opción siempre va a ser hospital. Y en el área que sea. Ahora volví este año a trabajar acá en San Fernando en el hospital, así que aquí estoy en la parte de Neonatología, haciendo turnos”.

“Respecto a la docencia, me gusta mucho. Me entrega hartas cosas, hartas satisfacciones. Hay hartos cabros aquí que fueron alumnos míos. Ha sido entretenida. Los chiquillos me cambian el chip del turno, el chip del día a día. Uno ve cosas distintas y eso enriquece, además de aprender de ellos también”.

“Nunca he tenido problemas con mis compañeros de trabajo hombres. Yo encuentro que los hombres son buenos compañeros de trabajo, a diferencia de las mujeres, que somos complicadas para trabajar en equipo. Equipos de trabajo de puras mujeres no funcionan bien, porque somos celosas, envidiosas, competitivas. Siempre hay una diferencia. Y eso muchas veces si no se maneja bien, o si no se mantienen los límites de la confianza lleva a daños del grupo de trabajo. Por el contrario, los hombres no se involucran mucho más allá de las cosas. Los hombres equilibran. Yo encuentro que es bueno trabajar en equilibrio hombres y mujeres, son buenos los grupos mixtos. Cuando trabajaba en Rancagua, allá trabajábamos con matrones y ellos tienen temas completamente distintos a los nuestros. Nosotras hablamos de parejas, de hijos y ellos hablan no sé, de la inmortalidad del cangrejo, de autos, de viajes, entonces eso permite el equilibrio y hace que no hayan tantas disputas”.

“Los matrones son buenos compañeros y muchas veces mejor que las compañeras mujeres. Si a veces tenía que cambiar turno, siempre encontraba cambios con los hombres. Las mujeres siempre eran complicaciones y al final el hombre siempre te daba una respuesta. Es más práctico. Las mujeres te hacen esperar. Lo que influye también es que la mujer sea la que esté a cargo de la casa y entonces empieza con los niños, que esto y lo otro y en cambio los hombres no están ni ahí y no se hacen ningún problema. Pero después se lo cobran el día menos pensado (risas)”.

“En lo que yo trabajo no se ve discriminación, porque nosotros entramos a trabajar a un cargo y da lo mismo si eres hombre o mujer, porque el cargo tiene un valor. Entonces si eres hombre o mujer y entras al hospital con grado 14, entras con un sueldo y eso tiene un valor agregado”.

“En mi matrimonio había una superioridad por parte de mi ex marido por el tema de que él ganaba mucho más que yo. Él no quería que yo terminara la carrera. Después que terminé, él

no quería que yo trabajara. Después que trabajé, salió con el tema de que para que iba a trabajar si ganaba tan poca plata. Yo partí ganando \$150.000 porque trabajaba medio día. Él me decía: “para que vas a trabajar por esa mugre de plata”. Si yo me hubiera quedado en la casa y no hubiera ganado lucas, hubiera sido muy dependiente de él y mi matrimonio fallaba mucho. Él era muy machista en todo su planteamiento, entonces su objetivo quizás era dominar desde el punto de vista económico. Cuando yo me separé me quería quitar la niña porque no tenía plata, no tenía trabajo. Entonces cuando comencé a trabajar para ser económicamente independiente, como que me tomé el rol de que yo me la podía. Es cierto, uno igual se la puede, pero cuando te demandan por custodia, por pensión porque no tienes las platas, igual es penca, uno como que se siente transformada en la más mínima expresión”.

“Mi hija ahora tiene 15 años. La relación ha sido buena pero difícil. Ella reconoce que somos las dos solitas no más, que trabajo hartito y me admira por eso. Ella fue el motor para que me cambiara a San Fernando hace poco. Yo estaba trabajando en Rancagua super bien, pero ella nunca se quiso ir a vivir conmigo a Rancagua, entonces por un tema de tiempo, distancia, decidí venirme de allá. Yo me fui cuando ella tenía 10 años, intentamos vivir allá las dos pero el tema de nana no me funcionó y era muy chica para dejarla sola. Nunca me fui de la casa de mis papás y empecé a viajar porque ellos me la cuidan. Yo le dije que cuando cumpliera 15 años, cuando entrara a 1° Medio, se iba a ir a vivir conmigo a Rancagua, pero ella me dijo: “no mamá, porque yo tengo mis amigos, mi mundo, mi historia, mi vida y va a ser difícil y no me quiero cambiar”, entonces no nos cambiamos y seguí viajando. Viajar me significaba tener 1 hora de carretera y en cambio ahora en 5 minutos estoy en mi casa. Antes estaba en 45 minutos en mi casa, entonces por eso me cambié para acá”.

“A ella le gusta que yo trabaje, que sea independiente, pero también le gustaría pasar más tiempo conmigo. Me lo ha dicho. Por ejemplo cuando tengo turno el fin de semana me dice: “pucha mamá porque no cambias el turno, porque no te enfermas” y yo le digo que no se puede. Aparte que si lo hiciera que ejemplo le daría (risas). Lamentablemente es la vida que le tocó vivir y ella tiene que entender. Y lo entiende, pero creo que como todo hijo le gustaría estar más con la mamá, pero mis papás hacen un muy buen rol (risas). Ella es la única nieta de la familia, regalona y no podría sacarla de allá. A veces me dice que porque no estoy más en la

casa como otras mamás y yo le digo que esas mamás tienen marido (risas) yo no tengo, entonces tengo que trabajar. Pero ella entiende el proceso así que no se hace tanto problema. Cuando era más chica era más complicado, porque yo trabajaba aquí también y ella sabía que yo venía a ver a otras guaguas y a ella le daban unos celos atroz porque yo venía a tomar a otras guaguas, a darle papa a otras guaguas, mudar otras guaguas y porque no la mudaba a ella, porque no le daba papa a ella (risas). Ella tenía 2 años, era chiquitita y se quedaba llorando diciendo: “mi mamá va a ver a otras guaguas y no me cuida a mí” (risas). Después con los años lo entendió”.

“Igual cada día le dedicamos menos tiempo a la familia. Por eso los cabros están así ahora y la sociedad cada vez está más desordenada. Pasamos más tiempo trabajando, menos tiempo en el hogar. Yo me acuerdo que todos los días de mi vida almorcé con mi mamá y con mi papá y mi hija no puede contar lo mismo. Mi hija de lunes a jueves almuerza en el colegio con sus compañeros. Entonces esas cosas cambian, esas instancias de comunicación. Mi papá me iba a buscar todos los días al colegio y cuando él no podía iba mi mamá. Entonces es muy diferente la cosa. Eso hace que los cabros cambien ahora”.

“Lamentablemente existe la necesidad de trabajar. Yo te juro que si tuviera mucha plata, mucha plata, mucha plata, yo no trabajaría. Estaría en mi casa, me dedicaría a mi hija, aprendería a cocinar, lavar, pintar (risas). Pero yo igual sé que un tiempo después me aburriría e igual volvería a trabajar o trabajaría media jornada. Nunca estaría en la casa 100%. Pero la necesidad económica te hace buscar siempre más pegos. Entonces uno tiene que dejar una cosa por la otra. Yo me fui a Rancagua y gané mucha plata pero perdí mucho a mi hija. Entonces una cosa por otra. Hay que generar lucas por qué los cabros de qué viven ahora. Si mi hija viviera de paz y amor sería distinto (risas). Pero es así. Claro, yo me quedé sola, no tengo pareja ni nada, pero me dediqué a trabajar 100% y el poco tiempo libre que tenía se lo dedicaba a mi hija. Entonces en que momento también te dedicas a otras cosas”.

“Ahora la mujer está bastante empoderada de su rol de mujer trabajadora, madre y dueña de casa. Yo veo que las mujeres cada día están en más cargos de jefatura y eso es bueno y lo veo super bien. Cuando yo egresé jamás pensé en tener una enfermera o matrona gerente de salud,

gerente de enfermería, gerente de calidad, encargadas de infecciones intrahospitalarias. Esos eran cargos para médicos, para hombres. Y ahora veo mujeres en esos cargos y es bueno”.

“Yo encuentro que las mujeres somos mucho más ordenadas, mucho más responsables, mucho más trabajólicas en esos aspectos. Queremos hacer las cosas y que queden perfectas. Somos más perfeccionistas, detallistas, los hombres no. Los hombres son más buenos para delegar y son más desordenados”.

“Ahora también hay mucha mujer sola. Mucha mujer profesional independiente sola. Yo creo que eso tiene que ver con el machismo de esta sociedad, donde al hombre no le gusta la mujer pensante. La mujer que piensa, que analiza, que es crítica es peligrosa. La mujer que es independiente es peligrosa. Yo lo veo con mis hermanos, mis dos hermanos hombres. Yo les digo que les gusta la mujer tonta: potona, tetona y tontona (risas). Y de verdad yo lo veo en ellos, porque el que es médico en el sur le gusta la mujer poco pensante. Una mujer que piense mucho y que lo acorrale, que le haga preguntas o que sea independiente y se mande sola, a él lo enerva. Por eso le gusta la mujer que está siempre esperándolo, esperándolo dispuesta. No una mujer que tenga vida. Y de verdad y yo lo converso con ellos y el Matías que está en la escuela es igual. Él quiere puras pololas que estudien pero que estén en la casa. Y mi hermano más chico es muy machista. Él quiere una mujer profesional con título pero que no trabaje y que le dé muchos hijos. Que sea dueña de casa, con título, pero que no trabaje, porque una mujer que trabaja y que tiene contacto social, es como malo. Entonces yo creo que es verdad que la mujer que es independiente, que es crítica, que es autovalente, que piensa y que es capaz de decir lo que piensa, a los hombres en su gran mayoría no les gusta. Cuando uno deja sus ideas como clara, a muchos no les gusta”.

“El trabajo para mí significa valoración, significa seguridad, significa saber que me la puedo. Con mi separación, fue super importante ser autovalente desde el punto de vista económico. Después de eso, el trabajo para mí significó recuperar mi identidad. Volver a crearme el cuento de que me la podía, poder satisfacer las necesidades de mi hija, no tener que depender de nadie”.

“El trabajo significa independencia, significa inteligencia también, porque uno tiene que ser inteligente para poder no solo trabajar, sino repartir su tiempo inteligentemente en todas las cosas que hace, repartir la plata también. Significa todo, significa desarrollarse como mujer. Igual yo no desvaloro a la mujer que se queda en la casa, encuentro que es el peor trabajo del mundo, ¡el peor! Porque nunca terminas y no hay sueldo. Entonces encuentro que trabajar afuera es bueno porque por último te valoran tu pega y te pagan un sueldo. Te da cierto nivel social cuando estás trabajando y eres independiente y uno lo ve cuando, por ejemplo, va a las reuniones de apoderados. En las reuniones tú vas, conversas con otras viejas y comparas con la mujer que es dependiente, que está en su casa y es como mucho más apagada, es como más humilde, depresiva. El trabajar te abre miles de puertas e incluso te permite desenvolverte mejor. Entonces igual es distinto. Mi mamá estaba en la casa y la quiero mucho, pero ella siempre estuvo en la casa, nos crio a los 4 y ahora que nosotros ya nos fuimos, a ella se le abrió un mundo por delante, pero ahora, después de cuantos años. Ahora volvió a tener vida social. La casa igual te apaga. Entonces yo creo que trabajar es importante. A mí me gusta trabajar. Me encanta trabajar”.

“Yo nunca pensé en no trabajar. Aparte que a mí siempre me han gustado las cosas lindas (risas). Yo decía “cuando yo trabaje me voy a comprar perfumes, maquillajes, joyas, carteras” (risas) como que yo sabía que la única opción era trabajar (risas)”.

“Yo creo que la mujer del campo admira a la mujer de la ciudad y por eso se viene. Por ejemplo yo hago clases y yo creo que el 85% de mis alumnas son de zonas rurales y el 90% de mis alumnas son mujeres. Entonces ellas ven lo que ocurrió para atrás con sus mamás, sus abuelas, sus tías, todas mujeres que se quedaban allá en el campo, que no surgieron, que no evolucionaron, que no fueron independientes y ellas no quieren repetir la historia y por eso se vienen a estudiar a la ciudad”.

“Entonces yo creo que el que esta ciudad esté rodeada de zona rural, lo que genera es que la gente emigra para acá, porque quiere vivir como se vive en la ciudad, quieren hacer lo que hace la mujer en la ciudad. A mí me lo han dicho mis alumnas: “no, yo no me quiero quedar a vivir en el campo ¿casarme con un machista? ¡No!”. Ellas tienen una visión muy triste de la

vida, pero es lo que vieron, entonces piensan que siempre se va a repetir y ellas no quieren eso”.

“Cuando me vine de Rancagua para acá, me pasó una cosa extraña. En Rancagua hay muy buena situación económica por el tema de la mina, y hay muchas mujeres que optan por ser mamá, quedarse en la casa y ser mantenidas porque hay buenos sueldos. Los maridos sin tener tanto estudio muchas veces tienen un muy buen ingreso y trabajo seguro. Yo conocí muchas mujeres pacientes en el hospital, que su opción de vida era estar en la casa. Muchas cabras de colegio de 15, 16 años que su opción de vida era esa. Casarse con sus pololos de 18 años que ya trabajaban en El Teniente y tener un hijo para que las sacaran de sus casas e irse a vivir a estas nuevas casas. Me muero si mi hija sale con eso, ¡la mato! (risas). Yo no quiero eso para ella. Siempre le digo que estudie, que sea independiente”.

“Rancagua es una ciudad cara porque hay mucha plata. Imagínate que una vez al año les dan un tremendo bono a los trabajadores de Codelco, de Teniente. El 80% de la gente trabaja en minería, entonces hay mucha plata ahí y las mujeres son mucho más cómodas también. De hecho yo analizo y comento con las chiquillas que el perfil de la mujer de allá es completamente distinto al de acá. Acá las mujeres son aperradas, aguerridas, tienen instinto maternal. Yo allá decía: “tendrán algo, algo cerebral” (risas), porque te juro las encontraba hasta bordeando la tontera. Mujeres muy dependientes que no sabían nada, que eran como un papel. Yo veía mujeres aquí, donde las señoras parían con dolor, después se iban a la sala sin analgésico, les llevabas la guagua al pecho, se agarraban la guagua y se las ponían al pecho. Eso era instinto maternal. Allá no. Allá atendíamos a las mujeres con anestesia, salían de parto, iban a la sala y tú les llevabas a la guagua y te decían: “¿cómo se pone al pecho?, ¿me ayuda?, ¿me lo pasa?” entonces ese concepto, esa cosa de comodidad, yo creo que se da por eso. Y son mujeres que tienen a sus maridos a sus pies. Mujeres dependientes que “ahh me duele” poco más que no pueden respirar. Te juro que para mí, que soy más independiente y más aperrada decía: “Dios mío, que ganas de cachetearlas”, pero después me daba cuenta que al hombre le gustaba ese papel. Le gusta ese papel de ser el dominante de las situaciones, el que tiene el poder, el que las mantiene. Ese papel les gusta. Pero ellas si tenían que aguantar que tuvieran 2, 4, 5 mujeres”.

“Aquí veía a las mujeres que tenían instinto de supervivencia, una cosa de resiliencia, de supervivencia que aquí es impresionante. Allá no. Allá una cosa pequeña las tira al suelo y no las levanta, no las levantas más. Y una cosa de dependencia que no son autovalentes sino muy dependientes. Entonces yo creo que es un tema cultural, porque las niñas nacen para casarse, para tener familia y ojalá sacarle todo el sueldo al marido. Y uno lo ve. Pero también para tener esas comodidades, hay que saber aguantar y quedarse calladita. Por eso hay mucha profesional sola y yo lo veo en las pacientes. Muchas mujeres que deciden ser mamás solas. Quieren tener un hijo, buscan un tipo medianamente encachado y después nada. Uno les decía: “¿Y el papá?” no, estoy solita. Y eso te hace preguntarte ¿qué pasa? Algo pasa. Por qué las mujeres profesionales quieren ser mamás solas. Ya no necesitan a nadie al lado. Y por qué las mujeres más tontas, por decirlo de alguna manera, no estoy discriminando, o más dependientes, ellas si están con parejas. Y uno de repente las ve y son unas viejas feas (risas). No sé, yo creo que es un tema social y un tema económico. Aquí en esta zona somos más pobres, entonces uno tiene que salir adelante, tiene que surgir y uno vio a la mamá en la casa muchas veces que no tenía plata para comprarse ropa o que priorizaba por los hijos. En mi casa siempre fuimos los hijos primero. Mi papá y mi mamá por igual al final. Entonces a veces mi mamá quería zapatos y mi papá le decía que había que comprarle a la Karina, a la Jenny, al jota y al Matías. Después venía ella (risas). Entonces eso cambia cuando uno es independiente. Y yo creo que eso hace que aquí uno tenga más ganas o más espíritu de surgir. Yo creo que es eso”.

“Yo creo que en esta zona hay más igualdad, mujeres y hombres trabajan por igual. La única discriminación que me pasó, fue con mi marido que era machista a morir porque se portaba muy mal, por miedo a que lo pillara. En todas partes hay mujeres trabajando. Yo en Concepción veía mujeres conduciendo buses, conduciendo colectivos, cero rollos con ser mujer. Concepción es como Santiago, entonces somos todos iguales”.

Matrona N° 2

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 48 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 2 hijos.

Profesión: Matrona Hospital San Juan de Dios San Fernando.

Estudios: Obstetricia en Universidad Austral de Valdivia.

“Yo soy de San Fernando. Somos tres hermanos. Dos hombres y yo. Mi mamá era dueña de casa y mi papá era quién trabajaba fuera del hogar y mi mamá lo ayudaba con un negocio en la casa. Ella tampoco se quedó con el trabajo de dueña de casa, tenía muchos roles, porque tenía que hacer el rol de madre, de esposa y de vendedora. Al haber sido dueña de casa, creo que esa represión la transformó en el ímpetu para criarme pensando en ser independiente, autovalente, además de que los tres pudiéramos cambiar de condiciones económicas y de calidad de vida”.

“Mi papá no quería que yo estudiara. En esa época los hombres eran quiénes tenían la prioridad. Mi hermano mayor estudió, el segundo se la perdió y yo luché para ir a estudiar. Mi papá pensaba que la mujer se tenía que casar y hacer una familia, mientras que los hombres tenían que tener una profesión, para poder mantener a esa familia. En cambio mi mamá era todo lo contrario. Era de la idea de que yo tenía que seguir estudiando y ser independiente. No quería que yo dependiera económicamente de nadie como ella lo había hecho. Eso me inculcó toda la vida”.

“Yo estudié en la Universidad Austral de Valdivia. Entré en 1985 y salí en 1989. En ese año la carrera duraba ocho semestres y la saqué en los cuatro años. Había que hacerlo”.

“Cuando escogí la carrera, no sentí que lo hacía por vocación. El área de la salud me gustaba en general, y la idea de recibir recién nacidos era una cosa que me emocionaba. Bebé, nacimiento, vida, eran como endorfinas. Nunca vi a la salud como enfermedad. Nunca me

imaginé como enfermera porque era ver muertos, enfermedad, en cambio Obstetricia era algo dinámico. Ver nacer es algo muy dinámico, algo que te llena de energía”.

“Cuando llegó el momento de escoger, yo sabía que el área de la salud era lo que más me gustaba. El área biológica, nada de matemáticas. Cero matemáticas, cero Ingeniería. Y del área de la salud no me imaginaba estudiando tantos años encerrada como médico, tan distante, y tampoco como enfermera viendo muerte. Pero si me veía en esa posición de ver nacer. De alguna manera si era una vocación, pero yo no lo evidencié así en ese minuto. Es una carrera rápida, corta, bonita por lo demás, entonces lo decidí así como super rápido. En todo caso no era mi primera opción. Yo tenía como principio ser kinesióloga. Por un tema de ver toda la vida a mis padres sufriendo con sus achaques traumatológicos, yo pensaba que los podía ayudar de alguna manera. Pero no me dio el puntaje”.

“Me fui a Valdivia primero porque allá me daba el puntaje para quedar, segundo, porque tenía claro que tenía que estudiar una carrera corta por temas económicos y me gustaba la idea de irme a un lugar lejos. Bien lejos”.

“En mi curso éramos 35 en total y de esos, 30 éramos mujeres y 5 varones. Absolutamente feminista la carrera. De hecho todos los varones migraron. Dos se fueron a Medicina, otros dos a Tecnología y el otro no me acuerdo que fue lo que hizo. Vieron que era muy feminista en realidad la carrera y que era muy mal pagada. Tuvieron más ojo que nosotras. En el sector salud se les paga a todos por igual. No hay discriminación de sexo. Pero el área de la salud es mal rentada. Todos los trabajos de profesionales medio son malos. Entonces ellos pensaron en una carrera de la salud que les diera mejor rentabilidad”.

“Nosotros tuvimos un curso pequeñito, porque al principio éramos 35, 30, después fuimos 17 y finalmente 15 nos titulamos. Eso generó que la relación con nuestros maestros fuera super cercana. Casi como de colegio. Nosotros teníamos las puertas abiertas para conversar. De hecho mis profesores varones nos querían casi como si fuéramos sus hijas. Una relación buenísima. Era un curso muy personalizado. Nosotros teníamos cabida con ellos, era muy buena la relación”.

“Los profes varones que nosotros tuvimos eran super abiertos y de la idea de que la mujer tenía que estar a la par del hombre. La austral era una universidad donde se hacía mucha investigación y docencia, por lo tanto la mayoría de las chicas a las que les iba bien, entraban a hacer ayudantías, lo que les ayudaba a costear sus estudios. Creo que Valdivia era una de las pocas universidades donde no debe haber habido mucho tráfico sexual para estudiar”.

“Antes de trabajar como matrona nunca había trabajado. A pesar de que mi familia era super sencilla, humilde y mi papá era obrero agrícola, nunca trabajé. No se usaba en esos años. Yo recuerdo que cuando recién salí del colegio, tuve compañeras que en el verano, por primera vez, trabajaron como bombero en bencineras, o se fueron a las agroindustrias que recién estaban partiendo, pero yo no hice nada de eso. No lo hice porque, primero, no me nació y segundo, porque no se usaba. Eran muy escasas las niñas que salían a trabajar fuera de su hogar, no era algo precisamente bien visto. Se supone que uno salía de su casa a la casa del marido y no a hacer una vida de soltera y de liviandad, por así decir”.

“Cuando me titulé, me vine de inmediato a San Fernando porque no tenía el dinero para seguir en Valdivia. Debería haberme quedado, porque allá estaba mi pololo, pero me vine. Me vine porque tenía que encontrar pega cerca, no podía seguirme costeando las pasadas allá y encontré que esta zona era relativamente más fácil para encontrar trabajo, porque como allá era un campus universitario, estaba todo copado”.

“En la época en que yo salí, la época de la dictadura, el trabajo de la matrona era escasísimo y existía lo que se llamaba el Plan de Empleo Mínimo para Profesionales, el PEM, con el cual a ti te contrataban, pero por un tercio del valor que era el trabajo real. Muchas colegas estaban así. Con la esperanza de hacer méritos, trabajaban en este plan de explotación, con la esperanza de un día, alcanzar un contrato. Yo tuve suerte porque yo me vine, me titulé el 8 de Junio, y a fines de Junio estaba haciendo reemplazos en este hospital (Hospital San Juan de Dios de San Fernando). Me presenté aquí y empecé inmediatamente a hacer reemplazos y me sentí muy segura. Volví a mi casa y a mi entorno”.

“Este hospital ha sido el único lugar en el que he trabajado. Llevo 25 años de matrona y 24 años trabajando, porque el año de reemplazo no lo cuentan”.

“En un principio yo trabajé en Maternidad y en Neonatología, pero hace como 18 años que definitivamente me quedé en Neonatología. En el fondo fue como casi una mini especialización, porque se supone que la matrona de Neonatología es como un poco más especializada que la matrona de parto o de ginecología. Pero la unidad no ha crecido en los años, solamente nos hemos estancado, o sea hemos seguido marcando el paso y no hemos crecido. De hecho yo ahora me voy. Voy a cambiar aire y me voy a la maternidad, a ver si allá tengo más posibilidades. Tampoco tengo muchas intenciones de ser jefa de nada, pero si crecer, y la única forma de crecer aquí, es pidiendo una jefatura. No hay muchas posibilidades en este hospital, porque no se ha crecido para que la matrona se pueda dedicar al área de fertilidad, al área de mamas, porque el hospital no ha crecido. Las jefaturas no lo han hecho crecer. El hospital debiera haber crecido más. Debiéramos tener un área mucho más amplia y tenemos un puro hospital base que es Rancagua, que no da abasto y se supone que nosotros debiéramos ser el hospital que descongestione y no es así”.

“Obstetricia es una carrera super estancada. Si bien siempre se han dado las oportunidades de capacitaciones, no se han dado oportunidades de ascenso. Puedes hacer mucho por ti por capacitarte, pero no es una carrera pujante que tú digas: “yo me he realizado, he tenido la oportunidad de dedicarme a investigación, dedicarme a calidad” no. Es como tremendamente monótono en ese sentido de que después de que tú empiezas a trabajar, el poder ampliar tu horizonte laboral, no. El sector salud es bien rutinario”.

“En el fondo tú te sientes segura, desde el punto de vista laboral, porque como es bien rutinario el trabajo, si tú lo haces bien, es difícil que te saquen. Tendrías que cometer un error tremendamente grande para que te saquen. Por lo tanto está en ti el querer seguir especializándote y aprendiendo. Aprender por el deseo de aprender, no porque ese deseo de aprender muchas veces lo puedas poner en práctica o te vaya a significar crecer profesionalmente, porque aquí no se han dado las condiciones. Entonces insisto, al final uno como que se acostumbra un poco. Puedo parecer cobarde, pero a mí esta rutina me da

estabilidad. No me gusta competir, y jamás competiría con carreras donde tienes que estar demostrando permanentemente que eres buena”.

“Yo sigo pensando que hay carreras para hombres y para mujeres, y quizás estoy equivocada, pero esta carrera me acomoda. Porque quizás uno lo que quiere es seguridad. Seguridad y estabilidad laboral, porque no puedes estar en el “veremos” todo el tiempo. Además que pasan las épocas. Hubo una época en la que quizás me hubiera gustado trabajar en una UCI, pero cuando se dio la oportunidad, ya había pasado mi época y no quise hacerlo. Una colega emigro porque tenía ganas de aprender eso, pero dije: “yo ahora tengo una familia y tengo otros roles que cumplir y otras metas”. O sea a lo mejor no he ido evolucionando en mi trabajo porque me acomoda y me siento feliz con lo que hago. Claro, quizás no he crecido profesionalmente, pero lo que hago me reconforta y desde el momento en que me reconforta, vale”.

“Yo toda la vida he trabajado en turnos, desde que llegué y ahora que me voy a Maternidad, sigo haciendo turnos. El único tiempo que trabajé de día fue cuando estuve embarazada, porque por protección a la maternidad te hacen salir como de la semana 30 en adelante de día. Ahí trabajé como la gente normal de 8:00 a 17:00 hrs. y para la casa. sábado y domingo libre, pero no me acomodaba esa rutina, me sentía extraña. Como que uno se acostumbra. No sé si tendrá algo que ver con la psiquis que tú te adaptas a lo que tienes y disfrutas de lo que tienes. A mí me encanta irme para mi casa cuando todo el mundo está trabajando y están todos en el trabajo, todos en el colegio y la casa está sola (risas). Es una sensación de libertad (risas)”.

“Cuando llegué a trabajar aquí, había dos matrones hombres. Llegamos a tener hasta cuatro varones. Cuando yo llegué, la matrona era super respetada, era tomada en cuenta, pero había mucha distancia con el equipo de salud. Me refiero a los médicos. Había como mucha distancia, mucha jerarquía. Se ejercía mucho el don de mando y la cadena de mando, pero con los años se ha ido modificando. Existe más un trabajo de equipo que antes no se daba. Antes era muy jerarquizado y tú no te atrevías a opinar, tú cumplías no más. Hoy en día en cambio, uno tiene un poco más el don de la palabra y se te escucha un poco, pero el estamento no se mueve”.

“Aquí siempre ha habido médicos hombres. Y bueno, los médicos hombres eran tremendamente discriminadores para con los varones hombres. No les gustaba trabajar con varones. Pero por un tema de que jerárquicamente no es lo mismo darle una orden a una mujer que darle una orden a un hombre. Yo lo viví aquí en mi trabajo. Yo sentía que para el jefe directo nuestro, era mucho más fácil insultarnos, humillarnos, denostarnos a nosotras las mujeres, que denostar al colega varón. Con él jamás se iba a enfrentar. En cambio con nosotras sí”.

“Con mi marido nunca hemos tenido problemas en cuanto al rol, pero sí en cuanto a las lucas, porque yo gano más que mi marido. Toda la vida hemos tenido dificultades porque a la hora de decidir, decidimos a la par y pagamos a la par. Entonces tengo que esperar que mi marido junte las lucas (risas). Como se dio la situación de que yo gano más dinero que mi marido, eso me ha dado la seguridad que quizás gran parte de las mujeres no tiene, al depender económicamente de sus maridos y por tanto encontrarse bajo el dominio de ellos. En mi caso no. En una oportunidad Jorge me dijo, mi marido, que si de él hubiese dependido, yo no hubiese trabajado. Casi me morí. Porque él me conoció en la universidad y sabía que yo hacía turnos y sabía cómo era mi sistema de trabajo. Yo nunca pensé que para él fuera importante que la mujer estuviera en la casa. Creo que es un tema de temor, ya que creo que él piensa que estando fuera soy más tributo para otros hombres. Yo lo veo como una inseguridad de él no más. Yo no voy a cambiar. Ese es su pensamiento. Yo le digo: “si me mantienes, yo dejo de trabajar” (risas). No me puede mantener, entonces hay que trabajar”.

“Tengo dos hijos. La Daniela que tiene 17 años y el Gustavo que tiene 14 años. Son adolescentes. Ellos nacieron con este ritmo de trabajo y creo que lo entendieron. No sé si algún día me vayan a pasar la boleta, pero cuando yo converso con ellos, ellos sí sienten que he estado presente. A lo mejor la cantidad de tiempo no es la ideal, pero la calidad sí, porque igual siempre he estado preocupada”.

“Uno como que se desdobra porque hace mil cosas para estar con ellos y para demostrarles que no les faltaste. El hecho de hacer turnos yo lo veía casi como una ventaja, porque en las noches los niños duermen. Yo estaba de día, en la casa, en horarios en los que el resto de los

papás están trabajando, entonces de alguna manera a mí me acomodaba y me hacía sentir que estaba más cerca de ellos, que estaba más con ellos. Me he preocupado más de ver su crecimiento, sus cosas, acompañarlos en sus rutinas, acompañarlos en su colegio, acompañarlos en sus enfermedades, más que cuando la gente está trabajando en una jornada diurna, a pesar de que el desgaste para mí ha sido peor, porque me he tenido que mantener despierta para estar con ellos”.

“No digo que soy perfecta, pero igual creo que en algún momento los hijos te pasan la boleta y te dicen: “Oye, tú no estuviste justo cuando lo necesite, justo cuando yo lo quería” pero en general las veces que me lo han hecho sentir, han sentido más eso de parte del papá que de mí. Una sola vez la Daniela me dijo: “tú no estuviste” y fue un día de la madre que yo no pude estar porque estaba de turno. Y cuando en el jardín la hicieron pasar adelante para entregarle el regalo a su madre, tuvo que ir su papá. La Daniela recuerda eso con mucha tristeza porque yo no estaba. Yo siempre les pregunto: “¿ustedes sienten que yo los tengo muy abandonados?” pero ellos me dicen: “no mamá” porque ellos sienten, en el fondo, que yo he estado más con ellos que el papá. Por lo menos me he esforzado por estar con ellos, así que espero que no me pasen la boleta. Por eso ninguno de los dos quiere estudiar nada que tenga que ver con turnos (risas). Me dicen: “no,no,no, porque es muy sacrificado”.

“Uno trata de cumplir todos los roles, aunque igual de repente la embarras porque llegas cansada, porque igual el trabajo tiene su cuota de estrés, pero uno con los años aprende a desperdiciarse este estrés y llegas a la casa y te olvidas. Al principio no, porque tú funcionas las 24 horas con tu trabajo y le cuentas a todo el mundo lo que te pasó en el trabajo. Pero después aprendes a desconectarte y a conectarte con lo otro. O sea yo llegó a mi casa y en mi casa soy mamá, soy esposa, amante y chao hospital. O sea me olvido. Si el hospital se cayó no es mi problema, porque si no desconectara, me volvería loca. Uno tiene que tratar de estar con la gente, porque no sacas nada de estar de cuerpo presente y con la mente en otro lado”.

“Yo no quería ser mamá, pero ya soy mamá, entonces el momento en que decidí ser mamá, tuve que tratar de hacerlo de la mejor forma. Hoy en día uno trata de cumplir muchos roles y el rol en el que más me siento bien, es el rol de madre, porque es un rol de 24/7”.

“El desarrollarme en mi ámbito profesional, no siempre va paralelo a mi rol de madre, porque el de la madre te quita tiempo. Si tú trabajaras una media jornada bien remunerada y te pudieras dedicar a tus hijos, sería genial. Yo pienso que le pasa a la gente del área privada que pueden trabajar de la casa. Yo lo encuentro fantástico. Sería rico que me llamaran y me dijeran que no tengo pega (risas). Encuentro rico eso porque ahí si podrías interactuar con tu familia mucho más. Si la base de la sociedad es la familia. Si a la familia la tienes abandonada no sacas nada con ganar millones, ya que vas a tener la embarrada en esa familia. Vas a ser disfuncional. Como dicen, el dinero no hace la felicidad pero pucha que ayuda. Tienes que tener un equilibrio, porque cuando pierdes el horizonte y solo te dedicas a generar dinero, perdiste a esa familia. Hoy día la sociedad se ve mucho así”.

“Ahora la mujer está mucho más competitiva que antes. Está como más dispuesta a dejar cosas con tal de cumplir sus deseos y sus anhelos. La mujer ya no es amor por amor, hay un tema de amor y además otras condiciones. Entonces de la época en que yo era niña a la época de la dictadura en que tú salías y te enamorabas de otro, aunque no tuviera ningún peso, hoy día la mujer no es así. La mujer hoy en día no solamente evalúa el tema educacional y profesional, también evalúa las lucas y evalúa como te proyectas”.

“A mí me gustaría en general que la mujer pudiera laboral, pero no jornadas tan extensas. Yo sigo pensando igual como pensaba mi vieja, que el hogar es la base para la mujer y para que los hijos y las sociedades crezcan. Y desgraciadamente como hoy en día la mujer está mucho tiempo fuera, los hijos cada día están siendo más mal educados, porque tenemos una sociedad que no tolera la frustración. Yo lo veo en mis hijos. No toleran la frustración, no tienen espíritu de lucha, son exitistas pero express, lo quieren todo para ayer. No tienen perseverancia, porque como uno está poco tiempo, también falla en que se los da todo y se los hace muy fácil”.

“Yo creo que el ideal para una mujer sería trabajar una media jornada, con una buena remuneración y el resto del tiempo poder ejercer su rol de madre y poder inculcarle a los hijos lo que se perdió. Antiguamente como las mamás estaban siempre en la casa, conocían bastante mejor a los hijos y podían ejercer el rol de madre. Ahora uno lo ejerce como a medias porque

uno trata de ser amiga de sus hijos, cosa que es un error, porque uno es mamá y no amiga y la embarra. Yo lo veo así. Esto cabros de ahora no tienen filtro, ellos creen que todo cae del alto cielo y que los padres son una máquina de dar y ellos no tienen tolerancia a la frustración y tampoco se crean metas. A lo mejor lo digo desde la banca mía porque yo lo veo con los míos, pero también veo los hijos de mis colegas que les pasa algo muy parecido, que uno trata y lucha de inculcarles que el futuro de ellos se basa en la educación, que es como todo. Si tú eres millonaria, fantástico, pero la idea es que tú hijo crezca y para crecer tienes que educarte”.

“Yo creo que la mujer hoy en día está en todas las áreas. Creo que en el área que menos está, es el área política y creo que no hemos ido al área política simplemente porque no nos ha dado la gana, porque creo que lo podemos hacer tan bien como un hombre. A mí me gustaría que la sociedad fuera más equitativa, que la mujer no tuviera que trabajar extensas jornadas. Además hay un tema de que la mujer por el simple hecho de ser madre, ya traspasa y va a quedar en el imaginario colectivo. La mujer por ser mujer no necesita demostrar nada, ya que es madre y va a trascender porque los hijos se van a acordar de esa madre. En cambio los hombres necesitan demostrar que son algo en esta tierra, en esta sociedad, y por eso tienen que luchar por tener más capacitación, mejores trabajos. Demostrar que ellos son dioses. Yo no veo en la mujer esa necesidad, no existe esa necesidad”.

“Yo creo que si le preguntas a la mayoría de las mujeres porque salieron a trabajar, lo hicieron por un tema de necesidad. O sea yo no me imaginaba que un hombre me mantuviera, porque mi mamá me metió eso en la cabeza, que a mí no me tenía que mantener un hombre, sino que me tenía que mantener por mí misma”.

“Hoy en día el hombre ya no ve a la mujer solo como un objeto sexual ni como madre. La ve como un par. Les cueste o no les cueste, han tenido que ir dándose cuenta que estamos al mismo nivel. Que neuronalmente podemos hacer las cosas como ellos o mejor. De hecho está comprobado que podemos hacer más de una cosa a la vez y bien. Entonces eso les ha costado mucho a los hombres. Aprender que eso es así”.

“Yo creo que en el fondo la sociedad chilena todavía es machista y permite o se alegra de que las mujeres fracasen. Nada más que por un tema de machismo. A los hombres les asusta ver que una mujer sea inteligente, sea buena en su área, entonces la van a discriminar de todas maneras. Y por eso también sigue habiendo mucha violencia intrafamiliar, porque los hombres sienten temor. Temen de una mujer que sea capaz de tomar decisiones y que tenga capacidad de cortar o de emprender sin tener al hombre detrás, porque los hombres se sienten macho protector y no entienden que la mujer no necesita un macho protector sino un contenedor, que es muy distinto. Cuando tú tienes dificultades con tu pareja te das cuenta que el hombre busca culpables y la mujer busca contención. Muchas veces tú no quieres que te solucionen el problema, sino simplemente lo quieres contar para hacer catarsis y que te contengan. Pero el hombre no lo ve desde ese prisma. Lo ve desde el punto de vista de que hay que solucionar un problema. Claro, las mujeres que son demasiado seguras y firmes, son un problema para ellos. Hay que cortarlas, hay que discriminarlas de alguna manera y volverlas a su rol predestinado, a su rol prehistórico, por decirlo así”.

“A mí me gusta mi trabajo. O sea igual adoro estar en mi casa, con mi familia, pero no me imagino siendo mamá tiempo completo y no ejerciendo un trabajo fuera del hogar. En el hogar tienes muchos roles, el rol de madre, de dueña de casa, de familia, lo tienes impregnado. Pero el rol de profesional es una cuestión que te permite decir: “oye, yo si me la puedo haciendo otras cosas que no es lo típico”, porque en el fondo tú estás condicionada para ser mamá. Una cuestión animal, tienes que criar. Te resulte o no te resulte tienes que criar. Pero ejercer una profesión es una cuestión que en el fondo es un reto. Yo no soy competitiva. A lo mejor soy competitiva conmigo misma. A mí me gusta demostrarme que puedo, me carga improvisar, me carga no saber, me gusta estar siempre aprendiendo, pero por el gusto de yo saber que sé y no por el gusto de demostrarles a los demás que sé más que ellos. Me gusta cultivarme”.

“Para mí San Fernando es un pueblo chico, es un campo. Todo el mundo lo critica, pero este pueblo me acomoda porque es tranquilo. Es cierto que aquí la modernidad no ha llegado ni con malls, ni con shoppings, ni con carreteras gigantes, pero es una ciudad segura para vivir, donde tú todavía puedes salir a caminar con tus hijos, salir en bicicleta, no te van a asaltar, no te van a violar. Esas cosas se ven como muy esporádicas, por lo tanto es super bueno para las

familias. El hecho de que yo viva a dos cuadras de mi lugar de trabajo y pueda almorzar todos los días con mis hijos, es impagable. Por lo menos yo lo veo así. Cuando tú ves que en Santiago la gente se ve en la mañana a las 07:00 hrs, cuando salen y llegan a las 22:00 hrs. y están acostados los cabros, para mí eso no es vida. A mí me gusta almorzar con mis hijos, porque es en los horarios de las comidas que tú haces la vida. Tú conversas, te relacionas, aprendes, estudias, los retas, haces todo. Entonces eso es impagable en un pueblo como éste, por más que digan que no tiene la modernidad que te podría dar el tener un lugar donde salir. Eso es lo que más la gente reclama, que aquí no hay lugares de diversión. Pero la diversión la haces tú. Porque si tú tienes un hogar bien formado, con comodidades y con cosas que hagan a tus hijos felices, todo bien. Mis chicos no son de los que salen mucho porque en la casa lo tienen todo. De hecho me encanta que lleven a todos sus compañeros a la casa porque disfrutan. Para mí vivir en un pueblo chico no moderno me acomoda mucho”.

“Yo creo que en general el país, la sociedad ha cambiado. Y vivas en el campo o vivas en la ciudad, todas las personas quieren cambiar y quieren crecer. Eso tiene que ver más con los niveles educacionales. El hecho de que los chicos salgan a estudiar, se les abren las puertas, se les abre un imaginario de querer surgir, no creo que tenga que ver con el hecho de que seamos una ciudad de campo, o que estemos relacionados con el campo, yo no lo veo así. Actualmente yo no creo que eso influya. Eso habrá sido en los años 60’ cuando se produjo la migración del campo a la ciudad. Cuando yo estaba en el colegio, tenía compañeras que vivían en los alrededores, como “Peor es nada”, “Chimbarongo”, todos esos lugares y todas tenían ganas de salir a estudiar. Y no era porque ellas fueran de campo, sino porque en el fondo la sociedad te lo estaba pidiendo, te estaba diciendo que no te podías quedar en la casa. Nadie encontraba que fuera saludable ser mamá y abuelita como lo habían sido sus abuelas, dueñas de casa. Entonces yo no creo que tenga que ver con el hecho de ser campo, sino que tiene que ver con la educación. La educación te abre los ojos y ahí tú te das cuenta de lo que quieres”.

Matrona N° 3

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 55 años.

Estado civil: Divorciada.

Hijos: 3 hijos.

Profesión: Matrona Hospital San Juan de Dios San Fernando.

Estudios: Obstetricia en Universidad de Chile.

“Yo nací en San Fernando. Somos 3 hermanos y los tres logramos ser profesionales”.

“Mi papás siempre quisieron que yo estudiara. Siempre quisieron eso y como no había plata para estudiar, hicieron todo lo posible para que yo cumpliera mi sueño de ser universitaria. Mi papá nunca me dijo que debía quedarme en la casa, él quería que yo trabajara también. No era tan machista en eso”.

“Mi papá era el único que trabajaba fuera de la casa. Era chofer y a veces estaba toda la semana fuera. Se iba lunes y llegaba el sábado o el viernes. Mi mamá trabajaba en la casa haciendo almuerzos para los trabajadores de la construcción, mientras nosotros estudiamos”.

“Yo estudié Obstetricia en la Universidad de Chile desde 1978 a 1981. Egresé en Enero de 1982”.

“Escogí la carrera porque era lo que yo quería hacer. Me gustaban las guaguas y quería ser matrona desde chica. Me gustaban en general los niños y la mamá embarazada. Me llamaba la atención ese desarrollo de la gestación, cómo era. Siempre quise ser matrona. Tuve siempre claro lo que yo quería hacer”.

“En el curso que yo estudié no habían hombres. En ese tiempo habían pocos hombres en Obstetricia. No se veían muchos. Ahora hay más chiquillos que están interesados en hacer Obstetricia, pero en general estudian más Enfermería. Generalmente la Obstetricia se veía

como una carrera de mujeres. Como que los partos los tenían que atender mujeres. Antiguamente se llamaban las parteras y eran mujeres. Yo no me acuerdo de haber escuchado de hombres parteros. Lo extraño es que los médicos que atienden partos estudian Obstetricia y son especializados en Obstetricia, pero no son matrones, sino Médicos Gineco-Obstetra, que es su especialidad. Ellos son como matrones pero son médicos”.

“En mi curso creo que éramos como 30 alumnos. La carrera duraba 4 años y al final tenía que dar el Examen de Grado. Yo el 13 de enero di mi examen. Aprobé, pero desgraciadamente no tuvimos fiesta de graduación, porque unas compañeras habían tenido unos problemas con algunos profesores y nos castigaron y no nos dieron ceremonia de graduación. Así que yo llegué a mi casa con mi título, contando que ya me había titulado, me felicitaron y después me puse a trabajar”.

“Nunca me sentí discriminada por los profes. Teníamos profesores médicos hombres, pero nunca hubo problemas con ellos. Eran viejos muy serios”.

“Mientras estudié nunca trabajé, así que fue como algo muy grande mi primer sueldo, de echo me compré unos aros, creo, de oro, porque siempre típico que a los hospitales van los joyeros y ahí uno se encalilla y como yo no tenía plata para comprar esas cosas, con mi primer sueldo traté de comprarme algo para mí y lo demás era todo para mis papás”.

“Yo estudié en Santiago, pero no veía factibilidad de trabajar en Santiago. Como mi familia era de acá de San Fernando, tenía ganas de volver y como se me dio la oportunidad de hacer reemplazos, me vine a trabajar al Hospital de San Fernando. Yo me titulé a los 22 años porque al año siguiente yo me casé, así que estuve prácticamente un año haciendo reemplazos, trabajando como matrona soltera”.

“En 1982 comencé a hacer reemplazos en la Maternidad y ahí trabajaba en todos lados. Como matrona de control de embarazo, salía a las postas, colocaba tratamientos anticonceptivos y tomaba Papanicolau. Después llegaba a la Maternidad y a veces me tocaba hacer turnos, atendía partos, atendía a los recién nacidos, hacía muchas cosas. Ahí trabajé hasta 1986”.

“En 1986 me fui a Rengo a trabajar al Hospital y a la posta. En ese tiempo no había contrato. Era muy difícil que a uno la contrataran y hubo un tiempo, entre 1986 y 1987, en que trabajé en el plan de expansión que era como el empleo mínimo, donde pagaban muy poca plata. Me acuerdo que ganaba \$16.000, pero en ese tiempo, en 1987, nació mi segunda hija y tuvo displasia de caderas y frente a esa cantidad de plata, que era muy poca, decidí renunciar y estuve más o menos como un año sin trabajar. Retomé a fines de 1988 de nuevo en el hospital de San Fernando y después me fui definitivamente a las postas de Malloa, contratada por la Municipalidad de Malloa. Ahí iba a las postas de Pelequén y Corcolén, donde se atendía a las embarazadas y lo ginecológico”.

“Ahí estuve hasta 1995. En ese periodo, por circunstancias familiares, nos fuimos a vivir a San Fernando, así que seguí trabajando allí, pero viajando. Después me peleé con la alcaldesa de Malloa y renuncié y me vine a hacer de nuevo reemplazos al Hospital de San Fernando. Me peleé porque nos querían pasar a llevar en las remuneraciones y yo no iba a aguantar algunos abusos, por decirlo así, así que decidí buscar trabajo en otro lado y así me vine a hacer de nuevo reemplazos al Hospital de San Fernando”.

“Estuve hartito tiempo como reemplazante. El problema con los reemplazos, es que en algunas cosas me los reconocen, pero en otras no. Te los consideran solo para las imposiciones, pero como años de servicio no cuentan. Yo ya ni me acuerdo cuantos años de reemplazo hice. Como reemplazante te pagan igual, pero la diferencia entre ser reemplazante y estar contratada, es que de repente no hay que reemplazar y te quedas sin pega. Así fueron mis años en el principio, en que yo reemplazaba de repente, después me quedaba sin trabajo, me llamaban de nuevo y así. Primero estuve como 5 años haciendo reemplazos, después me contrató la Municipalidad de Malloa donde estuve hasta 1995 y después nuevamente estuve haciendo 2 años más reemplazos en el Hospital de San Fernando, hasta que en 1997 me gané un cargo, desgraciadamente gracias a una colega que se cayó de un avión, donde murió”.

“Cuando llegué a San Fernando, entré primero a Maternidad y recorrí todas las secciones. Fui matrona itinerante, por decirlo así. Fui de Policlínico, de Maternidad, Tratamiento de Parto,

Control de Parto, las que estaban hospitalizadas y Recién Nacido. En 1997 llegué a Neonatología y ahí sigo hasta el día de hoy”.

“Acá en el hospital siempre nos mandan a cursos. Hay algunos que son obligatorios y que el hospital te paga. Yo tuve la fortuna de que me pagaron un Diplomado en Gestión de Salud hace como 7 años, cuando se estaba empezando con todo lo que era la autogestión de los hospitales. Y así otros cursos que van saliendo, que te digo son obligatorios y que a uno le dan puntaje para subir de grado”.

“Yo también voy a los Congresos de Pediatría, de Neonatología o de Infección Intrahospitalaria, pero por lo general esos me los tengo que financiar yo. Antes nos daban permisos, tiempo extra, para capacitarnos, pero solo para los cursos que nos manda el hospital, nos dan días libres”.

“Hay algunos cursos que te dan puntaje para subir de grado y tener un aumento de sueldo, pero si tienes un grado alto, los cursos no te van a servir. Los grados funcionan con una escala. La escala va al revés, al número más alto ganas menos, con un número más chico ganas más. Yo por ejemplo, entré en la época en que se entraba con grado 17 y ahora están entrando con grado 14 que son hartas más lucas. Incluso yo hasta hace poco estaba en grado 13 titular y tuve que renunciar a esa titularidad y pasar a lo que se llama contrata, en que el contrato te lo renuevan a fin de año, el 31 de diciembre. Es un poco más inestable, porque de repente te pueden incluso echar más rápido a diferencia de la titularidad”.

“El problema para aumentar de grado, es que los grados salen a concursos a nivel regional, entonces por ejemplo hay matronas que están en las mismas condiciones que yo y si hay alguna que tiene un poquito más de puntaje, esa es la que se va a ganar el grado. Por eso a mí me ha costado mucho, además yo entré en una época en la que no entré tan joven para ser contratada, porque estuve muchos años haciendo reemplazos y trabajé muchos años también municipal”.

“Actualmente tengo un compañero matrn. Anteriormente tambin tuve otro compaero matrn aqu en San Fernando, en la Maternidad. Pero a l despus lo despidieron por un conflicto que hubo, un problema de trabajo y qued el otro matrn que haba llegado. l trabaj primero en Marchigüe y despus se gan el cargo ac. As que yo prcticamente desde que llegu a San Fernando, l fue compaero mo. La relacin con l en general no es mala. l en realidad no se mete mucho, es muy pasivo. No lo veo machista porque su seora es asistente social y tambin trabaja, pero l es muy reservado, opina poco”.

“Cuando llegu a San Fernando, haba una jefa de matrona que era media bruja (risas) y un mdico que era medio pesado, estricto, enojn y era bien machista. l era mandn, gritn y no trataba muy bien a las mujeres. l era Gineco-obstetra. Ese mdico siempre molestaba, encontraba las cosas malas. De repente encontraba el trabajo malo y era estricto. Pero en el fondo l igual reconocía el trabajo de la mujer porque l por ejemplo atendía los pacientes privados y necesitaba a las matronas. Entonces siempre tena que haber una matrona. De echo una vez atendí yo privados con l, en dos oportunidades. Fueron las nicas veces que yo atendí pacientes privados. Y ahí yo ni tuve ningn problema. Pero era un tipo muy machista. Su seora tambin era matrona y no la dejaba trabajar. Pasaron muchos aos hasta que su seora trabaj e hizo un poco de reemplazo, pero la nada misma. Despus no trabaj nunca ms ella. l era en ese sentido muy machista. Adem s que como l tena mucho ms plata, ganaba ms, hacá mucha atencin privada, no necesitaba que su seora trabajara. Y en el fondo yo creo que l, quiz s en su ego personal, quiz s creí que la gente decía: “como l hace trabajar a su seora si l gana tanta plata”. Yo creo que eso puede haber sido. Y como tambin tena hijas, creo que tena 3 o 4 hijas, l quera que ella se quedara en la casa cuidndolas”.

“Los mdicos son un poco machistas en el sentido de que miran como en menos a las mujeres, sobre todo los mdicos antiguos. Yo creo que a medida que ha pasado el tiempo no se ve tan mal. Pero le dan preferencia a los mdicos de todas maneras. Pero en cuanto al ganar dinero, yo no veo que haya diferencia en que a uno le paguen menos porque es mujer y le paguen al otro porque es hombre, no. En el contrato te dicen te ofrezco tanto y esa cantidad de plata, sea hombre o sea mujer el que lo tome, esa es la cantidad que te ofrecen. En el caso de las matronas igual”.

“Yo me casé a los 23 años. Mi ex marido es médico y en ese entonces aún no se titulaba. Cuando yo comencé a trabajar él no me puso problemas, porque ambos queríamos plata, así que había que trabajar. Yo hacía turnos en esa época y ni por eso me ponía problemas, pero cuando tuvimos a nuestras hijas, ya no le gustó que hiciera turnos. En ese sentido era un poco machista. Le gustaba que me quedara a cuidar a los niños, pero en la parte económica estábamos muy mal, porque a nosotros no nos contrataban y había que trabajar más. Él ganaba más que yo, obviamente, pero juntábamos la plata y hacíamos un fondo común, con lo que pudimos empezar a tener nuestras cosas, comprar nuestras cosas”.

“En 1982 nació mi primera hija y en 1987 la segunda. Mi segunda hija tuvo displasia de caderas y como yo ganaba menos plata, él me dijo que por las pocas lucas que yo ganaba, no valía la pena que dejara a mi hija sola y que mejor él iba a trabajar un poco más y cuando mi hija se mejorara, estuviera bien, volviera a trabajar. Él nunca me limitó a trabajar. Él igual decía que uno se tenía que desarrollar y se sentía orgulloso de las cosas que yo hacía”.

“Ese tiempo que no trabajé no eché tanto de menos el trabajo, porque me gustaba disfrutar a mis hijas. Lo único es que se pusieron muy regalonas (risas)”.

“Mi ex marido era muy cómodo. Le gustaba que lo atendiera, que le sirviera. Él era el único que llegaba cansado y le gustaba que le sirvieran al tiro el almuerzo. Llegaba, jugaba un rato con los niños, pero igual estaba metido en su mundo de profesión. Además para ganar más lucas, empezó a trabajar más, llegaba más tarde y era entendible que llegara más cansado. Pero eso significaba que no hacía nada en la casa. Él no mudaba a las niñas, no las bañaba. Rara vez que yo no estuve, lo tuvo que hacer así como por obligación, pero así que dijéramos que hoy día te toca a ti y mañana a mí, no. En ese sentido era machista, le gustaba que lo atendieran”.

“Cuando mis hijas estuvieron chicas yo trabajé jornadas diurnas, hasta las 17:00 hrs. Yo tenía una señora que me las cuidaba, entonces ella estaba en el día y como acá afortunadamente queda todo cerca, a mí el hospital me quedaba como a 2,3 cuadras, yo iba a la casa y si pasaba algo yo me arrancaba y me iba a la casa. En el tiempo que trabajé en consultorio, en Pelequén

por ejemplo, que viajaba, el auto me pasaba a dejar, me pasaba a buscar, tenía muchas comodidades en ese sentido. Por ejemplo si me desocupaba antes en la posta, nunca llegaba tarde, generalmente llegaba 17:00 hrs. 17:30 hrs. a más tardar, entonces el resto del día estaba con mis hijas y el fin de semana igual”.

“Ahora tengo 3 hijos. 2 mujeres y 1 hombre. Mis dos hijas ya están grandes. Una se mantiene sola y a la otra le falta poca para hacerlo y al chico le quedan dos años de enseñanza media. Yo he tratado de no hacerlo que sea machista, pero él es más flojo, más cómodo porque no hace muchas cosas en la casa. Igual si él se queda solo se atiende, se sirve y no pasa hambre. Se calienta comida o se prepara un sándwich o un huevo. Yo creo que le falta aprender a cocinar porque después se va a ir a la universidad”.

“En este minuto hago mezclas con mis horarios de trabajo. De repente hago turno de día pero a veces los fines de semana me toca dejarlo solito. Si está la hermana lo acompaña sino se queda solo, pero trato de mis tiempos libres estar con él, aunque él yo creo que ahora que está más grande no está mucho conmigo (risas). Él sabe que estoy en la casa no más, pero conmigo no comparte, él vive su mundo. Si lo trato de apoyar o por ejemplo que él me necesita y me dice que le falta algo, que quiere hacer algo extra. Si yo puedo, trato de darle gustos, siempre y cuando él rinda en el colegio. Si él es un buen alumno y un buen hijo, que sea respetuoso conmigo, que se porte bien, no hay ningún problema”.

“El trabajo igual quita tiempo con la familia. Hay periodos en que yo trabajo hasta más tarde para pagar las deudas, para dar algunos gustos, pero son periodos. Por ejemplo hay trabajos que me duran 1 mes o 2 meses nada más y después es normal, ya no hay tantos turnos, llego más temprano y podemos compartir más”.

“Antes supuestamente la mujer trabajaba mucho menos, no era una mujer tan trabajadora en el sentido de salir y dejar la casa. La mujer era más dueña de casa, dedicada a los hijos y los hombres, eran mucho más machistas. A través de los años las mujeres han logrado dominar más, se han ganado un lugar. La mujer ha ido ganándose el puesto y uno lo ve también a nivel más de gobierno. Por ejemplo ahora hay más ministras, antes nunca había ministras en el

gobierno, jamás. O una presidenta mujer (risas). Eso te demuestra que las mujeres han ido ganando y han sido reconocidas, porque en los trabajos a veces hay mujeres muy inteligentes que se están perdiendo y a veces están al mismo nivel que los hombres y nunca les han reconocido esa parte. Yo creo que en estos últimos diez años ha habido un gran progreso”.

“Yo creo que antes habían profesiones para las mujeres, como las enfermeras y las matronas. A través del tiempo han ido saliendo ingenieras, veterinarias. Yo creo que fue un cambio paulatino, pero en algún minuto hubo un ¡boom! Ahora las mujeres trabajan en las minas, manejan esos inmensos camiones, tenemos hasta una presidenta mujer. Yo diría que del año, no sé si de 1995 o del 2000 para adelante, ha habido como una revolución en que la mujer aparece de todas maneras, mucho más”.

“En la televisión también se ve un aumento de mujeres. Si uno recuerda, al principio, casi la mayoría de los locutores o animadores eran hombres. Tú veías hombres. Yo me acuerdo en los años 80’ de la Gabriela Velasco que daba el tiempo. Y a lo más habían unas que hacían algo de “Buenas tardes Mireya” parece, que era una de las primeras que aparecieron haciendo estos programas de “buenas tardes” o “buenos días”. Pero fueron una que otra mujer, pero no tantas así como se ve actualmente en la televisión, donde hay de todo. O sea hay animadoras de programas, la que dice las noticias, la que dice el tiempo, periodistas. Muchas periodistas”.

“Yo creo que todavía falta, pero hemos alcanzado bastante, hemos ganado hartito terreno en todos los ámbitos. Y en eso donde uno pensaba que nunca iba a entrar una mujer, como las minas, por ejemplo, aunque todavía son pocas, están haciendo patria (risas). El problema es que igual por ser mujer, sobre todo a las jóvenes, les cuesta ingresar a los trabajos por el tema de la maternidad y las licencias. Por eso muchas veces las dejan de lado. Por ejemplo yo tengo una compañera que hace reemplazos y la pobre estuvo embarazada hasta el final. Casi tuvo la guagua todavía trabajando, haciendo reemplazos. Y ahora volvió al mes. Su guaguüita apenas tenía un mes y volvió a trabajar. Ella no ha tenido su fuero maternal porque ella no estaba contratada, no alcanzó a tenerlo y está trabajando como china con su guaguüita y la guaguüita tiene recién 3 meses”.

“Es que los sueldos son un tema también. Porque si uno ganara un sueldo millonario, la mujer no tendría que ponerse a trabajar al tiro luego de haber tenido su bebé y si podría disfrutar su postnatal. La mujer tiene que trabajar. O sea en este minuto yo diría que la familia, para que pueda salir adelante, la mujer tiene que trabajar. Están obligados a ganar los dos. Si el marido tuviera un sueldo de más de \$1.000.000, quizás, pero desgraciadamente nadie gana millones en este minuto, entonces tienen que trabajar y hacer el \$1.000.000 entre los dos para poder vivir más cómodos. Porque significa pagar los colegios, la ropa, todo lo esencial y casi no te alcanza para darte un gusto, porque decir que vas a viajar, salir a otros lados, o que vas a ir de vacaciones a Viña, al sur o al extranjero, no te alcanza. Yo creo que la mujer está obligada por necesidad, a trabajar, para poder tener lo esencial primero y enseguida quizás darte un gustito, de vez en cuando, de comer afuera o algo así, pero tienen que trabajar los dos”.

“En mi profesión a nosotros nos contrata el Servicio de Salud y nos asigna estos grados que te explicaba y eso, independiente de que seamos hombres o mujeres, es igual para todos. Ahora, en mi trabajo, no aceptamos matrones hombres. Una porque el médico que tenemos jefe, bueno que ahora es subjefe, no le gusta tener matrones hombres en la unidad, porque a lo mejor las mamás dan pecho, están con la pechuga afuera, pero sin embargo los médicos son hombres. Pero no quieren que haya ni matrones masculinos, ni los que hacen el aseo, sean del sexo masculino en la unidad. No sé si sea por algo machista, pero yo creo que es por pudor en el sentido de que como son servicios donde hay puras mujeres, alguien se puede incomodar de que haya muchos hombres dando vueltas. A mí me da lo mismo, pero al jefe de la unidad no le gusta. Los médicos prefieren a las mujeres y ahí quizás es posible ver exacerbado el género”.

“Yo a mis hijas siempre les he dicho que sean independientes, que aprendan a cambiar las gomas de las llaves, arreglar la luz, a cambiar un tapón, cambiar las ampollitas. Todas las cosas que se puedan arreglar y que se puedan solucionar dentro de una casa, uno tiene que ser independiente y no estar dependiendo del hombre en ese sentido. Lo ideal siempre es que la cosa sea compartida. Eso sería lo ideal, pero depende de la pareja con la que tú estés”.

“A mí me gusta mi trabajo. Me encanta lo que hago e ir perfeccionándome en eso. Igual hay días en los que tengo hartito trabajo y digo: “no quiero más”, pero son solo momentos. Me

gusta la independencia que me ha dado el trabajo. Independencia económicamente además de desarrollo profesional. Lo importante es que el trabajo no lo es todo si tienes familia. A mí me encanta mi trabajo, pero también me gusta estar con mis hijos y aunque trabajo hartito, intentó pasar la mayor cantidad de tiempo con mis hijos”.

“Yo soy de San Fernando y me acuerdo que cuando estaba en el colegio, habían algunas compañeras que sus papás no querían que se fueran lejos. Había como mucha sobreprotección más que machismo, de la gente que he conocido. Que no les pasara nada, ni quedaran embarazadas antes de casarse. Yo creo que todos esos viejitos de campo que quizás eran de la idea de que las mujeres tenían que trabajar en la casa, se están muriendo y está quedando una nueva generación que le está permitiendo a la juventud salir y buscar. Ahora lo que pasa, es que hay gente floja que no le gusta trabajar y estudiar. Yo por ejemplo, he visto chiquillas trabajar en el hospital que no son precisamente matronas sino técnicos, que les ha costado mucho y que vienen del campo y se quedan en la casa de una tía, de algún familiar, entonces los papás les ayudan un poco pero como no les alcanza, hacen trabajos extras. Así entonces hay muchas chiquillas del campo que se vienen y yo te diría que a veces son más trabajadoras que las que viven en la ciudad, que lo tienen más fácil. En el campo como les cuesta, son más sacrificadas, por lo que las veo más empeñosas cuando quieren salir adelante”.

7.2.3 Enfermeras

Enfermera N° 1

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 35 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 2 hijos.

Profesión: Enfermera Hospital San Juan de Dios San Fernando.

Estudios: Enfermería en Universidad Católica del Maule.

“Yo soy de San Fernando, de toda la vida. Somos 3 hermanos, 2 mellizos mayores y yo”.

“Mis papás siempre me incentivaron a estudiar. Mi mamá es Educadora de Párvulos y siempre quiso que yo estudiara. La carrera me costó mucho sacarla, porque mis papás no tenían los recursos económicos, pero pese a ello logré sacarla en los años que correspondía”.

“Yo estudié Enfermería en la Universidad Católica del Maule en Talca. La verdad yo no decidí estudiar Enfermería. Lo que yo quería estudiar era Tecnología Médica, pero por la presión de mis papás, tuve que estudiar Enfermería. Pero cuando entré a la carrera, me enamoré de ella. Cuando empecé a estudiarla, dije: “esto es lo mío”.

“Cuando yo ingresé, ni siquiera tenía idea de que era lo que hacía la Enfermería. No sabía que abarcaba tantas áreas. Y la verdad es que cada área me gusta. Yo creo que nací para esto. Aunque quería estudiar Tecnología Médica, no estoy arrepentida para nada, porque ahora no me vería en un laboratorio haciendo cosas”.

“En mi curso éramos como 60 alumnos, de los cuales como 11 o 15 eran hombres no más y el resto eran mujeres. Nunca tuve problemas de discriminación, porque la relación con los profes era buena. No había diferencia en el trato entre los hombres y nosotras. Quizás las enfermeras más antiguas como que presionaban un poco más a los hombres. Pero siempre hubo una buena relación”.

“Mientras estudié nunca trabajé, porque como la carrera implicaba mucho estudio, mis papás no querían que yo trabajara, así que me preocupé de eso, de estudiar, así que mi primer trabajo fue cuando egresé. Me fui a trabajar a Santiago a un consultorio en Recoleta. Estuve 1 año trabajando allá. Ahí trabajé en el Centro de Salud Familiar y además atendía postrados. Al año siguiente me fui a trabajar al Instituto de Neurocirugía, donde estuve 1 año trabajando en Gestión de Camas. Allá yo siempre quise y de hecho opté por quedarme en enfermedad hemodinámica en neuroradiología, pero al director en realidad le gustaba demasiado mi trabajo y no me dio la oportunidad de irme de la parte de gestión, porque ya había organizado muy bien la parte de listas de espera, que en ese tiempo en ese hospital estaba mal, entonces necesitaban una enfermera que les ordenara y eso lo hice yo”.

“En ese periodo me casé y como con mi marido nunca nos proyectamos en Santiago, regresamos a San Fernando. La verdad yo nunca me quise ir de aquí. Cuando llegamos, llegué a trabajar al hospital y pasé por diferentes áreas. Atención Primaria, Gestión de Cama y Medicina. A mí siempre me interesó la parte clínica, pero igual siempre me ha tirado la parte administrativa, liderazgo, hacer cosas, manejar cosas, manejar sistemas y me desarrollé en esa área”.

“Acá estuve 8 meses trabajando en Medicina y como ya en Santiago había trabajado en gestión, se dio la oportunidad del cargo de Encargada de la Unidad de Urgencias, así que postulé, me lo gané y aquí estoy. Hace 6 años que estoy a cargo de la unidad. Hago de todo, clínica y administrativa. Me preocupo obviamente de la parte administrativa, porque organizo este servicio, me preocupo de que funcione y es algo que me ha gustado. La gestión me gusta mucho, pero igual sigo atendiendo emergencias”.

“Este servicio yo lo he armado, lo he organizado. Cuando yo llegué era un caos y desde ese tiempo hasta la fecha, ha habido mucha organización con los pocos recursos que tenemos. Ha sido una bonita experiencia, pero lo que pasa es que es muy agotador. Me gusta, me encanta, pero me agota. Por eso también no quise más turnos. Yo hago muy, muy esporádicamente turnos. Por ejemplo el año pasado no hice ninguno. Hago todo lo posible por cambiar porque es muy agotador estar además en la atención clínica, en la atención directa. En días de semana si la demanda está alta, yo tengo que ir a apoyar. Pero generalmente termino de hacer mis cosas administrativas: hago los pedidos, hago los indicadores, superviso el personal. Son muchas las labores administrativas. Este es un servicio grande donde tengo mucha gente a cargo, más de 40 personas, entonces eso implica que tengo que estar ahí, viendo y obviamente estar bien. A mí me gusta la parte de gestión. Ya estoy acostumbrada y se me hace fácil, a diferencia de otros colegas que le hacen el quite. Yo aparte de hacer gestión tengo que relacionarme con el recurso humano y esa es una de las cosas más complicadas. Y hacerlo con gracia y con liderazgo, es más difícil aún. Porque hay muchos líderes que les gusta hacer cosas, pero a veces sus formas de ser como líderes, no les permite, por ejemplo, corregir. Yo tengo que corregir y corregir bien. Corregir en un sistema medio. Además tengo que apoyarlos

y también tengo que retarlos. O sea tengo que tener esa capacidad de que ellos entiendan que es mi labor y que no soy yo, que es mi labor. Entonces yo creo que esa es una de las cosas más complicadas”.

“Respecto a la jornada de trabajo, aquí hay un cuerpo de recurso humano que hace turnos y un cuerpo que es de día. Los administrativos, las secretarías, los que organizamos todo, estamos de día y el resto de personal está en turno. Yo trabajo de día. Cuando estuve en Medicina hice turnos. En Medicina se trabaja con adultos y allá y aquí se ve mucha muerte. No me complica la muerte. La verdad yo creo que tengo la capacidad de separarlo, sino estaría psicológicamente mal, por toda la cantidad de gente que muere aquí, pero he logrado separar bien las cosas. Hay cosas que a veces impactan mucho. Niños que de repente llegan mal y que fallecen. Uno se da cuenta que no puede mezclar las cosas. Hay una chica que una vez me dijo que yo era como inhumana, pero en el buen sentido, no en el mal sentido, sino en el sentido de que yo podía separar las cosas para seguir trabajando. O sea te imaginas que yo atienda un hijo que tenga la edad de mi hijo, y he atendido miles de niños de la edad de mi hijo, graves y me ponga a pensar en él en ese momento, no tiene sentido. Mi trabajo consta de tratar de salvar la vida de ese paciente, de hacer todo lo posible para salvar su vida”.

“Nunca he tenido problemas con mis compañeros de trabajo hombres. Yo tengo 3 colegas hombres. En realidad los hombres en urgencia son, como yo los describo, prácticos pero desorganizados o desordenados. Son prácticos en el sentido de que no se hacen mayor problema respecto a un conflicto, sino que lo hacen, lo ven bien y lo resuelven bien. El problema es que son desordenados con los registros, a diferencia de las colegas que son mucho más organizadas, que son mucho más cuáticas para el tema”.

“Con los médicos nunca he tenido ningún problema. De hecho creo que me tienen bien considerada. Nunca me he sentido discriminada por ser mujer, para nada. Yo creo que ellos me apoyan por todo lo que hago, porque hay que tener agallas para estar aquí, porque es harta la pega y el estrés que se forma. El usuario viene, exige, los pacientes se complican, hay trabas médicas, hay trabas de unidades de apoyo, como laboratorio o rayos, hay trabas del familiar, entonces todo ese proceso tiene que ser bien dirigido y ese es el estrés que aquí se tiene.

Nosotros somos una unidad que llevamos en promedio 300 atenciones diarias y tenemos 5 camillas para adultos solamente y eso nos colapsa. La gente que trabaja aquí es muy aperrada, hacen las cosas bien, son bien organizados, pero a veces es la parte médica, por decirlo de alguna forma, que termina tirando para atrás, de cierta manera”.

“Yo estoy casada y tengo 2 hijos. Una de 5 años y otro de 2 años. Antes de casarnos él no quería que yo trabajara. Pero es ilógico que estudies una carrera en la que después no te vas a desarrollar. Él era super machista en ese ámbito, pero después fue abriendo un poco la mente y tuvo que aceptar no más. Ahora yo trabajaría incluso menos, medio día no más, por un tema de que estoy cansada. Pero con mi marido no tenemos problemas”.

“Los primero años con mi hija, si hice varios turnos. Obviamente la dejaba a cargo del papá, pero ahora no. Mi rotativa es de Lunes a Viernes de 08:00 hrs. A 17:00 hrs. y ahí me quedo. Y si llego a hacer algo el fin de semana, es por teléfono. Yo tengo toda la unidad a mi cargo, entonces mi pega no es tan fácil. Si de repente tengo que cubrir algún turno, llamo a mi marido y le pregunto si tiene algo que hacer. Siempre trato de hacerlo bien coordinado. Trato de no confundir las cosas. Hay cosas que yo puedo trazar pero hay cosas que son intransables. Por ejemplo yo nunca he hecho un turno de noche aquí, porque el tiempo de mis hijos es en la noche. Entonces eso es intransable. Te puedo cambiar turnos para hacer de día o hasta las 20:00, pero no hacer noche”.

“Yo creo que la mujer hoy en día se ha desvinculado mucho con su hogar y eso es triste. Las nuevas generaciones necesitan a su mamá y cuanto más me doy cuenta de eso, más me desligo de la pega. Yo llego a mi casa a las 17:00 hrs. a disfrutar a mis hijos, a jugar con ellos y me desligo de mi labor. La mujer por la forma en que fue creada, ya es polivalente. O sea se encarga de la casa, se encarga de los cabros chicos, se encarga de miles de áreas. Es polifuncional y teniendo un trabajo extra que no sea solo en la casa, peor aún. Entonces ¿qué prioridad tiene la mujer al fin y al cabo? A su trabajo porque le da recursos y eso la mantiene y eso al fin y al cabo le da una independencia. Por eso la mujer se puso a trabajar, por tener una independencia económica para no depender de un hombre. Es cierto, el hombre chileno es machista pero hoy en día sabes lo que eso favoreció, tipos que al final dependen de la mujer

¿qué terminas haciendo con este sistema? Crear hombres dependientes. Y eso es malo porque el hombre fue criado para trabajar y para sostener su casa. Yo trabajo, pero lo ideal para mí es trabajar menos. De hecho yo no administro mis recursos los administra mi marido. Me encantaría que mi marido trabajara menos. Él también trabaja las mismas 8 hrs. que yo”.

“Yo creo que para la mayoría de las mujeres, la familia es importante, por lo menos para un 95% (risas), mientras que para un porcentaje menor no es tema. Nuestro género es eso. Yo por ejemplo no quería ser mamá porque no sabía lo que era ser mamá, pero cuando fui mamá, me cambió el sentido de vida. Absolutamente. Mira, uno puede criticar muchas cuestiones de la vida, que los cabros chicos hacen esto y esto otro, pero es increíble la conexión que tienen los hijos con la madre. Es increíble. Por eso te digo que es tan importante que la madre se de tiempo para estar con los hijos y que hoy en día no se da. Obviamente el papá también presente, pero que siempre ha estado como ausente porque supuestamente es el proveedor. Pero hoy en día eso ha cambiado. Hay un dicho que dice: “mientras no lo hayan demandado por alimentación, el papá no ve a los niños” (risas). Pero es verdad, porque cuando viven con ellos ni siquiera los ven, pero cuando se separan de la esposa, ahí les interesa ver a los niños”.

“Yo creo también que el hombre debe darse la oportunidad de estar ahí con los hijos. Es super importante. Igual yo creo que el hombre se ha desvinculado un poco más. Ahora se ha vinculado un poco más porque ha sido amenazado, amedrentado con respecto al tema de las separaciones. Por eso ahora los papás son más cercanos. Pero en general el papá se ha desvinculado más en el matrimonio y eso es triste porque te das cuenta que funcionan fuera del matrimonio y la visión que los niños necesitan es esa. Una visión más entera, no a medias”.

“Yo he visto que en Chile hay mucha diferencia respecto a otras carreras que hace que la mujer trabaje más y le paguen menos y el hombre trabaje menos y le paguen más. En mi carrera yo no veo tanta diferencia, creo que la mujer en mi carrera es más organizada, funciona mejor”.

“Para mí el trabajo es simplemente un medio para mantenerse, nada más. No lo considero un lugar de autorealización, porque yo me puedo autorealizar de otras maneras. Por ejemplo a mí me encantaría hacer un curso de cocina y cocinar y poner un restaurante. Y estaría igual realizada. La autorealización tiene que ver con algo que me gusta hacer y no es que no me guste hacer esto, pero estoy como esclavizada de esto. Porque el trabajo es dependencia mutua, porque lo que tú necesitas son lucas y para tener lucas hay que trabajar”.

“Yo creo que la mujer de región es mucho más aperrada que la mujer de Santiago, de la capital. Y tiene otro perfil absolutamente. Yo creo que todos trabajan de la misma manera. Yo creo que la mayoría de las mujeres por el hecho de ser mujeres, somos buenas para trabajar. Es muy difícil encontrar una mujer floja. Viene incorporado en el formato de nosotras y donde sea van a trabajar. Obviamente que acá hay menos oportunidades que en la capital y yo creo que la mayoría, por ser mujer, opta por un lugar donde pueda construir una familia”.

Enfermera N° 2

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 44 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 2 hijas.

Profesión: Enfermera Hospital San Juan de Dios San Fernando.

Estudios: Obstetricia en Universidad de Antofagasta y Enfermería en Universidad Católica.

“Yo soy de Antofagasta. Soy la mayor de 3 hermanos. Nosotros éramos de clase media, donde el esfuerzo final era lograr ser profesional. Antes había mucho esfuerzo económico. Mi mamá trabajaba, pero los 3 nacimos super seguidos y tuvo que dejar de trabajar porque de la plata que iba a ganar, se iba a tener que pagar casi la mitad a la nana y al final no valía la pena. Entonces mi mamá renunció a su trabajo y se quedó con nosotros”.

“En mi casa, mi mamá, siempre nos inculcó que debíamos estudiar. Siempre. De hecho mi hermana es Abogado y mi hermano Ingeniero Civil. Nunca tuve problemas con ellos por

querer estudiar, todo lo contrario, yo creo que hubiera tenido problemas con ellos por no estudiar (risas)”.

“Cuando salí del colegio, primero estudié Obstetricia, por 5 años, en Antofagasta. Trabajé por 3 años como Matrona en el Hospital San José en Santiago, pero después me di cuenta que quería aprender más cosas, ser más diversa y estudié en la Católica en Santiago, Enfermería 2 años más”.

“Yo creo que escogí Obstetricia por inmadurez, porque no estaba bien informada, porque no conocía la carrera, porque no quería trabajar con enfermos, no quería trabajar con vida, salud, persona sana, atender partos. Eso era. Yo a veces como Matrona miraba un electrocardiograma y no sabía cómo interpretarlo. Lo otro es que en esos años Obstetricia estaba un poco colapsado de gente y en Enfermería tú tenías mucho más por aprender. Pero cuando tú te vas metiendo más en la carrera, te das cuenta que la Enfermería también es bonito, es una carrera super linda. La Enfermería es maravillosa. Fue muy bueno haber sacado la carrera”.

“Yo creo que la Obstetricia y la Enfermería están interrelacionados, pero la Enfermería es más amplia, tú puedes ver de todo. Si tú escoges Obstetricia es porque quieres ver ese ámbito de pacientes, mujeres, bebés, la parte de Neonatología y la Enfermería es distinta porque puedes ver niños, adultos, ancianos, hombres, mujeres, pacientes críticos, pacientes no críticos, urgencias. El campo de trabajo es más amplio”.

“Yo hice 2 años de Enfermería, porque si tú tenías una carrera previa relacionada a la Medicina, te convalidaban ramos. Yo salí con 21 años de la universidad de Obstetricia y cuando estudié Enfermería tenía alrededor de los 30 años”.

“Cuando estudié Obstetricia la relación era muy buena dentro del curso. Habían pocos hombres en la carrera, pero con ellos ningún problema y con los profesores tampoco había problemas, todo bien”.

“Lo pasé muy bien, además que era un ambiente muy agradable en Antofagasta, porque estudiar en provincia es distinto a estudiar en Santiago. En provincia la universidad estaba frente al mar, salías y mirabas el mar, mirabas el atardecer. Era muy agradable. Lo pasamos muy bien, además que yo también era bien metódica y durante la semana estudiaba mucho, me amanecía estudiando con los compañeros. El fin de semana siempre hacíamos algo entretenido, fiesta en la universidad, entonces lo pasé muy bien”.

“Cuando entré a estudiar Enfermería, ya tenía la experiencia de una carrera previa y la experiencia de haber trabajado y mi objetivo era estudiar y era distinto a cuando uno entra por primera vez a la universidad, donde quieres estudiar, pasarlo bien y hacer amigos. Tú entrabas con la mentalidad de estudiar y aprender”.

“Mi primer trabajo fue como matrona en el Hospital San José en Santiago por 3 años. Después me fui a trabajar a la Clínica Alemana y como en ese periodo estudié Enfermería, trabajé en la parte de diálisis por 10 años. Ahí hice turnos y los turnos eran de 1 semana. Tú entrabas a las 07:00 hrs. y eso significaba que tenía que salir de la casa a las 06:30 hrs. más o menos. Salía a las 15:00 hrs. y llegaba entre las 15:30 hrs. 16:00 hrs. a la casa y eso era por una semana. La semana siguiente tú entrabas a las 11:30 hrs. y salías a las 22:30 hrs. y trabajabas los sábados todo el día. Era bastante agotador”.

“Cuando trabajé como Matrona en el Hospital San José, trabajé con hartos hombres que hacían turnos conmigo y fue espectacular trabajar con ellos. Espectacular trabajar con hombres. Trabajar con mujeres no es malo, pero como está la cosa de la hormona, el genio que sube y baja, que me miraron feo, que esa sonrisa no correspondía, que me miraste con una cara que no corresponde, pero con los hombres no es así. Los hombres son frontales, me caes bien o me caes mal, generalmente no se hacen rolo por nada, lo pasan bien, hacen su pega, no andan copuchando por detrás, son super lights, buenos para la talla, nos reímos mucho. Me encantaba trabajar con hombres. Cuando estudié Enfermería trabajaba ahí mismo en el San José”.

“Cuando llegué a trabajar a San Fernando, fui Jefa de Pabellón en una unidad que se llama Cirugía Mayor Ambulatoria, que es una unidad chiquitita donde se ven pacientes transitorios. No me gustó mucho, entonces elegí irme a una unidad administrativa que se llama GRD, donde hacen evaluaciones de las fichas, la parte administrativa. Teníamos harta pega y si tú hacías bien tu pega no tenías problemas en ninguna parte. Ahí estuve 2 años y ahora recién, en Enero de este año, me ofrecieron Pensionado porque la enfermera que estaba acá se fue a Santiago y como yo tenía una experiencia previa de 10 años en la Clínica Alemana, me ofrecieron hacerme cargo de Pensionado y ahora soy la Jefa de Pensionado. Pensionado necesita una atención especial, porque la gente de Pensionado son pacientes que pagan. O sea a todos los pacientes se les tiene que tratar igual, pero a un paciente de Pensionado se le tiene que tratar mucho mejor”.

“Yo me vine a San Fernando por mi familia. Mi marido es Otorrino y él es de Santiago. Él salió de Chile y trabajaba en el J. Aguirre, en la Clínica Las Condes, en la Clínica Dávila, en 3 consultas, entonces el pobre salía a las 06:30 hrs. y llegaba a las 22:00 hrs. todos los días. Nosotros tenemos dos niñas, una de 4 años y otra de 6 años y hace 3 años que nos vinimos a San Fernando con las niñas chiquititas. Allá no tenía una mala situación económica, tenía una casa muy bonita, dos nanas, una puertas adentro y otra puertas afuera, en la pega me iba super bien, pero a las niñas el papá no las veía nunca. Me daba mucha pena porque cuando Juan Carlos, mi marido, se acercaba a verlas, las niñas lo rechazaban. No querían que ni siquiera las abrazara. Yo tuve a mis hijas ya mayor, mi hija mayor la tuve cuando tenía 37 años y la otra a los 39 años. Mi marido es separado, tiene hijos grandes y es mayor que yo, entonces tener mis hijas y que no vieran a su padre, no era lo que yo quería. Yo trabajaba en la Alemana en diálisis y la diálisis tenía un horario largo, entonces igual no las veía mucho. Entonces tener hijos para que los malcrien las nanas, no”.

“Juan Carlos vino a hacer un operativo a San Fernando y acá hay una amiga de nosotros, le dijo que se viniera para acá porque aquí había solo un Otorrino, había campo y la vida era super buena. Nos llevó a su casa, el campo y todo y nosotros, que nos habíamos comprado hace 3 años una casa en Santiago, decidimos venirnos. Uno no gana nada con tener todo lo material en la vida, si lo más importante que tienes, que son tus hijos, no te conocen. Entonces

decidimos venirnos sin conocer a nadie. Hace 3 años que estamos acá y feliz. La visión que tienen las niñas de su padre es totalmente distinta. El papá las va a dejar al colegio, sale del Hospital, las va a buscar al colegio, almuerza con ellas, después en la noche llega a las 19:00 hrs y los fines de semana estamos juntos. Yo acá busqué un trabajo que fuera de día, de 08:00 hrs. a 17:00 hrs. y no hago turnos, entonces es totalmente distinto. Nos compramos una casa, construimos columpios dentro de la casa, entonces es otra cosa. El cambio fue fuerte al principio. Dejar a mi familia, porque yo soy super apegada a mi familia, fue fuerte, pero uno tiene que priorizar, la familia nuclear o la familia empleada. Si yo elegí tener hijos no era para que me los criara mi mamá ni las nanas, es mi responsabilidad, entonces uno tiene que ver por eso. Lo bueno es que a mis hijas no les costó mucho, porque cuando son chiquititas puedes llevarlas y no te reclaman, se adaptan. Distinto sería si tuvieran 11 años, porque ya no los sacas del círculo, tienen sus amigos”.

“Lamentablemente, sea como sea, la mujer es la que rige en la casa. Como es la mujer es como va a ser el hogar. El hombre es más inmaduro yo creo. Si tú eres inteligente lo puedes llevar donde tú quieras y por eso la mujer tiene que priorizar y tiene que ser inteligente cuando tú eres dueña de casa y madre. Tú no puedes competir con el hombre en la parte profesional, porque ellos la tienen de ganar. La persona que hace falta en la casa es la mujer, la mamá. El hombre está participando más, siempre y cuando la madre lo haga participar más (risas), porque muchas veces hay mamás que son super protectoras con sus hijos, que nos los dejan hacer la cama, pero está en la mujer criar al hombre para que sea más participativo”.

“Nosotros con mi marido nos repartimos bien las tareas. Él es mayor, entonces tiene ya una formación, pero igual se reparten los roles en cuanto uno permite hacerlo, porque hay mujeres que son super egoístas con su espacio, pero uno tiene que dirigir. Por ejemplo en el caso mío, mi marido sería feliz leyendo el diario todo el día, aunque las niñas estuvieran encima de él jugando. Entonces también ahí yo le digo: “¿sabes mi amor? Yo en este momento estoy ocupada también, ¿puedes ayudar?”. Por ejemplo en las mañanas me levantaba y veía a las niñas, hacía el desayuno, me levantaba más temprano, me duchaba, entonces un día dije: “no”. Él lo único que hacía era levantarse, ducharse y preguntar si están todos listos porque hay que irse en el auto. Entonces no. De ahora en adelante él se dedica a hacer el desayuno, yo

me ducho y como él prepara el desayuno, aunque se demora una eternidad, yo me ocupo de las niñitas. Entonces así andamos todos más relajados”.

“Las mujeres han cambiado en un 100%. En época de Dictadura tú no podías hablar mucho. Yo en esa época no trabajaba mucho, estaba recién saliendo de la universidad, estaba en otra cosa. Ahora no, ahora todo es más relajado, tú puedes opinar más”.

“Respecto a los cambios de la mujer, creo que en estos años la adolescencia se ha prolongado un poco. Porque yo cuando salí a los 22 años empecé a trabajar y trabajaba a full, hacía doble turno, me ganaba mis lucas y todo. Pero ahora una chica de 22 años está recién pensando que va a estudiar y que va a hacer”.

“Cuando yo salí y nos decían que teníamos que hacer doble turno, tú lo hacías y aperrabas con todo. Ahora las colegas jóvenes salen y les dices que tienen que hacer doble turno, y te dicen: “no, yo no quiero”. Tienen muy poco apego a lo que es el trabajo. Cuando yo llegué a la Alemana me quedé 10 años y en la Alemana la exigencia era full. Tú tenías que seguir estudiando, tenías que hacer hartas cosas, tenías que ir a cursos fuera de tu horario de trabajo, tenías reuniones fuera del horario de trabajo y tú tenías que hacerlo igual y no te pagaban extra por eso. Tú tenías un apego a la institución. Pero sabes que pasaban enfermeras jóvenes y veían que era mucha pega y se iban, el paciente las miraba feo y se iban. Como que ahora no se aguanta mucho. Pero yo creo que uno tiene que tener un apego, un cierto cariño a lo que es el trabajo. Te digo esto porque tú pasas mucho tiempo con la gente de tu trabajo. Tú trabajo es tu segunda familia. Uno igual no tiene que ir a buscar amigos al trabajo, porque si no estarías un poco desviado de tu centro porque tu centro es tu familia. Pero igual tienes que tener un buen ambiente de trabajo, tienes que tratar de cohesionarte con tu equipo y trabajar bien porque el trabajo en equipo es primordial para que tú resultado final sea el óptimo. El resultado final es el paciente, en el caso mío, y que se vaya contento y agradable y tú no lo vas a lograr si no tienes apego con tu personal. Y ese personal tiene que confiar en ti también, porque tú no eres solamente el que está a cargo del paciente. Entonces eso tienes que lograrlo con tu equipo y eso se logra con el tiempo. Tú no vas a pedir que en 3 meses el personal te respete, tú lo logras después de 6 meses de adaptación a tu equipo. Nosotros recién lo estamos

logrando con mi equipo y son super buenas las chicas. Pero eso se logra con el tiempo y con la permanencia en un lugar de trabajo”.

“Yo creo que hay mujeres que le dan mayor prioridad al trabajo y otras no. Todas las cosas apuntan hacia lo que tú quieres lograr, pero al final hay diferentes factores que te van generando diferentes conductas y diferentes caminos que tú vas a seguir. Y depende también de los factores externos, porque una mujer que nace en una familia de clase media, de esfuerzos, en la cual la prioridad de uno es estudiar, porque sino estudias no trabajas y sino trabajas no te mantienes porque tú familia no es la que te va a heredar todas las cosas, tú te vas a posicionar, vas a estudiar y vas a lograr cosas. Yo conozco amigas que estudian en colegios super caros, en los cuales la prioridad final es casarse con su pololo de siempre que es dueño de la empresa X y esa es su prioridad y la pasan bien y están felices y viajan por el mundo y hacen gimnasia. Entonces yo creo que son diferentes factores y diferentes las soluciones de lo que tú logras hacer. Ahora esa es una minoría de gente. La mayoría somos gente de clase media que el esfuerzo final es lograr ser profesional”.

“La mujer se ha posicionado cada vez más. Si bien en el sueldo entre hombres y mujeres siguen habiendo diferencias, han ido mejorando. La mujer se ha ganado espacios en el mundo laboral”.

“Para mí el trabajo es la herramienta para lograr cosas. Lo que pasa es que el trabajo ha ido evolucionando en mí desde que salí de la universidad hasta ahora. Porque cuando tú sales de la universidad, el trabajo es todo. Estás 100% abocado a eso y 100% a hacer cursos, 100% a perfeccionarse, 100% a estudiar, 100% a hacer postítulos y a buscar licenciaturas porque yo aparte hice una licenciatura en la Chile también. Pero ahora, en esta parte de mi vida en que ya tengo mi familia, en que ya están mis hijos, en que opté salir de Santiago para acá, el trabajo es un medio para lograr la felicidad final que son mis hijos, mi familia. El trabajo no es una autorealización porque yo creo que la realización no se basa en las cosas externas sino que la realización se basa en lo que uno es como persona. Tú tienes que tener la fortaleza no en el exterior sino en tu interior. Si para ti internamente tú trabajo es lo más importante y eres feliz,

te realizas. Pero hablando de mí punto de vista, la fuerza principal en este momento soy yo. Estoy contenta con mi familia, con mis hijos, con mi trabajo. Estoy feliz”.

“Yo creo que las mujeres son distintas, pero dependiendo del ámbito en que tú te mueves. Lo que pasa es que en Santiago, donde yo me movía, mis amigas eran todas profesionales. Todas trabajaban, todas tenían un buen nivel económico y en la clínica también. Acá muchas son profesionales pero se dedican a su casa, ponte tú. Allá trabajaban y tenían muy buen pasar económico, pero había mucho exitismo, mucha competencia laboral, quién tiene más postítulos, acá no. No. La mujer trabaja y se va a su casa, comparte con su familia. Es más tranquila. Me gusta”.

Enfermera N° 3

Nacionalidad: Chilena.

Edad: 58 años.

Estado civil: Casada.

Hijos: 2 hijos.

Profesión: Enfermera Hospital San Juan de Dios San Fernando.

Estudios: Enfermería en Universidad de Chile.

“Yo soy la mayor de 8 hermanos. Éramos 8, pero fallecieron 2 hermanos pequeños y quedamos 6 y ahora quedamos 5. Yo soy de Laja, una localidad un poquito más chica que San Fernando y cerca de Concepción. En ese tiempo cuando yo vivía allá, no había liceo, por lo tanto nosotros hacíamos la educación básica allá pero teníamos que salir a una ciudad más grande. Yo me fui a estudiar a Concepción al liceo y de ahí del liceo postulé a la universidad y tuve que ir a Temuco”.

“Cuando les dije a mis papás que iba a estudiar, estaban motivados porque querían que nosotros estudiáramos. A mi papá siempre le escuchaba decir que quería que nosotros fuéramos más de lo que ellos fueron. Siempre nos inculcaron eso. Siempre. Nunca fue tema

que nosotros nos quedáramos en la casa. Mi mamá nos incentivaba mucho también y como en mi familia no había profesionales universitarios, yo fui la primera profesional universitaria”.

“Yo estudié Enfermería porque me gustó desde siempre. Es la carrera que yo elegí por vocación y hasta aquí no me arrepiento, donde llevo 37 años siendo enfermera. Yo estudié en la Universidad de Chile en la sede La Frontera, que ahora es la Universidad de La Frontera, pero antes era una sede de la Universidad de Chile en Temuco. Salí del liceo en 1973 así que entré a la universidad en 1974 y me recibí en el año 1977”.

“Cuando yo estudié, habían hombres, pero pocos. En mi curso éramos 64 estudiantes, pero como después se van atrasando algunos, terminamos 13, algunos originales de mi curso y otros rezagados de otros cursos que se fueron sumando, pero de los 13, sólo 1 era hombre. No creo que Enfermería sea una carrera solo para mujeres, sino para hombres también, porque tiene diferentes áreas. El SAMU, por ejemplo, requiere a veces subir cerros, tomar en brazos pacientes, entonces requiere fuerza, pero eso no significa que nosotras no lo podamos hacer. Para eso hay que prepararse, hay que tener buena condición física, fuerza mental y los preparan para eso. Uno no llega a trabajar altiro al SAMU, requiere preparación para saber si uno cumple con las condiciones o no”.

“Mi primer trabajo fue en las vacaciones de segundo año de la universidad, a los 19 años. Mi papá trabajaba en la papelera en Laja, era una empresa de celulosa y la empresa tenía como política ofrecerles práctica a los hijos de los funcionarios que quisieran trabajar. Como yo estaba estudiando Enfermería, ellos tenían un policlínico y yo trabajaba con la gente del policlínico. No atendía tantos accidentes laborales, eran más consultas. Trabajaba solo 2 meses de los 3 de vacaciones, ya que dejaba 1 para descansar. Lo hacía por las monedas pero también porque era entretenido. La gente me conocía de pequeña, entonces era un ambiente super grato. Ahí trabajé hasta que me titulé, porque ese verano de la titulación, me lo tomé sabático”.

“Después mi primer y único trabajo como enfermera profesional, ha sido acá en el Hospital de San Fernando. Siempre trabajé aquí, porque buscando trabajo en esos años, había un concurso nacional en el que había que ir al Ministerio para poder postular al trabajo. Entonces los

trabajos que habían más cerca de mi casa, de Laja en la octava región, eran en Santiago, San Fernando y Curicó. Entonces como las condiciones económicas no eran para que los papás te pagaran pensión, por ejemplo, acá en San Fernando ofrecían un hogar de profesionales. Entonces eso fue lo que gatilló que yo me quedara aquí y comenzara a trabajar el 1 de Junio de 1978, con 21 años de edad. Yo fui la séptima enfermera que llegó aquí, este Hospital tenía muy pocas enfermeras, así que fui la Enfermera N° 7”.

“Yo venía por 2 años no más, para después seguir a Santiago para estudiar otras cosas, hacer alguna especialidad, todos los proyectos que uno tiene en mente cuando sale de la universidad, pero llegué aquí y conocí a mi esposo. Mi esposo es de aquí de la región, entonces por esa razón me quedé aquí, porque él no quiso moverse de esta área”.

“El primer servicio en el que trabajé, fue en Cirugía Adulto. Nosotros somos jefes de servicio, por lo tanto organizamos el personal, organizamos la atención de los pacientes y hacemos atención directa también. En ese tiempo hacíamos de todo, las curaciones, pasar visita con el Médico, distribuir el trabajo, citar a la gente, todo lo que involucra Área Asistencial y también Área Administrativa, manejo de personal. En ese sector debo haber estado como 2 años, lo que pasa es que como éramos pocas enfermeras, éramos polivalentes, teníamos que ser, por ejemplo, enfermera de cirugía, pero además estar a cargo de esterilización. Si de repente faltaba otra colega en otro lado, había que ir a Medicina. Eran como trabajos compartidos”.

“A mi cargo actual llegué en Febrero de 2011 a hacerme cargo de la Unidad de Infecciones Intrahospitalarias. De prevención de Infecciones Intrahospitalarias. Y es la primera vez que hay una enfermera a cargo todo el día, porque antes no había cargo de enfermera exclusiva. Yo había hecho aquí Infecciones Intrahospitalarias, pero yo fui enfermera 12 años de la UTI, entonces hacía UTI e Infecciones Intrahospitalarias. También fui enfermera de Medicina y hacía Medicina y parte de Infecciones Intrahospitalarias. A veces otra compañera era titular y yo era la subrogante, pero siempre estuve alrededor. El año 2011 se dio la opción de postular a este cargo y lo hice por un tema de salud, ya que me recomendaron que bajara las revoluciones, que no caminara tanto. Me operaron de la cadera, entonces el Traumatólogo me

recomendó que bajara un poquito las revoluciones. Y creo que este cargo fue la opción, porque era algo que conocía, a pesar de que durante 32 años fui enfermera clínica”.

“El cambio fue hartito, porque yo partí siendo enfermera por una cuestión clínica. Después aprendí que la enfermera podía hacer administración, podía hacer docencia, podía hacer atención primaria y otras áreas. Eso lo aprendí después. Mi objetivo principal era la atención directa, clínica. Pero esto es bonito. Ahora sigo viendo pacientes, pero los veo desde otro punto de vista, porque yo tengo que salir a revisar a todos los servicios clínicos, los pacientes que están con procedimientos invasivos, detectar, vigilar si hay alguna cosa que me diga que puede estar infectado, si hay procedimientos que no se hicieron bien, todo eso. A mi igual me gusta la parte clínica”.

“Cuando llegué a trabajar, como éramos muy pocas enfermeras, existía el sistema de rotativa de cuarto turno. Nosotras éramos las encargadas de los servicios y además cada 6 o 7 días, de acuerdo al grupo que teníamos, íbamos haciendo los turnos para no dejar descubierto. Éramos 1 para todo el hospital, pero después con el tiempo fuimos 2”.

“Yo ahora trabajo más con papeles, porque antes, si bien trabajaba hasta las 16:48 hrs. a veces no me iba hasta las 18:00 hrs. 19:00 hrs o 20:00 hrs. Cuando estaba en Medicina éramos 2, la Angélica, que era clínica y yo que era clínica y administrativa. Por eso a veces no me iba hasta las 20:00 hrs. o hasta las 21:00 hrs. cuando había que hacer inventario. Ahora en esta unidad que estoy ya no me pasa. Si me llego a atrasar, prefiero llevármelo para la casa”.

“La relación con mis compañeros siempre ha sido muy buena. Solamente problemas habituales, pero no personales. Por cosas más de trabajo, de organización, pero no personales. No tuve problemas así como de género. O sea igual se notaba un poco de machismo en la parte médica con las enfermeras, pero como es un hospital de región, en los hospitales de región siempre se establece una relación como mucho más familiar, a diferencia de un hospital grande donde hay muchos profesionales, mucho personal, entonces es diferente la relación. La relación aquí es buena”.

“Yo acá no me cuestiono que llegué un colega varón. Lo que si siento es que las mujeres somos más minuciosas para todo lo que signifique detalles, casa, mientras que los varones no, son más técnicos. Esa es mi apreciación. Una por ejemplo anda más preocupada de que las cosas estén desordenadas, que hay que conseguir camas, cubrecamas, esas cosas que son inherentes a uno. El varón es más técnico, más preciso en el procedimiento, en todo”.

“Si tú me preguntas sobre discriminación, te puedo decir que este último tiempo he estado con problemas de salud y los días administrativos no alcanzan para ir a Santiago a tomarte los exámenes. Son solo 6 días administrativos en el año. Creo que legalmente debiera existir, desde cierta edad en que se sabe que comienzan a presentarse ciertas enfermedades, más días para poder ir al médico y tomarse exámenes. Que existiera la facilidad, porque a veces aquí no están todas las especialidades y uno tiene que viajar a otros lados para poder tomarse los exámenes”.

“También hay otra cosa importante que yo estoy viviendo ahora con mi nuera. Mi nietecita pequeña nació con una Hipoacusia Bilateral y ella trabajaba en el área privada, pero tuvo que salir de ahí. Por el GES le pusieron audífono y tiene que llevarla a las terapias a Santiago y no tiene como hacerlo. No tiene derecho a licencias ni a permisos y al final termina siendo una carga en la empresa en la que trabaja y al final lo que consigue una, es que la despidan. Entonces eso es una discriminación que se da en el área privada. Yo creo que es algo que siempre se ha dado y que ahora se ha dado a conocer. Las trabajadoras están reclamando y levantando la voz. Para ella es super complicado porque no puede quedarse sin trabajo tampoco. Entonces eso es una discriminación. Uno en las noticias escucha que hablan de las mamás que tienen hijos con cáncer a los que hay que hospitalizar, llevarlos a las terapias, entonces esas cosas hay que mejorarlas, porque un solo sueldo en una casa es insuficiente, sobre todo en las familias de clase media. Esas cosas son discriminación. Así como más directo acá, no se nota tanto, pero en estas cosas así y sobre todo en el área privada, se da. En el área privada lo que interesa es la producción. En el servicio de nosotros igual pasa, porque cuando tú estás embarazada, eso también genera situaciones incómodas. Quizás no se nota tanto, pero igual existe”.

“Mi esposo es profesor de Matemática. Nunca hemos tenido problemas por el trabajo. Ni en el periodo en que hice turnos. Al principio, cuando llegué a trabajar, no hice turnos porque no había enfermeras de turno. A medida que fue creciendo el staff de enfermeras, nos dimos cuenta que era necesario que hubieran enfermeras las 24 horas del día y los pacientes no quedaran en manos de practicantes o técnicos, sino que alguien supervisara el cuidado de los pacientes. Entonces ahí empezamos a hacer turnos. Pero con él nunca hemos tenido problemas”.

“Yo tengo 2 hijos hombres, uno de 31 años y otro de 27 años. Siempre nos compensábamos con mi esposo, porque si yo hacía turnos, él se quedaba. Cuando tuve una persona que ayudaba en la casa y yo llegaba y aunque estuviera cansada, tomaba yo la responsabilidad de mis hijos para sentir que yo les hacía cosas, los ayudaba con las tareas y que vieran la presencia de su mamá. Cuando mi hijo menor era pequeño, yo pedía permiso para ir a almorzar y cada vez que yo me iba, él se ponía en la ventana y me decía: “mamá no te vayas” y eso me partía el alma, pero no había otra alternativa”.

“Una cosa buena, es que yo escogí trabajar de día, entonces nosotros salíamos todos juntos en la mañana y nos volvíamos todos juntos en la tarde. Mi esposo trabajaba de 08:00 hrs. a 17:00 hrs. y yo trabajaba de 08:00 hrs. a 16:48 hrs. entonces él pasaba a recoger los niños al colegio y nos juntábamos todos en la casa. Entonces los fines de semana y feriados estaba en la casa, salvo que me tocara en la rotativa algún turno”.

“Yo creo que entre mujeres y hombres no se han dividido las cosas. Yo trabajo como china. Lo otro es que trabajando en el área fiscal, los sueldos tampoco son tan grandes, entonces hay periodos de tú vida en los que no te puedes dar el lujo de tener a alguien que te ayude en la casa. Yo he pasado por diferentes etapas. Etapas en las que contrataba a alguien que me ayudara con los niños, después los niños estaban más grandes y se podían manejar solos, después se fueron a la universidad y esos dineros había que guardarlos para pagar la universidad. Entonces eso significa que tú tienes que seguir haciendo las dos labores”.

“Mi esposo es super colaborador en algunas cosas, pero en otras no. Él hace cosas de acuerdo a su gusto y a su tincada, entonces yo no puedo decir: “hoy día no voy a hacer esto porque él lo va a hacer”, no tengo la seguridad”.

“Yo creo que la mujer ha ido cambiando. Ahora creo que tenemos muchas más opciones, más apertura laboral. Igual creo que hay como un machismo encubierto, como que te damos oportunidades, pero igual estamos como un poco limitadas en algunas cosas. Tú ves que en el área privada se comenta mucho que los gerentes mujeres ganan diferente sueldo que los gerentes hombres, incluso cuando hacen el mismo trabajo. En el caso de nosotros se da menos, porque nosotros estamos en un sistema de grados y vamos postulando de acuerdo a la antigüedad, a las competencias, por lo tanto no es porque seas mujer o no, sino tienes que tener otros requisitos para ir postulando a los grados”.

“Yo creo que la mujer moderna y profesional de ahora, está pensando mucho en su satisfacción profesional. De hecho están relegando la maternidad por lo mismo. La mujer de antes no era así. Yo creo que si bien antes teníamos metas a las que aspirábamos, la familia tenía un papel preponderante. Muchas de mis colegas que igual que yo están a punto de jubilar, nos dedicamos mucho a la familia. Para nosotras el trabajo era una necesidad importante, pero porque era lo que nos permitía satisfacer las necesidades familiares. Ahora la mujer no. A las mujeres les gusta viajar, seguir estudiando, buscar otros trabajos. Yo no digo que sea malo. Son las opciones que se dan ahora. Yo creo que la vida moderna, las comunicaciones, te ofrecen otras oportunidades y tienes otras perspectivas que antes nosotras no teníamos. Antiguamente los ingresos eran mucho menores y el poder adquisitivo ha cambiado”.

“El trabajo para mí es lo que me da el sustento para poder vivir, para tener a mi familia bien, tener las cosas que yo necesito para el día a día. Es lo que permite seguir funcionando, avanzando y manteniendo a mi familia. La familia es importante para mí. O sea yo hago un montón de otras cosas, como tratar de salir, viajar, conocer, pero el trabajo para mí es lo que me permite tener bien a mi familia y para pasarlo bien nosotros con mi marido”.

“A mí me gusta mi trabajo, me entretengo. A veces me desgasta, me da rabia porque a veces el sistema no te deja avanzar en las cosas que tú quieres hacer. Por ejemplo este trabajo, que es de prevención de infecciones, yo soy como la cara visible, pero depende de que todo el resto hagas las cosas bien. Entonces a veces tú quieres avanzar pero te cuesta y eso cansa un poco por la forma de organización, por el sistema. Pero yo todos los días me levanto con ganas de trabajar. Igual yo quiero jubilar a los 60 años pero no porque no tenga ganas de trabajar, sino porque creo que me merezco un descanso para poder hacer otras cosas. El horario de trabajo es muy limitado y por ejemplo si yo quiero ir a ver a mi hermano un día X, no me alcanzan los días. Si yo pido un día administrativo es para hacer trámites. Mi familia vive fuera de la zona y para poder ir a verlos, tengo que viajar. O por ejemplo si se me ocurriera salir a X lado, no puedo. Debe ser solo en las vacaciones. Cuando cumpla los 60 años voy a tener 39 años de trabajo y yo creo que es suficiente. Yo no quiero tanto un descanso del trabajo, sino darme la oportunidad de hacer cosas sin el límite del horario. Eso es lo que me gustaría. Yo creo que me merezco un descanso, poder disfrutar”.

“Yo digo que San Fernando es una ciudad campo, porque hay una vida más tranquila pero hasta cierto punto, porque ahora hay mucho más actividades, más eventos, se moviliza más gente. Yo creo que San Fernando tiene una buena proyección. Mis dos hijos son ingenieros y hace un tiempo hemos estado pensando en que si el paso a Argentina que quieren hacer en Rancagua lo hicieran acá, San Fernando tiene un potencial super grande. ¿Por qué crees que se está instalando el mall? Porque la gente es muy visionaria. Yo creo que acá cada vez han ido surgiendo más oportunidades laborales”.

“Yo creo aquí igual todavía existe la idea de que la mujer debe quedarse en su casa. No conozco tanta gente del campo, pero de lo que observo por ejemplo con la niña que trabaja conmigo y que es de campo, es que su familia quiere que se eduque, que trabaje, que tenga otra preparación. Las mujeres que trabajan de temporeras ¿por qué crees que trabajan así? Porque necesitan mejorar sus ingresos laborales para que su familia, sus hijos, tengan un mejor pasar y más educación que ella. Ahora tenemos acceso a los campos, los caminos están pavimentados, hay luz, agua, llega la movilización y por lo tanto los niños se pueden trasladar en las micros a los colegios”.

“Yo creo que todavía debe haber machismo en el campo. Que todavía debe haber gente antigua que cree que la mujer debe estar en la casa. Pero creo que las mujeres se están atreviendo a busca oportunidades, aunque sea de temporeras, pero todavía queda algo de machismo. De hecho yo creo que en la ciudad entre los profesionales y los esposos todavía hay un machismo latente. Por ejemplo en mi caso, hay cosas en las que mi marido sigue siendo machista. Él es de acá de la zona rural de Colchagua y aunque sea profesional, sea educado, igual tiene cosas que las trae de antes. La diferencia es que yo me atrevo a hablar, a decir porque quiero que las cosas se hagan de determinada manera y no de otra, y de alguna forma debemos llegar a un consenso con él”.

“Yo creo que el atrevernos a decir las cosas, ha ido cambiando, mejorando. Quizás no tanto en la parte rural, pero de a poco se está avanzando en esa dirección. Lo otro es que ahora hay más proyectos de gobierno que otorgan más oportunidades, por ejemplo esos proyectos de Mujer Emprendedora o los de Sonrisa de Mujer, les han dado más oportunidades a las mujeres. Pero eso no significa que estemos en completa igualdad, pero vamos en camino. Igual yo no sé si iremos a llegar a una igualdad con los hombres. Yo sinceramente creo que no somos iguales, porque pensamos diferente, tenemos una perspectiva de las cosas diferente. A mí por ejemplo me gusta llegar a mi casa y preparar la once, o cuando vienen mis hijos atenderlos, hacerles algún cariño. Yo sé que me sobrecargo, pero me gusta hacerles cosas que traspasen afecto. Igual los reto cuando no ayudan (risas). Generalmente a las mamás nos pasan que cuando los hijos vienen a la casa, tratamos de atenderlos, de dejarlos dormir hasta más tarde, prepararles algo rico”.